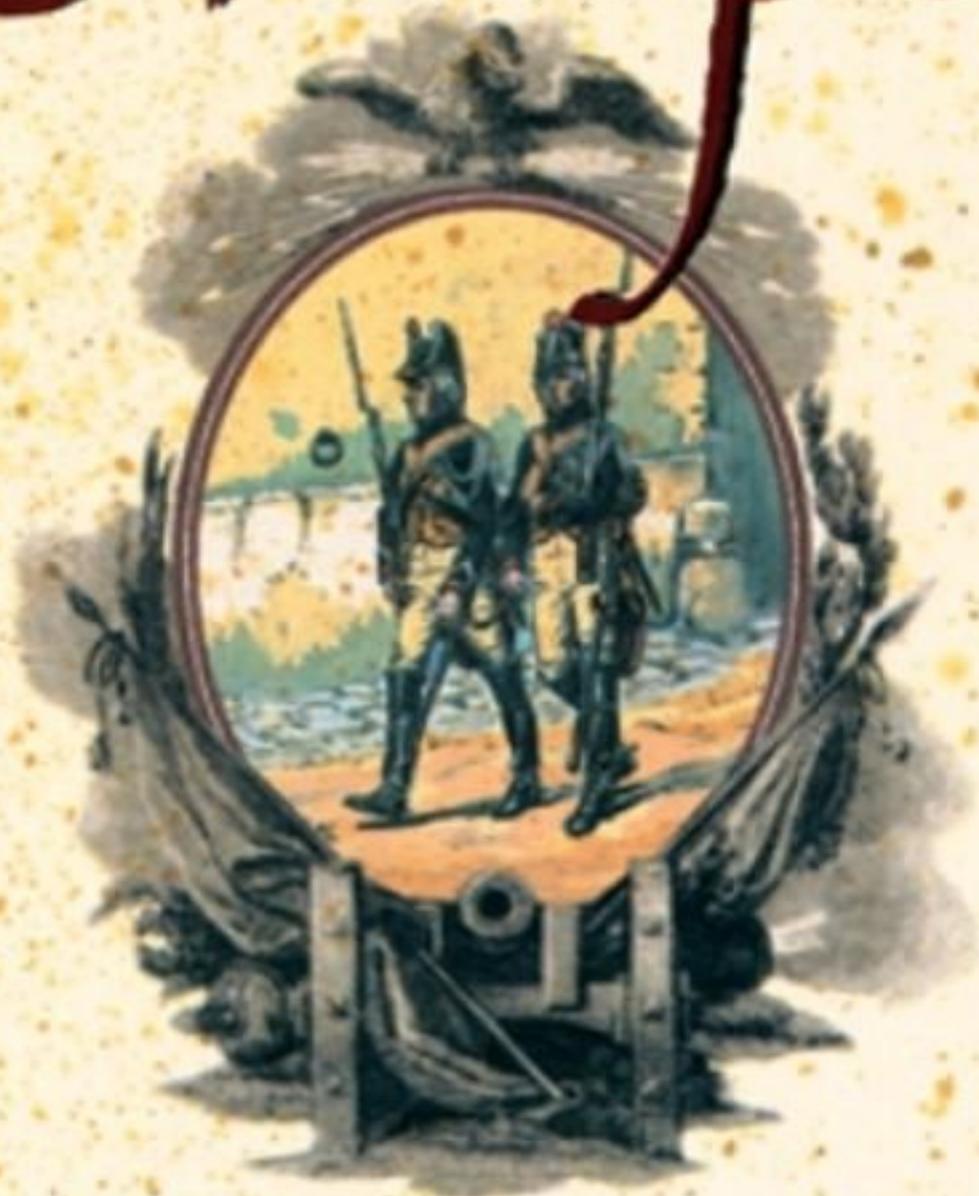


Sharpe



y su peor enemigo

Bernard Cornwell

Lectulandia

El 8 de diciembre de 1812 las tropas británicas llegan por primera vez a Adrados. Allí, de nuevo, Richard Sharpe tendrá que vérselas con uno de sus más peligrosos enemigos, Obadiah Hakeswill, y a una partida de desertores que mantienen como rehenes a un grupo de mujeres francesas e inglesas en un desfiladero aparentemente inexpugnable.

Al otro lado del paso se encuentra el gran ejército de Napoleón, tratando de atravesarlo para aplastar al ejército británico que se halla en la frontera con Portugal y, atacado por ambos frentes, bajo un frío infernal y en inferioridad numérica, se encuentra el comandante Richard Sharpe, quien deberá retener esa plaza o morir en el intento.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y su peor enemigo

Richard Sharpe - 16

ePub r1.0

viejo_oso 24.06.13

Título original: *Sharpe's Enemy*
Bernard Cornwell, 1984
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

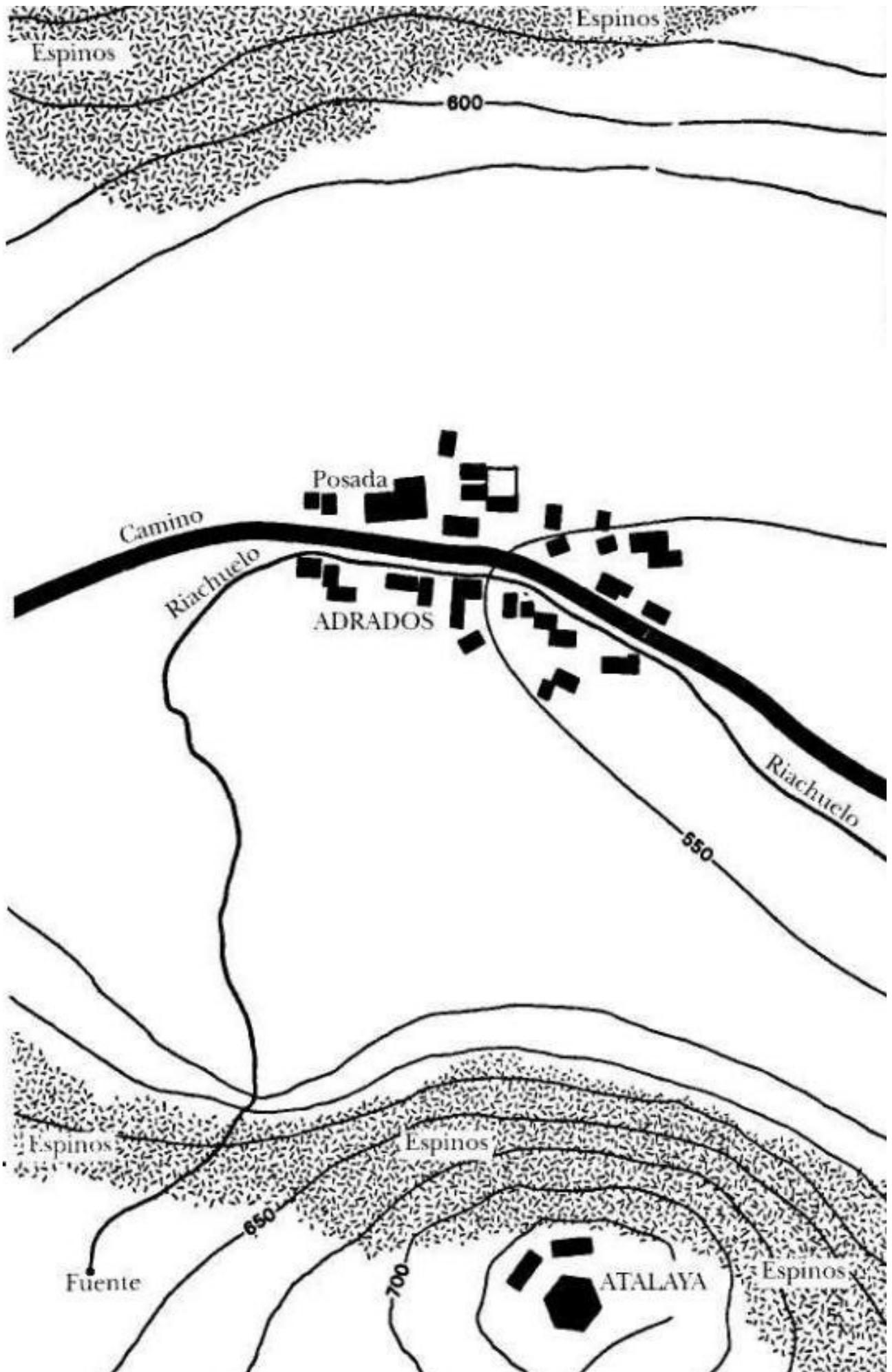
Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mi hija, con cariño.

LA ENTRADA DE DIOS





Prólogo

El 8 de diciembre de 1812, los soldados ingleses llegaron por primera vez a Adrados.

El pueblo se había mantenido al margen de la guerra. Estaba situado en esa parte de España que se halla al este de la frontera norte con Portugal y, a pesar de estar en zona fronteriza, eran pocos los soldados que habían atravesado su única calle.

Los franceses habían estado una vez hacía tres años, pero los había ahuyentado el inglés lord Wellington y huyeron tan deprisa que apenas tuvieron tiempo de detenerse y saquearlo.

Después, en mayo de 1812, habían llegado los soldados españoles, la guarnición de Adrados, pero a los aldeanos no les había preocupado. Tan sólo eran cincuenta soldados con cuatro cañones y una vez los instalaron en el viejo castillo y en la atalaya, situados al exterior del pueblo, pareció que para los soldados la guerra hubiera terminado. Iban a beber a la posada del pueblo, coqueteaban con las mujeres junto al arroyo, en cuyas piedras planas lavaban la ropa, y dos muchachas del pueblo se casaron con sendos artilleros en verano. Debido a una cierta confusión en el ejército español, la «guarnición» había recibido un convoy de pólvora destinado a Ciudad Rodrigo y los soldados alardeaban de que tenían más pólvora y menos cañones que cualquier otra artillería de Europa. Prepararon rudimentarios fuegos artificiales cuando las bodas y los aldeanos admiraron aquellas explosiones que relampagueaban y retumbaban en el valle remoto. En otoño algunos soldados españoles desertaron, aburridos de defender un valle al que no llegaban soldados, deseosos de regresar a sus pueblos con sus mujeres.

Entonces llegaron los soldados ingleses. ¡Alabado sea ese día!

Adrados no era una plaza importante. Allí se daban, tal como decía el cura, las ovejas y los espinos, y el cura les decía a los aldeanos que eso era lo que hacía del pueblo un lugar santo, pues la vida de Cristo había empezado con la visita de los pastores y había terminado con una corona de espinas. Sin embargo, a los aldeanos no les hacía falta que el sacerdote les dijera que Adrados era un lugar sagrado, porque tan sólo una cosa atraía visitantes a Adrados, y ésta era la festividad del 8 de diciembre.

Años antes, nadie ni siquiera el cura sabía cuántos, en aquellos lejanos tiempos en que los cristianos luchaban contra los musulmanes en España, la Santa Madre se había aparecido en Adrados. Todos conocían la historia. Unos caballeros cristianos se iban replegando por el valle, acosados, y su jefe se detuvo a rezar junto a un canto rodado de granito que se cernía en el margen del desfiladero que descendía hacia el oeste, hacia Portugal. Y entonces sucedió. ¡Ella se apareció! Estaba sobre la piedra de granito, con su rostro pálido como el hielo, sus ojos como dos charcas de montaña, y

le dijo al caballero que los musulmanes que les perseguían pronto se detendrían a rezar en dirección al este, hacia su hogar pagano, y que si él ordenaba dar media vuelta a sus tropas y desenvainaban sus espadas abolladas, glorificarían la cruz.

Aquel día, cayeron dos mil cabezas musulmanas. ¡Más! Nadie supo cuántas habían sido y cada año, al explicarse de nuevo la historia, la cifra aumentaba. Cabezas de musulmanes esculpidas decoraban las arcadas del convento que se construyó en el paraje donde Ella se había aparecido. En la capilla del convento, en el extremo superior de la escalera que lleva al altar, había un trocito de granito pulido: el lugar de la Pisada Santa.

Y cada año, el 8 de diciembre, el Día del Milagro, las mujeres se dirigían a Adrados. Era el día de las mujeres, no de los hombres. Los hombres se iban a la posada del pueblo una vez habían cargado con la estatua de la Virgen, habían balanceado sus joyas bajo el palio dorado por los límites del pueblo y la habían devuelto al convento.

Doscientos años antes las monjas habían abandonado el convento atraídas por casas mejores en las llanuras e incapaces de competir con las ciudades donde la Santa Madre había sido más generosa con sus apariciones. Sin embargo, las construcciones aún estaban en buen estado. La capilla se había convertido en la iglesia del pueblo, el claustro superior era un almacén y el convento aún era, una vez al año, un lugar donde ocurrían milagros.

Las mujeres entraban en la capilla de rodillas. Rosario en mano, se arrastraban por las losas con dificultad, murmuraban rezos monocordes, y se dejaban llevar por sus rodillas hasta el extremo de la escalera. El sacerdote salmodiaba en latín. Las mujeres se agachaban y besaban la piedra de granito, oscura y lisa. En la piedra había un agujero y la leyenda decía que si se besaba y se conseguía tocar el fondo con la punta de la lengua, el bebé sería un chico.

Las mujeres gritaban al besar la piedra; no de pena, sino como en éxtasis. A algunas había que ayudarlas a retirarse.

Algunas rezaban para librarse de una enfermedad. Venían con sus tumores, sus desfiguraciones, sus hijos tullidos. Otras acudían para pedir un hijo y al año siguiente regresaban y le daban las gracias a la Santa Madre, pues ya compartían su secreto. Le rezaban a la Virgen madre, ya que como ellas sabía, como no podía saber ningún hombre, que la mujer da a luz a sus hijos con dolor. Y a pesar de ello, todas ellas rezaban para ser madres y estiraban sus lenguas hasta el fondo del agujero. Rezaban bajo la gloria que, iluminada con velas, ofrecía la capilla del convento de Adrados, mientras el sacerdote amontonaba los presentes detrás del altar; la cosecha de cada año.

8 de diciembre de 1812. Llegaron los ingleses.

No eran los primeros visitantes. Desde el amanecer habían ido llegando mujeres

al pueblo, mujeres que habían caminado veinte millas o más. Algunas provenían de Portugal, la mayoría de los pueblos que se ocultaban en las mismas colinas que Adrados. Luego llegaron dos oficiales ingleses en grandes caballos, y con ellos una joven. Las voces de los oficiales eran fuertes y roncadas. Anidaron a la muchacha a descabalar al llegar ante el convento y luego se dirigieron hacia el pueblo, donde presentaron sus respetos al comandante de los españoles, que llevaba unas cuantas copas de más del áspero vino tinto de la región que servían en la posada. Los hombres que allí se encontraban estaban de buen humor. Sabían que muchas de las mujeres que estaban rezando pedían un hijo y ellos ayudarían a que se cumplieran las plegarias a la Santa Madre.

Otros soldados británicos venían del este, y eso era extraño, pues no debía haber soldados británicos en el este. Pero nadie se percató de ello. Nadie advirtió peligro alguno. Los británicos no habían estado nunca en Adrados, pero los aldeanos habían oído que esos soldados paganos eran respetuosos. Su general les había ordenado que se pusieran en posición de firmes cuando vieran que la Sagrada Hostia era llevada por las calles hasta el lecho de un moribundo, y que se descubrieran. Y eso estaba bien. Sin embargo, estos soldados ingleses no eran como la guarnición española. Estos casacas rojas tenían un aspecto repugnante, vil, desarreglado y sus rostros reflejaban crudeza y odio.

Un centenar de ellos esperaba en el extremo este del pueblo, sentados junto al lavadero que había en el camino, y fumaban en pipas cortas de barro. Otro centenar de hombres atravesó el pueblo dirigidos por un hombretón que iba a caballo y cuya casaca roja estaba profusamente adornada con oro. Un soldado español que se dirigía a la taberna saludó al coronel y se sorprendió cuando el oficial inglés le sonrió, se inclinó irónicamente y mostró una boca en la que apenas quedaban dientes.

Los españoles debieron de comentar algo en la taberna porque los dos oficiales británicos que iban con las casacas desabrochadas, se fueron hasta la calzada y observaron a los últimos soldados de la fila que se dirigía hacia el convento. Uno de los oficiales frunció el ceño.

—¿Quién diablos es?

El soldado al que se había dirigido sonrió con burla.

—Smithers, señor.

El capitán echó una rápida mirada a la fila de soldados.

—¿Qué batallón?

—Tercero, señor.

—Tonto, ¿qué maldito regimiento, tonto?

—El coronel se lo dirá, señor. —Smithers se colocó en medio de la calle y con una mano hizo bocina—. ¡Coronel!

El hombretón hizo dar la vuelta al caballo, se detuvo y luego se apresuró hacia la

taberna. Los dos capitanes se cuadraron y le saludaron. El coronel refrenó el caballo. Parecía que hubiera tenido ictericia, tal vez hubiera servido en las islas Fever, pues tenía la piel amarilla como el pergamino. La cara que se percibía bajo el sombrero bicornio con borla se crispó con un espasmo involuntario. Sus ojos azules, sobrecogedoramente azules, resultaban hostiles.

—Abróchense las casacas.

Los capitanes se abrocharon las casacas y se colocaron bien los cinturones. Uno de ellos, joven y rechoncho, frunció el ceño disgustado porque el coronel les había gritado ante los soldados y éstos se reían.

El coronel dejó que su caballo se acercara un par de pasos a la pareja de capitanes.

—¿Qué hacen aquí?

—¿Aquí, señor? —dijo el más alto y delgado de los capitanes al tiempo que sonreía—. De visita, señor.

—Sólo de visita, ¿eh? —El rostro se le volvió a crispar. El coronel tenía un cuello extraño y muy largo que ocultaba una corbata anudada por encima de la garganta—. ¿Sólo ustedes dos?

—Sí, señor.

—Y lady Farthingdale, señor —añadió el capitán rechoncho.

—Y lady Farthingdale, ¿eh? —El coronel imitó la voz pastosa del capitán y luego les gritó con repentina violencia—. ¡Son un maldito desastre, eso es lo que son! ¡Los odio! ¡Por los clavos de Cristo que los odio!

La calle quedó de repente en silencio bajo el sol del invierno. Los soldados, agolpados a ambos lados del caballo del coronel, sonrieron cínicamente a los dos capitanes.

El capitán más alto se limpió de la casaca roja el escupitajo que había salido despedido de la boca del coronel.

—Me veo obligado a protestar, señor.

—¡Protestar, tú, desgraciado! ¡Smithers!

—¿Coronel?

—¡Dispárele!

El capitán rechoncho sonrió burlonamente, como si fuera una broma, pero el otro levantó un brazo, retrocedió, y al igual que Smithers, sonrió, apuntó y disparó su mosquete. El coronel hizo lo mismo, sacó una pistola y le disparó al capitán regordete en la cabeza. Los disparos resonaron en la calle, la humareda formó dos nubes que se elevaron por encima de los cuerpos caídos y el coronel se echó a reír antes de ponerse en pie sobre los estribos.

—¡Ahora, muchachos, ahora!

Primero desalojaron la taberna y para ello pasaron por encima de los cadáveres

cuya sangre había salpicado el dintel de la puerta. Los mosquetes se oyeron chasquear en el edificio, las bayonetas perseguían a los hombres hasta los rincones más recónditos y los mataban, y el coronel hizo una señal con la mano para que el centenar de hombres que había estado esperando en el extremo este entrara en el pueblo. No era su intención que esto empezara con tal rapidez, hubiera preferido poder llevar primero a la mitad de sus hombres hasta el convento. Pero estos malditos capitanes le habían obligado y ahora el coronel les gritaba, los azuzaba; conducía a la mitad de sus fuerzas hacia el gran convento cuadrado y de blancos muros.

Las mujeres que se encontraban en el convento no oyeron los disparos que habían sonado a unas quinientas yardas al este. Estaban en el claustro superior esperando el momento de arrastrarse de rodillas por la capilla, y tuvieron la primera señal de que, finalmente, la guerra había llegado a Adrados con todo su horror cuando aparecieron por la puerta unos hombres vestidos con casacas rojas empuñando bayonetas. Entonces empezaron los gritos.

Algunos hombres desalojaban una a una las casas del pueblo, mientras otros más afluían atravesando el valle en dirección al castillo. Los soldados de la guarnición española habían estado bebiendo en el pueblo y muy pocos estaban en sus puestos.

Supusieron que los uniformes británicos eran los de sus aliados y que eso era lo que explicaba el griterío que se oía en el pueblo. Los españoles vieron que los casacas rojas pasaban por encima de los cascotes de la derruida muralla este del castillo y les hicieron algunas preguntas a gritos. Entonces los mosquetes dispararon, aparecieron las bayonetas y la guarnición murió en aquellas defensas medievales. Un teniente mató a dos casacas rojas. Luchó con destreza y furia, hizo que algunos invasores retrocedieran, se escapó saltando por encima de la muralla derruida y corrió entre los arbustos de espinos hacia la atalaya en la colina, al este. Creía que allí encontraría a un puñado de sus hombres, pero murió entre los espinos alcanzado por un tirador oculto. Aquel teniente español no llegó a saber nunca que los hombres que habían capturado la atalaya no iban vestidos con el color rojo de los británicos, sino con el azul de los franceses. Su cuerpo rodó bajo los espinos y acabó aplastando los huesos, viejos y quebradizos, de un cuervo que un zorro había dejado allí.

En la calle se oían gritos. Los hombres que intentaban proteger sus hogares morían, los niños chillaban al ver morir a sus padres, mientras sus casas eran forzadas y abiertas. Los disparos de los mosquetes salpicaban la brisa de blancas nubéculas.

Del este llegaron más hombres, vestían uniformes tan variados como batallones habían luchado por Portugal y España en los cuatro años de guerra en la península. Con ellos iban también mujeres, y eran éstas las que mataban a los niños en el pueblo, les disparaban, los acuchillaban, y sólo salvaban a los que podían trabajar. Las mujeres se peleaban en las cabañas, discutían para ver quién se quedaría con qué y a veces se persignaban al pasar ante un crucifijo clavado en los muros bajos de

piedra. No tardaron mucho en destruir Adrados.

Los gritos eran incesantes en el convento. Los soldados ingleses iban a la caza por los claustros, la sala, las estancias vacías y la capilla abarrotada. El sacerdote había corrido hacia la puerta abriéndose paso a empujones entre las mujeres, y ahora se encontraba apresado y tembloroso, mientras los casacas rojas escogían su botín. Sacaron algunas mujeres del edificio a empujones. Eran las afortunadas, las que estaban demasiado enfermas o eran demasiado viejas. A otras las mataban con las largas bayonetas. En el interior de la capilla, los soldados sacudieron los ornamentos del altar, se abrieron paso entre las ofrendas que se amontonaban en el exiguo espacio que había detrás y abrieron de un golpe el armario que guardaba los vasos sagrados. Un soldado se ponía las galas blancas y doradas que el sacerdote reservaba para la Pascua. Luego deambuló por la iglesia bendiciendo a sus compañeros que echaban a las mujeres al suelo. En la capilla resonaban los sollozos, los gritos, las risas de los hombres y las rasgaduras en las ropas.

El coronel había ido a caballo hasta el claustro superior y, con una sonrisa burlona, esperaba y observaba a sus hombres. Había enviado a dos de ellos de su confianza al interior de la capilla y ahora aparecían sosteniendo a una mujer entre ambos. El coronel la miró, se relamió los labios y el rostro se le crispó con un espasmo.

Todo en ella denotaba riqueza, desde sus ropas hasta sus cabellos, una abundancia de dinero que la belleza realizaba. Tenía el cabello negro y espeso y le caía formando ondas a ambos lados del rostro generoso y provocativo. Lo miraba fieramente con sus ojos oscuros, y parecía que la boca le sonriera. Cubría sus ropas con una oscura capa rematada de lujuriosa piel plateada. El coronel sonrió.

—¿Es ella?

Smithers sonrió con burla.

—Es ella, señor.

—Bien, bien, bien. Lord Farthingdale es un cabrón con suerte, entonces. Quítele la maldita capa, vamos a echarle una mirada.

Smithers se acercó a la capucha ribeteada de piel que colgaba en la parte trasera de la capa, pero ella lo apartó, se desabrochó el cierre del cuello y se quitó lentamente la capa de los hombros. Su cuerpo era perfecto, en la flor de la juventud, pero había algo que inquietaba vivamente al coronel y era que no mostraba miedo alguno. El claustro apestaba a sangre fresca, en él resonaban los chillidos de las mujeres y los niños y, sin embargo, esa mujer hermosa y bella permanecía allí con rostro impávido. El coronel volvió a sonreír y dejó ver su boca desdentada.

—¿Así que está usted casada con ese tal lord Farthingdale?

—Sir Augustus Farthingdale —contestó ella delatando que no era inglesa.

—Oh, cielos. Ruego que me disculpe —dijo el coronel con una risotada como un

cacareo—. Sir Augustus. General, ¿no es así?

—Coronel.

—¡Como yo! —Su rostro se crispó al echarse a reír—. Rico, supongo.

—Mucho —afirmó la dama.

El coronel desmontó con torpeza. Era alto, con un vientre enorme, y tremendamente feo. Su rostro se crispó al acercarse a la dama.

—¿No es usted inglesa?

Ella, sorprendentemente, todavía no parecía asustada. Se cubrió las ropas de montar con la capa e incluso le sonrió levemente.

—Portuguesa.

Los ojos azules la observaron de cerca.

—¿Cómo voy a saber que me está diciendo la maldita verdad? ¿Qué hace una portuguesa casada con sir Augustus Farthingdale, puede decírmelo?

Ella se encogió de hombros, se quitó un anillo que llevaba en la mano izquierda y se lo lanzó al coronel.

—Fíese de esto.

El anillo era de oro. En la cara biselada había un escudo de armas cuartelado y el coronel sonrió al mirarlo.

—¿Cuánto lleva casada, milady?

Esta vez la dama sonrió ampliamente y los soldados que la observaban también sonrieron mostrando su deseo. Era el botín del coronel, pero éste podía ser generoso. Ella se retiró el cabello negro de la piel olivácea.

—Seis meses, coronel.

—Seis meses. Y todavía está radiante, ¿eh? —Soltó en un cacareo—. ¿Cuánto pagaría sir Augustus para que volviera usted a calentarle la cama?

—Mucho —contestó la dama bajando la voz para darle a la palabra un matiz de promesa.

El coronel se echó a reír. A las mujeres hermosas no les gustaba, así que a él tampoco le gustaban ellas. Esa zorra rica tenía carácter, pero él podía destrozarla. Miró a sus hombres, que observaban a la dama, y sonrió burlonamente. Lanzó el anillo de oro al aire y lo cogió.

—¿Qué hacía usted aquí, milady?

—Rezaba por mi madre. Está enferma.

—¿Quiere usted a su madre? —preguntó él con interés.

—Sí —asintió ella sorprendida.

El coronel dio un taconazo, se volvió hacia sus hombres y los señaló con un dedo que parecía una espada.

—¡Nadie! —soltó con un chillido—. ¡Nadie la va a tocar! ¡Me oís! Nadie.

Se le estremeció la cabeza y él esperó a que se le pasara el espasmo.

—¡Al cabrón que la toque, lo mato! ¡Lo mato!

Se volvió hacia la dama y se inclinó torpemente.

—Lady Farthingdale, tendrá que soportarnos. —Miró hacia el claustro y vio al sacerdote atado a una columna—. Enviaremos al vicario con una carta y el anillo. Su marido deberá pagar para liberarla, milady, pero nadie, yo se lo prometo, nadie la tocará.

Volvió a mirar a sus hombres, chilló, y un escupitajo salió despedido bajo el sol.

—¡Nadie la va a tocar!

Cambió de humor de repente. Echó una mirada por el claustro a las mujeres que yacían, ensangrentadas y abatidas sobre las baldosas enrojecidas, y a otras mujeres que esperaban, temerosas y aterrorizadas, cercadas por las bayonetas, y sonrió con cinismo.

—Suficiente para todos, ¿verdad?

Soltó un cacareo y se volvió; su fina espada rozó el suelo. Vio a una joven, flaca, apenas salida de la niñez, e indicó con el dedo.

—¡Aquella es para mí! ¡Tráiganmela aquí! —Se reía, con las manos en las caderas, dominando el claustro, y sonrió con cinismo a los hombres que había en el convento—. Bienvenidos a vuestro nuevo hogar, muchachos.

El Día del Milagro había llegado de nuevo a Adrados y los perros del pueblo olfateaban la sangre que se secaba en la única calle.

Capítulo 1

Richard Sharpe, capitán del único batallón de la Compañía Ligera del Regimiento South Essex, se hallaba de pie frente a la ventana y tenía la mirada fija en la procesión que pasaba por la calle. Fuera hacía frío, lo sabía bien. Venía de Castelo Branco y acababa de llegar al norte con su reducida compañía cumpliendo las órdenes de un misterioso llamamiento procedente del cuartel general del ejército, a propósito del cual todavía no había recibido explicación alguna. No es que el cuartel general acostumbrara a dar explicaciones a los simples capitanes, pero Sharpe estaba disgustado porque llevaba dos días en Frenada y seguía sin entender aquellas órdenes apremiantes. El general, el vizconde Wellington de Talavera, ¡no, por Dios! Ahora era marqués de Wellington, Grande de España, duque de Ciudad Rodrigo, generalísimo de todos los ejércitos españoles, «Entrometido» para sus soldados, «el Par» para sus oficiales, y el hombre, suponía Sharpe, que le había requerido en Frenada, no estaba allí. Estaba en Cádiz, o en Lisboa, o Dios sabía dónde, y el ejército británico se hacinaba en los cuarteles de invierno mientras que Sharpe y su compañía andaban por esos fríos caminos en aquel mes de diciembre. El comandante Michael Hogan, amigo de Sharpe y el hombre que dirigía el Departamento de Inteligencia de Wellington, se había marchado hacia el sur con el general y Sharpe le echaba de menos. Hogan no le hubiera mantenido en vilo.

Al menos Sharpe no pasaba frío. Acababa de darle otra vez su nombre al oficinista de la planta baja y después había dicho, con un gruñido, que esperaría arriba en el comedor del cuartel donde había una chimenea. Se suponía que no podía utilizar esa estancia, pero poca gente quería discutir con aquel fusilero alto, de cabello oscuro y con la cara marcada con una cicatriz que, cuando estaba serio, le daba un aire ligeramente burlón.

Observó la calle. Un sacerdote la rociaba con agua bendita. Sus acólitos tocaban unas campanas y balanceaban unos incensarios en los que ardía el incienso. Detrás de la figura de la Virgen María en andas, se alzaban banderas. Unas mujeres se arrodillaron junto a los edificios y alzaron las manos hacia la imagen. Un tenue rayo de sol iluminó las calles, un sol de invierno, y los ojos de Sharpe escrutaron de forma automática el cielo en busca de nubes. No había ni una.

El comedor estaba vacío. Con Wellington fuera, parecía que la mayoría de oficiales pasaban las mañanas en la cama o sentados en el mesón de al lado, cuyo propietario había sido instruido en preparar auténticos desayunos: chuletas de cerdo, huevos fritos, riñones fritos, tocino, tostadas, vino tinto, más tostadas, mantequilla, y un té tan fuerte que podía utilizarse para limpiar el cañón sucio de un obús. Algunos oficiales ya se habían ido a pasar la Navidad a Lisboa. «Si atacaran ahora los franceses —pensó Sharpe—, sería como un paseo por Portugal hasta llegar al mar.»

La puerta se abrió de golpe y entró un hombre de mediana edad que llevaba puesta una bata enorme sobre los pantalones del uniforme. Frunció el ceño mirando al fusilero.

—¿Sharpe?

—Sí, señor. —El tono de «señor» era el adecuado. El hombre tenía un aire autoritario a pesar del evidente resfriado.

—General de división Nairn.

El general de división dejó caer unos papeles sobre una mesa baja, junto a unos ejemplares atrasados del *Times* y el *Courier* de Londres, después atravesó la habitación hacia la otra ventana. Frunció el ceño mirando hacia la calle.

—¡Malditos papistas!

—Sí, señor. —Otra respuesta adecuada.

—¡Malditos papistas! ¡Los Nairn, Sharpe, somos todos presbiterianos escoceses! Puede que seamos aburridos, pero ¡bien sabe Dios que somos piadosos! —Sonrió y luego estornudó con fuerza antes de sonarse vigorosamente con un enorme pañuelo gris. Saludó la procesión con el pañuelo—. Otro maldito día festivo, Sharpe, no entiendo por qué están todos tan condenadamente delgados. —Se echó a reír y lanzó una mirada astuta al fusilero—. ¿Así que usted es Sharpe?

—Sí, señor.

—Bueno, no se me acerque, tengo un resfriado de mil demonios —dijo arrimándose al fuego—. He oído hablar de usted, Sharpe. ¡Realmente impresionante! ¿Es usted escocés?

—No, señor —respondió Sharpe sonriendo.

—No es culpa suya, Sharpe, no es culpa suya. No podemos hacer nada contra nuestros condenados padres, así que tenemos que destrozar a nuestros hijos —dijo, y le lanzó una mirada rápida a Sharpe para asegurarse de que le estaba prestando atención—. Usted ha ascendido desde la tropa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¡Lo ha hecho muy bien, Sharpe, condenadamente bien!

—Gracias, señor. —Era increíble lo fácil que resultaba, con tan pocas palabras, entenderse con los oficiales de cierta graduación.

El general de división Nairn se inclinó y avivó el fuego removiendo los leños con el atizador.

—Supongo que se pregunta por qué está aquí, ¿cierto?

—Sí, señor.

—Está aquí porque ésta es la habitación más caliente de Frenada y, obviamente, usted no es tonto. —Nairn se echó a reír, dejó el atizador y hurgó en su nariz con el pañuelo—. Frenada es en verdad horrible.

—Sí, señor.

Nairn miró acusador a Sharpe.

—¿Sabe por qué el general eligió Frenada como cuartel general de invierno?

—No, señor.

—Algunos le dirán —y en este punto el general hizo una pausa para dejarse caer en un amplio sillón con un suspiro de satisfacción— que fue elegida por su proximidad a la frontera española. —Apuntó a Sharpe con un dedo—. En parte es verdad, pero no del todo. Otros le dirán que el general eligió esta ciudad desconocida porque está a muchas millas de Lisboa y ningún arribista o lameculos llorón se molestará en hacer el viaje hasta aquí para fastidiarle. Es posible que haya en esto un ápice de verdad, pero el general pasa la mitad del tiempo en aquella ciudad, así que facilita enormemente la vida a los cabrones aduladores. No, Sharpe, el motivo tiene que ser otro.

—Sí, señor.

Nairn emitió un quejido mientras se estiraba.

—La verdadera razón, Sharpe, la razón inmaculadamente concebida, el maldito motivo por el que se eligió esta maldita casucha en una ciudad paralizada es que está justo en el centro de la mejor zona de caza de zorros de todo Portugal.

—Sí, señor —respondió Sharpe con una sonrisa burlona.

—Y al general, Sharpe, le gusta la caza del zorro. Por eso los demás estamos destinados a los eternos tormentos de este maldito lugar. ¡Siéntese hombre!

—Sí, señor.

—Y pare de decir «sí, señor», «no, señor» como un lameculos.

—Sí, señor.

Sharpe se sentó en una silla frente al general de división Nairn. Las cejas del escocés eran enormes y grises y parecía que crecían con la intención de juntarse con su mata de pelo gris. Su cara reflejaba bondad y fortaleza, astucia y sentido del humor, y lo único que la estropeaba es que estaba enrojecida a causa del resfriado. Nairn le devolvió la mirada a Sharpe y lo repasó de arriba abajo, de las botas francesas de caballería al pelo negro del fusilero, y luego se volvió.

—¡Chatsworth! ¡Canalla! ¡Bribón! ¡Chatsworth! ¡Granuja! ¿Me oye, granuja?

Un ordenanza apareció y le sonrió alegremente al general.

—¿Señor?

—¡Té, Chatsworth, té! ¡Tráigame un té bien cargado! Algo que reavive mi pasión militar. Y si es tan amable, intente traerlo antes de Año Nuevo.

—Ya lo estoy preparando, señor. ¿Quiere algo para comer, señor?

—¿Para comer, Chatsworth? Estoy resfriado. ¡Estoy al borde de la muerte y usted me habla de comida! ¿Qué hay?

—Tengo un poco de jamón, señor, del que le gusta. Mostaza. ¿Quiere pan y mantequilla fresca? —Chatsworth se mostraba solícito, era evidente que Nairn le

agradaba.

—¡Ah, jamón! Tráiganos jamón, Chatsworth, jamón y mostaza con pan y mantequilla. Por cierto, ¿ha robado usted de aquí el tenedor de hacer tostadas en la chimenea, Chatsworth?

—No, señor.

—Entonces, ¡vaya a descubrir cuál de sus camaradas ladrones se lo ha llevado, haga que le azoten y tráigame el tenedor!

—Sí, señor —respondió Chatsworth sonriendo mientras abandonaba la habitación.

Nairn sonrió a Sharpe.

—Soy un viejo inofensivo, Sharpe, y me han dejado al mando de esta maldita casa de locos mientras el general recorre esta maldita península. Se supone, Dios me ayude, que debo dirigir el cuartel. ¡Yo! ¡Sharpe, si yo tuviera tiempo, supongo que podría conducir a las tropas en una campaña de invierno! ¡Podría hacer que mi nombre quedara inscrito en la gloria, pero, diablos, no tengo tiempo! ¡Mire esto! —Cogió uno de los papeles del montón que tenía a su lado—. Una carta, Sharpe, del capellán general. ¡Nada menos que el capellán general! ¿Sabe usted? ¡Tiene un sueldo de quinientas sesenta y cinco libras al año y, además, es consejero en la creación de puestos de señales y por ese trabajo disparatado recibe otras seiscientas libras! ¿No es increíble? ¿Y en qué emplea su tiempo, tan bien remunerado, en el ejército de Su Majestad este vicario de Dios? En escribirme para decirme —Nairn sostenía la carta delante de su cara—: «Le pido que haga un informe sobre el metodismo en el ejército». ¡Por Dios todopoderoso, Sharpe! ¿Qué tiene que hacer uno con una carta como ésta?

Sharpe sonrió.

—No sé, señor.

—Yo sí lo sé, Sharpe, yo sí. Por eso soy general de división. —Nairn se inclinó hacia delante y arrojó la carta al fuego—. Esto es lo que se hace con cartas como ésta —dijo, y después rió alegremente en tono burlón mientras el papel se prendía y resplandecía al quemarse—. Quiere saber por qué está aquí, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Está aquí, Sharpe, porque el príncipe de Gales se ha vuelto loco. Igual que su padre, pobre hombre, un loco de atar. —Nairn se reclinó y asintió triunfal. La carta desapareció convertida en un hilo negro de humo mientras Nairn esperaba la reacción de Sharpe—. ¡Dios santo, Sharpe, se supone que tiene que decir algo! Con un Dios salve al príncipe de Gales daría en el clavo, y usted se queda ahí como si lo que le he dicho no tuviera importancia. Debe de ser porque es usted un héroe, supongo, debe guardar siempre la compostura. ¿No es tarea fácil ser un héroe, verdad?

—No, señor —respondió Sharpe con una gran sonrisa.

Se abrió la puerta y se asomó Chatsworth con una pesada bandeja de madera y la dejó en el suelo frente a la chimenea.

—Pan y jamón, señor; en el tarro pequeño tiene mostaza. El té está bien cargado, señor, y lamento comunicarle que el tenedor para las tostadas estaba en su habitación, señor. Aquí lo tiene, señor.

—Es usted un pícaro y un sinvergüenza, Chatsworth. Después de esto me acusará de haber quemado la correspondencia del capellán general.

—Sí, señor —respondió Chatsworth riendo con satisfacción.

—¿Es usted metodista, Chatsworth?

—No, señor. No sé exactamente qué es ser metodista, señor.

—Realmente afortunado —respondió Nairn, mientras clavaba una rebanada de pan en el tenedor.

Un teniente apareció entonces por la puerta abierta situada detrás del general y llamó vacilante para llamar su atención.

—General Nairn, ¿señor?

—¡El general de división Nairn está en Madrid negociando la rendición con los franceses! —le respondió Nairn, y se envolvió la mano en el pañuelo gris para protegerse del calor y acercó el pan a los leños.

El teniente no sonrió. Se quedó en la puerta.

—Saludos del coronel Greave, señor, quiere saber qué debe hacer con los soportes de hierro de los pontones.

Nairn recorrió con la mirada el techo amarillo y preguntó:

—¿Quién está a cargo de los pontones, teniente?

—Los ingenieros, señor.

—¿Y quien, dígame, está al mando de nuestros valientes ingenieros?

—El coronel Fletcher, señor.

—Entonces, ¿qué le va a decir usted al coronel Greave?

—Ya veo, señor. Sí, señor. —El teniente respondió tras hacer una pausa—. Que se lo pregunte al coronel Fletcher, señor.

—Usted va a llegar a general, teniente. Ya puede irse, y si la jefa de las lavanderas quiere verme, dígame que estoy casado y que no puedo acceder a sus proposiciones deshonestas.

El teniente se marchó y Nairn miró enfurecido al ordenanza.

—¡Deje ya de sonreír, soldado Chatsworth, el príncipe de Gales se ha vuelto loco y lo único que hace usted es reír como un tonto!

—Sí, señor. ¿Es todo, señor?

—Sí, Chatsworth, gracias. Ahora váyase y no haga ruido al cerrar la puerta.

Nairn esperó a que cerrara la puerta. Le dio la vuelta al pan que tenía en el tenedor y espetó.

—Usted no está loco, ¿verdad, Sharpe?

—No, señor.

—¡Gracias a Dios! Es posible que el príncipe de Gales tenga la misma vena de locura que su padre. Está interfiriendo en el ejército y el general está realmente preocupado. —Hizo una pausa y acercó demasiado el pan a las llamas. Sharpe no dijo nada, pero supo que la preocupación del general y la injerencia del príncipe de Gales tenían algo que ver con la repentina orden que había recibido de ir hacia el norte. Nairn le lanzó una mirada envuelta en sus pobladas cejas—. ¿Ha oído hablar de Congreve?

—¿El hombre del cohete?

—El mismo. Sir William Congreve, protegido del príncipe y artífice de un sistema de artillería de cohetes. —El pan humeaba y Nairn lo apartó del fuego—. En un momento en el que necesitamos caballería, artillería e infantería, ¿qué nos mandan, Sharpe? ¡Cohetes! Un escuadrón de caballería de cohetes. Y todo porque el príncipe, en un arrebato de locura como los de su padre, cree que ganarán la guerra. Tenga. —Le ofreció el tenedor a Sharpe. Luego untó su tostada quemada con mantequilla—. ¿Quiere té?

—Lo siento, señor —dijo Sharpe, que debía haber servido el té. Llenó las dos tazas mientras Nairn acompañaba su tostada con un generoso trozo de jamón bañado en abundante mostaza.

Nairn dio un sorbo al té y suspiró.

—Con el té que hace, Chatsworth se tiene el cielo ganado. Un día hará muy feliz a alguna mujer —dijo mientras observaba a Sharpe tostando su rebanada de pan—. Cohetes, Sharpe. Tenemos en la ciudad un escuadrón de caballería de cohetes y la Guardia Real nos ordena que les hagamos una prueba concienzuda —sonrió—. ¿No le gusta más tostada?

—No, señor —a Sharpe le gustaban las tostadas blancas. Le dio la vuelta—. A mí me gustan quemadas. —Hizo una pausa y le dio un buen mordisco al jamón—. Lo que tenemos que hacer, Sharpe, es probar esos malditos cohetes y, cuando veamos que no funcionan, devolverlos a Inglaterra y quedarnos con todos sus caballos, a los que daremos buen uso. ¿No le parece?

—Sí, señor.

—¡Perfecto, porque es usted quien debe hacerlo! Usted se encargará del capitán Gilliland y de sus artefactos infernales y lo pondrá a prueba como si estuviera en una batalla. Eso es lo que dicen sus órdenes. Lo que digo yo, y también diría el general, si estuviese aquí, es que debe someterlo a una prueba tan dura que regrese corriendo a Inglaterra con algo de sentido común en la cabeza.

—¿Quiere que los cohetes fracasen, señor? —preguntó Sharpe mientras untaba su tostada con mantequilla.

—No quiero que fracasen, Sharpe. Me encantaría que funcionaran, pero no funcionan. Tuvimos unos cuantos hace un par de años y son tan caprichosos como una perra en celo. Pero el príncipe cree que lo sabe todo. Usted deberá ponerlos a prueba y también deberá ejercitar al capitán Gilliland en las maniobras bélicas. Hablando claro, Sharpe, debe enseñarle a cooperar con la infantería en los terrenos que la infantería, si él llega alguna vez a entrar en batalla, tendría que proteger a las tropas del orgulloso tirano. —Nairn devoró otro bocado de jamón—. Personalmente —dijo bajando el tono de voz—, me encantaría que Bonaparte le aplastara, a él y a sus malditos cohetes, pero debemos mostrar buena disposición.

—Sí, señor —respondió Sharpe antes de tomar un sorbo de té.

Había algo extraño en todo aquello, algo que no le habían dicho. Sharpe había oído hablar del sistema de cohetes de Congreve. De hecho, desde hacía un lustro en el ejército corrían rumores de que existía una nueva artillería secreta. Sin embargo, ¿por qué elegían a Sharpe para probarla? Él era capitán y Nairn había dicho que debería dar órdenes a otro capitán. Aquello no tenía sentido.

Nairn tostaba otra rebanada de pan.

—Se pregunta por qué ha sido elegido, ¿verdad? Por qué le hemos elegido entre todos los oficiales y caballeros, ¿no?

—Cierto, señor. Me lo estaba preguntando.

—Pues porque usted resulta molesto, Sharpe. Porque usted no encaja en el esquema tan ordenado del general.

Sharpe mordió la tostada con jamón para evitar responder. Nairn parecía haberse olvidado del tenedor de las tostadas que tenía en la chimenea y cogió una hoja de papel de la mesa.

—Se lo he dicho, Sharpe, el príncipe se ha vuelto loco. No sólo nos ha impuesto al horrible Gilliland con sus horribles cohetes Congreve, sino que también nos ha impuesto esta orden. —«Esta orden» era la hoja de papel que Nairn sostenía entre los dedos como si fuera algo contagioso—. ¡Espantoso! Supongo que es mejor que la lea usted mismo, aunque sólo Dios sabe por qué no la echo al fuego igual que la maldita carta del capellán. Tenga —dijo mientras le tendía la hoja a Sharpe. Después, volvió a concentrarse en su tostada.

El papel era grueso y suave. Destacaba un gran sello rojo estampado en el amplio margen izquierdo. Sharpe la encaró hacia las ventanas para poder leerla. Las dos primeras líneas estaban impresas con letra grabada en cobre: «Jorge III, por la gracia de Dios y del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, Rey y Defensor de la Fe». Las siguientes palabras estaban escritas a mano en papel rayado. «Fiel y muy estimado Sr. D. Richard Sharpe.» La carta continuaba. «Saludo: por la presente, le elegimos y nombramos para ser...».

Sharpe levantó la vista y miró a Nairn.

El general de división refunfuñaba mientras recogía la mantequilla que se le había caído en el plato.

—Es una pérdida de tiempo, Sharpe. ¡Tírela al fuego! ¡Está loco!

Sharpe sonrió tratando de controlar la emoción que crecía en él, emoción y pura incredulidad, casi no se atrevía a leer las siguientes palabras:

«Comandante de nuestro Ejército en Portugal y España».

¡Dios santo! ¡Dios todopoderoso! El papel le temblaba entre las manos. Se reclinó un instante, tocó con la cabeza el respaldo de la silla. ¡Comandante! Llevaba diecinueve años en el ejército. Se había alistado unos días antes de su decimosexto cumpleaños y había partido a la India entre sus filas, con el mosquete y la bayoneta en las manos, y ahora era comandante. ¡Dios mío! Había luchado tanto para ascender a capitán, pensaba que nunca lo conseguiría y ahora, de repente, de forma inesperada, sin motivo alguno, esto: ¡Comandante Richard Sharpe!

Nairn le sonrió.

—Sólo es un ascenso temporal, Sharpe.

Comandante honorario, entonces, pero comandante al fin y al cabo. El verdadero rango era el de regimiento, y si el nombramiento decía «un comandante de nuestro regimiento South Essex», indicaba que era un rango de regimiento. El rango temporal implicaba que sería comandante mientras sirviera fuera de su propio regimiento, con sueldo de comandante. Sin embargo, si tuviera que retirarse en ese momento, para establecer su paga se tendría en cuenta el rango de regimiento y no el nuevo ascenso a comandante. Pero, ¿a quién le importaba? ¡Era comandante!

Nairn observó aquel rostro duro y moreno. Sabía que tenía delante a una persona extraordinaria, alguien que había ascendido muy alto, muy rápido, y Nairn se preguntó qué impulsaba a un hombre como Sharpe. Sentado junto al fuego con el nombramiento en las manos parecía un hombre tranquilo, moderado, y sin embargo, Nairn conocía la historia de este soldado. Había muy poca gente en el ejército que no hubiera oído hablar de Sharpe. El general decía que era el mejor jefe de compañía ligera del ejército y, quizá por eso, pensaba Nairn, Wellington se había enfurecido con la intromisión del príncipe de Gales. Sharpe era un buen capitán, pero ¿sería un buen comandante? Nairn no conocía la respuesta. Sharpe, el hombre que se empeñaba en llevar el uniforme verde de los fusileros del batallón 95, no había defraudado hasta entonces al ejército, y el ascenso a comandante no conseguiría apaciguar la ferocidad de su capacidad de lucha.

Sharpe leyó el nombramiento hasta el final. Daría órdenes a oficiales y soldados, observaría y cumpliría esas órdenes como se las dieran a él. ¡Dios! ¡Comandante!

«Redactada en Nuestra Corte en Carlton House el catorce de diciembre de 1819 en el quincuagésimo tercer año de Nuestro reinado.» Las palabras «Por Orden de su Majestad» habían sido tachadas y en su lugar el nombramiento rezaba: «Por Orden de

Su Alteza Real el príncipe Regente, en Nombre de su Majestad».

Nairn le sonrió.

—El príncipe oyó hablar de Badajoz, después de García Hernández, e insistió. Va contra el reglamento, claro está, totalmente en contra el reglamento. No es él quien tiene que ascenderle. ¡Tírela al fuego!

—¿Se lo tomaría muy mal si le desobedeciera, señor?

—¡Enhorabuena, Sharpe! Está empezando con buen pie. —Pronunció las últimas palabras rápidamente porque le venía un estornudo y cogió el pañuelo, se tapó la boca con él y estornudó con estruendo. Meneó la cabeza, estornudó y volvió a sonreír—. ¡Mi más sincera enhorabuena!

—Gracias, señor.

—No me lo agradezca a mí, comandante. Agradézcanslo a todos asegurándose de que los cohetes del pequeño Gilliland se van al garete. ¿Sabe que le han dado al muy cretino ciento cincuenta caballos para sus juguetes? ¡Ciento cincuenta! Necesitamos esos caballos Sharpe, pero no podremos tocarlos mientras el príncipe crea que con ellos vamos a derrotar a Bonaparte. ¡Demuéstrele que no funcionan, Sharpe! A usted le escuchará.

Sharpe sonrió.

—¿Por eso me han elegido a mí?

—¡Exacto! Usted no es tonto. Claro que lo hemos elegido por eso, y también como castigo, claro.

—¿Como castigo?

—Sí, por ser ascendido antes de tiempo. Si hubiera tenido la gentileza de esperar a que muriera uno de los comandantes de su regimiento South Essex, habría conseguido el rango de regimiento. Ya llegará, Sharpe, ya llegará. Por poco que 1813 se parezca a este año, todos habremos ascendido a mariscal de campo para Navidad —dijo mientras se ajustaba la bata para cubrirse el pecho—. Eso si llegamos hasta la próxima Navidad, cosa que dudo. —Se levantó—. ¡Puede marcharse, Sharpe! Encontrará a Gilliland jugando con sus fuegos artificiales en la carretera de Guarda. Ésas son sus órdenes. Sabe que usted va a ir, pobre cordero. ¡Envíeselo de nuevo al príncipe, Sharpe, pero quédese los malditos caballos!

—Sí, señor —dijo Sharpe levantándose.

Cogió las órdenes que le tendía y de nuevo sintió emoción. ¡Era comandante!

De pronto sonaron las campanas de la iglesia, turbaron el aire en calma y asustaron a los pajarillos, que emprendieron el vuelo presurosos. Nairn se sobrecogió al oírlas y cruzó la habitación hasta la ventana.

—¡Deshágase de Gilliland, así podremos tener todas unas Navidades tranquilas! —dijo frotándose las manos—. Gracias a Dios, aparte de esas malditas campanas, comandante, nada perturba al ejército de Su Majestad en Portugal y España.

—Sí, señor. Gracias, señor. —¡Dios, qué bien le sonaba ese «comandante»!

Las campanas seguían repicando anunciando el día festivo y, mientras tanto, cincuenta millas al noreste, los primeros soldados ingleses con las casacas rojas desaliñadas entraban en el pueblecito de Adrados.

Capítulo 2

El rumor llegó muy pronto a Frenada, aunque al cruzar los campos portugueses la historia se distorsionó y retorció del mismo modo, sobre el valle, se enredaba la estela de humo de los cohetes de Congreve que Sharpe ponía a prueba.

El sargento Patrick Harper fue el primer hombre de la compañía de Sharpe que conoció la historia. Se la contó su mujer, Isabella, que la había oído en el pulpito de la iglesia de Frenada. La ciudad estaba indignada y Harper compartía esa indignación. Tropas inglesas, y no sólo eso sino además protestantes, habían llegado a aquel pueblo remoto y lo habían saqueado, y asesinado, violado y deshonrado a sus gentes en un día santo.

Patrick Harper se lo contó a Sharpe. Estaban sentados en el valle con el teniente Price y los otros dos sargentos de la compañía bajo el sol de invierno. Sharpe escuchó toda la historia de boca de su sargento y negó con la cabeza.

—No me lo creo.

—Se lo juro por Dios, señor. El sacerdote lo ha explicado en la iglesia.

—¿Usted lo oyó?

—¡Lo oyó Isabella! —respondió Harper con una mirada beligerante escondida bajo sus cejas castañas. La indignación que sentía resaltaba su acento del Ulster—. ¡Es difícil que el hombre mienta en su pulpito! ¿Qué sentido tiene?

Sharpe movió la cabeza con incredulidad. Había luchado con el sargento Harper en una docena de batallas, lo consideraba amigo y, no obstante, no estaba acostumbrado a esa acritud.

Harper tenía la serena confianza de un hombre fuerte. Su humor inmejorable le había ayudado a superar campos de batalla, vivaques y el malvado destino que a él, un irlandés, le había obligado a alistarse en el ejército inglés. A pesar de todo, Harper siempre tenía un recuerdo para su Donegal natal y había algo en ese rumor que le tocaba la fibra patriótica y que aparecía siempre que pensaba en el trato que Inglaterra dispensaba a Irlanda. Protestantes que violan y asesinan a católicos, un lugar santo profanado: esas imágenes le bullían a Harper en la cabeza. Sharpe sonrió.

—¿De verdad cree, sargento, que algunos de nuestros muchachos fueron a un pueblo, mataron a una guarnición española y violaron a todas las mujeres? ¿Realmente le parece posible?

Harper se encogió de hombros y contestó renuente.

—¡Está bien, quizás es la primera vez, quizás! ¡Pero lo cierto es que ha sucedido!

—¡Pero por el amor de Dios!, ¿por qué harían una cosa así?

—¡Porque son protestantes, señor! Aunque tengan que recorrer cien millas para matar a un católico, lo harán. ¡Lo llevan en la sangre!

El sargento Huckfield, un inglés protestante, escupió una brizna de hierba.

—¡Bien Harper! ¿Y qué me dice de los católicos y la Inquisición? ¿No ha oído hablar nunca de la Inquisición? ¡Dios! ¡Está hablando de matar, si lo aprendimos todo de la maldita Roma!

—¡Ya basta!

Sharpe había tenido que aguantar muchas veces esa discusión y no quería volver a oírla si Harper estaba tan furioso. Se dio cuenta de que el enorme irlandés iba a decir algo y paró la discusión antes de que el asunto pasara a mayores.

—¡He dicho que basta!

Se dio la vuelta para ver si la guarnición de Gilliland había acabado con unos preparativos que parecían interminables y descargó su rabia quejándose de lo lentos que eran.

El teniente Price estaba tendido, con el chacó sobre la cara, y sonrió al oír que Sharpe renegaba. Cuando Sharpe acabó, se retiró el chacó de los ojos.

—Eso es porque trabajamos en domingo. No descansamos el día del Señor. Mi padre dice que no se consigue nada bueno trabajando en sabat.

—Además hoy es 13 —añadió el sargento McGovern con voz sombría.

—Trabajamos en domingo... —respondió Sharpe esforzándose por mantener la calma— porque así habremos acabado este trabajo para Navidad y ustedes podrán regresar al batallón. Y así, podrán comer las ocas que el comandante Forrest ha tenido la amabilidad de comprar y emborracharse con el ron del comandante Leroy. Si lo prefieren, podemos regresar a Frenada ahora mismo. ¿Algo que decir?

—¿Qué me regalarán por Navidad, comandante? —preguntó Price ceceando con voz de chiquillo.

Los sargentos se echaron a reír y Sharpe vio que, por fin, Gilliland estaba listo. Se levantó y se sacudió la tierra y la hierba del uniforme de caballería francés que llevaba debajo de la casaca de fusilero.

—Ya es hora. Vamos.

Llevaba cuatro días realizando pruebas y ensayos con los cohetes de Gilliland. Sabía, o creía saber, lo que debía decir de ellos. No funcionaban. Eran entretenidos, incluso espectaculares, pero, irremediabilmente, poco precisos.

No era la primera vez que se utilizaban en una guerra. Gilliland, que sentía una gran pasión por el arma, le había dicho a Sharpe que los habían utilizado por primera vez en China, hacía cientos de años. El mismo Sharpe había visto que el ejército indio usaba cohetes. Esperaba que los cohetes ingleses, fruto de la ciencia y la ingeniería, demostraran ser mejores que los que habían engalanado el cielo de Seringapatam.

Los cohetes de Congreve tenían el mismo aspecto que los cohetes con los que se celebraban las fiestas reales en Londres, sólo que éstos eran bastante más grandes. El cohete más pequeño de Gilliland medía once pies, dos de ellos para el cilindro que contenía la carga de pólvora y acabado con una granada, el resto lo constituía el

cuerpo sólido del cohete. El más grande, según Gilliland, medía veintiocho pies, la cabeza era más alta que la de un hombre y podía cargar más de cincuenta libras de explosivo. Si se consiguiera enviar un cohete como ése, aunque tan sólo fuera cerca del objetivo, resultaría un arma temible.

Sharpe siguió ejercitando a los hombres de Gilliland durante dos horas más bajo un cielo despejado que, sorprendentemente, el sol de diciembre conseguía calentar. Sharpe estaba seguro de que sería una pérdida de tiempo, ya que él dudaba que Gilliland llegara a tener que colaborar con la infantería en una batalla. Sin embargo, el arma tenía algo que le fascinaba.

Mientras ordenaba que la fina línea que formaban sus tiradores se apartara por cuarta vez de delante de la batería, pensó que quizás era la matemática del cohete. Una batería de artillería contaba con seis cañones, aunque necesitaba ciento setenta y dos hombres y ciento sesenta y cuatro caballos para desplazarla y ocuparse de ella. En combate, la batería podía disparar doce disparos por minuto.

Gilliland contaba con el mismo número de hombres y soldados y, sin embargo, podía disparar noventa proyectiles por minuto. Podía mantener la media de disparos durante un cuarto de hora, disparando toda la dotación de mil cuatrocientos cohetes, y no había batería que pudiera resistir esa potencia.

Había otra diferencia, algo inquietante. Diez disparos de cañón de cada docena darían a quinientas millas del blanco. Incluso a trescientas millas, Gilliland podía considerarse afortunado si un cohete de cada cincuenta caía cerca del blanco.

Por última vez aquel día, Sharpe hizo que la línea de tiradores se separara. Price hacía señas desde el otro lado del valle.

—¡Despejado, señor!

Sharpe miró a Gilliland y gritó:

—¡Fuego!

Los hombres de Sharpe empezaron a reír. Esta vez sólo se dispararían doce cohetes pequeños. Cada uno estaba colocado en una hondonada abierta para que avanzara a ras de suelo al ser encendido. Los artilleros prendieron fuego a las mechas, una espiral de humo se elevó por el aire en calma, y entonces y casi al mismo tiempo, una explosión puso los cohetes en movimiento. Grandes estelas de humo y chispas salieron despedidas hacia atrás, la hierba de las hondonadas quedaba chamuscada y los cohetes avanzaban, cada vez con mayor rapidez, y se elevaban ligeramente sobre el pálido campo invernal; llenaban el valle de un estruendo confuso y aullaban sobre los pastos mientras los hombres de Sharpe gritaban entusiasmados.

Uno chocó contra el suelo y al dar la vuelta, el cuerpo se abrió y la cabeza suelta cayó en la tierra esparciendo llamas y humo negro por el valle. Otro cohete giró hacia la derecha, chocó con otro y ambos se incrustaron en la tierra. Había dos que parecía que iban bien, ardiendo sobre el campo, y el resto vagaban y dibujaban complicadas

líneas de humo sobre la hierba.

Todos menos uno. Un cohete avanzó trazando una curva perfecta, subía cada vez más alto, ascendió tanto que quedó oculto entre el humo que desprendía y que parecía concentrarse bajo su ardiente cola. Sharpe lo miró, entrecerrando los ojos a causa de la luminosidad del sol, y le pareció ver que el cuerpo temblaba entre el humo, giraba, y luego vio de nuevo las llamas. El cohete había dado una vuelta en redondo y se abalanzaba sobre la tierra, se aceleraba ante la ráfaga de fuego y les gritaba a los hombres que lo habían disparado.

—¡Corran! —gritó Sharpe a los artilleros.

Harper, que había olvidado temporalmente la indignación que sentía por la masacre, se carcajeaba.

—¡Corran, idiotas!

Los caballos se desbocaron, el pánico se apoderó de los hombres y el ruido iba en aumento, un rayo en el cielo de diciembre, y la voz estridente de Gilliland no hacía más que acrecentar la confusión entre sus hombres. Los artilleros se tiraron al suelo con las manos en la cabeza, el rugido creció y de repente quedó en nada, ya que la *cabeza*, maciza de seis libras del cohete quedó sepultada en el suelo. El cuerpo del cohete se estremeció. El explosivo siguió ardiendo con intensidad durante un segundo en la base del cilindro, después se extinguió y sólo quedaron unas vacilantes llamas azules alrededor del cuerpo.

—¡Dios salve Irlanda! —exclamó el sargento Harper enjugándose los ojos.

—¿Y los demás cohetes? —preguntó Sharpe mirando campo arriba.

El sargento Huckfield sacudió la cabeza.

—¡Por todas partes, señor! El más próximo al blanco cayó aproximadamente a treinta yardas. —Chupó el lápiz, apuntó algo en el libro que llevaba y se encogió de hombros—. Lo normal, señor.

Por desgracia para Gilliland, era lo normal. Parecía que los cohetes actuaban por cuenta propia cuando se ponían en movimiento. Tal como había dicho el teniente Price, funcionaban de maravilla para espantar a los caballos, siempre que a uno no le importara qué caballos se asustaran, franceses o británicos.

Sharpe remontó el valle con el capitán Gilliland entre los restos humeantes de sus proyectiles. El aire estaba muy cargado por el humo de la pólvora. Todo quedaba anotado en el libro: los cohetes eran un desastre.

Gilliland, un joven bajito cuyo rostro delgado se iluminaba con la fanática pasión que sentía por sus armas, le suplicaba a Sharpe. Éste ya había escuchado antes todas esas explicaciones. Le escuchaba a medias, y en parte se compadecía de las desesperadas ansias que tenía Gilliland de participar en la campaña de 1813. El año terminaba amargamente. Tras las grandes victorias de Ciudad Rodrigo, Badajoz y Salamanca, la campaña había sufrido un parón ante la fortaleza francesa de Burgos.

En otoño, los británicos se habían retirado hacia Portugal, hacia los almacenes de provisiones que mantendrían al ejército durante el invierno y la retirada había sido dura. Algún loco había enviado las provisiones del ejército por otro camino, así que las tropas tuvieron que marchar penosamente hacia el oeste soportando lluvias torrenciales, cansancio y rabia. La disciplina se quebró. Algunos hombres fueron ahorcados al borde de la carretera por saquear. Sharpe dejó a dos borrachos completamente en cueros a merced de los perseguidores franceses. Después de aquello, ningún otro soldado del South Essex se emborrachó y fue uno de los pocos batallones que había regresado a Portugal en perfecto orden. El próximo año vengarían aquella retirada y, por primera vez, los ejércitos de la península marcharían bajo las órdenes de un solo general. Wellington reunía ahora el mando de los ejércitos británicos, portugueses y españoles, y Gilliland le suplicaba a Sharpe poder formar parte de las victorias que esa unión parecía presagiar. Sharpe lo interrumpió.

—Pero, capitán, no dan en el blanco. No puede hacer que sean más precisos.

Gilliland asintió con la cabeza, se encogió de hombros, abrió las manos en señal de impotencia y volvió a dirigirse a Sharpe.

—¿Señor? Usted dijo una vez que un enemigo asustado está medio vencido, ¿no es así?

—Sí.

—Piense en lo que los cohetes le harían al enemigo. ¡Son aterradores!

—Sí, sus hombres acaban de comprobarlo.

Gilliland sacudió la cabeza exasperado.

—Siempre hay uno o dos cohetes locos, señor. Pero, piense en ello, en un enemigo que no los haya visto nunca. De repente ¡las llamas, el humo! ¡Piénselo!

Sharpe lo pensó. Se le había pedido que probara esos cohetes, que lo hiciera minuciosamente y así lo hizo durante cuatro días de duro trabajo. Habían empezado situando los cohetes al máximo alcance, dos mil yardas, y después habían disminuido su alcance hasta sólo trescientas yardas y los misiles seguían siendo poco certeros. «Sin embargo —pensaba Sharpe sonriendo para sus adentros—, ¿qué efecto tendrían en un hombre que no los conociera?» Miró al cielo. Era mediodía. Había pensado en disfrutar de una tarde tranquila antes de ir a la representación de *Hamlet* que los oficiales de la división ligera organizaban en un granero a las afueras de la ciudad, pero quizá se le había olvidado una prueba. No le llevaría mucho. Una hora más tarde, y sólo con el sargento Harper, miraba cómo Gilliland hacía los preparativos para disparar a seiscientas yardas. Harper miró a Sharpe y sacudió la cabeza.

—Estamos locos.

—No tiene por qué quedarse.

—Le prometí a su esposa que cuidaría de usted, señor. Y aquí me quedo, cumpliendo mi promesa —respondió Harper con voz abatida.

Teresa. Sharpe la había conocido dos años antes, cuando su compañía había luchado junto a su grupo de guerrilleros. Teresa luchaba contra los franceses a su manera, con emboscadas y cuchillos, sorpresa y terror. Llevaban ocho meses casados y Sharpe no debía de haber pasado más de diez semanas con ella. Su hija, Antonia, tenía ahora diecinueve meses. Una hija a la que amaba porque era su único pariente consanguíneo, una hija a la que no conocía y que crecería hablando otro idioma, pero hija suya al fin y al cabo. Le sonrió a Harper.

—No nos pasará nada. Ya sabe que siempre fallan.

—Casi siempre, señor.

Quizás estaban locos al intentar esa prueba, pero Sharpe quería ser justo con el entusiasmo de Gilliland. Los cohetes no eran precisos y se habían convertido en el blanco de los chistes de los hombres de Sharpe, que disfrutaban viendo cómo los juguetes de Gilliland viraban, chocaban y se incendiaban. Sin embargo, por curiosa que resultara su trayectoria, la mayoría de los cohetes se dirigían hacia el enemigo y quizá Gilliland tuviera razón. Quizás aterrarían al enemigo y sólo había un modo de saberlo. Convertirse él mismo en objetivo.

Harper se rascó la cabeza.

—Si mi madre supiera, señor, que estoy de pie junto a una pared y treinta condenados cohetes apuntando hacia mí... —y dejó escapar un suspiro mientras agarraba el crucifijo que llevaba colgado al cuello.

Sharpe se daba cuenta de que los artilleros estaban ensamblando los cuerpos. Cada cañón de doce libras requería dos secciones de cuerpo. La primera, que encajada en un tubo de metal al lado de la cabeza del cohete, tenía que sujetarse torciendo el metal con tenazas. La segunda era un tubo de metal que se retorció del mismo modo y que unía los dos cuerpos en un eje de diez pies que equilibraba la cabeza del cohete. El eje tenía otra utilidad que fascinaba e impresionaba a Sharpe. Cada soldado de la caballería de cohetes guardaba una punta de lanza en una pistolera especial de su silla. La punta de lanza podía clavarse en los cuerpos ensamblados y entrar en batalla a lomos del caballo. Los hombres de Gilliland no estaban entrenados para luchar con la lanza, tampoco con los sables que todos llevaban, pero en aquella punta de lanza separada había una ingenuidad que Sharpe adoraba. Había dejado consternado a Gilliland al insistir en que el escuadrón de cohetes debía ejercitar cargas de caballería.

—¡Portafuegos encendidos!

Harper parecía decidido a hacer un comentario sobre su propia muerte. Sharpe vio a su compañía sentada junto a los «coches» de los cohetes de Gilliland, sus carros de suministro especialmente equipados.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Harper mientras se santiguaba.

Sharpe sabía que los portafuegos encenderían las mechas de los cohetes.

—¿No había dicho usted que no podrían darle a una casa a cincuenta yardas?

—Pero es que yo soy un blanco muy grande. —Harper medía seis pies y cuatro pulgadas.

Se vio una voluta de humo en el fondo del campo. Ese cohete ya debía de estar moviéndose, quemando hierba, saltando como un tiro rápido por encima de la tierra y martilleando delante del fuego y el humo. Los demás también prendieron.

—¡Oh, Dios! —gimió Harper.

Sharpe sonrió.

—Si se acercan, salte al otro lado del muro.

—Lo que usted diga, señor.

Durante uno o dos segundos, los cohetes eran tan sólo puntos que serpenteaban de forma curiosa, envueltos en fuego, en el centro de una estela de humo. Las estelas se entretejieron al tiempo que los cohetes ascendían y vagaban y luego, con tal rapidez que Sharpe no hubiera tenido tiempo de lanzarse detrás de la pared de piedra, pareció que los cohetes saltaban directamente contra ellos. El sonido inundaba el valle, el fuego resplandecía detrás de los cohetes y entonces pasaron de largo, aullando por encima de la pared, y Sharpe se dio cuenta de que se había agachado a pesar de que el cohete más cercano había pasado a más de treinta yardas.

Harper renegó y le lanzó una mirada a Sharpe.

—No resulta tan divertido desde aquí, ¿verdad?

Sharpe se sintió aliviado al ver que los cohetes habían desaparecido. Incluso a treinta yardas de distancia, el ruido y el fuego eran alarmantes.

Harper sonrió.

—¿Diría usted que hemos acabado nuestro trabajo, señor?

—Sólo quedan los grandes. Entonces todo habrá acabado.

—Supongo que lo dice por lo que nos va a caer encima.

La siguiente descarga no se iba a disparar a ras de suelo, la dirigirían hacia el aire en tubos de lanzamiento apoyados sobre trípodes. Sharpe sabía que Gilliland realizaba los cálculos matemáticos de la trayectoria. Sharpe siempre había pensado que las matemáticas eran la más exacta de todas las ciencias, pero no veía cómo podían aplicarse a la naturaleza inexacta de los cohetes. Sin embargo, seguro que Gilliland andaba ocupado con ángulos y ecuaciones. Tenía que averiguar la dirección del viento, ya que si una ráfaga se cruzaba en trayectoria, los cohetes tenían la perversa costumbre de girar en dirección opuesta. Esto, según le había explicado Gilliland, ocurría porque el viento ejercía más presión en el cuerpo, al ser éste largo, que en la cabeza cilíndrica. Así que los tubos debían dirigirse a favor del viento si el blanco estaba contra el viento. Otro cálculo era el de la longitud del cuerpo del cohete, ya que un cuerpo más largo significaba más altura y una trayectoria mayor y, a seiscientas yardas, Sharpe sabía que los artilleros restarían longitud a la cola del

cohete. Otro imponderable era el ángulo de lanzamiento; un cohete viajaba relativamente despacio al salir del tubo de lanzamiento y la cabeza se inclinaba un poco hacia el suelo en los primeros pies de vuelo, así que había que aumentar el ángulo de lanzamiento para compensarlo. La ciencia moderna aplicada a la guerra.

—Sujétese el sombrero, señor.

El humo y las llamas podían verse muy bien bajo los tubos de lanzamiento, incluso a seiscientas yardas. Entonces, y de repente, los cohetes salieron por el aire. Eran cohetes de dieciocho libras, una docena, y cortaban el aire sobre los rastros de humo de la primera descarga, ascendían, ascendían, y Sharpe vio cómo uno de ellos se desviaba hacia la izquierda y se alejaba de la trayectoria mientras los demás se fundían en una nube de llamas en movimiento que crecía silenciosa sobre el valle.

—¡Dios santo! —exclamó Harper sosteniendo el crucifijo.

Era muy extraño, parecía que los cohetes no se movían. La nube crecía, los puntos envueltos en llamas permanecían quietos, flotaban, y Sharpe se dio cuenta de que era una ilusión debida a la trayectoria curva y directa hacia ellos que llevaban los cohetes. Entonces, un solo punto se desprendió de la nube, con fuego y humo negro sobre el azul claro del cielo. El ruido estalló por encima de los dos hombres; un estruendo agudo, nacido de las llamas, mientras el punto se hacía cada vez mayor.

—¡Al suelo!

—¡Dios mío!

Harper se lanzó hacia la derecha, Sharpe hacia la izquierda. Sharpe pegó el cuerpo al suelo junto a la pared y el ruido le martilleaba, crecía, parecía que las piedras de la pared temblaban, y el aire vibraba con el ruido que se acercaba cada vez más y que llenó todo su mundo de terror al dar contra la pared.

—¡Jesús! —dijo Sharpe girándose y sentándose en el suelo.

El cohete más certero de toda la semana había destrozado la pared de piedra donde ambos se encontraban. El cuerpo del cohete cayó lentamente sobre los escombros. El cilindro humeaba inofensivo en el campo vecino. El humo se elevaba sobre la hierba quemada.

Empezaron a reír sacudiéndose el polvo de los uniformes y, de repente, a Sharpe le pareció sumamente divertido y rodó por el suelo desternillándose.

—¡Santo Dios!

—Sí, más vale que se lo agradezca a Él. Si eso hubiera sido un cañonazo en vez de un disparo... —Harper no terminó la frase; permanecía de pie mirando la pared destrozada.

Sharpe volvió a sentarse.

—Asusta, ¿verdad?

Harper sonrió.

—Seguro que hubiera lamentado tener la barriga llena, señor —y se agachó para

recoger su chacó.

—Así que tal vez haya algo positivo en el loco invento del coronel.

—Sí, señor.

—Imagine que pudiera dispararse toda una descarga a cincuenta pasos.

Harper asintió con la cabeza.

—Cierto, señor, pero hay muchas dudas y peros —dijo con una sonrisa burlona—. Le gustan, ¿verdad? Le encanta probarlos, ¿no? —y añadió soltando una carcajada—: Son sus juguetes de Navidad.

Una silueta vestida con uniforme azul se acercaba a caballo desde el punto de lanzamiento, traía otro caballo. Harper se ajustó el maltrecho chacó para protegerse del sol e hizo un gesto señalando al hombre que llegaba galopando.

—Creo que está preocupado por si nos ha matado, señor.

Los caballos al galope levantaban terrones a su paso. Sharpe meneó la cabeza.

—Ése no es Gilliland —podía ver el galón de caballería en las hombreras azules del uniforme del jinete.

El jinete esquivó los restos de un cohete en llamas, espoleó el caballo y saludó con la mano al acercarse.

Su saludo era apremiante.

—¿Comandante Sharpe?

—Sí.

—Teniente Rogers, señor. Del cuartel general. Saludos del general de división Nairn, señor. Dice si podría informarle de inmediato.

Sharpe tomó las riendas del segundo caballo que llevaba Rogers y las pasó sobre la cabeza del animal.

—¿Qué sucede?

—¿Suceder, señor? ¿No ha oído nada? —respondió.

Rogers estaba impaciente y su caballo, inquieto. Sharpe puso el pie izquierdo en el estribo y estiró los brazos para agarrarse a la silla. Harper le ayudó dándole un impulso. Rogers esperó hasta que el sargento hubo recuperado el chacó de Sharpe para responder.

—Ha habido una masacre, señor, en un lugar llamado Adrados.

—¿Una masacre?

—Sabe Dios, señor. Hay una gran confusión. ¿Está listo?

—Vamos.

El sargento Patrick Harper observó cómo Sharpe espoleaba su caballo y salía tras el teniente. Eso significaba que el rumor era verdad y Harper sonrió satisfecho. No estaba satisfecho porque se demostrara que él tenía razón, sino porque Sharpe había sido convocado y allá donde fuera Sharpe, Harper le seguía. ¿Qué importaba que Sharpe fuera ahora comandante y no estuviera destacado en el regimiento de South

Essex? Seguro que se llevaría a Harper consigo, como siempre, y el gigante irlandés quería contribuir a la venganza contra los hombres que habían ofendido su honor y su religión. Empezó el camino de regreso hacia la compañía, silbando y con la agradable perspectiva de un combate en el alma.

Capítulo 3

—Maldición, maldición, maldición, maldición, maldición, maldición.

El general de división Nairn, todavía en bata y todavía resfriado, miraba por la ventana. Se volvió cuando el teniente Rogers abandonó la habitación después de anunciar a Sharpe. Sus ojos, bajo las revueltas cejas, miraron a Sharpe.

—Maldición.

—Señor.

—Fría como el maldito corazón de un cura.

—¿Señor?

—Esta habitación, Sharpe.

Era un despacho. Había una mesa llena de mapas que, a su vez, estaban cubiertos de tazas y platos vacíos, cajas de rapé, dos tostadas frías a medio comer, una espuela y un busto de mármol de Napoleón que alguien, era de suponer que Nairn, había decorado con tinta haciendo parecer al emperador francés un bobo debilucho. El general se dirigió hacia la mesa y se sentó a ella.

—¿Qué es lo que ha oído usted de esta condenada masacre, comandante? Dé una alegría a este pobre anciano y dígame que no ha oído nada al respecto.

—Me temo que sí he oído algo, señor.

—Pues ¿qué?

Sharpe le contó lo que habían contado en la iglesia aquella mañana y Nairn escuchó cubriéndose los ojos cerrados con las yemas de los dedos. Cuando Sharpe hubo terminado, Nairn emitió un gemido.

—¡Santo cielo, comandante! ¿No podría ser peor? —Nairn se giró sobre la silla y se quedó mirando fijamente los tejados de las casas de la ciudad—. Ya somos poco populares entre los españoles. No olvidan el siglo XVII, malditos sean, y el hecho de que estemos luchando por su condenado país no mejora las cosas. Y ahora los sacerdotes predicán que los paganos británicos están violando todo lo católico, lleve faldas o no. ¡Dios mío! Si los portugueses se lo creen, ¿qué creerán más allá de las fronteras? Pronto le solicitarán al papa que nos declare la guerra. —Se giró de nuevo hacia la mesa, se reclinó y cerró los ojos—. Necesitamos la colaboración de los españoles y es difícil que la consigamos si creen esa historia. ¡Acérquese! —Esta orden iba dirigida a un oficinista que había llamado tímidamente a la puerta. Le tendió a Nairn un papel y el escocés le echó un vistazo y gruñó una aprobación—. Necesito una docena, Simmons.

—Sí, señor.

Cuando el oficinista se marchó, Nairn sonrió con astucia a Sharpe.

—Tenga usted por seguro que pagará por sus pecados, ¿eh? Quemo la carta del buen hombre, el condenado capellán general, y hoy tengo que escribir a cada obispo

y arzobispo de la zona —dijo en un tono servil—. La historia no es verdad, vuestra Merced, esos hombres no pertenecían a nuestro ejército; su Santidad, a pesar de ello arrestaremos a los canallas y les daremos su merecido. Calma.

—¿No es verdad, señor?

Nairn lanzó una rápida mirada de enojo a Sharpe.

—¡Diablos, claro que no es verdad! —Se inclinó, cogió el busto de Napoleón y lo miró fijamente con sus fríos ojos—. Le gustaría creerlo, ¿verdad? Difundirlo por todas partes, condenado *Moniteur*. Así tratan los ingleses a las mujeres españolas. Esto le haría olvidar a todos aquellos buenos hombres que dejó en Rusia. —Arrojó el busto sobre la mesa—. Maldición —vociferó, y se sonó ruidosamente.

Sharpe esperaba. Estaba solo con Nairn, pero había visto mucho movimiento al entrar en el cuartel. El rumor, fuera cierto o no, había movilizó Frenada. Sharpe debía formar parte de ello, si no Nairn no lo hubiera mandado buscar, pero el fusilero prefirió esperar a que se lo comunicara. Evidentemente, había llegado el momento, ya que Nairn le indicó con un gesto que se sentara en una silla junto a una pequeña chimenea y él se sentó enfrente.

—Tengo un problema, comandante Sharpe. En resumen se trata de que tengo en puertas un desagradable follón, un lío que debo resolver, pero no tengo tropas para hacerlo. —Alzó la mano para que Sharpe no le interrumpiera y continuó—: Sí, ya lo sé. Tengo todo un maldito ejército, pero está bajo el mando de Beresford. —Beresford estaba al mando del ejército mientras Wellington politiqueaba en el sur—, Beresford está en el norte, con su portuguesa, y no tengo tiempo de escribirle una de esas notas de «por favor, señor». Si pido ayuda a una de las divisiones, todo general en diez millas a la redonda querrá un pedazo de este pastel. Estoy al mando de este cuartel. Mi trabajo consiste en aprobar los papeles y asegurarme que ningún cocinero se mea en la sopa. De todas formas, le tengo a usted, y tengo al así llamado batallón de guarnición de Frenada, y si usted está dispuesto, podríamos poner fin a este asunto tan desagradable.

—¿Dispuesto, señor?

—Iría voluntario, Sharpe. Esto es una orden —dijo sonriendo, y añadió—: dígame todo lo que sabe de Pot-au-Feu. Del mariscal Pot-au-Feu.

—Nada —contestó Sharpe negando con la cabeza.

—¿Y de un ejército de desertores?

Esto le hizo recordar. Sharpe se acordó de una noche, durante la retirada de Burgos, una noche en la que el viento arrojaba la lluvia sobre un granero sin tejado en el que se habían refugiado cuatrocientos soldados mojados, cansados y hambrientos. Allí se había hablado de un refugio para los soldados, de un ejército de desertores que estaba desafiando a franceses e ingleses, pero Sharpe no había hecho caso de aquellas historias. Eran como otros rumores que se extendían por el ejército. Frunció el ceño.

—¿Es cierto?

—Sí —asintió Nairn.

Y le contó la historia de la que había tenido conocimiento aquella mañana por medio de los papeles de Hogan, del sacerdote de Adrados y de un guerrillero que había acompañado al sacerdote hasta Frenada. Era una historia tan increíble que Sharpe interrumpió en varias ocasiones al general, simplemente, para que se la fuera confirmando. Los rumores más descabellados resultaban ser ciertos.

Hacía un año, o tal vez unos meses más, que se había organizado una banda de desertores que se denominaba a sí misma ejército y que vivían en las montañas del sur de Galicia. Su cabecilla era un francés cuyo nombre se desconocía, un ex sargento que ahora se hacía llamar mariscal Pot-au-Feu.

—Supongo que se traduce por «marmita». Hay quien dice que había sido cocinero —añadió Nairn con sonrisa burlona.

Aquel «ejército» había prosperado a las órdenes de Pot-au-Feu. Vivían en un territorio que no era importante ni para los mariscales franceses ni para Wellington, subsistían sembrando el terror por la región, cogiendo lo que querían, y cada vez eran más porque se unían desertores de todos los ejércitos de la península que habían oído hablar de su existencia. En las filas de Pot-au-Feu había franceses, británicos, portugueses y españoles.

—¿Cuántos son, señor?

Nairn se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Las cifras varían entre cuatrocientos y dos mil. Supongo que unos seiscientos o setecientos.

Sharpe arqueó las cejas. Eso podía constituir una fuerza formidable.

—¿Por qué han venido hacia el sur, señor? —preguntó.

—Buena pregunta. —Nairn se sonó en el enorme pañuelo arrugado—. Parece que los franchutes andan muy activos por Galicia. No sé, malditos rumores, pero se dice que podrían intentar un ataque en invierno a Braganza y luego a Oporto. No lo creo en absoluto, pero hay quien piensa que Napoleón necesita una victoria, sea la que sea, para compensar la catástrofe de Rusia. Si conquistan el norte de Portugal, podrán anunciarlo como una especie de logro. —Nairn volvió a encogerse de hombros—. No puedo entender por qué, pero nos dicen que consideremos en serio esta posibilidad y, ciertamente, hay mucha caballería franchute que se desplaza lentamente por Galicia y creemos que por eso se acercó Pot-au-Feu. Y rápidamente envió a sus desertores británicos a atacar un pueblo llamado Adrados, asesinar a una pequeña guarnición española y luego violar a todas las mujeres. Ahora, media España cree que los ingleses protestantes vuelven a las guerras de religión. Ésta, Sharpe, es la penosa historia, en pocas palabras.

—¿Así que vamos hasta allí y damos su merecido a esa pandilla de canallas?

Nairn sonrió.

—Aún no, Sharpe, aún no. Tenemos un problema —dijo poniéndose en pie y dirigiéndose a la mesa. Revolvió en el desorden de papeles y restos y volvió con un pequeño libro encuadernado en piel negra. Se lo lanzó a Sharpe—. ¿Vio usted a un hombre alto y delgado cuando llegó aquí? De pelo cano, elegante.

Sharpe asintió. Se había fijado en él por el uniforme impecable, el aspecto de aburrida distinción y la evidente opulencia de sus espuelas, su espada y los demás complementos.

—Es él —dijo Nairn señalando el libro.

Sharpe lo abrió. Era nuevo y de tapas duras, y en la página del título leyó *Instrucciones prácticas para los jóvenes oficiales en el arte de la guerra con especial mención a los compromisos que se dan en España*. El autor era el coronel sir Augustus Farthingdale. El libro costaba cinco chelines, había sido publicado por Richard Phillips e impreso por Joyce Gold de Shoe Lane en Londres. La mayoría de las páginas seguían sin cortar, pero los ojos de Sharpe pronto se fijaron en una frase que quedaba interrumpida en una página, así que sacó su cuchillo y separó las dos páginas siguientes. Terminó de leer la frase y sonrió. Nairn percibió la sonrisa.

—Léamela.

—«Durante la marcha, los hombres mantendrán las filas y no se permitirá ninguna palabra o ruido.»

—¡Vaya, ésta me la había perdido! —sonrió socarrón Nairn—. Observará que el prólogo es de mi amigo el capellán general. Recomienda oficios religiosos con frecuencia para mantener a los hombres tranquilos y en orden.

Sharpe cerró el libro.

—Bueno, ¿y por qué es un problema?

—Porque el coronel sir Augustus Farthingdale se ha buscado una esposa. Una esposa portuguesa de buena familia, parece ser, pero papista. ¡Dios sabe lo que diría el capellán general! De todas formas, la flor de primavera que eligió sir Augustus para su otoño quiso ir a Adrados para rezar en un maldito santuario donde se consiguen dos milagros por penique y ¿adivina a quién se encontró allí? A Pot-au-Feu. Lady Farthingdale es ahora su rehén. Si cualquier tropa se acerca a más de cinco millas de Adrados, la entregará a los violadores y asesinos que componen sus filas. Pero si sir Augustus paga quinientas guineas se la devolverán.

Sharpe dejó escapar un silbido, Nairn sonrió.

—Sí, es un buen precio por un par de piernas que te envuelvan en la cama. De cualquier modo, sir Augustus asegura que el precio es justo, que hará cualquier cosa, cualquier cosa, para que su esposa regrese sana y salva a casa. Diablos, Sharpe, no hay nada más repugnante que un hombre mayor enamorado de una mujer cuarenta años más joven que él.

Sharpe se preguntó si había un atisbo de celos en las palabras de Nairn.

—¿Por qué piden un rescate por ella, señor, si es su seguro para evitar un ataque?

—No es usted tonto. Sólo Dios conoce la respuesta. Nos han mandado una carta para que enviemos el dinero un día concreto, a una hora concreta, etcétera, etcétera. Quiero que vaya usted.

—¿Solo?

—Puede llevarse a un hombre, eso es todo.

—¿Y el dinero?

—Se lo dará sir Augustus. Afirma que su joven esposa es una perla sin precio, así que está muy ocupado mandando cartas para recuperarla.

—¿Y si no la dejan en libertad?

Nairn sonrió. Se había arrebujado en su bata.

—No creo que la liberen. Sólo quieren el dinero, nada más. Sir Augustus se ofreció con poca convicción para llevarlo él mismo, pero quedó muy aliviado cuando me negué. Supongo que dos rehenes son mejor que uno y un caballero del Reino sería una buena arma para negociar. De todas formas, necesito a un soldado para ir allí.

—Él es un soldado —afirmó Sharpe levantando el libro.

—El es un escritor de mierda, Sharpe, todo palabras y aire. No, va usted. Fíjese en sus defensas. Aunque no traiga a la potra, usted sabrá cómo llegar hasta allí y encontrarla.

Sharpe sonrió.

—¿Un rescate?

Nairn asintió.

—Un rescate. Sir Augustus Farthingdale, comandante, es el representante militar de nuestro Gobierno ante el Gobierno portugués, lo que significa, entre usted y yo, al diablo con todo mientras asista a muchas cenas y conozca a jóvenes guapas. Sólo Dios sabe cómo consigue mantenerse tan delgado. A pesar de todo, es muy popular en Lisboa. Al Gobierno le agrada y, además, se supone que su mujer proviene de alguna familia de alta alcurnia y no vamos a recibir cartas de agradecimiento si permitimos que una panda de canallas la violen en las montañas. Tenemos que sacarla de allí. Una vez resuelto esto tendremos las manos libres para cocinar a Pot-au-Feu en una cacerola a fuego lento. ¿Le satisface su misión?

Sharpe miró por la ventana. Grandes estelas de humo ascendían en vertical desde las chimeneas de Frenada, humo que se dispersaba en un frío cielo límpido. Nairn no había permitido que fuera sir Augustus porque el coronel podría convertirse en rehén, pero Nairn no temía por Sharpe. Sonrió al general de división.

—Deduzco que soy prescindible, señor.

—¿Usted es un soldado, no? ¡Claro que es usted prescindible!

Sharpe seguía sonriendo. Era un soldado, y una mujer debía ser rescatada, y ¿no

era eso lo que habían hecho tradicionalmente los soldados a lo largo de la historia? Su sonrisa se hizo más amplia.

—Claro que iré, señor. Con mucho gusto.

En las iglesias de España se rezaba por la venganza contra los que habían perpetrado la desgracia de Adrados. Esas oraciones iban a ser escuchadas.

Capítulo 4

La Entrada de Dios.

Realmente eso era lo que parecía desde doscientos pies más abajo, en una clara mañana de invierno. Sharpe y Harper montaban sus tranquilos caballos por el camino hundido entre rocas cuyos perfiles abrigaban todavía la escarcha acumulada durante la noche. Adrados estaba justo detrás del collado del desfiladero, el paso era la Entrada de Dios.

A izquierda y derecha se alzaban picos rocosos, un paisaje de pesadilla, salvaje y escarpado; ante ellos se extendía la hierba baja del camino que cruzaba la sierra; la Entrada protegía ese camino.

A la derecha del desfiladero quedaba la fortificación. El Castillo de la Virgen. El propio Cid había conocido aquel castillo, había estado en sus murallas antes de partir a luchar contra las curvas cimitarras del islam. La leyenda contaba que los tres reyes musulmanes habían muerto en las mazmorras del Castillo de la Virgen, que habían muerto negándose a profesar el cristianismo y que sus almas vagaban como fantasmas en la Entrada de Dios. El castillo llevaba allí desde tiempos inmemoriales, construido antes de ganar las Guerras de Dios. Pero cuando los musulmanes fueron expulsados y se marcharon por mar, empezó su decadencia. Los españoles se habían trasladado desde los refugios de montaña hasta los desfiladeros de las llanuras menos agrestes. Sin embargo, el castillo todavía se mantenía en pie, era un buen refugio para zorros y cuervos, la torre del homenaje y la garita constituían aún el lado sur de la Entrada de Dios. Al norte, a doscientas yardas del castillo, estaba el convento. Era una construcción inmensa, baja y cuadrada, y sus paredes, sin ventanas, parecían una prolongación de las rocas de la sierra. Allí se había aparecido la Virgen y allí habían construido un santuario sobre sus huellas y un castillo para protegerlo, y el convento carecía de ventanas porque se suponía que las monjas que antiguamente vivieron en sus ricos claustros no debían mirar al mundo, sino solamente al misterio del suave suelo de granito de la capilla pintada de oro.

Las monjas se habían marchado, en carretas con cortinas de piel, hacia la Casa General en León, y los soldados, cuyos gabanes habían decorado las paredes del castillo, también se habían marchado. El camino todavía atravesaba las colinas, ascendía serpenteando desde los ríos de profundos barrancos de la frontera portuguesa. Pero había caminos nuevos y mejores hacia el sur. En esa época, la Entrada de Dios sólo daba protección a Adrados, un valle de ovejas y espinos, y a la desesperada banda de desertores de Pot-au-Feu.

—Ya nos deben de haber visto, señor.

—Sí.

Sharpe sacó el reloj que sir Augustus Farthingdale le había prestado. Llegaban

pronto, así que hizo detenerse a los tres caballos. El tercero llevaba el oro, y se suponía que debería ser la montura de lady Farthingdale si Pot-au-Feu cumplía con su palabra y la liberaba a cambio del rescate. Harper desmontó del caballo, extendió sus enormes músculos y observó los edificios que se recortaban en el horizonte.

—Serían unos canallas si nos atacaran, señor.

—Sí.

Un ataque en la Entrada desde el oeste sería un ataque cuesta arriba, muy cuesta arriba, sin ninguna posibilidad de aproximarse al desfiladero sin ser vistos. Sharpe se volvió. Harper y él habían tardado tres horas en ascender desde el río, y la mayor parte del tiempo habrían estado a la vista de un hombre que mirara con anteojos desde las murallas del castillo. Las rocas situadas a izquierda y derecha del paso eran escarpadas, la artillería no podría franquearlas y la infantería, a duras penas, escalarlas.

Quienquiera que dominara la Entrada de Dios, impedía el camino a través de la sierra, y para los británicos había sido una suerte que los franceses nunca hubieran necesitado dichas colinas y, por tanto, que no se hubiera librado ninguna batalla en esa pendiente imposible. Las colinas no tenían valor porque los caminos hacia el sur bordeaban la sierra, e imposibilitaban la defensa de España en esos parajes, pero para Pot-au-Feu, los viejos edificios constituían un refugio perfecto.

Muy por encima de ellos, volaban lentamente formando un círculo unos pájaros, y Sharpe vio que Harper los observaba cariñosamente. Harper adoraba los pájaros. Eran su refugio privado del ejército.

—¿Qué son?

—Milanos rojos, señor. Subirán por el valle en busca de carroña.

Sharpe gruñó. Temía que ambos se convirtieran en el almuerzo de los pájaros. Cuanto más se adentraban en el alto valle, más seguro estaba de que era una trampa; no creía que liberaran a la esposa de Farthingdale, pero estaba convencido de que se quedarían con el dinero y se preguntaba si él y Harper saldrían vivos de allí. Le había dicho al sargento que no tenía que ir, pero el enorme irlandés se había burlado de tal pusilanimidad. Si iba Sharpe, él iría.

—Vamos. Sigamos adelante.

A Sharpe no le había gustado sir Augustus Farthingdale. El coronel se había mostrado condescendiente con el fusilero y se había sorprendido al descubrir que Sharpe no tenía reloj y que, por tanto, no podría calcular la llegada al convento a la hora estipulada por Pot-au-Feu. Exactamente, las once y diez. A pesar de ello, en la aburrida voz del coronel, Sharpe detectó que temía por su esposa. El coronel estaba enamorado. Había encontrado a su esposa a los sesenta años y aunque intentaba ocultar sus sentimientos tras una máscara de elegante cortesía, no podía disimular la pasión que sentía por ella. A Sharpe no le había gustado, pero sintió pena por él y

trataría de devolverle a su esposa.

Los milanos rojos deslizaron sus alas y colas desplegadas sobre las murallas del castillo y Sharpe no pudo ver a ningún hombre apostado. Estaban en las murallas de la torre del homenaje, en el torreón que dominaba el desfiladero y detrás de las almenas de la muralla que rodeaba el patio. Sus mosquetes parecían finas líneas en el azul pálido del cielo de diciembre.

El camino zigzagueaba a medida que el desfiladero se iba estrechando. Cruzaba el collado del desfiladero muy cerca de la muralla del castillo, demasiado cerca, y Sharpe hizo que su caballo se saliera del camino y se detuvo en el escarpado terraplén de hierba que se extendía en las últimas yardas del desfiladero. El convento quedaba así a su izquierda y Sharpe observó que había sido construido justo al borde del desfiladero, de modo que la muralla este, encarada hacia el pueblo, sólo tenía un piso de alto mientras que la muralla oeste, que miraba hacia Portugal, tenía dos pisos. En la muralla sur, encarada hacia el desfiladero, había un gran agujero toscamente abierto a ras de suelo. El agujero estaba cubierto con una manta. Sharpe lo señaló con un movimiento de cabeza y preguntó a Harper.

—¿Cree que habrán puesto un cañón ahí dentro?

—Es un buen lugar para poner uno —respondió Harper—. El disparo cruzaría el cuello del desfiladero.

Emprendieron el último tramo de unos cuantos pies, sus caballos ascendieron por el abrupto terreno cubierto de hierba, y allí estaba el alto valle de Adrados. El pueblo quedaba a un cuarto de milla. Eran un puñado de casitas bajas construidas alrededor de una casa más grande que Sharpe supuso sería la posada del pueblo. Al llegar al pueblo, el camino giraba a la derecha formando una curva cerrada y se dirigía hacia el sur, y Sharpe reprimió un grito que estuvo a punto de emitir: una colina se erigía el centro del valle, una abrupta colina cubierta de espinos y coronada por una atalaya. El Castillo de la Virgen protegía el desfiladero, pero la atalaya era el puesto de guardia que dominaba toda la sierra. La torre parecía vieja, coronada por almenas al igual que los muros del castillo, pero a sus pies podían verse señales de terraplenes y Sharpe pensó que las guarniciones españolas habían construido nuevas defensas. Quienquiera que controlara la atalaya, controlaba todo el valle. Las armas que se apostaran en lo alto de la torre podrían disparar hacia el patio del castillo.

—Sigamos adelante.

Llegaban cinco minutos antes de lo previsto y Sharpe no se dirigió al convento sino que condujo a Harper hacia el pueblo. Quería ver la cara este del castillo, la que daba al pueblo, pero de repente se oyó una voz desde la garita y a continuación una ráfaga de disparos de mosquete.

—¡Qué amigables! —dijo Harper sonriendo.

Los disparos habían caído muy lejos, eran sólo un aviso. Sharpe se detuvo y

observó el castillo. Estaban delante de la garita, rematada con torres plagadas de hombres que se mofaban de los fusileros. La arcada, sin puertas desde hacía mucho tiempo, estaba cubierta por una barricada formada con carros, seguramente robados a los campesinos del pueblo, pero las torres del cuartel de guardia estaban muy bien conservadas y parecían sólidas. La torre del homenaje estaba algo deteriorada. Sharpe veía que la luz del día pasaba a través de los agujeros de los pisos superiores, aunque seguro que las escaleras conducían hasta la parte superior, ya que los hombres observaban desde las murallas a los dos jinetes que se encontraban en el valle.

Habían llegado lo bastante lejos como para ver la totalidad de la muralla este y su excursión había merecido la pena. De la muralla sólo quedaba un montón de piedras que indicaba la línea de la muralla. Sería fácil atravesar esa línea de piedras, era una brecha ya abierta en la fortaleza de Pot-au-Feu.

Se volvieron hacia el convento. Nadie los vigilaba desde lo que parecía la azotea, no salía humo de los claustros. Parecía abandonado. Una de las puertas daba al este y la flanqueaban dos pequeñas ventanas con barrotes, y Sharpe supuso que en su momento fueron los únicos canales usuales de comunicación con el exterior. La puerta era enorme y unas extrañas cabezas esculpidas en la arcada de piedra la decoraban. Sharpe desmontó bajo aquellas miradas erosionadas y ató las riendas a los barrotes oxidados de la ventana de la izquierda. Harper tiró de las alforjas que llevaba el tercer caballo, el oro pesaba, y Sharpe empujó una de las puertas. Se abrió con un chirrido.

El reloj marcaba las once y diez, el minuterero señalaba exactamente el II romano.

La puerta, de goznes oxidados, se abrió de par en par.

Más allá del pasillo de entrada, se veía un claustro. Un siglo de abandono lo había deteriorado, pero conservaba su belleza. Las columnas de piedra que sostenían los arcos estaban esculpidas, en los capiteles se intrincaban hojas y pajarillos; el suelo del claustro estaba cubierto de baldosas de colores, amarillo y verde, rodeadas ahora por maleza y hierba seca. En el centro había un estanque sin agua pero lleno de malas hierbas, y en una de las esquinas del patio había crecido un joven carpe entre las baldosas y las había resquebrajado alrededor de su tronco. El claustro parecía vacío. La línea del tejado de los muros sur y este reflejaba su sombra sobre las baldosas.

Sharpe agarró el fusil que llevaba al hombro. Ahora era comandante, la tropa era un recuerdo lejano y, a pesar de ello, todavía llevaba el fusil. Siempre había llevado un arma larga en las batallas; un mosquete cuando era soldado raso, un fusil ahora que era oficial. No veía razón para no llevar un arma. El oficio de un soldado era matar. Un fusil mataba.

Le dio al percutor, el sonido resonó muy fuerte en el oscuro pasillo de entrada, y siguió avanzando con precaución hacia la luz del claustro. Sus ojos examinaban las sombras de los arcos. No se movía nada.

Le hizo un gesto a Harper.

El enorme sargento acarreó la alforja hasta el patio. Las monedas tintineaban con sonido sordo dentro de la bolsa de cuero. Sus ojos, como los de Sharpe, escudriñaban la línea del tejado en busca de sombras, pero no veían nada ni a nadie.

Bajo los arcos había puertas abiertas y Sharpe las fue empujando una a una. Parecían despensas. Una estaba llena de sacos y Sharpe blandió su espada, enorme y pesada, y cortó la basta tela. Cayó grano al suelo. Envainó la espada.

Harper dejó la alforja junto al estanque, cogió el arma de siete cañones que llevaba al hombro y tiró del pedernal. El arma era un regalo de Sharpe y disparaba balas de media pulgada por los siete cañones. Sólo un hombre muy fuerte podía manejar el arma y eran muy pocos, tan pocos que el cuerpo de marina para la que habían sido fabricadas, dejó de utilizarla al descubrir que el retroceso hería a más hombres de sus filas que las balas a enemigos. Harper adoraba esa arma. En distancias cortas era temible y él se había acostumbrado al golpetazo. Levantó el eslabón y comprobó con el dedo que hubiera pólvora en la cazoleta.

A la izquierda del patio sólo había una puerta bajo una ventana que oscurecía una vidriera. Era una puerta grande, decorada, más grande que la del lado oeste que Sharpe había intentado abrir y había encontrado firmemente cerrada desde dentro. Probó con la manilla de la puerta ornamentada y se movió. Harper señaló con un gesto el arma de siete cañones y ocupó el lugar de Sharpe. Miró inquisitivamente a su oficial.

Sharpe asintió con la cabeza.

Harper lanzó un grito al cruzar la puerta, era un temible desafío convertido en grito para aterrorizar a quien estuviera dentro de la construcción, y se hizo a un lado, se agachó y recorrió la oscuridad con el arma de siete cañones. Su voz se apagó. Había entrado en la capilla y estaba vacía.

—¿Señor?

Sharpe entró. Se veía poco. La pila de agua bendita estaba vacía y seca, el recipiente estaba lleno de polvo y con pequeños fragmentos de piedra. La luz iluminó las baldosas del suelo de la capilla cercanas a la puerta y Sharpe vio una mancha de color marrón que se hundía en los cantos de las baldosas. Era sangre.

—Mire, señor.

Harper se hallaba ante la reja que conducía a la antecámara de la capilla propiamente dicha. La puerta de la reja estaba cerrada con candado.

—Es nuevo, señor.

Sharpe levantó la cabeza. La reja ascendía hasta el techo donde brillaba la pintura dorada de las vigas.

—¿Por qué está ahí?

—Para evitar que los extraños entren en la capilla, señor. Sólo se puede llegar

hasta aquí. Sólo las monjas podían entrar en ella, señor. Cuando esto era un convento, claro.

Sharpe apoyó la cara contra los fríos barrotes. Tenía la capilla frente a él, el altar quedaba a la izquierda y, cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, se dio cuenta de que la capilla había sido destruida. Las paredes pintadas estaban salpicadas de sangre, las estatuas destrozadas y fuera de sus hornacinas, la luz de la Presencia Eterna descolgada de las cadenas. Parecía una destrucción sin sentido, pero la banda de Pot-au-Feu iba a la desesperada; eran hombres que habían huido y que no tenían ningún otro lugar donde protegerse, y esos hombres descargarían su venganza en cualquier cosa hermosa, valiosa y buena. Sharpe se preguntó si lady Farthingdale seguiría con vida.

Se oyeron cascos de caballos fuera del convento. Los dos fusileros se quedaron inmóviles y atentos.

Los cascos se acercaban. Sharpe oyó voces.

—¡Por aquí!

Se acercaron rápido pero sigilosamente hacia el claustro. Los cascos se oían más cercanos, Sharpe señaló hacia el otro lado del atrio y Harper, sorprendentemente silencioso para ser un hombre tan grande, desapareció bajo la oscuridad de los arcos. Sharpe retrocedió hacia la capilla y empujó la puerta para cerrarla, sólo dejó una pequeña ranura para poder ver y apuntar con el fusil hacia la entrada del pasillo.

Silencio en el atrio. No se oía ni el viento agitando las hojas secas del carpe sobre las baldosas. Los cascos se detuvieron en el exterior, se oyó el chirrido de una silla al desmontar un hombre, el golpeteo de unas botas en el camino y después silencio.

Dos gorriones descendieron volando hasta el estanque y picotearon entre la hierba seca.

Sharpe se movió ligeramente hacia la derecha buscando a Harper, pero el irlandés había desaparecido entre las sombras. Sharpe se agachó para que su silueta resultara confusa a quienquiera que saliera del oscuro pasillo.

La reja chirrió. Silencio de nuevo. Los gorriones salieron volando y su aleteo dominó el claustro. Luego, Sharpe casi dio un salto espantado por el bramido, el desafío, que rompió el silencio del claustro cuando un hombre entró en él. Se movía deprisa, sacudía el mosquete a un lado y a otro para cubrir las sombras donde podían estar esperando los agresores. Después, el hombre se agachó junto a un pilar al lado de la entrada y llamó en voz baja a los que iban detrás.

Era un hombre enorme, tan grande como Harper, iba vestido con el uniforme azul de los franceses y llevaba una banda amarilla en la manga. El uniforme de un sargento francés. Volvió a llamar.

Apareció un segundo hombre, tan cauteloso como el primero, que arrastraba unas alforjas. Llevaba el uniforme de un oficial francés, las insignias doradas brillaban

sobre la casaca azul de cuello rojo. ¿Sería Pot-au-Feu? Llevaba una carabina de caballería, y a un costado, prendido con cadenas de plata, un sable de caballería.

Los dos franceses observaron el claustro. Nada ni nadie se movía.

—*Allons!*

El sargento agarró la alforja y se quedó inmóvil, señalaba la bolsa que Harper había dejado junto al estanque.

—¡Alto! —gritó Sharpe abriendo de golpe la puerta con el pie derecho a la vez que se levantaba—. ¡Alto! —y les apuntaba con el fusil.

Se dieron la vuelta.

—¡No se muevan! —Veía que no quitaban ojo del fusil por si se disparaba—. ¡Sargento!

Harper apareció por su flanco, un hombre enorme que se movía como un gato, sonrió y les apuntó con los cañones de su arma.

—Manténgalos ahí, sargento.

—Señor.

Sharpe los rodeó y fue hacia el pasillo. Fuera del convento había cinco caballos atados, junto a los tres que ellos habían dejado; después de verlos, cerró la puerta del convento y se volvió para observar a los dos prisioneros. El sargento era enorme, fuerte como un roble y con la piel morena bajo un gran bigote negro. Le lanzó una mirada de odio a Sharpe. Sus manos parecían lo bastante grandes como para estrangular a un buey.

El hombre que llevaba uniforme de oficial tenía un rostro fino, de ojos intensos, inteligentes, y rasgos marcados. Miró a Sharpe con desdén y condescendencia.

Sharpe seguía apuntándoles con el fusil.

—Quíteles las armas, sargento.

Harper se puso detrás de ellos, cogió la carabina del oficial y tiró del mosquete del sargento. Sharpe notó la resistencia que oponía el enorme sargento, acercó de forma nerviosa el fusil hacia el hombre fuerte y el sargento soltó el mosquete de mala gana. Sharpe miró de nuevo al oficial.

—¿Quién es usted?

—No contesto esa pregunta a los desertores —le respondió con buen inglés.

Sharpe no respondió. Cinco caballos y sólo dos jinetes. Las alforjas eran como las que habían traído Harper y él. Dio un paso hacia delante y un puntapié a las alforjas. Dentro había monedas. El oficial francés le sonrió con desprecio.

—Está todo ahí dentro.

Sharpe dio tres pasos hacia atrás y bajó su fusil. Percibió la sorpresa de Harper.

—Me llamo Richard Sharpe, del 95.º regimiento, soy oficial del ejército británico. ¡Sargento!

—¿Señor? —respondió Harper.

—Baje el arma.

—Pero, señor.

—Haga lo que le digo.

El oficial francés observó cómo descendían los siete cañones y miró a Sharpe.

—Mis respetos, *monsieur*.

—Mis respetos —respondió Sharpe.

El francés taconeó.

—Soy el jefe de batallón Dubreton, Michel Dubreton. Tengo el honor de dirigir un batallón del emperador, el 54.º de la línea.

Jefe de batallón, dos pesadas hombreras doradas, nada menos que todo un coronel. Sharpe saludó, se sintió extraño.

—Mis disculpas, señor.

—No es nada. Me ha impresionado usted. —Dubreton sonrió a Harper—. Pero no más que su sargento.

—Sargento Harper.

Harper saludó al oficial con una inclinación de cabeza.

—Señor.

—Creo que el mío es más alto —dijo Dubreton, y miró primero a su sargento y luego a Harper—. O quizá no. Verá que su nombre es muy apropiado. Sargento Bigeard.

Bigeard, tranquilo al oír el tono de voz de su oficial, se puso firme y saludó a Sharpe. El fusilero le hizo un gesto a Harper.

—Sus armas, sargento.

—Gracias, comandante —dijo Dubreton sonriendo cortésmente—. Supongo que este gesto significa que gozamos de una tregua, ¿es así?

—Por supuesto, señor.

—Qué inteligente.

Dubreton se echó la carabina al hombro. Podía ser un coronel, pero parecía que podía manejar un arma con destreza y confianza. Miró a Harper.

—¿Habla usted francés, sargento?

—¿Yo, señor? No, señor. Gaélico, inglés y español, señor. —A Harper no parecía extrañarle encontrar a dos enemigos en el convento.

—¡Bien! Bigeard habla un poco de español.

—¿Puedo sugerirles que monten guardia mientras nosotros hablamos?

—¡Señor! —A Harper tampoco le sorprendía recibir órdenes del enemigo.

El coronel francés se mostraba muy cordial con Sharpe.

—¿Comandante? —Hizo un gesto señalando el centro del claustro, se agachó y arrastró sus alforjas hasta situarlas al lado de las de Sharpe. Dubreton hizo un gesto señalándolas—. ¿Es suya?

—Sí, señor.

—¿Oro?

—Quinientas guineas.

Dubreton arqueó las cejas.

—Deduzco que tienen rehenes aquí, ¿es así?

—Sólo uno, señor.

—Uno muy valioso. Nosotros tenemos tres. —Sus ojos miraban hacia la línea del tejado y escrutaron las sombras mientras sus manos sacaban un puro roto que encendió con la yesquera. Tardó unos segundos en encenderse. Le ofreció un puro a Sharpe—. ¿Comandante?

—No, gracias, señor.

—Tres rehenes. Uno de ellos es mi mujer.

—Lo siento, señor.

—Yo también —respondió con voz apacible, incluso suave, pero su rostro era de una dureza pétrea—. Deron pagará por ello.

—¿Deron?

—El sargento Deron, que ahora se hace llamar Pot-au-Feu. Era cocinero, comandante, y bastante bueno. Es de muy poco fiar —dijo dirigiendo la mirada desde la línea del tejado a Sharpe—. ¿Cree que cumplirá con su palabra?

—No, señor.

—Yo tampoco lo creo, pero había que correr el riesgo.

Los dos se quedaron callados durante un momento. Todavía reinaba el silencio fuera del convento y dentro sus paredes. Sharpe se sacó el reloj del bolsillo. Las doce menos veinticinco.

—¿Le indicaron una hora precisa, señor?

—Sí, comandante. —Dubreton dejó ir un hilo de humo en el aire—. A las once y veinticinco. —Sonrió—. Puede que nuestro sargento Deron tenga un gran sentido del humor. Deduzco que creyó que lucharíamos entre nosotros. Casi lo hacemos.

Harper y Bigeard, a ambos lados del claustro, examinaban tejados y puertas. Formaban una pareja aterradora y eso le daba confianza a Sharpe y le hacía pensar que quizá saldrían todos vivos de allí. Dos sargentos como ellos podían matar a muchos. Miró de nuevo al coronel francés.

—¿Puedo preguntarle cómo capturaron a su esposa, señor?

—En una emboscada, comandante; en un convoy que iba de León a Salamanca. Los detuvieron vestidos con uniformes franceses, nadie sospechó nada, y los muy cabrones se quedaron con los suministros de un mes. Y con las esposas de tres oficiales que venían a pasar la Navidad con nosotros. —Caminó hacia la puerta que Sharpe había intentado abrir, tiró de ella y regresó a donde estaba Sharpe. Sonrió—. ¿Es usted el Sharpe de Talavera y Badajoz?

—Seguramente, señor.

Dubreton miró el fusil, la enorme espada de caballería que Sharpe había decidido llevar y después la cicatriz.

—Creo que le haría un gran favor al Imperio si le matara, comandante Sharpe. — Pronunció estas palabras sin ánimo de ofensa.

—Creo que también yo podría hacer un gran favor a Gran Bretaña si le matara, señor.

Dubreton rió abiertamente.

—Sí, podría. —Volvió a reír, complacido por su falta de modestia, pero a pesar de la risa, seguía tenso, seguía vigilante y sus ojos rara vez se apartaban de las puertas o el tejado.

—¡Señor! —gruñó Harper detrás de ellos y apuntando con su arma hacia la puerta de la capilla.

Bigeard había girado sobre sus talones para situarse frente a ella. Se oía un leve sonido dentro que rechinaba, y Dubreton tiró el puro.

—¡Sargento! ¡A nuestra derecha!

Harper se movió rápidamente, mientras Dubreton le indicaba a Bigeard con un gesto que se situara detrás, a la izquierda de los oficiales. El coronel miró a Sharpe.

—Usted ha estado ahí dentro. ¿Qué hay?

—Una capilla. Hay una maldita reja detrás de la puerta. Creo que la están abriendo.

Las puertas de la capilla se abrieron y frente a ellos aparecieron dos muchachas haciendo una reverencia. Sonrieron tímidamente, los rodearon y cogieron una mesa que había allí, la sacaron fuera y la dejaron al sol bajo el claustro. Una miró a Bigeard y después a Harper, e hizo un gesto burlón al ver el tamaño de los dos hombres. Sonrieron de nuevo tímidamente.

Apareció una tercera con una silla que colocó junto a la mesa. Hizo también una reverencia a los oficiales y les tiró un beso.

Dubreton suspiró.

—Creo que tendremos que aguantar lo que nos hayan preparado.

—Sí, señor.

Resonaron unas botas en la capilla y los soldados desfilaron a derecha e izquierda del claustro. Llevaban uniformes británicos, franceses, portugueses y españoles, y mosquetes con punta de bayoneta. Los hombres adoptaban un gesto burlón mientras iban ocupando tres de los cuatro muros del claustro. Sólo quedó libre la pared detrás de Dubreton y Sharpe. Las tres muchachas estaban de pie junto a la mesa. Llevaban blusas cortas, muy cortas, y Sharpe pensó que debían de tener frío.

—*Mes amis! Mes amis!* —la voz retumbó desde el interior de la capilla. Era una voz profunda, de ultratumba, una voz muy grave que repetía—: *Mes amis!*

Una figura ridícula salió de las sombras, atravesando el arco del claustro, para situarse junto a la mesa. Era bajito e inmensamente gordo. Extendió los brazos y sonrió.

—*Mes amis!*

Unas botas altas de cuero negro cortadas bajo las rodillas enfundaban sus piernas y llevaba unos calzones blancos que le quedaban demasiado estrechos en los enormes muslos. Su barriga temblaba al reír y unos rollos de grasa ascendían por su cuerpo debajo del chaleco floreado que vestía bajo la casaca azul del uniforme, profusamente adornada con hojas doradas y cordones. No se podía abrochar la casaca sobre la inmensa barriga, así que la sujetaba con una faja dorada y llevaba el hombro derecho cubierto con una faja roja. Del cuello y bajo las múltiples papadas, llevaba una cruz de oro esmaltada. Las borlas doradas de las hombreras descansaban sobre sus carnosos brazos.

El sargento Deron, que se hacía llamar mariscal Pot-au-Feu, se quitó el sombrero, con maravillosas plumas blancas, y mostró un rostro casi de querubín. Un querubín envejecido con una aureola de rizos blancos y un rostro que destilaba buena voluntad y placer.

—*Mes amis!* —dijo mirando a Sharpe—. *Parlez-vous francais?*

—No.

Señaló a Sharpe con el dedo.

—Debería aprender francés. ¡Es un hermoso idioma!, ¿verdad, coronel? —dijo sonriendo y dirigiéndose a Dubreton, que no respondió.

Pot-au-Feu soltó una carcajada y miró otra vez a Sharpe.

—Mi inglés es muy malo. ¿Usted, el coronel, conocerse, no? —Giró la cabeza lo máximo que le permitía la grasa de su cuello—. *Mon colonel! Alón brave! Ici!*

—¡Ya voy, señor, ya voy! ¡Voy! ¡Aquí estoy!

El hombre de cara amarilla, sonrisa desdentada, ojos azules y pueriles, y horribles espasmos incontrolables, atravesó la puerta avanzando con grotescos movimientos. Llevaba uniforme de coronel británico, pero las galas no conseguían disimular el cuerpo torpe y grueso o la fuerza bruta de sus brazos y piernas.

La figura contorsionada se detuvo, medio acurrucada, y miró fijamente a Sharpe. La cara se crispó en un movimiento espasmódico, la voz cacareó y la boca se retorció para esbozar una sonrisa.

—¡Sharpy! ¡Hola, Sharpy!

Un hilo de saliva danzaba entre sus labios mientras su cara daba sacudidas.

Sharpe se volvió pausadamente hacia Harper.

—No dispare, sargento.

—No, señor —contestó Harper con una voz cargada de odio—. Todavía no, señor.

—¡Señor, señor, señor! —La cara macilenta se rió de ambos, el hombre vestido de coronel se irguió—. Aquí no hay «señores», ni uno. Aquí no se utilizan los malditos aires y los honores. —Se oyó de nuevo el cacareo, obsceno e hiriente.

Sharpe se lo había temido, y suponía que Harper también, sin embargo ninguno de ellos había mencionado aquel temor. Sharpe hubiera deseado que ese hombre estuviera muerto, pero es que ese hombre se jactaba precisamente de que no podían matarlo. Allí, bajo el sol, en el claustro, babeando, estaba el ex sargento Obadiah Hakeswill.

Hakeswill.

Capítulo 5

Obadiah Hakeswill, el sargento que había reclutado a Sharpe en el ejército, el hombre que había hecho azotar a Sharpe en una polvorienta plaza india. Hakeswill.

El hombre que había hecho azotar a Harper ese mismo año, que había intentado violar a Teresa, la esposa de Sharpe, que había apuntado con el canto serrado de su bayoneta al cuello de la hija de Sharpe, Antonia. Obadiah Hakeswill.

La cabeza le bailaba sobre su largo cuello. Un hilo de baba brillante le caía de la boca. Carraspeó, escupió y se hizo a un lado. A este hombre no se le podía matar.

Lo habían colgado cuando tenía diez años bajo falsa acusación de robar ovejas, inventada para no perjudicar la reputación de la hija del vicario, a quien el joven Hakeswill había intentado molestar. Los magistrados se habían alegrado de hacerle ese favor.

Era el más joven de los prisioneros que se iban a ejecutar aquel día. El verdugo, que quería complacer a los espectadores reunidos para la ocasión, no les dio el empujón mortal a las víctimas. Las había colgado lentamente para que quedasen suspendidas y se fueran ahogando hasta morir. Así la multitud disfrutaría con cada boqueada de ahogo, cada inútil pataleo, y el verdugo había provocado a la multitud tirando de los tobillos a los condenados según lo que gritara ésta, sí o no. Nadie se preocupó del muchacho que estaba al final de la horca. Hakeswill quedó colgado y se hizo el muerto y fue cayendo en una oscuridad invadida por la pesadilla cuando, antes del final, el cielo se abrió.

Un chaparrón aporreó la calle de la prisión y la dejó anegada, los rayos cayeron violentamente en la veleta del alto campanario de la iglesia y la doblaron, y la ancha calle del mercado quedó totalmente desierta mientras que hombres, mujeres y niños corrían en busca de refugio. A nadie le importó que el tío del muchacho cortara la cuerda y bajara el cuerpecillo. Pensaban que el chico había muerto y que le habían vendido el cuerpo a algún médico ansioso por conseguir un cadáver reciente donde poder explorar. Pero el tío llevó a Obadiah hasta una callejuela, le abofeteó hasta que éste recobró el conocimiento y ordenó al muchacho que se marchara para no volver jamás. Hakeswill le obedeció.

A partir de ese día empezó a sufrir sacudidas y, durante treinta años, nunca había dejado de sentir las. Había entrado en el ejército porque era un refugio para un hombre como él, y en la tropa había descubierto un código de supervivencia sencillo. Para sus superiores, los oficiales, Hakeswill era un soldado perfecto. Era meticuloso en su trabajo, respetuoso y fue ascendido a sargento. Ningún oficial que tuviera a Hakeswill como sargento debía preocuparse por la disciplina. El sargento Hakeswill conseguía que las compañías le obedecieran sembrando el terror y, para librarse de su tiranía, los hombres habían de pagar un precio en dinero, licor o mujeres. A

Hakeswill siempre le había maravillado lo que era capaz de hacer una mujer casada por librar a su marido de unos azotes. Había dedicado su vida a vengarse de un destino que le había hecho feo, desagradable, una criatura aborrecida por sus compañeros y tan sólo útil para sus superiores.

A pesar de todo, el destino también otorgaba bendiciones. En el caso de Obadiah Hakeswill, había burlado a la muerte. No era el único que había sobrevivido a la horca. Eran tantos los que sobrevivían que algunos hospitales cobraban los cuidados de los ahorcados vivos a los ladrones de cadáveres que se peleaban por ellos para vendérselos a los médicos. Sin embargo, Hakeswill se creía único: Él era un hombre que había sobrevivido a la muerte y pensaba que nadie podría matarle. Podían herirlo, pero no podían matarlo, lo había demostrado en los campos de batalla y en los callejones recónditos. Era el hijo predilecto de la muerte.

Y allí estaba, en la Entrada de Dios, como teniente de Pot-au-Feu. Había desertado de la compañía de Sharpe en abril. Había incumplido sus cuidadosas reglas de supervivencia en el ejército a causa del apetito carnal que había sentido por Teresa y, además, le esperaba un consejo de guerra y una ejecución por el asesinato de un amigo de Sharpe, el capitán Robert Knowles. Así es que se había escurrido entre la negra oscuridad sangrienta del horror que había sido el final del sitio de Badajoz. Ahora estaba en Adrados, donde había encontrado a otros hombres desesperados que seguirían su juego de maldad, darían satisfacción a su locura y lo seguirían hasta las tinieblas de sus lujurias.

—Todo un placer, ¿verdad? —le dijo a Sharpe riendo—. ¡Ahora tiene que llamarme «señor»! ¡Soy coronel! —Pot-au-Feu miraba a Hakeswill con cariño, sonriendo ante aquel espectáculo. El rostro se crispó—. Me va a saludar, ¿verdad? —Se quitó el bicornio y el pelo, ya blanco, le cayó lacio sobre la tez amarillenta. En su rostro convulsionado destacaban los ojos de color azul celeste. Miró detrás de Sharpe—. Veo que el maldito irlandés va con usted. ¡Maldita mierda irlandesa salida de una pocilga!

Harper debía haberse quedado callado, pero era orgulloso y respondió despreciativo.

—¿Cómo está la sifilítica de tu madre, Hakeswill?

Su madre era la única persona en el mundo a la que Hakeswill quería. No la conocía muy bien, no la había visto desde que tenía doce años, pero la quería. Había olvidado sus palizas y cómo lloriqueaba él de niño cuando sufría su ira; ahora sólo recordaba que ella había mandado a su hermano para que lo rescatara del cadalso, y en su mundo, ése había sido el único acto de amor. Las madres eran sagradas. Harper se echó a reír y Hakeswill lanzó un bramido de rabia incontrolada, se lanzó a la carrera y buscó torpemente la extraña espada que llevaba al costado.

El claustro quedó atónito ante la magnitud de su rabia, ante la fuerza y el ruido

que resonó entre sus arcos cuando aquel hombre enorme cargó contra Harper.

El sargento no se inmutó. Bajó el pedernal hasta tocar el acero de su arma, le dio la vuelta y con la pesada culata con bordes de latón le golpeó a Hakeswill en la barriga, se hizo a un lado y le golpeó en un costado.

Los mosquetes de los seguidores de Pot-au-Feu saltaron a los hombros con los pedernales preparados, y Sharpe hincó una rodilla en el suelo, fusil en mano, y apuntó con el cañón de su fusil justo entre los ojos de Pot-au-Feu.

—*Non! Non!* —gritó Pot-au-Feu a sus hombres señalando a Sharpe con ambas manos—. *Non!*

Hakeswill estaba otra vez de pie, sus ojos rebosaban dolor y cólera, llevaba la espada en las manos y la blandió ante la cara de Harper, el acero silbó y se hizo borroso bajo la luz del sol, y entonces Harper la paró con la culata de su arma y sonrió con sarcasmo. Nadie hizo nada por ayudar a Hakeswill porque temían al enorme fusilero. Dubreton miró a Bigeard y asintió con un movimiento de cabeza.

Aquello tenía que acabar. Sharpe sabía que si Hakeswill moría, estaban perdidos. Si Harper moría, moriría Pot-au-Feu y sus hombres querrían vengarle. Bigeard fue caminando tranquilamente hasta situarse detrás de los oficiales y Hakeswill le gritó, le pidió ayuda a voces, pero nadie se movía. Arremetió con la espada contra Harper, falló, y se abalanzó impotente sobre el sargento francés que parecía reírse, pero éste se movió con gran rapidez y Hakeswill quedó atrapado entre sus fuertes brazos. El inglés luchó con todas sus fuerzas, forcejeó con las manos que lo aprisionaban, pero parecía un gatito entre las garras del francés. Harper se adelantó, le arrebató la espada y retrocedió.

—¡Sargento! —advirtió Dubreton.

Sharpe todavía tenía a Pot-au-Feu en el punto de mira.

Harper sacudió la cabeza en señal de negación. No tenía intención de matar a aquel hombre todavía. Sostenía la empuñadura con la mano derecha y la hoja con la izquierda, miró a Hakeswill con una sonrisa burlona y con la rodilla partió la espada en dos trozos que arrojó al suelo. Bigeard sonrió con sorna.

Un grito inundó el convento, un grito horroroso, agónico que cortaba el aire. No se movió nadie. El grito había surgido del interior del convento. Era un grito de mujer.

Pot-au-Feu dirigió su mirada hacia el fusil de Sharpe, después hacia Dubreton. Habló con tono moderado, su voz profunda sonaba conciliadora, y Dubreton miró a Sharpe.

—Sugiere que olvidemos este pequeño contratiempo. Si baja su arma, llamará a su hombre.

—Dígale que llame primero a su hombre.

Era como si no hubieran oído el grito.

—¡Obadiah! ¡Obadiah! —gritó Pot-au-Feu como si quisiera engatusarle—. Ven aquí, Obadiah, ven.

Dubreton se dirigió a Bigeard y el sargento francés abrió poco a poco sus garras. Sharpe pensó por un momento que Hakeswill se abalanzaría de nuevo sobre Harper, pero la voz de Pot-au-Feu consiguió atraer a aquella figura contorsionada y amarilla. Hakeswill se detuvo, recogió el trozo de espada de la empuñadura y lo introdujo, de forma patética, en la vaina para que, al menos, pareciera normal. Pot-au-Feu le habló con suavidad, le dio unas palmaditas en los brazos y llamó con señas a una de las muchachas que se acercó a Obadiah y le acarició. Sharpe bajó su fusil y se enderezó.

Pot-au-Feu se dirigió a Dubreton. El coronel le tradujo a Sharpe.

—Dice que Obadiah es un sirviente leal. Obadiah mata para él y él le recompensa con bebida, poder y mujeres.

Pot-au-Feu soltó una sonora carcajada cuando Dubreton terminó la frase. Sharpe se dio cuenta de la tensión que había en el rostro del coronel y supo que el francés estaba pensando en el grito que habían oído. Su esposa estaba retenida allí. Ninguno de los dos oficiales se atrevió a mencionarlo, porque sabían que hacerlo sería seguirle el juego a Pot-au-Feu. Era evidente que esperaba y deseaba que preguntaran.

Y volvió a oírse, elevándose hasta una intensidad estridente, sollozando en jadeos hasta desvanecerse. Pot-au-Feu simuló no haber oído nada. Le hablaba de nuevo a Dubreton con voz profunda.

—Dice que contará el dinero y entonces nos traerán a las mujeres.

Sharpe había supuesto que la mesa serviría para contar el dinero, pero tres hombres arrastraron las monedas hasta unas baldosas limpias y empezaron la laboriosa tarea de apilarlas y contarlas. La mesa tenía otra utilidad. Pot-au-Feu dio una palmada con sus manos gordinflonas y apareció una cuarta muchacha con una bandeja que dejó sobre la mesa. El francés gordo acarició a la muchacha, retiró la tapadera de la olla de barro que había en la bandeja y habló largamente con Dubreton. Habló con una voz rebotante de placer y se fue recreando con lascivia en ciertas palabras mientras servía comida en un cuenco.

Dubreton suspiró y se volvió hacia Sharpe, pero sus ojos miraban al cielo. Se elevaba humo cuando hacía veinte minutos no era así.

—¿Quiere saber lo que ha dicho?

—¿Debería, señor?

—Es una receta de estofado de liebre, comandante —respondió Dubreton con una leve sonrisa—. Creo que es una muy buena.

Pot-au-Feu comía como un glotón y la salsa espesa le caía sobre los calzones blancos ajustados.

Sharpe sonrió.

—Yo simplemente lo despiezo y lo hiervo en agua con sal.

—De verdad me lo creo, comandante. Yo tuve que enseñarle a cocinar a mi mujer.

Sharpe arqueó las cejas. Dubreton había pronunciado aquellas palabras con un tono que intrigó a Sharpe.

El francés sonrió.

—Mi esposa es inglesa. Nos conocimos y nos casamos durante la paz de Amiens, la última vez que estuve en Londres. Ha vivido estos diez años en Francia y ahora es una cocinera nada despreciable. No tan buena como los sirvientes, claro está, pero se tarda mucho en aprender lo sencillo que es cocinar.

—¿Sencillo?

—Por supuesto. —El coronel miró a Pot-au-Feu, que cogía con delicadeza un trozo de carne que le había caído en el regazo—. Él coge las liebres, las deshuesa y las macera durante un día en aceite de oliva, vinagre y vino. Le añade ajo, comandante, un poco de sal, un poco de pimienta y un puñado de enebrinas si las tiene. Reserva la sangre y la mezcla con una pasta hecha con los hígados. —Dubreton lo explicaba con entusiasmo—. Entonces, después de un día se retira la carne y se cuece en mantequilla y manteca. Sólo hay que dorarla. Se pone un poco de harina en la sartén y luego se le añade todo a la salsa. Se agrega vino. Se añade la sangre y el hígado y se calienta. Se deja hervir. Es excelente, sobre todo si al servirlo añade una cucharada de aceite de oliva.

Pot-au-Feu se reía entre dientes, había entendido casi toda la explicación de Dubreton y cuando Sharpe miró al francés gordo, éste sonrió y levantó una jarrita.

—¡Aceite! —dijo dándose unas palmadas en la barriga y eructó.

Volvió a oírse el grito, por tercera vez, esta vez era de una angustia desesperada. Le estaban haciendo daño a una mujer, mucho daño, y los hombres de Pot-au-Feu miraron a los cuatro extraños y sonrieron con cinismo; sabían lo que estaba ocurriendo y querían ver la reacción de los visitantes. Dubreton habló en voz baja.

—Ya nos llegará el momento, comandante.

—Sí, señor.

Hakeswill y la mujer que le acompañaba fueron hacia las pilas de dinero y se volvieron con una amplia sonrisa en la cara.

—Está todo, mariscal.

—*Bon!*

Pot-au-Feu extendió una mano y Hakeswill le lanzó una de las guineas de oro. El francés la elevó y le dio la vuelta.

Hakeswill esperó a que el espasmo de su rostro terminara y de dirigió a Sharpe.

—¿Quiere a la mujer ahora, Sharpy?

—Ese era el trato.

—¡Ah! ¡El trato! —rió Hakeswill, y agarró a la mujer que tenía al lado—. ¿Qué le

parece ésta, Sharpy?

La mujer miró a Sharpe y se echó a reír. Hakeswill disfrutaba.

—Ésta es española, Sharpy, como su mujer. ¿Se llama Teresa? ¿Aún la tiene o se ha muerto ya de sífilis?

Sharpe no respondió. Oyó como Harper se inquietaba detrás de él.

Hakeswill se acercó con la muchacha.

—¿Por qué no se lleva a ésta ahora, Sharpy? Le gustaría. ¡Mírela! —Le pasó la mano por detrás y tiró de los cordones del corpiño, que se abrió. Hakeswill cacareó—. Puede mirar, Sharpy. ¡Vamos, mire! Ah, claro. Es usted un maldito oficial ¿no? ¡Demasiado importante y poderoso para mirar las tetas de una puta!

Los hombres apostados en las paredes del claustro se echaron a reír. La muchacha también reía mientras Hakeswill la manoseaba y cacareaba.

—Puede ser suya, Sharpy. También es un soldado, así que el dinero que ha traído la hace suya de por vida. —Era soldado porque, al igual que los hombres de la tropa, servía por un chelín al día. La muchacha se insinuó a Sharpe con un gesto provocativo de sus labios pintados.

Pot-au-Feu se rió y luego habló en francés con Dubreton. Las respuestas de éste eran breves.

Hakeswill no había terminado aún de burlarse de Sharpe. Empujó a la muchacha hacia éste, de tal manera que tropezara con el fusilero, los señaló y se echó a reír.

—¡Ella le quiere!

Sharpe arrojó su fusil. Los ojos de la muchacha eran duros como una piedra, llevaba el pelo sucio. La miró fijamente y ella vio algo en sus ojos que la avergonzó y bajó la mirada. Sharpe la apartó con suavidad, cogió los cordones de su corpiño y los ató.

—Márchese.

—¿Comandante? —inquirió Dubreton en voz baja. Le indicó con un gesto que la puerta del muro oeste estaba abierta; detrás había otra puerta, una reja, y tras ella Sharpe vio la luz de otro claustro—. Quiere que vayamos allí. Sólo nosotros dos. Creo que deberíamos ir. —Dubreton se encogió de hombros.

Sharpe pasó por el estanque con el oficial francés a su lado, los hombres que había en el muro oeste del claustro se retiraron cuando ellos pasaron bajo el arco de la puerta. Al tocarla, la reja se abrió, se encontraron en un pasillo frío y corto y accedieron a la terraza del claustro interior. Hakeswill les siguió y con él una docena de soldados que escoltaban a los oficiales. Llevaban los mosquetes amartillados y apuntaban con las bayonetas a Sharpe y Dubreton.

—¡Dios mío! —exclamó Sharpe en tono amargo.

Aquel claustro interior debió de haber sido hermoso. Se había canalizado el agua por todo el atrio a través de un laberinto de canales. Los canalones eran muy

hermosos y estaban decorados con baldosas pintadas, pero hacía mucho tiempo que no corría el agua y los canalones estaban rotos y las piedras del atrio resquebrajadas.

Todo esto lo percibió Sharpe en unos instantes, al igual que los espinos que crecían salvajes en una esquina, las enredaderas que el invierno había secado y que ascendían por la mampostería fina y pálida, y los soldados que estaban en el patio que había más abajo. Miraron hacia arriba y les sonrieron a los espectadores. En el centro del claustro un brasero ardía, de modo que el aire resplandecía por encima, y aquel brillo hacía resplandecer las bayonetas.

Había una mujer en el centro del patio; le habían atado las muñecas y los tobillos a unos postes de hierro que se erigían entre las piedras resquebrajadas. Desnuda de cintura para arriba, tenía el pecho amoratado y ensangrentado, y manchas de sangre le salpicaban las costillas. Sharpe miró a Dubreton, temiendo que fuera su esposa inglesa, pero el francés no hizo señal alguna.

—Mire Sharpy —dijo Hakeswill a sus espaldas.

Uno de los soldados se acercó al brasero y, protegiéndose la mano con un trapo, sacó una de las bayonetas de las llamas. Comprobó que la punta estuviera al rojo vivo, se dio la vuelta y la mujer empezó a agitarse y a gritar aterrorizada, el soldado le puso la bota sobre el vientre, ocultando a medias lo que estaba haciendo, y la mujer gritó. Le acercó la hoja ardiendo y un grito retumbó en el claustro; luego, la mujer debió de desmayarse. El soldado se separó.

—Intentó escaparse, Sharpy —dijo Hakeswill lanzando su asqueroso aliento por encima del hombro de Sharpe—. No le gustaba estar con nosotros, ¿sabe? ¿Puede leer lo que pone, capitán?

El olor a carne quemada ascendió hasta el piso superior. Sharpe quería desenvainar su gran espada, liberarla para que se descargara sobre los canallas que había en aquel convento, pero sabía que no podía hacer nada. No era este el momento, pero ya llegaría.

Hakeswill se echó a reír.

—Putá. Eso es lo que pone. Es española, sabe, capitán. Por suerte no es inglesa, porque la palabra en inglés, *whore*, tiene una letra más.

La mujer quedaba marcada para toda la vida, marcada con el hierro candente de la maldad. Sharpe supuso que era una de las mujeres del pueblo, o quizás una visitante de otro pueblo que había intentado escapar por el camino que serpenteaba hacia el oeste de la Entrada de Dios. Debía ser tan difícil escapar de Adrados como acercarse a las murallas del castillo sin ser visto.

Los soldados retiraron los postes del suelo, cortaron las ataduras y dos de ellos arrastraron a la mujer por las piedras hasta perderse bajo los arcos del piso inferior.

Hakeswill había doblado la esquina del claustro superior y miraba a los dos oficiales desde el ángulo. Tenía las manos apoyadas en la balaustrada de piedra y

sonreía con desprecio.

—Queríamos que lo vieran, así saben lo que les ocurrirá a sus zorras si intentan llegar hasta aquí arriba. —El rostro se le crispó mientras señalaba las manchas de sangre que había junto al brasero—. ¡Eso! —Todavía quedaban dos bayonetas en el fuego—. Lo ven, señores, hemos cambiado de opinión. Nos gusta tener aquí a las señoras, así que nos las quedamos. No queremos que tengan que cargar otra vez todo ese dinero, así que también nos lo quedamos. —Les miró a la cara y se echó a reír—. Pero, en vez de esto, pueden llevarse un mensaje. ¿Lo entiende esto, franchute?

Dubreton respondió con desdén.

—Lo entiendo. ¿Están vivas?

Sus ojos azules se abrieron de par en par, fingiendo ingenuidad.

—¿Vivas, franchute? Diablos, claro que están vivas. Seguirán vivas siempre que se mantengan lejos de aquí. Les mostraré a una de ellas dentro de un minuto, pero primero tienen que escuchar con atención.

Otro espasmo, su rostro se sacudía sobre el largo cuello y el corbatín que se sujetaba con un alfiler se desabrochó y dejó a la vista la cicatriz que tenía en el lado izquierdo del cuello. Tiró de él hasta esconder la cicatriz. Sonrió irónicamente mostrando los raigones ennegrecidos de los dientes.

—No han sufrido ni un rasguño, todavía, pero ya sufrirán. Primero las quemaré, las marcaré, y después se las entregaré a los muchachos, y después morirán. ¿Me han entendido? —les dijo gritando—. ¿Me entiende, Sharpy?

—Sí.

—¿Y usted, franchute?

—Sí.

—¡Qué inteligente! —exclamó riendo ampliamente, entrecerró los ojos y enseñó los raigones picados. De repente, su cara se retorció, una sola vez, y después el espasmo desapareció—. Ahora que han traído el dinero, les diré para qué ha servido. ¡Con él han comprado su virtud! —Volvió a reírse—. Las han salvado por cierto tiempo, porque, evidentemente, es posible que queramos más dinero si creemos que su virtud es más valiosa, ¿queda claro? Ahora tenemos mujeres, todas las que queremos, así que no utilizaremos a sus zorras si nos pagan.

Sharpe soñaba algunas noches que mataba a aquel hombre. Hakeswill era su enemigo desde hacía casi treinta años y Sharpe quería ser el hombre que demostrara que Hakeswill podía morir. La rabia que sentía en aquel momento era de impotencia.

Hakeswill reía, iba de un lado a otro de la balaustrada.

—Les traeré a una de esas zorras y podrán hablar con ella. ¡Pero, ojo! —dijo señalando el brasero—. Recuerden el hierro, porque pienso marcarle una letra en la piel si le preguntan dónde la retenemos. ¿Queda claro? No saben en qué edificio están encerradas, ¿no es así? Pero les gustaría saberlo, ¿verdad? Ni se atrevan a

preguntárselo o marcaré a una de las más bellas. ¿Me han entendido?

Los dos oficiales asintieron. Hakeswill se dio la vuelta e hizo una señal al hombre que estaba de pie en el patio cerca del lugar por donde se habían llevado a rastras a la primera mujer. El hombre se volvió y llamó a alguien detrás.

Sharpe notó que Dubreton se ponía tenso cuando sacaron a una mujer al patio. Iba vestida con una larga capa negra y fue sorteando los canalones rotos. Dos hombres, que portaban bayonetas, la custodiaban. Llevaba el pelo rubio y fino mal recogido.

Hakeswill miraba a los dos oficiales.

—He elegido a esta especialmente para ustedes. Habla inglés y francés. Es increíble, inglesa y va y se casa con un franchute —apuntó riendo.

Los soldados la obligaron a detenerse en el centro del patio y uno de ellos le dio un codazo y le indicó que mirara hacia arriba, y ella miró hacia el balcón. Nada indicaba que hubiera reconocido a su marido, tampoco que él la reconociera, y Sharpe supo que ambos eran lo bastante orgullosos como para no dar a los captores la satisfacción de conocer más acerca de ella.

Hakeswill retrocedió sigilosamente hacia los oficiales.

—¡Vamos! ¡Hablen!

—Madame —dijo Dubreton con amabilidad.

—Monsieur.

«Probablemente —pensó Sharpe—, debía ser una mujer hermosa, pero su rostro estaba en la sombra, y mostraba signos de cansancio y el horror del cautiverio le dibujaba con mayor profundidad las líneas de los labios.» Era delgada, como su marido y, cuando habló, lo hizo con voz digna y mesurada. Uno de los soldados que la custodiaba era francés y escuchó la conversación.

Hakeswill se aburría.

—¡En inglés!

Dubreton miró a Sharpe y otra vez a su mujer.

—Tengo el honor de presentarle al comandante Richard Sharpe, madame. Pertenece al ejército inglés.

Sharpe hizo una reverencia y vio que ella inclinaba la cabeza en señal de respeto, pero no oyó sus palabras porque Hakeswill se echó a reír sonoramente.

—¡Comandante! ¿Le han hecho comandante, Sharpy? ¡Madre mía! ¡Tienen que estar realmente desesperados! ¡Comandante! —Sharpe no llevaba todavía las estrellas de comandante en los hombros; Hakeswill no se había enterado hasta entonces.

Madame Dubreton miró a Sharpe.

—Lady Farthingdale se alegrará de que haya estado usted aquí, comandante.

—Le ruego que le transmita los saludos de su marido, señora. Espero que ella, y todas ustedes, se encuentren bien.

Hakeswill escuchaba y sonreía con ironía. Sharpe buscaba desesperadamente una

forma, cualquiera, de insinuarle a aquella mujer que debía darles alguna señal de dónde las retenían. Estaba decidido a vengar los insultos que había recibido aquel día y a rescatar a aquellas mujeres, pero Hakeswill tenía razón: si no sabía dónde se encontraban, no podría hacer nada. Ya pesar de todo no se le ocurría nada que no sonara sospechoso, que no incitara a Hakeswill a ordenar que marcaran a la esposa de Dubreton.

La dama asintió con un gesto.

—Estamos todas bien, comandante, y no nos han hecho daño.

—Me alegro de oír eso, señora. Hakeswill se apoyó en la balaustrada.

—¿Están contentas aquí, verdad, querida? —indicó riendo—. ¡Dígalo! ¡Están contentas!

Ella lo miró.

—Me estoy marchitando en la flor de la vida, coronel. Estoy perdida en una solitaria penumbra.

—¡Ah! ¡Qué bien habla! —dijo sonriendo tontamente, y miró a los oficiales—. ¿Satisfechos?

—No —respondió Dubreton reflejando gran dureza en el rostro.

—Bueno, pues yo sí. —Hizo una señal a los soldados—. ¡Llévensela!

La obligaron a dar la vuelta y, por primera vez, la mujer perdió la serenidad. Empujó a los hombres, se volvió, y dijo con voz suplicante y desesperada.

—¡Me estoy marchitando en la flor de la vida!

—¡Llévensela!

Sharpe miró a Dubreton, pero su rostro sólo era una máscara inexpresiva ante la angustia de su esposa. El francés la siguió con la mirada hasta que desapareció y luego dirigió la mirada, sin decir palabra, hacia el claustro superior.

Harper y Bigeard estaban juntos y se sintieron aliviados al ver que sus oficiales regresaban al claustro. La puerta se cerró tras ellos y los soldados se alinearon de nuevo a lo largo del muro oeste, y Pot-au-Feu, que seguía en su silla, habló en trances con Dubreton. Cuando terminaron siguió comiendo el estofado de la cazuela de barro.

Dubreton miró a Sharpe.

—Dice lo mismo que ha dicho su hombre. Que hemos pagado por su virtud, eso es todo. Tenemos que marcharnos con las manos vacías.

Cuando el coronel acabó la traducción, Pot-au-Feu se echó a reír, tragó lo que tenía en la boca y avisó a los soldados que obstruían la entrada del convento para que se apartaran. Hizo una señal a los oficiales con la cuchara.

—¡Váyanse! ¡Váyanse!

Dubreton miró rápidamente a Sharpe, pero Sharpe sólo hizo un movimiento: cogió el fusil del hombro y con el pulgar, alzó el pedernal. Había quedado algo sin

decir, algo que había que decir, y aunque sabía que sería inútil, tenía que intentarlo. Alzó la voz y miró a los hombres con uniforme rojo que rodeaban el claustro.

—Tengo un mensaje para ustedes: todos los que están aquí morirán excepto aquellos que se entreguen. —Empezaron a mofarse de él, le abuchearon, pero la voz de Sharpe estaba preparada para dar órdenes. Sus palabras consiguieron vencer el ruido—. Deben presentarse en nuestros puestos de avanzada antes del día de Año Nuevo. ¡Recuérdenlo! ¡Si no...! —dejó de hablar y apretó el gatillo.

Que el arma se disparara fue una suerte, aunque él sabía que dispararía porque así lo había deseado, y no iba a irse de allí sin vengarse de la escoria de aquel lugar. Disparó desde la cadera, pero el alcance era corto y el blanco grande, así que la bala hizo pedazos la cazuela de comida y Pot-au-Feu gritó de dolor cuando la salsa y carne ardiendo cayeron sobre sus calzones. El mariscal se echó a un lado, perdió el equilibrio y cayó con todo su peso sobre las baldosas. Los soldados se quedaron mudos. Sharpe miró a su alrededor.

—¡Año Nuevo!

Bajó la culata del fusil, buscó un cartucho en su petaca y luego, delante de todos, recargó el arma con la destreza de un profesional. Sacó la bala del cartucho de papel, preparó la cazoleta, la cerró, y luego echó el resto de la pólvora en el cañón, introdujo los tacos y escupió la bala dentro del trozo de cuero engrasado que rodeaba el rayado en espiral del cañón y que convertía el fusil Baker en el arma más certera del campo de batalla. Lo hizo con rapidez, mirando a los hombres que lo vigilaban y no lo que hacía, y rellenó las siete ranuras en espiral, encajó la baqueta en los tubos de cobre, y el arma volvía a estar cargada.

—¡Sargento!

—Señor.

—¿Qué les hará a estos canallas en Año Nuevo?

—Matarlos, señor —contestó Harper con aplomo; estaba contento.

Dubreton sonrió y habló suavemente con la mirada puesta en Pot-au-Feu. Éste intentaba levantarse del suelo con la ayuda de dos de las muchachas.

—Ha sido peligroso, amigo. Podían haber disparado.

—Nuestros sargentos les asustan.

Cualquiera se asustaría ante esos dos.

—¿Nos vamos, comandante?

Una gran multitud se había reunido a las puertas del convento, hombres, mujeres y niños, que insultaban a gritos a los dos oficiales, insultos que se desvanecieron cuando los dos enormes sargentos aparecieron con sus armas listas para disparar. Los dos gigantes bajaron la escalera y con su sola presencia dispersaron a la multitud. Parecía que se agradaban Harper y Bigeard, cada uno complacido de haber encontrado a otro hombre tan fuerte como él. Sharpe deseó que nunca tuvieran que

enfrentarse en un campo de batalla.

—¿Comandante? —Dubreton estaba de pie en la escalera, poniéndose unos guantes de piel fina.

—¿Señor?

—¿Tiene intención de rescatar a los rehenes? —preguntó en voz baja a pesar de que no había ningún enemigo a la vista.

—Si se puede, señor. ¿Y usted?

Dubreton se encogió de hombros.

—Este lugar queda más alejado de nuestras líneas que de las suyas. Ustedes se mueven por este país mucho mejor que nosotros. —Sonrió; se refería a la emboscada que les tendieron en las colinas del norte—. Nosotros necesitamos de todo un regimiento de caballería para llegar a dos millas de este lugar. —Tiró de los guantes para acomodarlos—. Si lo hace, comandante, ¿puedo pedirle algo?

—Sí, señor.

—Sé que nos entregará a nuestros rehenes. Le agradecería que también nos entregara a nuestros desertores. —Levantó su elegante mano—. No para luchar de nuevo, se lo aseguro, sino para que reciban su castigo. Deduzco que a los suyos les ocurrirá lo mismo. —Bajó la escalera y se giró para mirar a Sharpe—. Por otro lado, comandante, ¿un rescate no sería demasiado complicado?

—Sí, señor.

—A menos que sepa dónde retienen a las mujeres.

—Sí, señor.

Dubreton sonrió. Bigeard esperaba con los caballos. El coronel levantó la vista al cielo como si mirara el tiempo.

—Como ha visto, comandante, mi esposa actúa con gran dignidad. No les dio a esos cabrones el placer de saber que yo era su marido. Aunque al final parecía un tanto histérica, ¿verdad?

—Sí, señor —asintió Sharpe.

Dubreton sonrió alegremente.

—¿No es extraño que se mostrara tan apasionada por la poesía, comandante? A menos que fuera poetisa, claro, pero ¿se le ocurre pensar de una mujer que haga poesía? —Parecía contento consigo mismo—. Cocinan, hacen el amor, tocan música, pueden charlar, pero no hacen poesía. Mi esposa, sin embargo, lee mucha poesía. —Se encogió de hombros—. «Marchitándome en la flor de la vida, perdida en una penumbra solitaria.» ¿Se acordará de estas palabras?

—Sí, señor.

Dubreton se quitó uno de los guantes y tendió la mano.

—Ha sido un honor, comandante.

—Lo mismo digo, señor. Tal vez volvamos a vernos.

—Sería un placer. Mis más cordiales saludos a sir Arthur Wellesley, o a lord Wellington, como debemos llamarle ahora.

Del rostro de Sharpe escapó un gesto de sorpresa, para deleite de Dubreton.

—¿Le conoce usted, señor?

—Por supuesto. Fuimos juntos a la Academia Real de Equitación de Angers. Resulta extraño, comandante, que su mejor soldado aprendiera a luchar en Francia.

—Dubreton estaba satisfecho de aquel comentario.

Sharpe se echó a reír, se cuadró y saludó al coronel francés. Aquel hombre le gustaba.

—Le deseo un feliz regreso a casa, señor.

—Yo a usted también —dijo Dubreton tendiendo la mano a Harper—. ¡Cuídese sargento!

Los franceses partieron hacia el este, rodeando el pueblo; Sharpe y Harper hacia el oeste descendiendo de la cima del desfiladero, trotando por el camino que serpenteaba hacia Portugal. De repente, el aire parecía limpio, la locura había quedado atrás, a pesar de que Sharpe sabía que volverían. Una vez, un sargento mayor escocés, un soldado viejo y sabio, había estado hablando con Sharpe durante la oscura noche anterior a una batalla. Le había dado vergüenza contarle una idea suya a Sharpe, pero al final se la había contado y ahora Sharpe la recordaba. Un soldado, le explicó el escocés, es un hombre que lucha por la gente que no puede luchar por sí misma. Detrás de Sharpe, en la Entrada de Dios, quedaban unas mujeres que no podían luchar por sí mismas. Sharpe volvería.

Capítulo 6

—¡Así que no la vio!

—No, señor —respondió Sharpe incómodo.

Sir Augustus Farthingdale no había considerado oportuno ofrecerle una silla. Por la puerta entreabierta del salón de Farthingdale, una de las estancias de su residencia situada en la mejor zona de la ciudad, Sharpe vio que se estaba celebrando una cena. La cubertería de plata relucía sobre la vajilla de porcelana y dos criados permanecían con deferencia junto a una mesa auxiliar.

—Así que no la vio —gruñó Farthingdale poniendo de manifiesto que Sharpe había fracasado.

Sir Augustus Farthingdale no vestía uniforme; llevaba una chaqueta granate de terciopelo con las vueltas de encaje y unos ceñidos calzones de ante sobre las botas altas y bien cepilladas. Sobre el chaleco destacaba un fajín de seda azul decorado con una pesada estrella dorada. Probablemente se tratara de alguna orden portuguesa.

Se sentó al escritorio iluminado por cinco velas dispuestas en elegantes candelabros de plata y jugueteó con un abrecartas de mango largo. Su pelo sólo podía recibir un calificativo: plateado; cabello de plata que le caía desde la frente y que recogía detrás con un lazo negro pasado de moda que resaltaba más su cabello cano. Su rostro era delgado y alargado, en el que destacaban cierta petulancia en los labios y una mirada de enfado en los ojos. Sharpe pensó que aquella cara debía de ser bella, la cara de un hombre maduro y sofisticado, con dinero, inteligencia y un orgulloso deseo de usar ambas cualidades en provecho propio. Miró hacia el comedor.

—¡Agostino!

—¿Señor? —respondió un sirviente que Sharpe no había visto.

—¡Cierre la puerta!

Cerró la puerta de madera y el ruido de las voces se desvaneció. Los ojos de sir Augustus, hostiles, repasaron a Sharpe de arriba abajo. El fusilero acababa de llegar a Frenada y no había querido demorarse en arreglarse el uniforme ni en asearse, tras el viaje, el rostro y las manos. La voz de Farthingdale sonaba fría y precisa.

—El marqués de Wellington está profundamente preocupado, comandante Sharpe, profundamente.

Farthingdale quiso poner de manifiesto que él y Wellington eran muy amigos y que le estaba revelando un secreto de Estado a Sharpe. El abrecartas repiqueteaba sobre el escritorio de madera pulida.

—Mi esposa, comandante, tiene relaciones muy influyentes en la corte portuguesa. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—El marqués de Wellington no quiere poner en peligro nuestras relaciones con el

gobierno portugués.

—De acuerdo, señor.

Sharpe se contuvo de decir a sir Augustus Farthingdale que era un necio pomposo. Resultaba interesante que Wellington hubiera escrito, porque de haberla enviado hacia el norte con uno de los jóvenes oficiales de caballería, éste difícilmente hubiera podido recorrer sesenta millas en un día aunque hubiera cambiado a menudo de caballo. Así pues, Wellington debía de estar en Lisboa, pues era imposible que la noticia hubiera llegado a Cádiz con tiempo suficiente para que la respuesta ya estuviera de vuelta. Farthingdale se mostraba pomposo, porque hasta el mismo Sharpe sabía que la principal preocupación de Wellington no era el gobierno portugués sino el español. La historia de Adrados había corrido como la pólvora, se había alimentado de las sensibilidades del orgullo español, y el día de Año Nuevo el ejército inglés debía regresar a España. El ejército compraría los víveres a los españoles y utilizaría españoles para hacer el pan y llevar las mulas, proporcionarles forraje y refugio, y Pot-au-Feu y Hakeswill habían puesto en peligro esa colaboración. El veneno de Adrados debía presentarse como un pequeño paso hacia la victoria.

A pesar de todo, Sharpe intuía que él conocía a Wellington desde hacía más tiempo que Farthingdale y sabía que había algo más de Pot-au-Feu que fastidiaba profundamente al general. Wellington consideraba que la anarquía siempre constituía un simple grito de demagogia contra el orden, y el orden, pensaba, no era sólo una condición esencial, sino la virtud suprema. Pot-au-Feu había desafiado esa virtud y por ello debía ser destruido.

Dejó el abrecartas sobre un montón de papeles, quizá su próximo libro de *Instrucciones prácticas para oficiales jóvenes*, y cruzó las piernas con gran elegancia. Sir Augustus Farthingdale se alisó la borla de una bota.

—¿Y dice que no le han hecho daño? —preguntó con un atisbo de preocupación en la voz.

—Eso es lo que aseguró la señora Dubreton.

El reloj del vestíbulo dio las nueve. Sharpe supuso que la mayoría de los muebles de aquella residencia habían sido transportados exclusivamente para la visita de sir Augustus. Él y lady Farthingdale habían hecho un recorrido extraordinario por los cuarteles de invierno del ejército portugués antes de detenerse en Frenada, en su camino de regreso hacia el sur, para que lady Farthingdale pudiera visitar el santuario de Adrados y rezar por su madre, que se estaba muriendo. El fatídico día, Farthingdale prefirió ir de caza y dos jóvenes capitanes se habían ofrecido con entusiasmo a acompañar a su esposa hasta las colinas. Sharpe deseaba que sir Augustus le mostrara un retrato de su esposa pero, evidentemente, el coronel no lo consideró oportuno.

—He pensado, comandante, en dirigir el rescate de lady Farthingdale —dijo sir Augustus con entonación interrogativa, casi desafiante.

Sharpe no respondió.

El coronel se golpeó ligeramente los labios y luego observó la yema del dedo como si algo se le hubiera quedado pegado.

—Dígame, comandante, ¿un rescate es posible?

—Podría llevarse a cabo, señor.

—El marqués de Wellington —otra vez la pesada verborrea, el título completo de Wellington— desea que se lleve a cabo.

—Es preciso saber en qué edificio está, señor. Hay un castillo, un convento y todo un pueblo, señor.

—¿Lo sabemos?

—No, señor —Sharpe no quiso especular al respecto. Era mejor esperar a que viera a Nairn.

Una mirada hostil se clavó en Sharpe. La expresión de sir Augustus indicaba que Sharpe había fracasado totalmente. Dejó escapar un suspiro.

—Así que he perdido a mi esposa y quinientas guineas, por lo menos no ha perdido el reloj.

—Sí, señor. Claro, señor.

Sharpe desprendió la cadena del reloj con desgana. Nunca había tenido un reloj, de hecho nunca se había fiado de esos artilugios porque pensaba que un oficial que los necesitara para saber qué momento del día era no merecía llevar uniforme, pero ahora le parecía que poseer ese reloj, aunque prestado, le daba un cierto aire de éxito y posesión, algo propio de un comandante.

—Aquí lo tiene, señor.

Se lo devolvió a sir Arthur Farthingdale, y éste levantó la tapa, comprobó que las manecillas y el cristal estuvieran bien y luego abrió un cajón del escritorio y lo depositó dentro. A continuación juntó los dedos largos y finos.

—Gracias, comandante. Siento que esta experiencia haya resultado infructuosa. Sin duda, nos veremos en la reunión que ha convocado mañana el general Nairn en el cuartel. —Se puso en pie con movimientos precisos como los de un felino—. Buenas noches, comandante.

—Señor.

Cuando Sharpe llegó a su alojamiento le esperaba la orden de presentarse en el cuartel a la mañana siguiente. También encontró una botella de brandy, regalo de Nairn, junto a una carta escrita a mano que decía que si había llegado puntual, necesitaría el contenido de la botella. Sir Augustus no le había ofrecido ni un vaso de agua, mucho menos una copa de vino, y Sharpe compartió la botella con el teniente Harry Price y se desahogó explicándole lo que sentía por los civiles vestidos de

terciopelo que se creían coroneles. Price sonreía con complicidad.

—Eso es lo que yo quiero, señor. Un abrigo de terciopelo, una esposa joven y que héroes como usted tengan que saludarme.

—A lo mejor lo consigue, Harry.

—A lo mejor todos los sueños se convierten en realidad, señor.

Price había cosido un parche en su casaca roja. Como la mayoría de los hombres del South Essex, llevaba una casaca roja; sólo Sharpe y los pocos fusileros que habían sobrevivido a la retirada de La Coruña y habían sido instruidos en la compañía ligera del South Essex seguían luciendo con orgullo las casacas verdes. ¡Casacas verdes! ¡Claro! ¡Malditas casacas verdes!

—¿Qué ocurre, señor? —Price sostenía la botella boca abajo esperando un milagro.

—Nada, Harry, nada. Es sólo una idea.

—Entonces, señor, que Dios nos ampare, señor.

Sharpe tenía una idea, había reflexionado sobre ella y por la mañana la expondría en el cuartel. De noche el cielo se había nublado y durante casi toda la mañana había estado cayendo una lluvia fina, y la mesa del vestíbulo anterior a la habitación donde esperaba Nairn estaba cubierta de abrigos, mantos, fundas de espada y sombreros mojados. Sharpe dejó lo suyo sobre el montón y apoyó el fusil en la pared, un ordenanza le prometió que lo vigilaría.

Nairn, Farthingdale, Sharpe y un teniente coronel al que no conocía asistían a la reunión. Esta vez, Nairn se había desprendido de su bata y llevaba las vueltas de color verde oscuro y los encajes dorados de uno de los regimientos de las Highlands. Sir Augustus iba impecable con el uniforme rojo, negro y dorado de los Dragones reales del príncipe y las espuelas doradas que rascaban en la alfombra. El teniente coronel era del cuerpo de fusileros, llevaba una casaca roja con vueltas blancas y saludó cordialmente a Sharpe con un movimiento de cabeza. Nairn hizo las presentaciones.

—Teniente coronel Kinney. Comandante Sharpe.

—A sus pies, Sharpe, es un honor. —Kinney era grande, con un rostro amplio y sonrisa fácil. Nairn lo miró y sonrió.

—Kinney es galés, Sharpe, así que no se fíe mucho de él. Kinney soltó una carcajada.

—Lleva así desde que mis hombres rescataron a su regimiento en Barossa.

Sir Augustus tosió intencionadamente en señal de protesta por las bromas celtas y Nairn le lanzó una mirada bajo sus enormes cejas.

—Por supuesto, sir Augustus, claro. ¡Sharpe, cuéntenos su historia!

Sharpe la contó y sólo le interrumpieron una vez. Nairn lo miró con incredulidad.

—¡Le quitó el corpiño! ¿La arrojó contra usted?

—Sí, señor.

—¿Y usted se lo abrochó?

—Sí, señor.

—¡Extraordinario! ¡Continúe!

Cuando Sharpe terminó, Nairn tenía una hoja de papel llena de anotaciones. Un rayo cayó sobre la tierra. La lluvia golpeaba suavemente contra los cristales de la ventana. En algún lugar de aquella ciudad, un sargento gritaba a sus hombres que formaran una columna de a cuatro en el centro de las filas. El general de división se reclinó.

—¿Y el francés, Sharpe? ¿Qué piensa hacer Dubreton?

—Quiere organizar un rescate, señor.

—¿De veras?

—Ellos han de recorrer el doble de camino que nosotros, señor.

Franceses e ingleses pasaban el invierno bastante alejados. Nairn gruñó.

—Tenemos que hacerlo nosotros primero. Un rescate, sacar a esas sabandijas de sus agujeros. —Agitó una hoja de papel—. Es lo que quiere el general y es lo que haremos. ¿Qué necesita para rescatar a esas mujeres, Sharpe?

—¡Señor! —dijo sir Augustus inclinándose hacia delante—, espero que me confíen la misión del rescate.

Nairn observó a sir Augustus y guardó silencio hasta que éste resultó incómodo. A continuación le respondió.

—Es muy noble por su parte, sir Augustus, dice mucho a su favor. Sin embargo, Sharpe ha estado allí, deje que nos cuente sus ideas primero, ¿de acuerdo?

Era el momento de contar la primera, que a la luz del día no parecía muy acertada pero iba a intentarlo.

—Podemos rescatarlas, señor, siempre que sepamos dónde se encuentran. Si lo sabemos, señor, sólo veo una manera. Tenemos que viajar de noche para poder acercarnos sin ser vistos, escondernos durante todo el día y atacar a la noche siguiente. Deberían hacerlo fusileros, señor.

—¡Fusileros! —exclamó Nairn mientras Kinney sonreía—. ¡Usted sólo piensa en fusileros! ¿Acaso cree que nadie más puede luchar en este ejército?

—Señor, allí vi muchos uniformes, pero no vi ni uno de fusilero. Eso significa que, la noche del ataque, todo el que no lleve uniforme verde es enemigo.

—Pero usted no vio a todos sus hombres —afirmó Nairn enojado.

—No, señor —admitió Sharpe, pero todos sabían que desertaban menos fusileros que miembros de cualquier otro regimiento.

Nairn dirigió la mirada al traje rojo, negro y dorado de sir Augustus.

—Bueno, pues, fusileros. ¿Y qué más?

Había algo más, pero resultaría inútil a menos que Sharpe supiera en qué edificio estaban las rehenes. Así lo explicó, y Nairn sonrió levemente y con malicia.

—Pero nosotros sabemos donde están.

—¿Lo sabemos? —dijo Sharpe sorprendido.

—Lo sabemos, lo sabemos —afirmó rápidamente Nairn sonriendo.

Kinney esperaba. Sir Augustus parecía estar irritado.

—Quizá quiera contárnoslo, señor.

—Es mi deber y un honor, sir Augustus.

Nairn cerró los ojos, se reclinó y alzó la mano derecha con gran dramatismo e inició en tono declamatorio:

—Línea tras línea mis ojos llorosos se desbordan, por una... no sé qué, no se qué más... desgracia: ¡Ahora enamorado! —Nairn había alzado la voz triunfante al llegar a la palabra «enamorado» y después bajó el tono a modo de conspiración y abrió los ojos—. ... Ahora marchitándome en la flor de la vida, ¡perdido en la solitaria penumbra de un convento! —Nairn sonrió con gesto travieso—. Alexander Pope, de *Eloísa y Abelardo*. Es la triste historia de un hombre castrado en su juventud. Eso es lo que ocurre por un exceso de amor. Así que están en el convento. Inteligente muchachita, la esposa del francés.

Kinney se inclinó.

—¿Cuántos fusileros?

—¿Dos compañías, señor?

Kinney asintió.

—¿Podrán tomar el convento de noche?

—Sí, señor —asintió Sharpe.

—Así que necesitará ayuda por la mañana, ¿no?

—Sí, señor.

Kinney miró a Nairn.

—Es lo que dijimos, señor. Un pequeño grupo que entre y proteja a las mujeres y un batallón que llegue por la mañana para castigar a los hombres. Pero hay algo que me preocupa.

Nairn arqueó una ceja.

—¿Qué es?

—Puede que sean desertores, pero creo que podemos afirmar que no son tontos. Si usted entra de noche —dijo mirando a Sharpe y olvidando, o no haciendo caso de las preguntas de sir Augustus—, no cree que se esperarán algo así por la mañana. Habrá vigilantes, habrá un piquete de vigilancia. Es un riesgo, Sharpe, y aunque no me importe correr riesgos, puede que tengan tiempo suficiente para vengarse con las señoras.

Sir Augustus asintió, parecía que había cambiado de opinión acerca de la posibilidad de un rescate.

—Estoy de acuerdo con Kinney.

Nairn miró a Sharpe.

—¿Y bien, comandante?

—He pensado en ello, señor —respondió sonriendo, ésta había sido la segunda idea, la mejor—. Estaba pensando en ir en Sowan's Nicht.

Nairn sonrió con cierta euforia. Automáticamente le corrigió la pronunciación a Sharpe.

—¡Sowan's Nicht! ¡Me gusta la idea! ¡Sowan's Nicht! ¡Los canallas estarán completamente borrachos!

Sowan's Nicht, la expresión escocesa para Nochebuena, la noche en que todo soldado podía emborracharse. En Inglaterra era la noche en que se tomaba una bebida letal hecha con trigo sin cáscara, hervido en leche y condimentado con ron y yema de huevo, llamada «Frumenty», y que había que beber hasta quedar inconsciente. Nochebuena.

Kinney asintió sonriendo.

—Fuimos los primeros en caer en esa trampa, también podemos usarla.

Se refería a la Nochebuena de 1776, cuando George Washington pilló desprevenida a la guarnición de Trenton porque los defensores pensaban que no había guerra posible en Navidad. Kinney sacudió la cabeza.

—Pero...

—¿Pero? —preguntó Nairn.

El rostro de Kinney pareció ensombrecerse, se desvanecía la esperanza que tenía de contar la trampa que hizo Washington.

—Nochebuena, señor, el día que usted quiere que mis hombres ayuden al comandante Sharpe. Apenas faltan cinco días, señor. —Volvió a menear la cabeza—. ¡Puedo hacerlo! Puedo conseguir que mis hombres estén allí, pero no me gusta mucho ir con las manos vacías. Pensaba si sería posible una ración extra, y si los franceses la emprenden a empujones para introducirse en el lugar, me encantaría contar con una partida adicional de cartuchos.

Sharpe sabía que eso querría decir contar con hasta mil libras de carne seca y casi cuatro mil cartuchos. La expresión de Kinney mostraba cada vez mayor indecisión.

—No hay ni una mula, señor. Tardaremos más de una semana en traerlas desde donde pastan en invierno.

Casi todas las mulas, al igual que la caballería inglesa, pasaban el invierno en las fértiles tierras cercanas al mar.

Nairn se lamentó para sus adentros, mientras trazaba marcas sobre el papel.

—¿Podría llegar hasta allí sin mulas?

—Desde luego, señor. ¿Pero qué pasa si llegan los franceses?

—No irán allí para luchar con nosotros, ¿no es así? ¡Estarán allí para capturar a ese Pot-au-Feu!

Kinney asintió.

—¿Y qué harán si además se les presenta la ocasión de destruir a todo un batallón?

—Ya, ya, sí, sí. —Nairn se mostraba disgustado—. Creo que tiene razón. ¿Qué le parece la víspera de Año Nuevo, Sharpe?

Sharpe respondió con una sonrisa.

—Prefiero Nochebuena, señor. —Miró a Kinney—. ¿Servirían siete carretas tiradas por caballos y unos cuantos caballos de carga listos para partir?

—¿Si servirían? Santo Dios, claro que servirán. Será más que suficiente. Pero dígame cómo va a conseguir ese milagro.

Sharpe desvió la vista hacia Nairn.

—El batallón de cohetes, señor. Estoy seguro de que el príncipe regente estaría encantado si sirvieran en algún tipo de actividad bélica.

—¡Dios mío, Sharpe! —exclamó Nairn sonriendo—. ¡Hace dos semanas que lo ascendí a comandante y ahora pretende decirme lo que le gustaría a Su Alteza Real! —Miró a Kinney—. ¿Le parece bien la sugerencia del plenipotenciario del príncipe de Gales, coronel?

—Sí, señor.

Nairn sonrió con satisfacción mirando a sir Augustus Farthingdale.

—Parece que su esposa se encontrará sana y salva en sus brazos dentro de una semana, sir Augustus.

Sir Augustus vaciló, pero inclinó la cabeza.

—Sí, parece que sí, y se lo agradezco. Aunque me gustaría unirme a la fuerza de rescate, señor.

—¿Le gustaría, eh? —Nairn frunció el ceño sin acabar de entender aquella petición—. No es que quiera ofenderle con mis palabras, sir Augustus, en absoluto. ¡Pero no cree que es mejor dejar las hazañas para las mentes activas! ¡Nosotros, mentes pasivas, debemos esperar pacientes, escribir libros!

Sir Augustus le respondió con una sonrisa.

—¿Se refiere a mentes viejas, señor?

—¡Más viejas, más sabias y más pasivas! Además, ¿realmente le gusta tener que escalar una maldita colina en plena noche, esconderse durante todo un día y la noche siguiente soportar a tipos como Sharpe? Admiro su intención, sir Augustus, de veras, pero le suplico que reconsidere su petición.

El fino rostro rodeado por una hermosa mata de pelo bajó la vista hacia la mesa. Quizá, pensó Sharpe, estaba pensando en aquel día frío que sería la víspera de Navidad. Sharpe no quería que estuviera allí y se atrevió a susurrar un comentario que podría contribuir a que sir Augustus retirara la petición que Nairn difícilmente podría denegar.

—No llevaremos caballos, señor, ninguno.

Levantó la cabeza de golpe y respondió.

—¡Comandante, yo puedo marchar si tengo que hacerlo!

—Estoy seguro de ello, señor.

—Quien me preocupa es lady Farthingdale. Es una dama delicada, de buena familia. No me gustaría pensar que la tratan... —hizo una pausa—. Me gustaría ofrecerle mi protección, señor.

—¡Por Dios, sir Augustus! —atajó Nairn. Estaba sugiriendo que lady Farthingdale, después de sobrevivir a la captura de Pot-au-Feu, estaría en peligro en manos de los hombres de Sharpe. Nairn sacudió la cabeza—. Estará a salvo, sir Augustus, estará a salvo. Usted puede ir con Kinney a la mañana siguiente, ¿verdad Kinney?

El coronel galés no se mostró excesivamente complacido pero asintió.

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

—¡Además, usted llegará al alba, sir Augustus!

Sir Augustus aceptó y se reclinó.

—Muy bien. Iré a caballo con los fusileros. —Miró con hostilidad a Sharpe—. ¿Puede asegurarme que tratarán a lady Farthingdale con respeto?

Sus palabras constituían un insulto ultrajante, pero Sharpe adivinó también los acusados celos que, muy posiblemente, un hombre mayor sentiría de su joven esposa. Decidió darle una respuesta adecuada.

—Por supuesto, señor. —Se volvió hacia Nairn y le soltó una pregunta—. ¿Tenemos a los fusileros, señor?

Nairn sonrió de nuevo con gesto travieso y le tendió una carta.

—El tercer párrafo empezando por abajo, comandante. Vienen de camino.

Sharpe leyó la carta y comprendió el gesto de Nairn. La carta la había dictado Wellington a su secretario militar, y el general daba sugerencias explícitas de cómo debían derrotar a Pot-au-Feu. El tercer párrafo empezaba: «Le aconsejo que sea el comandante Sharpe, en estos momentos sin ocupación, y creo que con dos compañías de fusileros podría llevar a cabo el rescate antes de que llegue el batallón de castigo. Con este fin, y creyendo que considerarán esta medida adecuada, he dado órdenes a dos compañías del 60.º para que se presenten en el cuartel general.»

Sharpe alzó la vista, miró a Nairn y sonrió ampliamente.

—Resulta interesante comprobar que hayamos llegado a las mismas conclusiones.

—Es evidente que sí, señor.

—Consuélese con la idea de que él no pensó en utilizar el escuadrón de cohetes. Sin embargo, el general ha pedido a los guerrilleros que nos ayuden. Cierta caballería irregular por las colinas nos facilitará las cosas.

Sharpe se preguntaba si Teresa recibiría el mensaje. Quizá podría verla por

Navidad. Se sintió animado y complacido. Nairn cogió la carta y le dio la vuelta a la hoja. Estaba serio.

—Sin embargo, los guerrilleros no deben adjudicarse el éxito. Toda España cree que las tropas inglesas violaron a las mujeres de aquella ciudad y saquearon la iglesia. El nuevo sermón que se dará en las iglesias será que las tropas inglesas han vengado la masacre y que todo el mundo está a salvo bajo la protección de nuestra bandera.

Era evidente que parafraseaba la carta, después la dejó y sonrió a Sharpe.

—¿Les dijo a aquellos cabrones que tenían hasta Año Nuevo?

—Sí, señor.

—Bueno, pues rompa su promesa, comandante. Vaya y mátelos por Navidad.

—De acuerdo, señor.

Nairn miró por la ventana. Había parado de llover y el cielo se estaba despejando, mostrándose de nuevo azul. El escocés sonrió.

—Buena caza, señores. Buena caza.

Capítulo 7

El capitán de fusileros tenía un aspecto vil. Era tuerto del ojo izquierdo y se cubría el hueco con un parche negro ribeteado de verde. Le faltaba la mayor parte de la oreja derecha y dos de sus dientes habían quedado reducidos a raigones. Todo ello secuelas de los campos de batalla.

Se cuadró frente a Sharpe y le saludó, pero aquella precisión militar quedó diluida por el recelo que mostraba su tono de voz.

—Capitán Frederickson, señor.

Frederickson tenía un aspecto ágil y espigado, duro como el bronce de los fusiles de sus hombres.

El segundo capitán, más fornido y menos confiado, dibujó una sonrisa mientras le saludaba.

—Cross, señor. Capitán Cross.

El capitán Cross quería agradecer al comandante Sharpe, al capitán Frederickson no le importaba en absoluto.

Se había alegrado enormemente de su ascenso, pero ahora le sorprendía verse tan nervioso. Al igual que Cross quería agradecer a Sharpe, Sharpe quería agradecer a los hombres que quedaban a sus órdenes. Le tentaba creer que si se mostraba amigable, accesible y amable, los hombres le seguirían con más entusiasmo. Sin embargo, la amabilidad no era el camino hacia la lealtad y sabía que debía resistir esa tentación.

—¿De qué se ríe, capitán?

—¿Señor?

Los ojos de Cross se clavaron en Frederickson, pero el tuerto miraba con dureza hacia el frente. La sonrisa se desvaneció.

Ambos capitanes con sus compañías constituían el grupo que Sharpe iba a dirigir hacia la Entrada de Dios, hacia la difícil misión nocturna, y allí no habría lugar para un hombre amigable, accesible, razonable y amable. Con el tiempo quizá les llegara a agradar, pero al principio habían de sentir antipatía hacia él porque les dictaba órdenes, porque la lealtad se basaba en el respeto.

—¿Cuántos son?

Frederickson respondió primero, tal y como Sharpe suponía.

—Setenta y nueve hombres, señor. Cuatro sargentos y dos tenientes.

—¿Municiones?

—Ochenta cartuchos, señor.

Aquella respuesta resultaba demasiado firme, era mentira. La pólvora británica era la mejor del mundo y la mayoría de soldados ganaban unos cuantos peniques extras vendiendo cartuchos a los aldeanos. Sin embargo, la respuesta de Frederickson también implicaba que la falta de cartuchos no era asunto de Sharpe. Él,

Frederickson, se aseguraría de que sus hombres entraran en batalla con la cartuchera llena. Sharpe miró a Cross.

—¿Capitán?

—Cincuenta y ocho hombres, señor. Cuatro sargentos y un teniente.

Sharpe miró a las compañías que formaban en la plaza de Frenada. Los hombres estaban cansados, desgredados, esperando romper filas. Acababan de llegar de Coa y necesitaban del calor de un alojamiento, bebida y comida. Había media docena de caballos propiedad de los oficiales frente a las filas de soldados vestidos con casacas verdes. Sharpe miró al sol. Quedaban tres horas de luz.

—Llevaremos munición adicional. Está decidido. Les diré a sus sargentos dónde está.

Cross asintió.

—Señor.

—Esta noche recorreremos diez millas. Los caballos de los oficiales se quedan aquí.

Se giró para marchar pero una exclamación de sorpresa del capitán Cross le detuvo.

—¿Capitán?

—Nada, señor.

Frederickson sonreía, sólo sonreía.

Pasaron la noche al raso, con un frío de mil demonios, montando refugios con ramas y cocinando la carne en cazuelillas. Los fusileros nunca llevaban los grandes calderos Flanders del ejército que debían transportarse en mulas porque eran muy pesados. Para calentar uno de aquellos calderos se necesitaba todo un tronco y las tropas ligeras de Wellington tan sólo llevaban los cazos pequeños que sustraían a los enemigos que mataban, lo mismo hacían con las cómodas mochilas, y Sharpe miró con satisfacción las treinta pequeñas fogatas. Su compañía también estaba allí, mermada porque el verano de 1812 había causado muchas bajas. El teniente Price, tres sargentos, y sólo veintiocho hombres formaban el grupo de tiradores del South Essex, y sólo nueve de ellos, además de Harper, habían formado parte de la antigua compañía del 95.º que él había salvado de la retirada de La Coruña hacía cuatro años. Price compartía uno de los fuegos con Sharpe, miró a su comandante y se estremeció.

—¿No podemos ir con usted, señor?

—Usted lleva casaca roja, Harry.

Price juró.

—Todo irá bien, señor.

—No, no irá bien. —Sharpe sacó una castaña del fuego con su cuchillo—. Tendrán mucho trabajo el día de Navidad, Harry. De veras.

Price respondió resentido.

—Sí, señor. —Entonces, incapaz de estar triste durante mucho tiempo, sonrió y señaló con un gesto los fuegos de campamento—. Les ha animado mucho, señor. Ni se imagina lo mucho que les ha sorprendido.

Sharpe se echó a reír. Dos de los tenientes iban cojeando después de una marcha de diez millas, no estaban acostumbrados a caminar. Los fusileros se resignaban. Sharpe era sólo un cabrón más que les había negado una cama caliente, la oportunidad de una muchacha cálida y les había obligado a dormir al aire libre en una fría noche de diciembre. Price renegó porque se había quemado los dedos con una castaña.

—Decididamente, señor, están intrigados.

—¿Intrigados?

—Nuestros muchachos han hablado con ellos. Les han contado un par de cosas. —Sonrió al conseguir pelar la castaña—. Les han contado que la gente que lucha para Sharpe vive mucho tiempo.

—¡Por Dios, Harry! ¡Tampoco hay que exagerar!

Price masticaba alegremente.

—Son hombres duros, señor. Todo irá bien.

Ellos también eran duros. Los hombres del 60.º regimiento, el de los Fusileros Reales Americanos creado en la colonia antes de la revolución, habían sido entrenados como certeros tiradores, cazadores al acecho y asesinos en las profundidades del bosque, pero desde que perdieran América, las filas del regimiento se habían ido llenando de británicos y alemanes exiliados. Como mínimo, la mitad de los hombres eran alemanes y Sharpe había descubierto que Frederickson era hijo de madre inglesa y padre alemán y hablaba ambos idiomas con fluidez. El sargento Harper había descubierto el irónico sobrenombre con el que la compañía de Frederickson había bautizado a su capitán; el capitán William Frederickson, uno de los más duros del ejército, se había convertido en William el dulce.

William el dulce se acercó al fuego de Sharpe.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

—Adelante.

Frederickson se agachó mostrando una mirada maléfica.

—¿Hay contraseña para esta noche, señor?

—¿Contraseña?

Frederickson se encogió de hombros.

—Me gustaría llevarme una patrulla, señor.

Su intención no era pedir permiso. Para los capitanes del 60.º, pedir permiso constituía una ofensa. Este regimiento no luchaba en batallones, como otros, sino que se dividía en compañías que se unían a las divisiones del ejército para reforzar las

líneas de tiradores. Las compañías del 60.º eran los huérfanos del ejército y se sentían orgullosos de su soledad.

Sharpe sonrió con cierta ironía. En aquel país no era necesario patrullar; Portugal, un país seguro y amistoso.

—Quiere llevarse una patrulla, capitán.

—Sí, señor. A algunos de mis hombres les iría bien un poco de entrenamiento nocturno.

—¿Cuánto tiempo?

El hombre de cara delgada y parche en el ojo miró las llamas y luego a Sharpe.

—Tres horas, señor.

El tiempo suficiente para llegar al pueblo que habían dejado atrás al anochecer y entrar en la granja que había sobre la colina detrás de la iglesia. Sharpe también había oído los ruidos y había experimentado la misma sensación de hambre que Frederickson. ¿Así que quería una contraseña para retroceder y cruzar la línea de piquetes?

—Chuleta de cerdo, capitán.

—¿Señor?

—Esa es la contraseña. Y el precio que pido. Esbozó una leve sonrisa.

—Sus hombres dicen que no aprueba el robo, señor.

—Nunca me ha gustado ver cómo la policía militar cuelga a los hombres por saqueo. —Sharpe metió la mano en su bolsa y le lanzó una moneda a Frederickson—. Deje esto en la puerta de la granja.

Frederickson asintió.

—Lo haré, señor —dijo poniéndose en pie.

—Y capitán...

—¿Señor?

—Me gustan las chuletas del centro. Las que llevan los riñones.

La sonrisa se intuyó en la oscuridad.

—Sí, señor.

Comieron el cerdo al anochecer del día siguiente, ocultos en un robledo tras un largo día de marcha. Aquella noche no descansarían, tenían que avanzar, cruzar el río y ascender hasta las colinas. Sharpe los hizo formar, los dejó sin mochilas, cantimploras, bolsas, gabanes y chacos y observó a los sargentos que registraban a los hombres y sus equipos en busca de bebida. Aquella noche y al día siguiente, ningún hombre podía correr el riesgo de ir borracho, y los fusileros vieron con mal humor cómo arrojaban sus bebidas al suelo. Después, Sharpe mostró unas cantimploras.

—Brandy. —Los hombres se alegraron un poco—. Lo repartiremos mañana para vencer el frío. Una vez terminado el trabajo, podrán beber hasta la saciedad.

Aquella noche ascendieron por un paisaje oscuro de rocas resquebrajadas y sombras lúgubres; los aullidos de los lobos les retumbaban en los oídos. Los lobos casi nunca atacaban a los hombres, a pesar de que Sharpe había visto a uno saltar sobre un caballo atado, darle un bocado en la grupa y perderse asustado en la oscuridad bajo una inútil descarga de disparos de mosquete. Siguieron ascendiendo hacia el este; la luna que aparecía y desaparecía le dificultaba a Sharpe la tarea de reconocer las señales que había memorizado durante su visita al convento. Caminaron hacia el norte de la Entrada de Dios y, después de medianoche, dirigió a los soldados hacia el sur. El avance resultaba ahora más fácil porque ya había concluido el ascenso. Temía la llegada del alba. Tenían que esconderse antes de que los guardias de Pot-au-Feu pudieran escudriñar desde la torre en busca de intrusos.

Se habían acercado demasiado, pero no fue consciente de ello hasta que un centinela arrojó al fuego un espino entero y las llamas crecieron de repente e iluminaron las piedras de la atalaya. Sharpe pidió silencio. Estaban realmente muy cerca. Retrocedieron y justo antes del amanecer, encontraron un barranco.

El barranco era perfecto, salvo porque estaba demasiado cerca del convento. Un comandante, dos capitanes, cuatro tenientes, once sargentos y ciento sesenta y cinco soldados se escondían en la hondonada. Debían ocultarse durante todo el día.

Era una forma un tanto extraña de pasar el día de Nochebuena. En Gran Bretaña, estarían preparando la comida del día de Navidad. Habría gansos desplumados colgados en las paredes de las granjas junto a deliciosos jamones ahumados. Se elaborarían pudines de ciruelas junto a los hogares donde se cocería la cabeza de cerdo. En las casas de los ricos, los sirvientes sacarían las cabezas de cerdo del barril de maceración y las rellenarían con carne picada. Se harían pasteles de Navidad, de ternera y vaca, y mientras, los panes de frutos secos, típicos de Navidad, se estarían cociendo en hornos de ladrillo y su aroma se mezclaría con el de la cerveza recién elaborada. La luz del fuego se reflejaría en botellas de cristal, llenas de vino casero, y en el recipiente donde iban a mezclarse las especias y el vino caliente del brindis. En Navidad, todo el mundo debería estar al calor de un hogar envuelto en el vapor de los alimentos cocinados, y pensando sólo en la celebración.

Sharpe se preguntaba si aquellos hombres se resentirían de tener que pasar la Navidad en la guerra, aunque conforme avanzaba la fría víspera de Navidad, descubrió que sentían un cierto orgullo por haber sido elegidos para aquella tarea. Habían alimentado un odio amargo hacia los desertores y Sharpe sospechaba que aquel odio se debía, en parte, a la envidia. La mayoría de soldados pensaban, en un momento u otro, en la desertión, pero muy pocos llegaban a desertar, y todos soñaban con un paraíso perfecto donde no existiera la disciplina y sí el vino en abundancia y muchas mujeres. Pot-au-Feu y Hakeswill casi habían conseguido alcanzar ese sueño y los hombres de Sharpe les castigarían por atreverse a realizar lo

que ellos habían soñado.

A Frederickson le pareció que Sharpe estaba pensativo. Se sentó a un lado del barranco, junto a Sharpe y Harper, e hizo un movimiento de cabeza.

—Es porque son románticos, señor.

—¿Románticos? —El adjetivo le sorprendió proviniendo de William el dulce.

—Mire a los cabrones. La mitad de ellos matarían por diez chelines o menos. Son unos borrachos, robarían a sus madres el anillo de boda por una pinta de ron. ¡Jesús! ¡Son unos canallas! —Sonrió mirándolos con cariño, después se levantó, alzó un borde deshilachado de su parche y hurgó en la herida con el dedo. Parecía un gesto normal e inconsciente. Se limpió el dedo en la casaca—. Dios sabe que no son santos, pero están preocupados por las mujeres del convento. Les gusta la idea de rescatar a mujeres. —Frederickson torció la boca esbozando una sonrisa—. Todo el mundo odia al maldito ejército hasta que hay que rescatar a alguien, entonces somos verdaderos héroes y salvadores —añadió riendo.

Casi todos los hombres habían dormido a ratos durante la mañana, mientras los casacas rojas de Price montaban guardia. Ahora aquellos hombres dormían amontonados mientras los piquetes del capitán Cross vigilaban el borde del acantilado. Sus cabezas apenas resultaban visibles. Sharpe había visto siluetas en el torreón de la atalaya y, después de mediodía, habían aparecido por el este tres hombres a caballo. Sharpe había supuesto que formaban una patrulla, pero desaparecieron en una cavidad y no salieron de allí hasta pasada una hora. Supuso que habían estado bebiendo y luego regresaron al valle informando que habían patrullado sin novedad.

La mayor preocupación de Sharpe era el frío. La noche había sido más fría, pero los hombres se habían movido, mientras que ahora permanecían inmóviles, sin poder encender fuegos, y el viento que soplaba por el escondrijo, y que a veces traía llovizna, los helaba. Cuando la patrulla hubo desaparecido, Sharpe inició un juego infantil cuyo límite era el imaginario contorno del barranco y cuya regla principal era el silencio. El juego duró más de dos horas y así consiguió mantener calientes a los hombres. Cuando un oficial entraba en el juego, crecía el alboroto. Se trataba de tirar a otro jugador al suelo y Sharpe ya había acabado dos veces en el suelo, con los huesos molidos, y las dos veces había respondido yendo a por el mismo hombre. Ahora que ya empezaba a anochecer, los hombres que estaban sentados con sus armas se ocupaban en preparar el asalto.

Patrick Harper tenía la espada de Sharpe. Él mismo la había comprado y preparado y se la había regalado a Sharpe cuando todos pensaban que iba a morir en el hospital militar de Salamanca. Era una pesada espada de caballería, enorme y de hoja recta, difícil de manejar debido a su peso, pero era una buena arma si se manejaba con fuerza. Leroux, el francés que había disparado a Sharpe y lo había

llevado tan cerca de la muerte, perdió la vida con esa espada. Harper afiló la hoja con su piedra, sabía muy bien cómo hacerlo, y se la tendió a Sharpe.

—Aquí la tiene, señor. Como nueva.

Después empezó a ocuparse de su arma de siete cañones que había dejado sorprendido a Frederickson. Sería la única arma cargada que entraría en el convento con el primer destacamento. Los hombres de ese destacamento habían sido cuidadosamente elegidos, la flor y nata de las tres compañías, y atacarían únicamente con espadas, cuchillos y bayonetas. Sharpe dirigiría el destacamento. Harper iría detrás de él y la señal para que el resto de fusileros acudiera sería un disparo del arma del sargento irlandés. Harper cogió el arma, arañó el fogón con alambre, sopló y sonrió complacido.

—Pastel de carne, señor.

—¿Pastel de carne?

—Es lo que estaríamos comiendo en casa. Pastel de carne de cordero, patatas y más pastel de carne. Mi madre siempre prepara pastel de carne de cordero para Navidad.

—Nosotros ganso —dijo Frederickson—. Y una vez comimos cisne asado. Vino francés. —Sonrió mientras introducía una bala en su arma—. Pasteles de carne picada. Eso sí que llena. Buena carne de ternera picada.

—A nosotros nos daban callos —dijo Sharpe.

Frederickson lo miró con incredulidad, pero Harper le respondió con una sonrisa al capitán tuerto.

—Si se lo pregunta amablemente, señor, le contará lo que quiera de la vida en la inclusa.

Frederickson miró a Sharpe.

—¿De veras?

—Sí. Cinco años. Desde los cuatro.

—Y le daban callos por Navidad.

—Eso con un poco de suerte. Callos y huevos duros, lo llamaban carne picada. Solíamos pasarlo muy bien en Navidad. No había trabajo.

—¿Qué trabajo?

Harper sonrió porque ya había oído esas historias antes.

Sharpe volvió a apoyar la cabeza en la mochila y observó las nubes oscuras y bajas.

—Solíamos deshacer las maromas, las que van recubiertas de alquitrán. Se obtenía una cuerda de ocho pulgadas, dura como la piel helada, y si tenías menos de seis años tenías que deshacer siete pies cada día. —Sonrió—. Vendían aquel material a calafateadores y tapiceros. Pero eso no era tan malo como la sala de los huesos.

—¿La qué?

—La sala de los huesos. Algunos niños machacaban huesos hasta convertirlos en polvo, y con ese polvo se hacía una especie de pasta. La mitad del marfil que se compra no es más que pasta de hueso. Por eso nos gustaba la Navidad. Sin trabajar.

Frederickson parecía fascinado.

—¿Pues qué ocurría en Navidad, señor?

Sharpe se puso a recordar. Había olvidado muchas cosas. En una ocasión consiguió escapar de la inclusa, había intentado olvidar todos aquellos recuerdos. Ahora eran tan remotos que le parecía que pertenecían a otro hombre mucho menos afortunado.

—Íbamos a misa por la mañana, eso lo recuerdo. Teníamos que escuchar un sermón en el que nos aseguraban lo afortunados que éramos. Después la comida. Callos. —Sonreía.

—Y budín de ciruelas, señor. Usted me dijo que una vez le dieron budín de ciruelas. —Harper estaba cargando su arma.

—Sí, una vez. Era un regalo de alguien. Aquella tarde nos visitaba la alta sociedad. Niños y niñas acudían de la mano de sus madres para ver cómo vivíamos los huérfanos. ¡Dios! ¡Los odiábamos! Era el único día en todo el invierno que calentaban el edificio. No podían permitir que los hijos de los ricos pillaran un resfriado por visitar a los pobres. —Levantó su espada y se quedó mirando la hoja reflexivamente—. De eso hace mucho tiempo, capitán, mucho tiempo.

—¿Ha vuelto allí alguna vez?

—No —respondió Sharpe sentándose, hizo una pausa—. Tenía pensado hacerlo. Sería agradable volver, vestido de uniforme y con esto —levantó de nuevo la espada y sonrió con cierta ironía—. Probablemente todo ha cambiado. Los canallas que lo llevaban habrán muerto y es posible que los niños duerman en camas y coman tres veces al día y no sepan lo afortunados que son —dijo mientras se ponía en pie para envainar la espada.

Frederickson sacudió la cabeza en señal de negación.

—No creo que haya cambiado mucho.

Sharpe se encogió de hombros.

—No importa, capitán. Los niños son criaturas muy resistentes. Se les deja a su suerte y se las arreglan —lo dijo en un tono brutal porque él se las había arreglado, y se alejó de Frederickson y Harper porque la conversación le hacía pensar en su propia hija.

¿Sería ya lo bastante mayor como para emocionarse con las fiestas de Navidad? No lo sabía. Pensó en su pequeño rostro redondo, su pelo oscuro (era oscuro como el suyo la última vez que la había visto), y se preguntó qué clase de infancia estaría viviendo. Una vida sin un padre, una vida que había nacido de la guerra, sabía que no quería dejarla sola en la vida.

Estuvo hablando con los hombres, charlaba amablemente y escuchaba sus chistes, consciente de los miedos que ocultaban. Hizo que los sargentos repartieran otras doce cantimploras con brandy y se sintió conmovido cuando los hombres le ofrecieron unos tragos de la preciada bebida. Dejó a su propio destacamento para el final. Los quince hombres estaban sentados formando un grupo y daban los últimos toques a sus bayonetas ya afiladas. Había ocho alemanes que hablaban inglés bastante bien como para entender las órdenes apremiantes, les hizo un gesto para que se sentaran y con la formalidad propia de su raza comenzaron a sentarse.

Gestos y sonrisas. «Sí, señor.» Parecía que estuvieran helados.

Un hombre delgado como una baqueta, se humedeció los labios mientras pasaba un trozo de cuero engrasado por su bayoneta. Alzó la hoja para verla contra la luz mortecina del atardecer y pareció quedar satisfecho. Dejó la bayoneta en el suelo con cuidado meticuloso, dobló el trozo de cuero y lo metió en una funda impermeable. Alzó la mirada, observó el interés que mostraba Sharpe y, sin mediar palabra, le tendió la bayoneta al comandante. Sharpe pasó el pulgar por la hoja afilada. ¡Increíble! Parecía una hoja de afeitar.

—¿Cómo lo hace para que quede tan afilada?

—Con constancia, señor, constancia. Trabajándola cada día.

El hombre cogió la bayoneta y la introdujo en su vaina.

Otro hombre sonrió a Sharpe.

—Taylor gasta una bayoneta cada año. Las afila demasiado. Debería ver su fusil, señor.

Era evidente que Taylor era un ejemplo para toda la compañía y, acostumbrado a llamar la atención, había tendido su arma a Sharpe.

También estaba muy cuidada, como la bayoneta. La madera estaba engrasada y muy bien pulida. Había moldeado la culata con un cuchillo, y había dejado una empuñadura más estrecha detrás del gatillo, había recubierto la cantonera con una piel sujeta con remaches de cobre. Sharpe le dio al percutor después de comprobar que no estuviera cargada, parecía que el pedernal no quedaba bien, Sharpe tocó el gatillo y el arma se disparó casi sin que tuviera que hacer presión con el dedo. El hombre delgado sonrió:

—Bien limado, señor.

Sharpe le devolvió el fusil. La voz de Taylor le recordaba la del comandante Leroy del South Essex.

—¿Es usted americano, Taylor?

—Sí, señor.

—¿Lealista?

—No, señor. Fugitivo. —Taylor parecía un hombre serio y lacónico.

—¿Fugitivo de qué?

—Mercante, señor. Me escapé en Lisboa.

—Mató al capitán, señor —afirmó el otro hombre con una sonrisa de respeto.

Sharpe miró a Taylor. El americano se encogió de hombros.

—¿De qué parte es usted?

Los fríos ojos se clavaron en Sharpe como si la mente que había detrás meditara si responder o no. Volvió a encogerse de hombros.

—De Tennessee, señor.

—Nunca he oído hablar de Tennessee. ¿Le preocupa que estemos en guerra con Estados Unidos?

—No, señor.

La respuesta de Taylor parecía indicar que su país se las arreglaría bastante bien sin su ayuda.

—He oído hablar, señor, de que tiene un hombre en su compañía que se cree que sabe disparar.

Sharpe sabía que se refería a Daniel Hagman, el tirador del South Essex.

—Sí.

—Dígale que Thomas Taylor es mejor, señor.

—¿A qué distancia?

Los ojos miraron a Sharpe inexpresivos. Otra vez parecía meditar la respuesta.

—Doy en el blanco a doscientas yardas.

—También Hagman.

Sonrió de nuevo.

—Me refiero a que acierto en uno de los ojos del enemigo, señor.

Evidentemente era una chulada imposible, pero a Sharpe le gustó el ánimo con que lo decía. Supuso que Taylor sería un hombre difícil de mandar, pero la mayoría de fusileros lo eran. Se les animaba a ser independientes, a pensar por sí mismos en el campo de batalla, y los regimientos de fusileros habían descartado bastantes de las antiguas normas de disciplina y confiaban más en la capacidad motivadora de la moral. Se suponía que un oficial nuevo en el 95.º o el 60.º debía entrenar a la tropa, aprender las cualidades de los hombres a quienes daría órdenes en la batalla, y ése era ya un severo aprendizaje para algunos, a pesar de la confianza el respeto que demostraban ambas partes. Sharpe estaba seguro de aquellos hombres. Lucharían, ¿pero qué ocurriría con los hombres de Pot-au-Feu que había en el convento? Todos eran soldados instruidos y su única esperanza, que parecía desvanecerse junto con el frío día, era que los desertores estuvieran completamente borrachos.

Era de noche, Nochebuena, y las nubes cubrían el cielo de manera que ninguna estrella los guiaba. En Inglaterra, en las iglesias parroquiales se entonarían las canciones de Navidad. «Que el cielo nos deje tocar las notas melodiosas y unirnos a la corte angelical.» Sharpe recordó los sermones del orfanato. «Paz en la tierra a los

hombres de buena voluntad.» Aquella noche no habría hombres de buena voluntad. De la oscuridad emergerían espadas, bayonetas y la muerte. Nochebuena de 1812, en la Entrada de Dios habría gritos y dolor, ira y sangre, y Sharpe pensó en las mujeres inocentes del convento y dio rienda suelta a su ira. «Esperemos —se dijo—, esperemos que llegue la noche», y sentía dentro de sí el fulgor de la batalla, y quería que Hakeswill muriera, quería que llegara la noche.

Y la oscuridad invadió la Nochebuena. Los lobos merodeaban por los picos serrados, el viento traía frío del oeste, y los hombres con casacas verdes esperaban, temblorosos, y sus corazones albergaban la venganza y la muerte.

Capítulo 8

Era una noche tan oscura como la que precedió a la Creación. Una oscuridad absoluta, una oscuridad que ni siquiera permitía vislumbrar el horizonte, una noche de nubes y sin luna. Nochebuena.

Los hombres producían ruiditos mientras esperaban en la hondonada. Eran como animales que se agazapaban para defenderse de un frío cortante. Una llovizna suave se entremezclaba con la angustia.

Sharpe se adelantaría con su grupo reducido, luego Frederickson, el capitán más veterano, encabezaría el grueso de los fusileros. Harry Price debía esperar en el exterior del convento hasta que abrieran fuego, o hasta que, cosa impensable, se viera obligado a cubrir una retirada en la oscuridad.

Era una noche en que el fracaso se le representaba a Sharpe una y otra vez en la mente. Había oteado por el borde de la hondonada al crepúsculo y había mirado fijamente largo rato hacia la ruta que debía tomar en la oscuridad, pero ¿y si se perdía? ¿Y si algún tonto desobedecía las órdenes y avanzaba con el fusil cargado, tropezaba, y rasgaba el silencio de la noche con un disparo fortuito? ¿Y si no había camino para descender por el lado norte del valle? Sharpe conocía la existencia de arbustos espinosos en los flancos del valle y él se imaginaba a sí mismo dirigiendo a sus tropas por entre los espinos eme se enganchaban y entonces ese pesimismo desapareció de su cabeza. Pero no del todo, persistía. ¿Y si habían trasladado a los rehenes y no los encontraba en el convento? Tal vez estuvieran muertos. Se preguntaba qué clase de mujer joven y rica se habría casado con sir Augustus Farthingdale. Esa dama seguramente consideraría que Sharpe era una especie de salvaje tremendamente desagradable.

La frase de la canción de Navidad le resonaba persistente en la cabeza, otra visita inoportuna a sus pensamientos. «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Esta noche no.

Su intención era ir a medianoche, pero la noche era muy cerrada para que Frederickson o cualquier otro que tuviera reloj pudiera verlo y el frío era demasiado intenso para esperar allí interminablemente. Los hombres estaban entumecidos y soñolientos a causa del frío, helados hasta los huesos por culpa del viento del oeste, y Sharpe decidió ir antes.

Y había luz. Era un resplandor, como una niebla en el aire que producían los fuegos que había en el valle. El resplandor no se percibía desde la hondonada, pero mientras Sharpe guiaba a su tropa hacia el sur, dando tropezones contra el terreno resquebrajado, la cresta del extremo norte del valle se recortaba por el resplandor de los fuegos en el aire. Vislumbraba la ligera pendiente en la cima que él se había marcado como objetivo, y atisbo el sendero que zigzagueaba a izquierda y derecha y

luego continuaba hacia las llamas que dominaban el valle de Adrados.

Tan sólo cargaban armas y municiones. Habían dejado las mochilas, las mantas y las cantimploras en la hondonada. Ese equipo podrían recogerlo por la mañana, pero esta noche lucharían sin cargamento. Los fusileros se quitarían los gabanes antes del ataque, y mostrarían sus uniformes de color verde oscuro que serían sus distintivos esta noche. Los hombres de buena voluntad.

Sharpe se detuvo al oír un sonido delante de él, y durante una fracción de segundo temió que el enemigo tuviera una línea de piquetes en el margen del valle. Escuchó mejor y se relajó. Era el sonido de la jarana, vítores y risas, el rugido de las voces de los hombres. Nochebuena.

«Una noche maldita para nacer», pensó Sharpe. En la mitad del invierno, cuando la comida escasea y los lobos rondan cerca de los pueblos. Tal vez en Palestina no hiciera tanto frío, y tal vez los pastores que vieron a los ángeles no tenían que preocuparse de los lobos, pero el invierno seguía siendo invierno en todas partes. Sharpe siempre se había imaginado España como un lugar cálido, y así era en verano cuando el sol abrasa las llanuras hasta reducirlas a cenizas, pero el invierno resultaba helado y pensó en lo que debía ser nacer en un establo donde el viento corta como un cuchillo entre los crujidos de las vigas de madera. Siguió conduciéndolos hacia la Entrada de Dios, una línea oscura de hombres provistos de cuchillos bajo la noche.

Se tiró al suelo en el margen del valle. Se veían espinos oscuros en la ladera que tenía frente a él; el valle estaba iluminado por los fuegos que había en el castillo, en el convento, la atalaya y el pueblo, y, gloria a Dios en las alturas, había un sendero que descendía formando un ángulo por entre los espinos.

Las risas provenían del convento. Sharpe vio a otros hombres perfilados por los fuegos en el gran patio del castillo. Hacía mucho frío.

Giró la cabeza y les siseó a sus hombres.

—¡Recuento!

—Uno.

Era Harper.

—Dos.

Era un sargento alemán llamado Rossner.

—Tres.

Thomas Taylor.

Frederickson se había tumbado junto a Sharpe, pero se quedó en silencio mientras los hombres se iban contando en la oscuridad. Todos estaban allí. Sharpe señaló al pie de la ladera, allí donde el oscuro sendero que discurría entre espinos desembocaba en un pasto desigual que las luces de los fuegos moteaban de rojo y negro.

—Esperen en la línea de árboles.

—Sí, señor.

Los hombres de Frederickson tan sólo tendrían que cubrir cincuenta yardas desde el borde de los arbustos hasta la puerta del convento. Avanzarían cuando oyeran el estampido del fusil de siete cañones, o si oían una descarga de mosquetes, pero no harían caso de un disparo aislado de mosquete. En una noche como ésta, una noche de bebida y de celebración, un disparo suelto no resultaría extraño. Si Frederickson no oía nada durante quince minutos, tenía que avanzar igualmente. Sharpe miró al capitán cuyo parche negro le confería una apariencia espectral en la oscuridad; este hombre empezaba a gustarle.

—¿Sus hombres están bien?

—Pensando en el placer, señor.

Los hombres de buena voluntad.

Sharpe hizo avanzar a su grupo. Miró una vez hacia la derecha. A lo lejos, en Portugal, un punto de luz palpitaba como una estrella roja. Un fuego en la línea fronteriza.

El sendero era escarpado. Estaba resbaladizo a causa de la llovizna, y uno de los hombres de Sharpe resbaló y fue a darse contra un revoltijo de ramas espinosas. Todos estaban helados. Las espinas de los arbustos crujían y se rompían cuando los hombres intentaban liberarse de ellas a estirones.

Sharpe vio, en la gran puerta con arcos del convento, una única abertura de luz que mostraba que las puertas estaban ligeramente entreabiertas. Se oían gritos y risas que provenían del edificio, y el estallido de una copa y burlas sonoras. Se percibían voces de mujeres entre las de los hombres. Él avanzaba lentamente, aseguraba cada paso, sentía la excitación, pues la venganza por los insultos recibidos en su última visita se hallaba muy cerca.

La puerta se abrió. Él se detuvo, los hombres que iban detrás de él también se detuvieron, y percibieron dos figuras en la arcada del convento. Un hombre, con un mosquete al hombro, golpeaba a otro en la espalda y lo empujaba hacia la carretera. Por encima de los sonidos del jolgorio se oía con claridad el ruido del hombre que vomitaba. Dio una patada contra el suelo, se sopló las manos, y Sharpe oyó cómo su compañero le gritaba al hombre que se encontraba mal que entrara. La puerta se cerró tras ellos.

Ahora la pendiente era más suave y Sharpe se arriesgó y echó una mirada hacia atrás y le sorprendió lo desprotegidos y visibles que resultaban sus hombres. ¡Seguro que tenían que verlos! Sin embargo nadie había dado la alarma desde el valle, ningún disparo había roto la noche, y entonces se encontró en el límite de los arbustos e hizo que sus hombres se detuvieran.

—¿Taylor y Bell?

—¿Señor?

—Buena suerte a los dos.

Los dos fusileros, con los uniformes ocultos bajo los gabanes, avanzaron hacia el convento. A Sharpe le hubiera gustado llevar a cabo él mismo este trabajo, pero corría el peligro de que un centinela lo reconociera, a él o a Harper. Tenía que esperar.

Los había escogido a ambos cuidadosamente, pues matar a un hombre en silencio con una hoja desnuda no era un trabajo para principiantes. Bell había aprendido la técnica en las calles de Londres, Taylor por el resto del mundo, pero los dos eran de confianza. Su trabajo consistía simplemente en atar a los centinelas de la entrada.

No hicieron nada para disimular que se acercaban. Golpeaban con los pies la carretera, sus voces articulaban mal, como si estuvieran bebidos, y Sharpe oyó los reniegos que lanzó Bell cuando el fusilero pisó los vómitos al pie de la escalera. La puerta se abrió y el centinela echó una mirada. La abrió del todo y allí había un segundo hombre, con el mosquete colgado.

—¡Venga! ¡Hace un frío de narices!

Un brasero humeaba detrás de ellos.

Taylor se sentó en el escalón inferior y empezó a cantar. Levantó una botella que le había proporcionado Sharpe.

—Tengo un regalo para ti —iba cantando una y otra vez al tiempo que se reía.

Bell se inclinó ante ellos.

—¡Un regalo!

—¡Dios! ¡Venga!

Bell le hizo una señal a Taylor.

—No puede andar.

Seguía manteniendo en alto la botella. Los dos centinelas bajaron la escalera amablemente y uno de ellos fue a coger la botella y no llegó nunca a ver la mano derecha que extrajo la hoja afilada del gabán, la blandió, y la mano derecha del centinela estaba tocando la botella cuando la hoja de Taylor le penetró bajo la axila, se dirigió ligeramente hacia arriba, directa al corazón y las arterias. Taylor seguía sosteniendo la botella, pero ahora también aguantaba el peso del hombre muerto.

Bell le sonrió con cinismo al segundo centinela, justo cuando la alarma se apoderaba de su rostro y el londinense siguió sonriendo mientras su cuchillo cortaba cualquier grito que pudiera proferir la garganta de aquel hombre. Sharpe vio cómo el cuerpo se sacudía, aguantaba, y los dos fusileros condujeron los dos cadáveres hacia la oscuridad.

—¡Vamos!

Hizo que el resto de sus hombres avanzara. Frederickson esperaba al pie de la pendiente; empezaba la lenta cuenta atrás de los quince minutos o el sonido del disparo, contraseña del inicio de la venganza de Adrados.

La escalera del convento estaba sucia por la sangre de las víctimas de Bell, y las botas de Sharpe iban dejando oscuras marcas en el pasillo de la entrada junto al

brasero. Se dirigió solo hasta el claustro superior, pisando las sombras de las arcadas, y parecía que el claustro estuviera desierto. Los gritos y las risas procedían del claustro interior, pero mientras esperaba y sus ojos reconocían el patio, oyó unos gemidos y unas vocecillas provenientes de la oscuridad. El pasillo que tenía ante él, por el que los escoltaron a él y a Dubreton para ver a la mujer a la que habían tildado de puta, estaba vacío, la puerta y la reja abiertas. Levantó la mano izquierda y chasqueó los dedos y condujo a sus hombres bajo la oscuridad de la arcada, lentamente. Las botas resonaban en el suelo empedrado. El brasero iluminaba las baldosas junto al estanque.

La puerta de la capilla estaba abierta y, al pasar Sharpe, una mano surgió y lo agarró por el hombro izquierdo. Él sacudió la mano, moviendo el puño derecho, y luego se detuvo. Una mujer se tambaleaba y pestañeaba, y detrás de ella brillaban unas velas, al otro lado de la puerta abierta de la verja.

—¿Vienes, cariño? —le sonrió a Sharpe, luego se tambaleó contra la puerta.

—Ve a dormirla.

La voz de un hombre que hablaba en francés llamó desde el interior de la capilla. La mujer sacudió la cabeza.

—Él no está bien, cariño. Brandy, brandy, brandy.

Un niño, que aún no tendría tres años, se acercó a su madre y miró a Sharpe con solemnidad mientras se chupaba el pulgar. La mujer miró a Sharpe con los ojos entrecerrados.

—¿Quién eres?

—Lord Wellington.

La voz francesa volvió a gritar y se oyó el rumor de algo que se movía. Sharpe empujó a la mujer puerta adentro.

—Sigue, cariño. Ahora se encuentra mejor.

—Una oportunidad sería una gran cosa. ¿Volverás, verdad?

—Volveremos.

Condujo a sus hombres, que sonreían burlescamente, por la esquina más alejada y luego por el pasadizo que conducía hacia el claustro interior. Resonaban pisadas en éste a medida que se acercaban y entonces un niño surgió de la arcada, perseguido por otro niño, y corrieron hacia el claustro superior y estallaron en risas y excitación. Una voz les gritó desde una despensa. Parecía que los borrachos la estaban durmiendo en el nivel superior.

Sharpe hizo que sus hombres esperaran en el pasadizo y él se dirigió hacia el claustro del piso superior, allí donde él había hablado con la señora Dubreton. Se quedó entre las sombras mirando hacia abajo, al centro del caos. Esta era la anarquía a la que tanto temía Wellington, a un paso del orden, el abandono de la esperanza y la disciplina.

Unas llamas alumbraban el claustro superior. Un gran fuego ardía sobre las piedras rotas y los escombros de las delicadas estrías. Espinos y tablones, que se habían arrancado de los grandes ventanales del salón, en el lado norte del claustro, alimentaban el fuego. Las ventanas iban desde la planta baja, pasaban por el pasadizo superior, hasta los finos arcos que había bajo la galería, y ahora que los tablones que servían de sujeción habían sido arrancados de la piedra con palancas, los espacios de las ventanas dejaban sin separación el patio y el salón. El cristal hacía tiempo que había desaparecido. Hombres y mujeres iban y venían de ambos espacios y Sharpe los observaba desde arriba.

Él se había escapado del orfanato antes de cumplir diez años y se había adentrado en los oscuros callejones de los barrios bajos de Londres. Allí había trabajo para un niño espabilado. Era un mundo de ladrones, raptos, asesinos; de borrachos, tullidos, y de putas que se habían vendido a la enfermedad y a la fealdad. La esperanza no significaba nada para los habitantes de St. Giles. Para muchos de ellos el viaje más largo de ese mundo consistía en recorrer una milla y media de la calle Oxford, en dirección al oeste, hacia la horca trilateral de Tyburn. El campo, a tan sólo dos millas al norte por la calle Tottenham Court, resultaba tan remoto como el paraíso. St. Giles era un antro de enfermedad, hambruna, y con un futuro tan negro que los hombres lo medían en horas y se tomaban los placeres acorde con ello. Las tabernas, el arroyo, los suelos de las casas de huéspedes eran lugares donde los hombres y las mujeres ahogaban su desesperación en la bebida y la cópula. Y al final, la muerte los vertía a la mayoría en las alcantarillas descubiertas, junto con la cosecha nocturna de bebés muertos. Sin esperanza no había más que desesperación.

Y estas personas también estaban desesperadas. Debían de saber que se aproximaba la venganza, tal vez en primavera cuando los ejércitos se sacudieran el sopor del invierno, y mientras llegaba se quedaban paralizados por la desesperación. Habían bebido y seguían bebiendo. La comida estaba esparcida sobre las piedras rotas, los hombres yacían con las mujeres, unos niños se abrían camino entre las parejas en busca de huesos que aún tuvieran carne o odres que chuparían con desesperación. Junto al fuego algunos de los cuerpos estaban desnudos, dormidos; más allá aparecían cubiertos con mantas y ropas. Algunos se movían. Había un hombre muerto, con sangre negra sobre el vientre abierto. El ruido no provenía de aquí, sino del salón, y Sharpe no veía qué era lo que provocaba aquel ruido. Pensó en que transcurrían los minutos y en que Frederickson los contaba en los fríos espinos.

Se volvió al pasadizo y habló en voz baja.

—Vamos a dar la vuelta al claustro, muchachos. Caminen lentamente. Vayan de dos en dos y de tres en tres. Mientras dan la vuelta, la vista les gustará.

Harper caminaba justo al lado de Sharpe, ambos hombres se aferraban a las sombras de los muros. El irlandés enorme vio las parejas junto al fuego y su voz sonó

alegre.

—Igual que el comedor de oficiales un viernes por la noche, ¿verdad?

—Cada noche, Patrick, cada noche.

¿Y qué podía impedir que sus hombres se unieran a quienes estaban en el patio? Que a uno le ofrecieran bebida y mujeres en lugar de trabajo y disciplina era el sueño manifiesto de todo soldado, ¿así que por qué no iban ahora? ¿Matarle a él y a Harper y obtener su libertad? No tenía respuesta. Lo único que sabía era que confiaba en ellos. ¿Y dónde, y lo más importante, tenían a los rehenes? Iba abriendo de un empujón las puertas por las que pasaban, pero las estancias estaban vacías o las ocupaba gente durmiendo. Ninguna de ellas tenía guardia. En una ocasión un hombre gruñó desde la oscuridad y dos mujeres se rieron tontamente. Sharpe cerró la puerta. Sintió que las llamas del gran fuego le calentaban el lado izquierdo de la cara.

Dobló la esquina y entonces tuvo una visión del gran salón: un centenar de hombres y otras tantas mujeres abarrotaban la planta. Una especie de plataforma que se elevaba era el extremo más alejado, una tarima alta, y una escalera iba desde la tarima hasta una galería superior que atravesaba la amplitud del salón. Sharpe vio dos puertas que desde la galería conducían a pasadizos o habitaciones traseras. El acceso a la galería era fácil a través de las ventanas altas y huecas. Un hombre podía pasar sin dificultad del claustro a la galería.

Los hombres y mujeres gritaban, un grito que se orquestaba desde la tarima. Allí estaba sentado Hakeswill. Su silla sobresalía por encima de su cabeza, como un trono, en una silla con brazos decorados. Iba vestido con las galas del sacerdote, los hábitos le quedaban demasiado cortos y se le veían las botas casi hasta las rodillas. Junto a él, apoyándose en el brazo, con la mano de Hakeswill rodeándole la cintura, había una muchacha pequeña y delgada. Iba vestida de un rojo brillante, con un pañuelo blanco en la cintura, y el cabello largo y negro le caía tras él.

Otra mujer, sentada en la tarima, sonreía con cinismo. Vestía un traje recto y encima llevaba un chaleco y una camisa. En la mano derecha tenía un vestido y, ante los berridos del gentío, lanzó el vestido hacia un hombre de la multitud que lo alcanzó y lo agitó en el aire. Hakeswill levantó la mano. Su rostro se crispó.

—¡Camisa! ¡Venga, entonces! ¿Cuánto? ¿Chelín?

Era una subasta. Ella había vendido su vestido, se suponía, y Sharpe vio a dos niños pequeños que sonreían burlescamente mientras recogían monedas del suelo y las depositaban en un chacó colocado boca arriba. Los gritos provenían del salón, dos chelines, tres, y Hakeswill los cogió rápidamente y sus ojos miraron dentro del sombrero para ver las ganancias.

Jalearon y chillaron mientras la mujer se quitaba la camisa.

El chaleco se vendió por cuatro chelines. Las monedas resonaron contra el suelo. Sharpe se preguntaba cuántos minutos habrían pasado.

El rostro amarillo sonrió con cinismo. La mano subía y bajaba por la caja torácica de la muchachita.

—¡Su traje! A ver, ¿diez chelines?

Nadie respondió.

—¡Piojosos hemofílicos! ¿Creéis que no es tan guapa como Sally? ¡Dios! Le pagasteis dos libras, ¡venga ya!

Los increpaba subiendo el tono de voz, y ante el gran griterío y las monedas que le lanzaban, se quedó desnuda por una libra y dieciocho chelines. Allí estaba ella sonriendo cínicamente, con la mano en la cadera, y Hakeswill se levantó de una sacudida y se le acercó, sus hábitos de color blanco y oro resultaban ridículos a la luz de las llamas, y sus ojos azules y brillantes miraron de reojo a la gente que había en el salón mientras deslizaba el brazo derecho por los hombros de la mujer.

—Ahora veamos. ¿Quién la quiere a ella? ¡Vais a pagar! ¡La mitad a ella, la mitad para nosotros, venga!

Se hicieron apuestas y ante alguna de ellas la mujer sacó la lengua, de otras se rió, y Hakeswill los incitaba. Finalmente un grupo de franceses la compró, el precio que ofrecieron fue de cuatro libras. Cuando se acercaron a cogerla la muchedumbre jaleaba cada vez más alto mientras uno de ellos se llevaba a la mujer sobre sus hombros hacia el fuego que había en el patio.

Hakeswill les pedía calma con los brazos abiertos.

—¿Quién es la siguiente?

Se gritaron algunos nombres, algunos hombres empujaron hacia adelante a sus mujeres. Hakeswill bebía de una botella, su rostro se crispó sobre el cuello largo, y la muchachita seguía solemnemente aferrada a él. Un grupo de hombres empezó a corear.

—¡Una prisionera! ¡Una prisionera!

La cantinela se hizo más corta.

—¡Prisionera! ¡Prisionera! ¡Prisionera!

—¡Ahora, muchachos, ahora! ¡Ya sabéis lo que dice el mariscal!

—¡Prisionera! ¡Prisionera! ¡Prisionera! —gritaban mujeres y hombres, y escupían las palabras de la boca como bilis.

—¡Prisionera! ¡Prisionera! ¡Prisionera!

Hakeswill dejaba que corearan y los reconocía con los ojos. Levantó la mano.

—¡Ya sabéis lo que dice el mariscal! ¡Son nuestro tesoro, las prisioneras! No podemos tocarlas, ¡oh, no! Son órdenes del mariscal. ¡Ahora bien! ¡Si vienen los cabrones! Ah, entonces podréis tocarlas, os lo prometo.

La muchedumbre protestó con rugidos y él dejó que bramaran antes de volver a levantar de nuevo la mano. La muchacha delgada se aferraba a él, con la mano izquierda se asía con fuerza a la vestimenta bordada.

—¡Pero!

La muchedumbre se fue callando lentamente.

—¡Pero! Como estamos en Navidad podríamos echarle una mirada a una. ¿Sí? ¿Sólo una? ¡No tocarla! ¡No, no! ¿Tan sólo comprobar que lo tiene todo? Sí.

Hombres y mujeres chillaron con aprobación y el rostro amarillo con el cabello lacio y gris se crispó al tiempo que su boca desdentada se abría para emitir una risa silenciosa. Algunas personas del patio entraron atraídas por el nuevo griterío. Sharpe se giró y vio los rostros de sus hombres pálidos en el claustro, ansiosos, y se preguntó cuánto tiempo habría transcurrido. Ya casi debía haber pasado el cuarto de hora.

Hakeswill tenía la mano izquierda enredada entre los cabellos largos y negros de la muchacha. Los retorció y le señaló a un hombre.

—Ve a decirle a Johnny que traiga a una.

El hombre se encaminó hacia la escalera, pero Hakeswill hizo que se detuviera. Se volvió a su público con el rostro sonriendo cínicamente.

—¿Cuál de ellas queréis?

La multitud volvió a rugir, pero Sharpe ya había visto suficiente. Los rehenes estaban tras una de las dos puertas a las que se accedía desde la galería. Se volvió hacia sus hombres con voz apremiante y ahogada para todos, salvo para ellos, por la cacofonía que se elevaba del salón.

—Vamos a la galería. Vamos caminando hasta las ventanas. Dejen los gabanes aquí.

Él lo llevaba desabrochado.

—Los números pares se adentrarán por la puerta de la derecha, los números impares por la izquierda. ¿Sargento Rossner?

—¿Señor?

—Coja a dos hombres y mantenga a esos cabrones alejados de la escalera. El primer hombre que encuentre a los rehenes, ¡que grite! Ahora, disfruten, muchachos.

Sharpe caminó por el lateral norte del claustro seguro de que lo veían, puesto que las ventanas del salón daban la apariencia de que el pavimento estuviera suspendido en medio del aire. Puso la mano sobre la manga de Harper.

—Dispare cuando entremos, Patrick. Directo dentro de ese salón de mierda.

—Señor.

Sus botas resonaban con sonoridad. Sus uniformes, ya sin los gabanes, se veían verdes a la luz del fuego. Abajo, las voces chillaban y cantaban y ahogaban el sonido que producían las botas de los fusileros. Némesis llegaba a Adrados.

Una ventana, dos ventanas, tres ventanas, y la voz de Hakeswill, que resonaba cerca, se levantó por encima del estruendo.

—¡La portuguesa no puede ser! ¿Queréis a la zorra inglesa? ¿La que está casada con el franchute? ¿La queréis?

La muchedumbre asintió chillando, las voces rugían con excitación, y Sharpe vio a dos hombres armados procedentes de la puerta de la derecha y que cruzaban en dirección a la barandilla de la galería. Uno de ellos echó una mirada a los hombres que había en el claustro, pero no pensó en lo que había visto y se apoyó junto a su compañero para mirar hacia abajo y sonreír burlonamente ante el desbarajuste que había. El hombre, que iba a buscar a la rehén, empezó a subir la escalera.

Sharpe volvió a tocar a Harper en el brazo.

—Lleve a los dos hombres a la galería.

—Sí, señor.

Los fusileros ya estaban agrupados. Sharpe los miró.

—Desenvainen.

Algunos lucharían con las espadas de las bayonetas sujetas a los fusiles, otros preferirían utilizarlas como armas cortas. Sharpe le hizo una señal a Harper.

—¡Fuego!

Harper llenó el hueco de la ventana, el arma parecía rechoncha entre sus manos, su rostro redondo y duro, y entonces apretó el gatillo y la explosión de los siete cañones retumbó en el salón y lanzó a los dos hombres armados hacia los lados, hechos jirones y crispados, mientras que Harper salió despedido hacia atrás a causa del tremendo golpe. Sharpe, espada en mano, atravesó la humareda que invadía el hueco de la ventana y la larga espada pareció acero rojo a la luz del fuego.

Los fusileros siguieron detrás de él gritando como diablos del infierno, pues Sharpe así lo había ordenado. Sharpe iba en cabeza hacia la puerta de la derecha, la espera había terminado, todos los nervios se habían disipado porque la lucha había empezado y ahora lo único que contaba era ganar. Éste era el Sharpe que había salvado la vida de Wellington en Assaye, que se había abierto paso a cuchilladas por entre la tropa para conseguir un águila con Harper, que había penetrado como un loco en la brecha de Badajoz. Éste era el Sharpe que el general de brigada Nairn tan sólo había sido capaz de adivinar mientras contemplaba al hombre tranquilo y de cabellos oscuros sentado frente a él en Frenada.

En la puerta apareció un hombre que empuñaba el mosquete con la bayoneta ajustada. Era un mosquete francés y el hombre, desesperado, la levantó al ver al oficial fusilero, pero no tenía nada que hacer. Sharpe lo desafió a gritos mientras avanzaba el pie derecho con fuerza, la espada le siguió, se torció, el acero corría con la luz de las velas del pasadizo, y la espada penetró en el plexo solar del francés. Sharpe volvió a retorcerla, le propinó una patada a su víctima y la hoja quedó liberada y entonces pudo pasar por encima del hombre moribundo que gritaba.

Dios, qué placer el del combate. No siempre una batalla era así, pero en una lucha por una buena causa... Sharpe alcanzó el pasadizo, tenía la punta de la espada oscura y oía a los fusileros que le seguían; en ese momento se abrió una puerta, que derramó

más luz, y un hombre se asomó nervioso, torpe, pues Sharpe se encontró sobre él antes de que pudiera entender que había llegado la hora de la venganza. La gran espada de caballería se deslizó bajo su mandíbula y tuvo náuseas; retrocedió de una sacudida. Sharpe se encontraba en la puerta y de nuevo la espada se adelantó y el hombre se agarraba a la hoja que tenía en la garganta, Sharpe olió el hedor repugnante que la espada extraía del hombre, y entonces su arma quedó libre y ya estaba en la habitación. Allí dos hombres que manipulaban sus mosquetes, sacudieron la cabeza asustados, y Sharpe les gritó, saltó por encima del hombre muerto, y la espada se convirtió en un desgranador encima de la mesa que lo separaba de sus enemigos. La sangre fluía de la punta de la espada y entonces atacó. Sharpe vio cómo un fusilero iba hacia el otro lado de la mesa con una sonrisa de alegría maníaca en el rostro y el segundo enemigo se alejó, hasta que se dio contra una puerta. El fusilero blandió el fusil y la hoja de la bayoneta con tal fuerza que hubiera agujereado la piedra; la punta de la espada fue a clavarse con fuerza en la puerta. El enemigo se quedó doblado sobre ella, borboteando y llorando, y un segundo fusilero, un alemán, lo remató con mucha menos fuerza pero mayor precisión.

El hombre al que Sharpe había golpeado en la cara chillaba bajo la mesa. Sharpe no le hizo caso. Se dirigió hacia los fusileros que llenaban la habitación.

—¡Carguen! ¡Carguen!

Tres hombres en una habitación armados y vigilando una puerta. Esto tenía que ser una prisión. Pasó por delante de la figura sangrante y apuntalada e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Detrás de él se oían gritos, los estallidos de los mosquetes, pero él no les hizo caso. Presionó el pestillo, giró y el fusil se liberó de la bayoneta que aún mantenía al hombre muerto clavado contra la puerta. Entonces le quedó sitio para colocarse frente a la puerta, tomó impulso e intentó derribarla. La puerta se estremeció. Volvió a darle, una tercera vez, y por fin la puerta cedió; la madera junto a la vieja cerradura se había astillado y el cadáver seguía clavado en la madera con la bayoneta de veintitrés pulgadas. Cuando la puerta se abrió de par en par, Sharpe entró.

Gritos, gritos aterrorizados de miedo lo recibieron; Sharpe se quedó en la puerta, con la espada y la mejilla ensangrentadas, con la sangre del hombre al que había matado en la puerta, y vio a las mujeres amontonadas contra la pared del fondo. Bajó la espada. La sangre que manchaba su uniforme verde era fresca, relucía a la luz de las velas y goteaba en la alfombra que cubría el suelo de la estancia. Una de las mujeres no ocultaba su rostro, protegía a otra mujer que hundía su cara en el brazo protector y envolvente, y el rostro era orgulloso, delgado y coronado por rubios cabellos. Sharpe saludó con una media reverencia.

—¿Señora Dubreton?

Dos fusileros se apiñaron detrás de Sharpe con curiosidad y él se giró y les

increpó.

—¡Fuera! ¡Hay un combate! ¡Vayan a luchar!

La señora Dubreton frunció el ceño.

—¿Comandante? ¿Comandante Sharpe, no es así?

—Sí, *señora*.

—¿Quiere decir? —preguntó ella casi sin creerlo y con el ceño aún fruncido.

—Sí, *señora*. Esto es un rescate, *señora*.

Él quería dejarlas, volver a ver cómo les iba a sus hombres, pero sabía que esas mujeres debían de estar aterrorizadas. Una de ellas sollozaba con histeria y miraba fijamente su uniforme. La señora Dubreton le dijo algo en francés. Sharpe intentaba sonreír para amortiguar el golpe que les había producido.

—Será devuelta a su marido, *señora*. Le agradecería que le tradujera esto de mi parte. Y si me lo permite.

—Por supuesto.

La señora Dubreton aún parecía sorprendida.

—Están a salvo, *señora*. Todas ustedes.

La mujer que ocultaba su rostro en los brazos de la señora Dubreton se separó. Tenía el pelo negro y brillante, y se lo retiró de la cara al girarse vacilante hacia Sharpe.

La señora Dubreton la ayudó a incorporarse.

—Comandante Sharpe, ésta es lady Farthingdale.

«¡La suerte de Farthingdale!», pensó Sharpe durante medio segundo. Luego experimentó una absoluta incredulidad. La chica del pelo negro miró a Sharpe, abrió bien los ojos y entonces se echó a gritar. No era de miedo, sino de algo que parecía alegría, atravesó la estancia saltando, corriendo hacia él, y se le colgó del cuello, apretó su cara contra la mejilla ensangrentada y le habló al oído.

—¡Richard! ¡Richard! ¡Richard!

Sharpe miró de reojo a la señora Dubreton y sonrió levemente.

—Ya nos conocemos, *señora*.

—Ya veo.

—¡Richard! ¡Dios, Richard! ¿Tú? ¡Sabía que vendrías! La dama se separó de Sharpe pero mantenía los brazos colgados del cuello, y su boca era tan desesperadamente generosa como él la recordaba, y sus ojos tan tentadores como un hombre desearía, e incluso este sufrimiento no le había restado picardía a su rostro.

—¿Richard?

—Tengo que ir a combatir en una batalla. El ruido que procedía del exterior era fuerte: órdenes y disparos, gritos y el estruendo del acero.

—¿Estás aquí?

Él le limpió la sangre de la mejilla.

—Estoy aquí.

Ella le retiró los brazos del cuello.

—Espera aquí. Volveré.

Ella asintió con la cabeza, tenía los ojos brillantes y Sharpe le sonrió burlonamente.

—Volveré.

¡Santo cielo! Hacía dos años que no la veía, pero allí estaba, más bella que nunca, la puta de clase alta que finalmente se había convertido en lady Josefina.

Capítulo 9

Dejó a un hombre protegiendo a los rehenes. Dos montaban guardia en los pasadizos, el resto protegía la escalera y la entrada a la galería a través de las ventanas que daban al claustro. El humo aún inundaba la galería; los fusileros metían a golpes las baquetas en los cañones de las armas que habían disparado y otros se agazapaban a la espera de un blanco. Harper volvía a cargar el fusil de siete cañones. Miró a Sharpe, le sonrió burlonamente y levantó cuatro dedos. Sharpe gritó:

—¡Tenemos a las mujeres, muchachos!

Ellos jalearon y Sharpe realizó un recuento rápido. Todos sus hombres estaban allí, y al parecer ilesos. Vio cómo un fusilero se llevaba el arma al hombro, apuntaba con rapidez y una bala voló hasta el claustro. Se oyó un grito proveniente del extremo opuesto, luego una descarga discordante de mosquetes, las balas se elevaban. Una golpeó contra un anillo de hierro, una araña suspendida, vieja y oxidada aguantada por cadenas, y las cuatro velas amarillas palparon cuando la bala la golpeó. Sharpe se dirigió a la parte superior de la escalera.

Tres cuerpos yacían en la escalera derribados por los fusiles. El sargento alemán Rossner, con el rostro ennegrecido por la pólvora que surgía de la cazoleta de su fusil, miró con alegría a Sharpe.

—Corren, señor.

Ellos también lo hicieron. Los desertores y sus mujeres chillaban y gritaban, daban empujones y gateaban para penetrar en el patio del claustro. Sharpe buscaba a Hakeswill con la mirada, pero el hombre grande vestido de sacerdote había desaparecido en la aglomeración. Rossner señaló con su fusil hacia la escalera.

—¿Bajamos, señor?

—No.

Sharpe estaba preocupado por los hombres de Frederickson. Hubiera querido que la fuerza principal de los fusileros encontrara a la avanzadilla concentrada, de manera que nadie disparara a un hombre de su propio bando debido a la confusión y a la oscuridad. Regresó a las ventanas donde esperaba Harper con el gran fusil cargado de nuevo.

—¿Frederickson?

—Todavía no, señor.

Alguien gritaba en el patio, chillaba pidiendo orden, alguien que tal vez se hubiera dado cuenta de que los atacantes no eran numerosos y que un contraataque masivo podía aplastarlos. Sharpe miraba fijamente al extremo opuesto del claustro superior; a la luz del fuego, no veía ningún hombre allí, los fusiles lo habían convertido en un lugar mortal, pero de repente diversas figuras corrían y gritaban pidiendo ayuda, y Sharpe bajó de un empujón un fusil que iba a disparar.

—¡Alto ahí!

Las mujeres y los niños huían, ello significaba que los hombres de Frederickson debían estar en el claustro exterior y Sharpe les advirtió a los hombres que vigilaban las ventanas:

—¡Estén atentos a ver si ven al capitán Frederickson!

Entonces se vieron siluetas oscuras en la entrada del claustro superior, figuras que en cuanto entraron en el espacio abierto que ofrecía el claustro se pusieron a cubierto. Sharpe volvió a gritar:

—¡Fusileros! ¡Fusileros! ¡Fusileros!

Atravesó la ventana hacia el claustro donde la luz iluminaba su uniforme.

—¡Fusileros! ¡Fusileros!

Un mosquete se encendió por debajo, la bala rebotó en la barandilla y se perdió en la noche.

—¡Fusileros! ¡Fusileros!

—¡Le veo, señor!

Un hombre con un sable curvo permanecía al otro lado del claustro. Los fusileros iban desalojando la galería superior y Frederickson llegó con ellos hasta donde estaba Sharpe.

William el dulce presentaba un aspecto horroroso. Se había quitado el parche y los dientes postizos. Su rostro era de pesadilla, un rostro que hubiera aterrorizado a cualquier niño, pero era un rostro que sonreía mientras se iba acercando a Sharpe.

—¿Las tenemos, señor?

—¡Sí!

El sable de Frederickson también estaba ensangrentado. Lo dobló, quería volver a usarlo, y observaba cómo sus hombres reventaban puertas y gritaban a los hombres y mujeres que se rindieran. Un hombre saltó desde el claustro con la pierna derecha dentro del pantalón y la pierna izquierda agarrada por el tobillo, y se dio la vuelta avergonzado al ver que unos fusileros le bloqueaban el camino, pero se encontró con que otros fusileros le cerraban la huida. Rodó por encima de la barandilla, cayó al patio y se alejó cojeando hacia una arcada que había en el otro extremo.

Uno de los tenientes de Frederickson dio unos silbidos largos, luego gritó de un lado a otro del claustro.

—¡Todo está seguro!

Frederickson miró a Sharpe.

—¿Por dónde descendemos?

—Por ahí —contestó Sharpe mientras señalaba la galería. Debía haber otro lugar, pero él lo desconocía—. Una sección que vigile la galería.

—Señor.

Frederickson ya se había puesto en movimiento, su rostro mutilado estaba ávido

de lucha. Sharpe lo iba siguiendo y le dio una palmada a Harper en el hombro.

—¡Vamos!

Entonces se oyó retozar, un alboroto, una estrepitosa carga escaleras abajo, una persecución a gritos del enemigo que se había agolpado en la arcada del otro lado del claustro, una lucha de sables y espadas y el estallido del fusil de siete cañones que desalojaba a los pocos defensores de la habitación. En el claustro resonaron los chillidos de los niños, los gritos de sus madres, y los fusileros los rodearon, los juntaron y sacaron a los hombres de sus escondites.

Sharpe atravesó la arcada, la estancia, y le pareció encontrarse en una especie de cripta oscura, húmeda y helada, y gritó pidiendo luz. Un fusilero acercó una de las antorchas de paja y resina que ardían en la habitación exterior y así pudo ver una cueva enorme y vacía, otro acceso enfrente.

—¡Vamos!

Una corriente de aire les venía de frente, hacía oscilar la llama de la antorcha, y Sharpe se dio cuenta de que esas estancias debían conducir al agujero cubierto con una manta que daba a la boca del desfiladero. Si allí había un cañón, y él sabía que la guarnición española poseía cuatro cañones, allí habría pólvora y un defensor podría estar encendiendo una mecha que convertiría aquella cripta en una ola de llama y destrucción.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Él iba a la cabeza y con la espada desenvainada, las botas aporreaban sobre las frías piedras y la luz de la llama le mostraba que había irrumpido en un extraño pasadizo y que con sus hombros iba rozando las piedras amarillentas y blancas de curiosas formas redondeadas que iban desde el suelo hasta el techo.

El cañón estaba allí, abandonado por los hombres de Pot-au-Feu, y apuntaba hacia el agujero que se había abierto en el grueso muro del convento. La baqueta estaba apoyada en el cañón sucio, junto a ella una pala para la pólvora y un destripador, el sacacorchos gigante que se usaba para extraer una carga húmeda. Sharpe vio balas, botes de metralla amontonados contra las curiosas paredes blancas que daban al espacio en el que se había colocado el cañón.

Había un tubo de cebar en el fogón del cañón, ello hacía suponer que el cañón estaba cargado, pero Sharpe no hizo caso. Se dirigió a la abertura de la que se había arrancado la manta, y escuchó. Se oían botas que corrían sobre la hierba y las rocas del exterior, el jadear de las mujeres y los niños, los gritos de los hombres. Los que habían escapado del convento se dirigían hacia el castillo. Las antorchas llameaban sobre las almenas.

—¿Podemos dispararlo? —preguntó Frederickson señalando el tubo de cebar, un cañón de pluma relleno con pólvora fina que encendía el fuego y éste descendía hasta la carga que había en el saco de lona.

—No, ahí fuera hay niños.

—¡Dios salve Irlanda!

Harper había cogido una de las piedras redondas y blanquecinas que habían caído tras el cañón. La sostenía como si hubiera de matarlo, su rostro se retorció con desagrado.

—Mire esto. ¡Santo Dios!

Era una calavera. Todas las «piedras» eran calaveras. El hombre que llevaba la antorcha se acercó deprisa hasta que Frederickson le mandó retroceder a causa de los barriles de pólvora, pero bajo la luz humeante Sharpe vio que las calaveras amontonadas cercaban como una muralla una gran pila de otros huesos humanos. Huesos de muslos, costillas, pelvis, brazos, manos pequeñas y curvadas y huesos largos de los pies, todo amontonado en aquel sótano. Frederickson, con el rostro lívido, sacudió la cabeza con asombro.

—Un osario.

—¿Un qué?

—Osario, señor, un almacén de huesos. Las monjas. Las enterraban aquí.

—¡Jesús!

—Les arrancan primero la carne, señor. Sabe Dios cómo. Ya lo he visto antes.

Había centenares de huesos, tal vez miles. Para hacerle sitio a la gualdera del cañón, los hombres de Pot-au-Feu habían derribado la montonera bien formada y los esqueletos se habían desplomado en el suelo, habían apartado los huesos a un lado con una pala, y Sharpe vio un polvo blanco y fino salpicado de cascotes allí donde los hombres habían apartado los restos humanos.

—¿Por qué lo hacen?

Frederickson se encogió de hombros.

—Para estar todas juntas en el momento de la resurrección, creo yo.

A Sharpe le vino repentinamente la imagen de que las fosas comunes de Talavera y Salamanca se levantaban el último día, los soldados muertos volvían a la vida, las cuencas de sus ojos podridos como la de Frederickson, la tierra derramando las tropas muertas que surgían de la fosa.

—¡Santo Dios!

Había un cubo con agua sucia bajo el cañón preparado para el escobillón y un trapo. Se agachó y se limpió la espada antes de volver a envainarla.

—Necesitaremos a seis hombres aquí. Nadie tiene que disparar sin que yo lo ordene.

—Sí, señor.

Frederickson se estaba limpiando el sable, pasaba lentamente la hoja curva por el trapo húmedo.

Sharpe retrocedió por el camino de calaveras, siguiendo las anchas espaldas de

Harper. Se acordó de cuando había cruzado el campo de batalla de Salamanca en otoño, antes de la retirada hacia Portugal, eran tantos los muertos que no habían podido enterrarlos a todos. Recordaba el sonido hueco de los cascos de un caballo que había golpeado una calavera y ésta había rodado como una pelota deforme. Eso era en noviembre, no habían transcurrido ni siquiera cuatro meses desde la batalla, sin embargo los muertos enemigos ya estaban despellejados hasta quedar blancos.

Penetró en el claustro, un lugar para los vivos, y el fuego dejaba ver a los desconsolados prisioneros rodeados por las hojas de las bayonetas. Un niño gritaba llamando a su madre, un fusilero llevaba en brazos a un bebé abandonado, y las mujeres le chillaron a Sharpe cuando éste apareció. Querían marcharse, no era asunto suyo, no eran soldados, pero él les ordenó que se callaran. Miró a Frederickson.

—¿Qué tal es su español?

—Bastante bueno.

—Busque a las mujeres que fueron capturadas aquí. Déles un alojamiento decente.

—Sí, señor.

—Las mujeres rehenes se pueden quedar donde están. Ya están bastante cómodas, pero asegúrese de que haya media docena de hombres de confianza para protegerlas.

—Sí, señor. —Iban atravesando el patio, pasando por encima de las pequeñas grietas—. ¿Y qué hacemos con esta escoria, señor?

Frederickson se detuvo junto a los desertores que habían sido capturados. Allí no estaba Hakeswill, tan sólo tres docenas de hombres ceñudos y aterrorizados. Sharpe los miró. Dos tercios de ellos llevaban uniformes británicos. Levantó la voz para que todos los fusileros del patio y de la galería superior pudieran oírle.

—¡Estos cabrones son la deshonra del uniforme que llevan! Todos. ¡Desnúdenlos! Un sargento de fusileros le sonrió a Sharpe con burla.

—¿Desnudos, señor?

—Desnudos.

Sharpe se dio la vuelta y abocinó las manos.

—¡Capitán Cross! ¡Capitán Cross!

Al capitán Cross lo habían enviado a capturar el claustro exterior, la capilla y los almacenes.

—¡Ya viene, señor! —gritó alguien desde arriba.

—¿Señor? —preguntó Cross asomándose por la barandilla.

—¿Heridos? ¿Muertos?

—¡Ninguno, señor!

—¡Déle la señal al teniente Price de que suba! Asegúrese de que sus piquetes lo saben.

—Sí, señor.

La señal era un toque de corneta.

—¡Y quiero hombres en el tejado! Dos horas de guardia solamente.

—Sí, señor.

—Eso es todo, y gracias, capitán.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Cross ante el inesperado cumplido.

—¡Gracias, señor!

Sharpe se volvió hacia Frederickson:

—También necesito a sus hombres en el tejado. ¿Digamos que unos veinte?

Frederickson asintió con la cabeza. No había ventanas en el convento así que toda la defensa debía centrarse en el parapeto del tejado.

—¿Troneras en las murallas, señor?

—Son tremendamente gruesas. Inténtelo si quiere.

Se acercó un teniente con una amplia sonrisa y le entregó a Frederickson un trozo de papel. El fusilero lo retorció acercándolo hacia el fuego y entonces miró al teniente.

—¿Malo?

—En absoluto, señor. Vivirán.

—¿Dónde están? —preguntó Frederickson con voz sibilante a causa de su boca desdentada.

—En la despensa de arriba, señor.

—Asegúrese de que no tienen frío.

Frederickson le sonrió a Sharpe burlonamente.

—La factura de la carnicería. Corta. Tres heridos, ningún muerto. —La sonrisa se hizo más amplia—. ¡Bien hecho, señor! ¡Dios, yo no estaba seguro de conseguirlo!

—Bien también por usted. Siempre supe que lo conseguiríamos.

Sharpe se echó a reír al oírse decir aquella mentira y entonces formuló la pregunta que se había guardado desde que Frederickson apareció en el convento.

—¿Y su parche?

—Aquí —contestó Frederickson mientras abría la bolsa de cuero y sacaba los dientes y el parche. Se los volvió a poner, recobrando un aspecto humano, y se echó a reír—. Siempre me los quito para luchar, señor. Espanta a los idiotas del otro bando, señor. Mis muchachos aseguran que mi cara vale tanto como una docena de fusileros.

—El dulce William en la guerra, ¿eh?

Frederickson se echó a reír al oír su apodo.

—Hacemos lo que podemos, señor.

—Lo que pueden está muy bien.

El cumplido sonó forzado y torpe, pero Frederickson sonrió abiertamente al oírlo, necesitaba un elogio proveniente de Sharpe y éste se alegraba de hacerlo. Sharpe se giró y miró a los prisioneros a los que desnudaban a la fuerza. Algunos ya estaban en

cueros. Les resultaría difícil escapar en una noche como aquella sin ropa.

—Búsqueles un sitio, capitán.

—Sí, señor. ¿Y con ellas? —preguntó Frederickson señalando con la cabeza a las mujeres.

—Métalas en la capilla.

Las putas y los soldados eran una mezcla explosiva. Sharpe sonrió con cinismo.

—Busque algunas voluntarias y pueden hacerse con una despensa cada uno. Será la recompensa de los muchachos.

—Sí, señor.

Frederickson se aseguraría de que algunas de las mujeres se presentaran voluntarias.

—¿Eso es todo, señor?

¡Santo Dios, no! ¡Se había olvidado de lo más importante!

—Los mejores hombres que tenga, capitán. Busquen el almacén de bebidas. Todo hombre que se emborrache esta noche se presentará ante mí por la mañana.

—Sí, señor.

Frederickson se fue y Sharpe se quedó junto al fuego, disfrutando de su calor, y pensó en qué más había que hacer. El convento podría defenderse desde el tejado, su puerta estaba bien vigilada y se había ocupado de los prisioneros. Una docena de desertores estaban heridos, tres eran recuperables y había que buscarles un sitio. Se había ocupado de las mujeres, de los niños también, y el claustro superior sería como un burdel toda la noche, pero eso sólo era para sus hombres. Un regalo de Navidad del comandante Sharpe. El licor estaría cerrado con llave. Tenía que buscar comida para sus hombres.

Las rehenes. Tenía que tranquilizarlas, consolar a algunas, y miró hacia arriba, al salón que daba a la galería y se echó a reír. ¡Josefina! ¡Santo Dios! Lady Farthingdale.

La última vez que había visto a Josefina ella vivía cómodamente en Lisboa, en una casa con una terraza que daba al Tajo y que se llenaba con la luz del sol que se reflejaba en el río y rodeada de naranjos. ¡Josefina Lacosta! Había dejado plantado a Sharpe después de Talavera y se había ido con un capitán de caballería, Hardie, pero él había muerto. Josefina se había ido con Hardie por su dinero, abandonando la pobreza de Sharpe. Siempre había deseado ser rica. Lo había conseguido y se había comprado la casa con terraza y los naranjos en el barrio rico de Lisboa, Buenos Aires. Él sacudió la cabeza al recordarla hacía sólo dos inviernos, cuando su casa era un lugar lánguido donde se congregaban los oficiales ricos y los más ricos de entre ellos competían por Josefina. La había visto en una fiesta con una orquestina rascando los violines en un rincón, Josefina graciosa como una reina entre los uniformes deslumbradores que la adulaban, la deseaban, y hubieran pagado lo que fuera por una

noche con la Lacosta. Se había engordado desde Talavera y los kilos la hacían aún más bella, aunque menos del gusto de Sharpe. Y era quisquillosa, eso lo recordaba. Había rechazado a un coronel de la guardia que le había ofrecido quinientas guineas por una sola noche, y para mayor ofensa había aceptado a un guardiamarina joven y guapo que tan sólo le había ofrecido veinte. Sharpe se echó a reír otra vez y atrajo la mirada curiosa de un fusilero que conducía a los prisioneros a su prisión fría y desnuda. ¡Quinientas guineas! ¡El precio que Farthingdale había pagado por su rescate! La puta más cara de España y Portugal. ¿Y casada con sir Augustus Farthingdale? ¡Quién había dicho que era delicada! ¡Santo Dios! ¡Delicada! ¿Y con muchas influencias? Eso era cierto, pero no tal como lo había hecho creer Farthingdale, pero tal vez tuviera razón. Josefina había estado casada y su marido, Duarte, se había ido a Sudamérica al inicio de la guerra. Él era de buena familia, Sharpe lo sabía, y tenía alguna relación con la familia real portuguesa; Tercer Caballero de la Bacinilla o alguna tontería por el estilo. ¿Y cómo había conseguido Josefina que sir Augustus cayera en la trampa? ¿Conocía él su pasado? Seguramente. Sharpe volvió a reírse en voz alta y se giró hacia la escalera que habían descubierto en el rincón sudoeste del claustro. Le presentaría sus respetos a la Lacosta.

—¿Señor?

Era Frederickson, llevaba una mano en alto, le hacía señal a Sharpe de esperar, mientras que en la otra mantenía su reloj a la luz de una antorcha.

—¿Capitán?

Frederickson no dijo nada, mantuvo la mano en alto, miraba fijamente su reloj, entonces, un momento después, cerró la tapa de un golpe y sonrió a Sharpe.

—Feliz Navidad, señor.

—¿Medianoche?

—Exactamente.

—Feliz Navidad a usted, capitán. Ya sus hombres. Una pizca de brandy para todos.

Medianoche. Gracias a Dios había llegado pronto, sino la señora Dubreton hubiera sido el blanco del cruel juego de Hakeswill. Hakeswill. Él había escapado hacia el castillo y Sharpe se preguntaba si los desertores todavía estarían allí por la mañana, o sabiendo que el juego había terminado ¿habrían huido al amanecer? O tal vez intentarían recuperar el convento mientras los hombres de Sharpe no se familiarizaban con el terreno de batalla.

Era el día de Navidad. Él dirigió su mirada hacia el cielo, hacia la oscuridad total, más allá de las chispas que arremolinaba el fuego. Navidad. La celebración de una virgen que da a luz, sin embargo era mucho más que eso, mucho más. Antes de que Cristo naciera, mucho antes de que hubiera una Iglesia militante en la tierra, existía una fiesta a mediados del invierno. Se celebraba el solsticio de invierno, el 21 de

diciembre, y era el día más corto del año cuando incluso la naturaleza parecía estar muerta y por ello la humanidad, con perversidad gloriosa, celebraba la vida. La fiesta era una invocación de la primavera, pues con ésta llegarían nuevas cosechas, nueva vida, nuevos nacimientos, y la fiesta mantenía la esperanza de sobrevivir a la esterilidad del invierno. Ésta era la época del año en que la llama de la vida ardía con menor fuerza, cuando las noches oscuras eran más largas, y precisamente durante esa noche Sharpe podía ser atacado en el convento por los desesperados hombres de Pot-au-Feu. En ese preciso momento del solsticio de invierno, el amanecer podía tardar mucho, mucho en llegar.

Vio a un fusilero que se encaramaba al tejado y al inclinarse para cogerle su arma a un colega, el hombre se echó a reír por alguna broma. Sharpe sonrió. Lo soportarían.

Capítulo 10

Mañana de Navidad. En Inglaterra la gente se dirigiría a la iglesia a través de los caminos brillantes de escarcha. Durante la noche Sharpe había oído cantar para sí a un centinela «Escucha el canto de los ángeles anunciadores». Era el himno de los metodistas, aunque la Iglesia de Inglaterra lo recogía en su devocionario. A Sharpe, esa melodía le recordaba Inglaterra.

El alba presagiaba un buen día. La luz resplandecía al este, se extendía por el valle y mostraba un paisaje al que la niebla daba un aire de misterio. El castillo y el convento parecían las torres de entrada a un puerto en que las aguas blancas y suaves fluían suavemente por encima de la boca del desfiladero y se derramaba lentamente hacia el gran valle lleno de neblina en el oeste. La Entrada de Dios, blanca y misteriosa, estaba en silencio.

No se había producido ningún ataque de los hombres de Pot-au-Feu. Por dos veces los piquetes habían disparado durante la noche, pero ambas ocasiones resultaron ser falsas alarmas y no se habían oído pasos apresurados a lo largo de la noche, ni se habían visto escaleras apostadas contra los muros del convento. Frederickson, aburrido por la inactividad del enemigo, había rogado que se le permitiera atravesar el valle con una patrulla y Sharpe los había dejado marchar. Los fusileros habían disparado contra el castillo y la atalaya desde una posición oculta, y ello provocó el miedo y el pánico entre los defensores, y Frederickson había regresado contento.

Con la patrulla de vuelta, Sharpe durmió un par de horas. Pero ahora toda la guarnición se mostraba atenta mientras el amanecer pasaba del color gris brillante a la auténtica luz. El aliento de Sharpe se empañaba ante su cara. Hacía frío, pero la noche había terminado, los rehenes habían sido rescatados, y los otros fusileros estarían ascendiendo el largo desfiladero. El triunfo era dulce. En las murallas del castillo veía a los centinelas de Pot-au-Feu, todavía en sus puestos, y se preguntaba por qué no habían huido ante la ira que se les avecinaba. El sol teñía el horizonte de un rojo dorado y radiante, y ese color impregnaba la niebla blanca, el día llegaba a Adrados.

—¡Retírense! ¡Retírense! —iban repitiendo los sargentos por el tejado.

Sharpe se giró hacia la rampa que había construido Cross y pensó en desayunar y afeitarse.

—¡Señor! —le llamó un fusilero a veinte pasos de él—. ¡Señor! —repitió señalando hacia el este, directamente al resplandor del sol—. ¡Jinetes, señor!

Maldita sea, el sol no le dejaba verlos. Sharpe se cubrió los ojos con las manos y abrió una abertura con los dedos a través de la cual miró y le pareció ver las figuras que cabalgaban por la ladera del valle, pero no estaba seguro.

—¿Cuántos?

Uno de los sargentos de Cross adivinó tres, otro hombre cuatro, pero cuando Sharpe volvió a mirar las figuras habían desaparecido. Estaban allí, pero ya no estaban. ¿Hombres de Pot-au-Feu? ¿Explorando una retirada por el este? Podía ser. Algunos prisioneros habían hablado de una incursión de los guerrilleros que querían vengarse de Adrados, y también podía ser eso.

Sharpe permaneció en el tejado para ver a los jinetes, pero el amanecer no dejó ver ningún otro movimiento en el este. Detrás de él se oían gritos de advertencia de los hombres que acarreaban palanganas de agua caliente desde las improvisadas cocinas. Los hombres que no estaban de guardia empezaron a afeitarse, se deseaban feliz Navidad unos a otros, bromeaban con las mujeres que habían decidido quedarse con los conquistadores y que se mezclaban con los fusileros como si siempre hubiera sido así. Esta era una hermosa mañana para un soldado. Tan sólo refunfuñaba el destacamento que tenía que subir la colina en busca de las mochilas que habían quedado en la hondonada.

Sharpe se giró y los vio marchar y algo que vio en el claustro superior le intrigó. Un grupo de fusileros ataba tiras de tela blanca al desnudo carpe que se había abierto paso entre las tejas. Estaban de buen humor, reían y bromeaban y levantaban a un hombre a hombros de un compañero para que pusiera una cinta más larga en la rama más alta. El metal brillaba en las ramas peladas, tal vez serían botones que habían cortado de los uniformes capturados, y Sharpe no lo entendía. Descendió por la estrecha rampa y le hizo señas a Cross.

—¿Qué están haciendo?

—Son alemanes, señor —explicó Cross como si eso respondiera a la perplejidad de Sharpe.

—¿Y bien? ¿Qué están haciendo?

Cross no era como Frederickson. Era más lento, menos inteligente y mucho más temeroso de la formalidad. Sin embargo era tremendamente protector en lo que se refería a sus hombres y ahora le parecía que Sharpe no aprobaba aquel árbol decorado de forma extraña.

—Es una costumbre alemana, señor. Es inofensiva.

—¿No dudo que sea inofensiva! ¿Pero qué diablos están haciendo?

Cross frunció el ceño.

—¿Bueno, es Navidad, señor! Es lo que hacen en Navidad.

—¿Atan cintas blancas a los árboles cada Navidad?

—No sólo eso, señor. Cualquiera otra cosa. Por lo general prefieren un árbol de hoja perenne, señor, lo colocan en su alojamiento y lo decoran. Regalitos, tallas de ángeles, cosas de ésas.

—¿Por qué? —preguntó Sharpe mientras seguía observándolos al igual que

hacían los hombres de su propia compañía, que no habían visto nada de eso.

Al parecer a Cross no se le había ocurrido nunca preguntar el porqué, pero Frederickson había aparecido en el claustro superior y había oído la pregunta de Sharpe.

—Pagano, señor. Eso es porque los antiguos dioses germánicos eran dioses de los bosques. Esto forma parte del solsticio de invierno.

—¿Quiere decir que están adorando a los antiguos dioses?

Frederickson asintió con la cabeza.

—Uno nunca sabe quién manda allá arriba, ¿no es así? —dijo sonriendo con burla—. Los sacerdotes dicen que el árbol representa aquel en el que crucifican a Jesucristo, pero es una auténtica tontería. Esto tan sólo es una antigua ofrenda a los antiguos dioses. Así lo hacen desde antes de los romanos.

Sharpe miró el árbol.

—Me gusta. Queda bien. ¿Y luego qué pasa? ¿Se sacrifica una virgen?

Había hablado en voz alta y los hombres lo habían oído, se habían echado a reír y estaban muy contentos de que al comandante Sharpe le hubiera gustado su árbol y hubiera hecho una broma. Frederickson observó cómo Sharpe penetraba en el claustro interior y el capitán tuerto sabía lo que Sharpe no sabía; sabía por qué aquellos hombres habían luchado durante aquella noche en lugar de desertar y unirse al cómodo y lujurioso enemigo. A un hombre le sentaba bien medirse con altos ideales y cuando esos ideales conducían a la victoria y a la aprobación entonces los hombres siempre seguirían. «Dios se apiade del ejército británico —pensó Frederickson— el día en que los oficiales desprecien a los hombres.»

Sharpe estaba cansado, tenía frío y no se había afeitado. Anduvo lentamente por el claustro superior, bajó las escaleras y encontró la gran estancia helada donde Frederickson había confinado a los prisioneros. Tres fusileros los vigilaban y Sharpe le hizo una señal a uno con la cabeza.

—¿Algún problema?

—No, señor.

El cabo escupió saliva de tabaco por el vano de la puerta. No había puerta y los tres fusiles miraban por encima de una burda barrera formada con vigas de madera carbonizadas.

—Uno *dellos* estaba *to enfadao*, señó, hará un hora.

—¿Enfadado?

—Sí, señó. Chillaba y berreaba, señó, irritado. Que quería ropas, decía. Que no *semos* animales y *toas* esas chorradas, señó.

—¿Y qué pasó?

—El capitán Frederickson le disparó, señó.

Sharpe miró al cabo con sorpresa.

—¿Así, sin más?

—Sí, *señó* —contestó el hombre con una sonrisa—. Él no se anda con tonterías, el capitán, *señó*.

Sharpe le devolvió la sonrisa.

—Usted debe hacer igual. Si alguien más le trae problemas, haga lo mismo.

—Sí, *señó*.

Frederickson había estado ocupado y al parecer aún lo estaba, pues se oyeron unos vítores procedentes de su compañía que estaba de guardia en el tejado por el claustro interior. Sharpe volvió a subir la escalera, luego la rampa que salía de la galería superior. Allí vio lo que hacía jalear a los hombres.

Se había izado una bandera. Era un asta improvisada, sujeta con clavos, y dado que no había ni un soplo de viento durante esa fría mañana de Navidad, Frederickson había ordenado que se clavara un travesaño en el palo del que se había colgado la bandera. Era la señal de aviso a los otros fusileros de que los rescatadores habían vencido, que podían subir el desfiladero, y Sharpe había supuesto que simplemente colgaría la bandera en el exterior del edificio. El asta era una idea mucho mejor.

Frederickson se había acercado a esta parte del tejado y levantó la vista hasta la bandera.

—No es lo mismo, señor.

—¿Lo mismo?

—El pedazo irlandés.

Cuando se había aprobado el Acta de la Unión que unía indisolublemente Irlanda a Inglaterra formando una única nación, se había añadido una cruz roja diagonal a la bandera de la Unión. A algunas personas, incluso transcurridos once años, les seguía resultando extraño. Para otros, como Patrick Harper, todavía era ofensivo. Sharpe miró al capitán.

—Me han dicho que le ha disparado a un prisionero.

—¿He hecho mal?

—No. Tan sólo se ha ahorrado un consejo de guerra que ordenaría eso mismo.

—Me pareció que eso los apaciguaría, señor —contestó Frederickson suavemente, dando a entender que les había hecho un favor a los prisioneros.

—¿Ha dormido usted?

—No, señor.

—Hágalo. Es una orden. Tal vez lo necesitemos luego.

Sharpe no sabía por qué decía aquello. Si todo resultaba como preveía, los otros fusileros mantendrían el relevo durante horas y éstos ya habían hecho su trabajo. Sin embargo algo le inquietaba. Tal vez eran aquellos extraños jinetes del amanecer, o tal vez era que no estaba acostumbrado a mandar sobre casi doscientos hombres. Bostezó, se rascó los pelillos de la barbilla y se arrebujó bien en el gabán.

Un gato caminaba sobre el tejado de poca pendiente, despreciando a los fusileros que se agazapaban bajo el pretil de piedra. Caminaba por el lomo de las tejas, se sentó y empezó a lavarse la cara con las pezuñas. Su sombra larga se reflejaba sobre las tejas rosadas.

Al otro lado del valle, la sombra de la atalaya se extendía hacia el castillo. Las dos edificaciones distaban unas quinientas yardas, la atalaya era unos 150 pies más alta, y entre ambas se extendía un valle, estrecho y cubierto de espinos. La niebla se levantaba del valle más pequeño y dejaba ver los espinos desnudos tocados por la helada y se adivinaba un riachuelo brillante. Los hombres seguían vigilando el castillo y la atalaya, y eso resultaba extraño. ¿Creía Pot-au-Feu que una vez rescatadas las mujeres sus enemigos se marcharían tan fácilmente?

Hacia el este la llama dorada del sol alcanzaba las colinas de Portugal, los valles se veían aún negros y grises, con jirones blancos de niebla, mientras que el oscuro horizonte seguía sumido en la noche. Parecía que el paisaje se arrugaba, como si hubiera de desperezarse y despertarse. Aún era de noche en los valles más lejanos.

Sharpe fue caminando por el tejado hasta que llegó al pretil norte, con poca guardia, se sentó sobre las tejas y miró a la izquierda, hacia el desfiladero. No había señal de los fusileros, pero todavía era pronto.

—¿Señor? —preguntó una voz con acento alemán detrás de él—. ¿Señor?

Se volvió. El hombre le ofrecía una taza de té. Los alemanes se habían hecho con la costumbre de los ingleses y, al igual que ellos, llevaban hojas sueltas en los bolsillos. Una buena tormenta podía destruir las provisiones de una semana.

—¿Y usted?

—Tengo más, señor.

—Gracias.

Sharpe lo cogió y lo meció entre sus manos enguantadas y observó cómo el alemán regresaba hacia la bandera. La salpicaban motas de humedad. La delgada tela dejaba traspasar el sol. Algo por lo que luchar.

La niebla fluía lentamente por el desfiladero, se derramaba como si fuera agua y Sharpe tomó un sorbo de té caliente y agradeció encontrarse solo. Quería observar la gran belleza oculta del amanecer, la luz que se extendía sobre Portugal a través de un cielo vasto y vetado de nubes nocturnas. Algunas nubes amenazaban el norte, nubes negras, pero sería un buen día.

Oyó unas pisadas sobre el tejado pero no se giró porque no quería que lo molestaran. Miró hacia la derecha, a propósito, por el lado opuesto de donde procedían las pisadas y observó al grupo que descendía por el sendero empinado entre los espinos con las mochilas atadas a los fusiles.

—¿Richard?

Se dio la vuelta y se puso a gatas.

—Josefina.

La dama le sonrió, un poco nerviosa, tenía el rostro envuelto en la piel plateada de su capucha color verde oscuro.

—¿Puedo quedarme?

—Sí, claro. ¿No tienes frío?

—Un poco —contestó ella sonriendo—. Feliz Navidad, Richard.

—Igualmente. —Sharpe sabía que los fusileros que había en el tejado más amplio y grande estarían mirándolos—. ¿Por qué no te sientas?

Se sentaron a dos pasos de distancia y Josefina se arrebujó en la gruesa capa con piel.

—¿Eso es té?

—Sí.

—¿Puedo tomar un poco?

—¿Y seguir viviendo, quieres decir?

—Seguiré viva —contestó ella, y alargó una mano y le cogió a Sharpe la taza. Dio un sorbo e hizo una mueca—. Pensé que volverías ayer de noche.

Sharpe se echó a reír.

—Estuve ocupado.

Había ido a ver a las rehenes y se había encontrado a tres tenientes que las cortejaban. Sharpe no se había quedado mucho rato, sólo el necesario para asegurarse de que no habían sufrido ningún daño y para reconfortarlas diciéndoles que serían devueltas a sus maridos. Todas ellas, curiosamente, se interesaron por la suerte de sus captores, y Sharpe hizo una lista de quienes habían tratado bien a las mujeres. Prometió que intentaría salvarlos de la ejecución. Sharpe le sonrió burlonamente a Josefina y le cogió la taza de té.

—¿Hubiera sido bien recibido?

—¡Richard! —Josefina también se echó a reír, ya no estaba nerviosa, pues la voz de Sharpe le indicaba que la aprobaba—. ¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

—Tu caballo había perdido una herradura.

—Y tú estabas malhumorado y fuiste desagradable. —Josefina alargó la mano de nuevo hacia la taza—. Eras muy serio, Richard.

—Estoy seguro de que todavía lo soy.

Ella hizo una mueca, sopló el té y sorbió de la taza.

—Recuerdo que te dije que llegarías a coronel y que tratarías muy mal a tus hombres. Resultará ser verdad.

—¿Acaso soy tan malo con mis hombres?

—Los tenientes te tienen miedo. Salvo el señor Price, y eso es que te conoce.

—¿Y sin duda quería conocerte a ti?

Josefina sonrió alegremente.

—Lo intentó. Es como un perrito. ¿Quién es el espantoso capitán tuerto?

—Es un lord inglés, es inmensamente rico, y es muy, pero que muy generoso.

—¿Sí?

Josefina lo miró, su voz delataba interés, pero entonces se dio cuenta de que Sharpe se burlaba de ella y se echó a reír.

—Y tú eres lady Farthingdale.

La dama se encogió de hombros bajo la capa como si quisiera mostrar que el mundo era extraño. Dio otro sorbo y luego le tendió la taza a Sharpe.

—¿Estaba preocupado por mí?

—Mucho.

—¿De verdad?

—De verdad.

Ella lo miró con atención.

—¿De verdad estaba muy preocupado?

—Estaba realmente muy preocupado.

—Qué encanto —dijo ella sonriendo alegremente.

—Él pensaba que os violaban cada día.

—¡Ni una vez! Aquel extraño «coronel» Hakeswill se aseguró de que no fuera así.

—¿Eso hizo?

Josefina asintió con la cabeza.

—Le dije que había venido aquí a rezar por mi madre, lo cual era en cierto modo verdad. —Se echó a reír—. No del todo, pero Hakeswill se lo tragó. Nadie podía tocarme. Solía venir a hablarme de su madre. ¡Charlas interminables! Así que yo seguía diciéndole que las madres eran lo más maravilloso del mundo, y cuan afortunada había sido su madre de tener un hijo como él, ¡y no se cansaba de escucharlo!

Sharpe sonrió. Sabía de la devoción de Hakeswill por su madre y sabía que Josefina no podía haber encontrado mejor protección que ese sentimiento.

—¿A qué viniste aquí?

—Bueno, mi madre está enferma.

—Creía que no te llevabas bien.

—Y así es. Ella no aprueba mi vida, pero está enferma. —Le cogió la taza a Sharpe, se acabó el té y puso la taza metálica sobre el pretil. Miró al fusilero y sonrió burlonamente—. La verdad es que quería salir un día.

—¿Sola?

—No —contestó ella con reprobación, dando a entender que él la conocía de sobras—. Con un capitán encantador. Pero Augustus insistió en que también viniera otro, así que hubiera sido muy difícil.

Sharpe sonrió con burla. Las pestañas de Josefina eran increíblemente largas, su boca indecentemente perfecta. Era un rostro que prometía lo mejor.

—Yo entiendo que se preocupe por ti.

Josefina se echó a reír y luego se encogió de hombros.

—Está enamorado de mí —dijo ella pronunciando la palabra «enamorado» con ironía.

—¿Y tú lo estás de él?

—¡Richard! —exclamó ella con reproche—. Él es muy agradable, y es muy, muy rico.

—Muy, muy, pero que muy rico.

—Aún más rico que eso —añadió ella sonriendo—. ¡Todo lo que quiero! ¡Todo! Él intenta ser estricto conmigo, pero yo no se lo voy a permitir. Le cerré la puerta con llave dos noches y desde entonces no he tenido problemas.

Sharpe se dio la vuelta y se alegró de que nadie lo necesitara. Los centinelas estaban sentados y caminaban por el tejado, se oía el sonido de cuchillos y cantimploras que provenía de los desayunos que se tomaban en los claustros, y seguía sin verse señal de los fusileros. Sharpe volvió a mirar a Josefina.

—De verdad me alegro de verte, Richard.

—Tú te hubieras alegrado con cualquier rescatador.

—No. Me alegro de verte. Siempre me haces decir la verdad.

—Para eso no me necesitas a mí —dijo él sonriendo.

—Tú necesitas amigos —replicó ella sonriendo rápidamente—. Tú me conoces de verdad, no es así, y no me desapruebas.

—¿Debería?

—Normalmente es así —contestó ella mirando fijamente hacia la ladera de la colina—. Todos dicen lo contrario y hacen discursos maravillosos, pero yo sé lo que piensan. Yo seré querida, Richard, mientras tenga esto —dijo señalando su rostro.

—Y el resto.

—Sí —añadió ella sonriéndole—. Todavía funciona.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Por eso te casaste con sir Augustus?

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza—. Eso fue idea suya. Quería que yo fuera su mujer para que fuera con él a todas partes. —Josefina se echó a reír como si sir Augustus fuera estúpido—. Quería que fuera al norte, a Braganza, y navegamos hasta Cádiz, y no podía hacer que fuera a las cenas como su puta, ¿no?

—¿Por qué no? Muchos hombres lo hacen.

—No en esas cenas, Richard. Muy pomposo todo —dijo con una mueca.

—¿O sea que te casaste con él para poder ir a cenas ostentosas?

—¡Casarme! —exclamó Josefina mirando a Sharpe como si estuviera loco—. ¡Yo

no estoy casada con él, Richard! ¿Crees que me he casado con él?

—¿No lo estás?

Ella se rió de Sharpe y su voz atrajo la atención de los centinelas. Habló más bajo.

—Él sólo quiere que diga que estoy casada con él. ¿Tú sabes lo que me paga por eso?

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación y ella se volvió a reír.

—Mucho, Richard. Mucho.

—¿Cuánto?

Josefina empezó a contar con los dedos.

—Tengo una propiedad cerca de Caldas da Rainha; trescientos acres y una gran casa. Un carruaje y cuatro caballos. Un collar con el que compraría la mitad de España y cuatro mil dólares en un banco de Londres. —Se encogió de hombros—. ¿Tú no dirías que sí a una oferta como ésa?

—No creo que nadie me la haga. —Sharpe la miró con incredulidad—. ¿No eres lady Farthingdale?

—¡Por supuesto que no! —contestó ella sonriendo—, ¡Richard! ¡Deberías conocerme mejor! Además, Duarte todavía vive. No puedo casarme con nadie mientras esté casada con él.

—¿Así que te sugirió que te hicieras pasar por su mujer? ¿Es eso?

Josefina se encogió de hombros.

—Algo así. Él no lo decía muy en serio, pero yo le pregunté qué me pagaría por ello y una vez me dijo que le acompañara. —La dama sonrió para sí—. De hecho ya me estaba pagando para que no fuera con nadie más que él, ¿así que por qué no hacer ver que estamos casados? Es un buen matrimonio, ¿no te parece?

—Estoy seguro de que tu sacerdote está de acuerdo —observó Sharpe con ironía.

—Quiquiera que sea.

—¿Y no sospecha nadie?

—No dicen nada, al menos a Augustus. Le dijo a todo el mundo que se había casado conmigo, ¿por qué no habrían de creerle?

—¿Y él no cree que nadie sospeche?

—Richard, ya te lo he dicho —dijo ella casi exasperada—. Él está enamorado de mí, de verdad. No se cansa de mí. Él piensa que me creó la diosa luna, al menos eso es lo que dijo una noche. —Sharpe se echó a reír y ella sonrió—. De verdad. Cree que soy perfecta. Siempre lo dice. Y quiere que le pertenezca, cada parte de mí, cada hora, todo. —Josefina se encogió de hombros—. Paga.

—¿Y no sabe de ningún otro?

—¿Te refieres al pasado? Ha oído cosas. Yo le dije que todo eran rumores, que recibía a oficiales, pero ¿por qué no había de hacerlo? Una mujer casada y respetable en Lisboa, quizás una viuda, nada me impedía tomar el té con un oficial o dos.

—¿Él se lo cree?

—¡Por supuesto! Eso es lo que quiere creerse.

—¿Cuánto durará?

—No lo sé. —Hizo una mueca de cara a la ladera de la colina—. Es bueno. Es como un gato. Es muy limpio y muy delicado y muy celoso. Echo en falta, bueno, ya sabes.

Sharpe se echó a reír.

—¡Josefina!

Resultaba una historia increíble, pero no más que docenas de ellas que él había oído respecto a los subterfugios que utilizan hombres y mujeres cuando acuden a Cupido. Ella miró cómo se reía.

—Soy feliz, Richard.

—Y rica.

—Mucho —confirmó ella sonriendo—. Así que no vayas a decirle nada de esto, ¿entendido? ¡No se lo digas!

—No le diré que me lo has dicho.

—Es mejor que no. Un par de meses más y tendré suficiente para comprarme alguna propiedad en Lisboa. ¡Así que yo no te he dicho nada!

—Sí, señora —dijo golpeándose la frente con los nudillos.

—Lady Farthingdale.

—Sí, milady.

Ella se echó a reír.

—Empieza a gustarme que me llamen así. —Se cerró el cuello de la capa—. Cuéntame de ti.

El sonrió burlonamente, sacudió la cabeza y cuando intentaba encontrar algo poco comprometedor que decir se oyó un chillido proveniente del otro lado del tejado.

—¡Señor! ¡Comandante Sharpe, señor!

Él se puso en pie y se volvió.

—¿Qué?

—Los jinetes, señor. Los he visto otra vez. Han desaparecido.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—¿Qué eran?

—No sé, señor, salvo...

—¿Salvo qué? —gritó Sharpe.

—No estoy seguro, señor, pero me pareció que podían ser esos cabrones de franceses. Sólo tres, señor, pero parecían franchutes.

Sharpe comprendía que el hombre dudara. La caballería francesa raramente se movía si no era en grandes formaciones y resultaba extraño que tan sólo tres soldados

de caballería enemigos pudieran andar por el valle alto.

—¿Señor? —volvió a llamarle el hombre.

—¿Sí?

—Podrían ser desertores, señor. Llevan uniformes franchutes.

—¡Sigam mirando!

Probablemente el hombre tenía razón. Tres jinetes franceses de la pandilla de Pot-au-Feu iban sencillamente explorando el valle de este a sur. Seguramente Pot-au-Feu se iba. Sharpe se volvió hacia Josefina.

—Es hora de marchar. Tenemos qué hacer. —Le tendió la mano y la ayudó a levantarse.

Ella lo miró con cierta preocupación.

—¿Richard?

—Sí.

Él suponía que a ella le preocupaba la posibilidad de que hubiera tropas francesas en el valle alto.

—¿Te alegras de verme?

—Josefina —dijo él sonriendo—. Sí, por supuesto.

Caminaban por el espacio llano que había entre el pretil y las tejas, los fusileros se separaban a su paso y le lanzaban miradas de admiración a Josefina. Sharpe se detuvo bajo la bandera y miró fijamente hacia el oeste entre las sombras del desfiladero, donde la niebla se iba deshaciendo en volutas. Se apreciaba un ligero movimiento entre las rocas grises allá a lo lejos, un movimiento apenas visible, pero suficiente para provocar la alarma de otro centinela.

—¡Señor!

—¡Los he visto, gracias!

Los fusileros estaban al alcance de la vista. Sharpe los buscó con la mirada por encima de la frágil bandera y se preguntó por qué seguía teniendo la sensación de que todavía habría de luchar por ella. Intentó quitarse ese pensamiento de la cabeza, llevó a Josefina de la mano hasta la rampa y levantó la voz para que los fusileros pudieran oírle.

—Su marido estará aquí en una hora, milady.

—Gracias, comandante Sharpe.

Josefina se inclinó suavemente y luego hizo un gesto magnífico, levantó el brazo y señaló todo el convento, un gesto con el que abrazaba a todos los fusileros que observaban. Levantó la voz.

—Y gracias a todos ustedes. ¡Gracias!

Todos parecían estar agradecidos, avergonzados y agradecidos, y Sharpe le dio un codazo a un sargento que tenía al lado.

—¿Tres hurras por su señoría?

—Oh, sí, señor, por supuesto, señor. —El sargento les sonrió a los hombres—. ¡Tres hurras por su señoría!

—¡Hurra!

Lo chillaron dos veces más, y asustaron al gato que retozaba sobre las tejas, y Josefina lo agradeció. Les hizo una señal con la cabeza a todos, y por último a Sharpe, y él hubiera jurado que le guiñó un ojo al inclinar la cabeza.

Sharpe se volvió a dirigir hacia la bandera sonriendo. Era una mañana de sorpresas. Un árbol de Navidad para el día de Navidad, Josefina para sir Augustus Farthingdale y al este tres jinetes que creaban incertidumbre la mañana de Navidad. Las sombras que se veían en el desfiladero resultaron ser una línea de tiradores que subían hacia la Entrada de Dios, con las compañías formando en columna detrás. Sharpe levantó la vista hacia la bandera y su instinto le seguía advirtiéndole que el problema se hallaba en aquel aire sin viento y que aquella Navidad todavía reservaba otras sorpresas.

Capítulo 11

El teniente coronel Kinney mandó a sus fusileros que avanzaran las últimas yardas colina arriba en orden abierto. Todavía quedaba la posibilidad de que Pot-au-Feu abriera fuego con los cañones capturados a los franceses, aunque los prisioneros apresados durante la noche juraban que dos de los cañones estaban en la atalaya y que el tercero se había instalado en la muralla este del castillo y no podía apuntar hacia el desfiladero. Sin embargo, Kinney no quiso arriesgarse.

Sharpe sintió de repente un cierto pesar porque ya no era el oficial de mayor graduación en la Entrada de Dios. Kinney tenía un rango superior al suyo, sir Augustus Farthingdale también, y Sharpe suponía que el único comandante de los otros fusileros también tendría un rango superior al suyo. Kinney se deslizó del caballo a la entrada del convento y le tendió la mano a Sharpe, prescindiendo del saludo.

—¡Bien hecho, comandante, bien hecho!

El elogio de Kinney era generoso y también embarazoso, efusivo teniendo en cuenta las dificultades que había deparado la marcha nocturna, que se había realizado en silencio, y el asalto a un edificio en el que no se habían producido bajas entre los atacantes. Sharpe presentó a Frederickson, Cross y Price, y Kinney hizo extensivos sus elogios a todos ellos. Sir Augustus Farthingdale fue menos amable. Desmontó envarado, ayudado por su criado, y tiró bruscamente de la bufanda de seda que llevaba metida en el cuello alto de su capa de montar. Bajo la capa, se golpeó las botas con la fusta.

—¡Sharpe!

—Señor.

—¡Lo ha conseguido!

—Afortunadamente sí, señor.

Farthingdale soltó un gruñido, no precisamente de alegría. Tenía la nariz aguileña roja a causa del frío y la boca con un aire más malhumorado que de costumbre. Volvió a golpear la fusta contra el cuero.

—Bien hecho, Sharpe. Bien hecho —dijo a regañadientes—. Lady Farthingdale está bien, ¿no es así?

—Perfectamente, señor. Estoy seguro de que se aliviará mucho al verle.

—Sí. —Farthingdale se impacientaba, sus ojos se dirigían sin interés alguno hacia el castillo y el pueblo—. ¿A qué está esperando, Sharpe? Lléveme hasta ella.

—Por supuesto, señor. Lo siento, señor. ¿Teniente Price?

Sharpe mandó a Price que condujera a sir Augustus hasta su «novia». Sir Augustus se dirigió a la escalera del convento, se quitó el sombrero bicornio de su cabeza cana y lustrosa y le hizo una señal a Kinney con la cabeza.

—¡Siga, Kinney!

—¿Este hombre se cree que tengo intención de ir a dormir?

El comentario lo hizo en voz alta y Sharpe lo oyó. Era evidente que Kinney lo había pasado mal con sir Augustus durante la larga marcha nocturna y ahora el irlandés le dio una patada a una piedra y la envió contra la muralla del convento.

—Maldita sea, Sharpe, pero ella debe ser una mujer de bandera para traer a sir Augustus hasta aquí.

—Es una belleza, señor —contestó Sharpe sonriendo.

Kinney miró hacia el este, donde los hombres de su batallón formaban lejos del alcance de la metralla que podía dispararse del castillo o de la atalaya.

—¿Y qué hacemos ahora, eh?

La pregunta no iba dirigida a Sharpe.

—Limpiemos el pueblo de esos tipos y luego veamos el castillo.

—¿La atalaya, señor?

Kinney se giró hacia allí. Los dos cañones de la atalaya, si existían, podían disparar en el flanco de cualquier ataque que se hiciera por la derruida muralla este del castillo. Si tuviera que librarse un combate en el castillo, primero tendría que tomarse la atalaya. Kinney se rascó la mejilla.

—¿Usted cree que esos cabrones lucharán?

—No han huido, señor.

Pot-au-Feu debía saber que sus aventuras habían terminado. Los rehenes ya no eran tales, el convento había sido tomado, y ahora un batallón de infantería británica se hallaba en el valle. Lo más sensato, pensaba Sharpe, era que los desertores volvieran a huir, escaparan hacia el este o el norte, pero inexplicablemente se habían quedado. Las tropas de Pot-au-Feu se veían en las defensas del castillo y en el terraplén que había al pie de la atalaya. Kinney meneó la cabeza.

—¿Por qué se han quedado, Sharpe?

—Debe pensar que nos puede vencer, señor.

—Entonces es que el hombre debe estar desengañado —dijo Kinney pronunciando con énfasis la última palabra—. No me apetece que ninguno de mis hombres muera hoy, comandante. Sería una horrible tragedia en el día de Navidad. —Se sorbió la nariz—. Removeré el pueblo con bayonetas, luego mantendré una charla con ese hombre del castillo para ver si quiere rendirse. Si quiere a las malas... —Miró hacia la atalaya—. En ese caso, le agradecería si pudiera tomar prestada una compañía de fusileros, comandante.

Resultaba agradable que Kinney adornara una orden con tanta cortesía.

—Por supuesto, señor.

—Esperemos que no se llegue a eso. Para entonces, el joven Gilliland ya habrá llegado.

El escuadrón de cohetes iba una hora por detrás del 113, se había retrasado por culpa del aro de una rueda. Kinney sonrió abiertamente.

—Dos de esos fuegos artificiales subiéndoles por el trasero podrían persuadirles y lanzarlos a nuestra merced.

Kinney pidió su caballo, gruñó mientras subía su pesado cuerpo a la silla y luego, desde arriba, le dirigió a Sharpe una sonrisa burlona.

—Probablemente, Sharpe, no han huido porque están totalmente borrachos. ¡Bien, entonces! ¡A trabajar! ¡A trabajar! —Cogió las riendas, se detuvo y miró por encima de la cabeza de Sharpe—. ¡Santo Dios, Santo Dios!

Josefina estaba a la entrada del convento, le acompañaba sir Augustus Farthingdale, que tenía un aspecto bien diferente. Su mal humor había desaparecido y lo reemplazaba la atención afectada que ofrecía a una mujer extraordinaria que deslumbró a Kinney con su sonrisa. La voz de Farthingdale denotaba orgullo, el orgullo de la posesión.

—¿Coronel Kinney? ¿Tiene el honor de conocer a mi mujer? Querida, éste es el coronel Kinney.

Kinney se descubrió.

—Milady. Hubiéramos recorrido medio mundo para salvaros.

Josefina le recompensó separando los labios, pestañeando y con un bello discurso que halagaba tanto a Kinney como a su tropa. Sir Augustus observaba con placer, disfrutando de la admiración que translucían los ojos de Kinney, aprobando que su «mujer» se dirigiera a acariciar el caballo de Kinney. Cuando la mujer se hubo alejado de su lado, él le dio un tirón a Sharpe en la manga.

—Tengo que hablar con usted.

¿Le había contado ella que Sharpe la conocía? Parecía increíble, pero Sharpe no encontraba otra explicación para que sir Augustus lo llamara aparte de manera que Josefina no los oyera. El rostro del coronel denotaba rabia.

—¡Ahí dentro hay hombres desnudos, Sharpe!

—Prisioneros, señor —contestó Sharpe reprimiendo la risa.

Le había ordenado a un grupo de desertores que continuaran con la dura tarea de hacer aspilleras en las enormes murallas.

—¿Por qué diantre están desnudos?

—Deshonraron sus uniformes, señor.

—¡Santo Dios, Sharpe! ¿Permite que mi mujer vea esto?

Sharpe se mordió la lengua para no replicar que Josefina probablemente había visto más hombres desnudos que sir Augustus y respondió amablemente.

—Haré que se tapen, señor.

—Hágalo, Sharpe. Otra cosa.

—¿Señor?

—No se ha afeitado usted. ¡Está usted en una situación poco adecuada para hablar de deshonrar uniformes!

Farthingdale se giró bruscamente y su rostro se mudó en una sonrisa indulgente cuando Josefina se acercó.

—Querida. ¿De verdad quieres quedarte aquí fuera, con el frío que hace?

—Claro, Augustus. Quiero ver cómo los hombres del coronel Kinney castigan a mis secuestradores.

Sharpe casi sonrío al oír la última palabra, pero ella la había escogido bien para sir Augustus. Éste se irguió, adoptó un aspecto feroz y asintió con la cabeza.

—Por supuesto, querida, por supuesto. —Miró a Sharpe—. Una silla para su señoría y algo para beber, Sharpe.

—Sí, señor.

—No es que vaya a librarse un gran combate —le decía sir Augustus a Josefina—. No tienen estómago para luchar.

Transcurrida una hora se podía decir que sir Augustus tenía razón. Los desertores que se habían quedado en el pueblo huyeron con sus mujeres e hijos cuando la compañía ligera de Kinney penetró por el norte. Huyeron tranquilos a través del valle y se colaron por entre los espinos hacia la atalaya. Dos docenas de ellos iban a caballo, con los mosquetes colgados al hombro y los sables bien visibles a los costados. La señora Dubreton y los otros dos rehenes del ejército francés salieron un rato y tomaron el té con Josefina, pero el frío hizo que volvieran al interior del convento que había sido su prisión. Sharpe le preguntó a la señora Dubreton qué había pensado cuando vio a su marido en la galería superior del claustro interior.

—Pensaba que no volvería a verlo.

—No dejé ver que lo conocía. Eso debió ser duro.

—Para él también, comandante, pero no quería darles esa satisfacción.

Él comentó con la señora Dubreton, mientras Price intentaba cautivar a Josefina, las dificultades que entrañaba vivir en Francia para una inglesa, pero ella las negaba encogiéndose de hombros.

—Estoy casada con un francés, comandante, mi lealtad es obvia. Y él no me exige que sienta enemistad por mi propia patria. —La mujer sonrió—. A decir verdad, comandante, la guerra nos afecta poco. Me imagino que debe ser como vivir en Hampshire. Ordeñan las vacas, vamos a bailar y una vez al año oímos hablar de una victoria y entonces nos acordamos de que hay una guerra. —La dama se miró la falda y luego levantó la vista—. Es difícil con mi marido lejos, pero la guerra acabará, comandante.

La guerra de Pot-au-Feu terminaba ya. Con el pueblo libre de enemigos, Kinney hizo formar a los hombres de su batallón bajo la fría luz del sol y avanzó a caballo

hacia el castillo, lentamente y con dos oficiales a su lado. Sharpe caminó valle arriba con la intención de ver la muralla este que estaba derruida y Frederickson fue con él. El capitán le hizo una señal con la cabeza en dirección a los tres jinetes.

—¿Van a exigir una rendición?

—Sí.

—No entiendo por qué los cabrones no han huido. Deben saber lo que les espera.

Sharpe no contestó. Eso también le preocupaba a él, pero tal vez Kinney tuviera razón. Quizás estaban demasiado borrachos para saber lo que estaba sucediendo, o tal vez los supervivientes de la pandilla de Pot-au-Feu preferían entregarse a la clemencia del ejército británico que enfrentarse a un frío invierno en aquellas colinas que debían estar infestadas de guerrilleros vengativos. O tal vez simplemente Pot-au-Feu no quería marcharse. Los prisioneros a quienes habían interrogado durante la noche confirmaron que el francés gordo se había instalado en el castillo con una pompa grotesca, que era tan despótico en su mando como un barón medieval impartiendo justicia y recompensando a sus seguidores. Quizá la fantasía del mariscal Pot-au-Feu era tan fuerte que estaban convencidos, él y sus seguidores, de que el castillo podía resistir un asalto. Cualquiera que fuera el motivo, se había quedado, y sus hombres también, y ahora Kinney con sus dos oficiales refrenaba los caballos a ochenta yardas de la muralla este derruida, cuyos cascotes formaban un obstáculo, a la altura del pecho de un hombre, que protegía el gran patio.

Kinney permanecía elevado sobre los estribos con las manos formando bocina junto a su boca. Un grupo de hombres estaba sobre los cascotes y Sharpe vio que uno de ellos le hacía señas al jinete de que se acercara. «No le oyen», pensó.

—¡Dios! —exclamó Frederickson con frustración.

Él no estaba de acuerdo con que se parlamentara con un enemigo deshonoroso. Toqueteaba el borde deshilachado del parche de su ojo y obviamente deseaba conducir a sus fusileros contra el enemigo que seguía indicándole a Kinney que se acercara.

Kinney, ya irritado, dio un golpe con los tacones y su caballo avanzó al trote. Se detuvo a cincuenta yardas del enemigo, a tiro de mosquete y volvió a gritar. Entonces pareció que tiraba de las riendas, se inclinó hacia la derecha para ayudar al caballo a girar, pues había visto algún movimiento a su izquierda: destapaban el cañón que estaba en una tronera en el extremo derruido de la muralla este. Pero era demasiado tarde.

Sharpe vio primero el humo, que se elevaba sobre el resto de la muralla, y entonces empezó la detonación, un sonido sordo que retumbó por el valle como un trueno que se alejara, y el sonido tenía el chasquido inconfundible de la metralla disparada por un cañón. El bote metálico había explotado en la boca del cañón y las balas de mosquete se habían esparcido formando un cono de diámetro cada vez más

ancho en cuyo centro se hallaba el teniente coronel Kinney. Caballo y hombre cayeron de lado, y mientras el caballo se sacudía inútilmente e intentaba volver a incorporarse, el hombre yacía inmóvil bañado en su propia sangre. Sharpe se giró rápidamente hacia Frederickson.

—¡Lleve a su compañía hasta la compañía ligera de fusileros! ¡Atacarán la atalaya!

—¡Señor!

Sharpe miró a sus hombres que holgazaneaban junto a la muralla del convento.

—¡Sargento!

Farthingdale se había levantado de la silla, pedía su caballo y luego llamó a Sharpe.

—¡Comandante!

—¿Señor?

—¡Quiero a sus hombres frente al castillo! ¡Una línea de tiradores!

Frederickson, que ya iba corriendo, oyó a Farthingdale y se detuvo para mirar a Sharpe. Sharpe miró al coronel que se subía a la silla de montar.

—¿A la atalaya no, señor?

—¡Ya me ha oído, comandante! ¡Muévase!

Sir Augustus espoleó su caballo y se dirigió hacia el batallón, en silencio y aturdido que formaba al otro lado del camino que salía del pueblo. Sharpe señaló hacia el castillo.

—¡Línea de tiradores! ¡Mi compañía a la izquierda de la línea, capitán Cross en el centro, capitán Frederickson a la derecha! ¡Muévanse!

¿Por qué, en nombre de todos los santos, Pot-au-Feu había provocado aquel combate? ¿Creía realmente que podía vencer? Cuando Sharpe atravesaba corriendo el prado del valle vio a los dos oficiales que iban cabalgando junto a Kinney que levantaban al coronel del suelo. Uno de ellos remató al caballo del coronel, con un disparo de pistola. El enemigo no hizo caso de los dos oficiales, tal vez ya estaba satisfecho con la muerte del coronel, pero ¿por qué lo habían hecho? ¿Pensaban que podían derrotar a un batallón en un combate directo? Sin embargo, Sharpe se olvidó de los motivos de Pot-au-Feu porque las primeras balas de mosquete salpicaban la hierba y la tierra que tenía a sus pies. El humo se desvanecía formando diminutas nubes por encima de los espinos que crecían entre el castillo y la atalaya, y Sharpe le gritó al teniente Price:

—Déles trabajo a esos cabrones, Harry. Use los mosquetes y cuatro fusiles.

—Ya, ya, señor. —Price extendió los brazos—. ¡Ábranse! ¡Ábranse! —Cogió el pequeño silbato que llevaba en los cinturones cruzados y silbó la señal.

Tanto Frederickson como Cross utilizaban cornetas para transmitir las órdenes en el campo de batalla. Sus muchachos, no más de quince, emitían sonidos entrecortados

mientras corrían, pero las llamadas ordenaban, inequívocamente, que las compañías formaran la cadena de tiradores. Sharpe mandó que se detuvieran a cien yardas de la muralla derruida, fuera del alcance efectivo de los mosquetes, y ordenó a los cornetas de Cross que tocaran una única nota, el sol sostenido, que indicaba a los fusileros que se echaran al suelo.

—Ahora «fuego abierto», muchacho.

—Sí, señor.

Tomó aire y la carrerilla gloriosa de tres notas escalando una octava se repitió hasta que los fusiles chasqueaban en la línea y las balas obligaban a los defensores de Pot-au-Feu a ponerse al abrigo con rapidez.

Sharpe miró a su derecha. Price mantenía ocupado al enemigo que estaba desperdigado entre los espinos, el teniente caminaba arriba y abajo detrás de sus hombres en busca de blancos. Frente a Sharpe pareció como si de repente el castillo quedara libre de defensores, la puntería de los fusiles los había obligado a ocultarse tras las almenas o los cascotes. Detrás de él se oían las órdenes que les chillaban a otros fusileros. Maldita sea, pero si Farthingdale se proponía un asalto inmediato. El cañón, oculto en la parte de la muralla este que se mantenía en pie, tan sólo resultaría vulnerable si se le disparaba desde la derecha de la línea de Sharpe y él volvió a llamar al corneta de Cross.

—Salude al señor Frederickson de mi parte y dígame que vigile el cañón.

«Vigilar» era una manera poco adecuada de decirlo, pero eso no importaba, pues seguro que no hacía falta que le recordaran aquel arma a Frederickson. El fuego de los fusiles era menos intenso y se convertía en chasquidos espaciados cada vez que uno de los defensores sacaba la cabeza. Sharpe escuchaba cómo los tenientes les chillaban a sus hombres que gritaran los blancos y que no desperdiciaran los tiros. Detrás de ellos, lejos, en dirección al pueblo, sir Augustus hacía formar a los otros fusileros en dos columnas de cuatro filas que apuntaban hacia la muralla derruida como arietes humanos. El sargento Harper, haciendo uso del privilegio de su rango, se puso en pie y fue junto a Sharpe. Tan sólo se oían disparos de mosquete esporádicos que provenían de la ladera de la colina, y el campo de tiro era demasiado amplio para unos y para otros. El enorme irlandés le sonrió a Sharpe con malicia.

—¿Señor?

—¿Sargento?

—¿Le importa si le hago una pregunta? ¿No era aquella del convento la señorita Josefina?

—¿La ha reconocido?

—No se olvida fácilmente, señor. Se está convirtiendo en una belleza. —A Harper le gustaban las mujeres más llenas que a Sharpe—. ¿Es lady Farthingdale?

Sharpe estuvo tentado de contarle la verdad a Harper, pero se aguantó.

—Se cuida bien.

—Eso es. La saludaré.

—Yo no lo haría mientras esté por aquí sir Augustus.

—¿Ah sí? ¿A ella le molestaría? —preguntó Harper con una sonrisa.

—En absoluto.

Sharpe dirigió la mirada hacia el convento. Vio a algunos fusileros en el tejado que vigilaban desde allí a las mujeres y los prisioneros y vio a unas yardas de la puerta la capa verde oscuro de Josefina. ¿Acaso era ella el motivo de ese ataque precipitado? ¿Sir Augustus estaba tan ansioso de mostrar su virilidad a su joven «desposada» como para enviar a los otros fusileros contra el castillo antes de que los cañones de la atalaya pudieran ser acallados? Quizás estuviera en lo cierto. No había disparado ningún cañón desde la colina.

Los estandartes de los fusileros se retiraron de las fundas de cuero, se desplegaron y se llevaron las banderas entre las bruñidas alabardas cuya misión era protegerlas. Cada alabarda era una hacha gigante de acero bruñido hasta relucir como la plata, y la visión de los estandartes en medio de las hojas brillantes emocionaba a todo soldado. La pompa de la guerra. Sir Augustus, al frente de las banderas, se descubrió, saludó y las dos columnas del medio batallón iniciaron una marcha rápida.

Sharpe hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego!

No importaba que hubiera pocos blancos. Lo que importaba en ese momento era que las balas de fusil pasaran silbando por los oídos de los defensores, para que se desmoralizaran y se atemorizaran antes de que las dos columnas irrumpieran por encima de los cascotes de la muralla derruida. El corneta de Cross regresó de su recado a trompicones y jadeando, y Sharpe le mandó tocar el avance y alcanzó la delantera de la línea veinte yardas antes de que diera el alto.

—¡Fuego! ¡Que se enteren de quién somos!

Los cascotes de la muralla este invitaban a las dos columnas al avance. Se podía subir por ellos con facilidad, las enormes piedras habían caído formando una suave rampa sobre la cual Sharpe veía que las balas de los fusiles de sus hombres levantaban borbotones de polvo blanquecino. Se imaginó a las dos columnas de fusileros fluyendo por encima de la muralla y penetrando en el patio, encendidos por la rabia que les producía la muerte de Kinney, pero, Dios Santo, ¿por qué Pot-au-Feu había provocado ese ataque?

Los fusiles se vieron ahogados por una explosión doble procedente de la colina de la atalaya y Sharpe se giró y vio unas columnas de humo borbotante que marcaban la posición de los dos cañones que había en el terraplén, debajo de la torre. Las balas retumbaron, golpearon contra el terreno cerca de las columnas y rebotaron por encima de sus cabezas. Los fusileros se burlaron y sus oficiales les hicieron callar.

Las bayonetas relucían entre la tropa.

Los sargentos ordenaron a sus hombres formar, les mandaron ponerse en marcha y algunas casacas rojas con vueltas blancas se veían limpias y relucientes e indicaban que nuevos reclutas luchaban esa mañana de Navidad. Los cañones volvieron a disparar.

Los cañones del arma ya estaban más calientes, o los tornillos para elevarla se habían tocado un poco, y esta vez el primer bote de las balas cayó en la columna más cercana y Sharpe vio que golpeaba las filas por el costado, la sangre salpicó hacia atrás y un hombre cayó de bruces, dejó ir el mosquete, se alejó de la columna tambaleándose y se desplomó.

—¡Ciérrense! ¡Ciérrense!

—¡Más deprisa! —gritaba Farthingdale agitando el sombrero.

«Tal vez aún tuviera razón», pensó Sharpe. Poco era el daño que los cañones podían hacer hasta que llegaran las columnas al castillo. Podían matar a una docena de hombres, herir a otros tantos, pero eso no detendría el ataque. Miró hacia el castillo. De casi todas las troneras brotaba humo de mosquete, sus fusileros tenían ahora blancos, y ninguna bala daba contra la pendiente de la muralla derruida. Ordenó que la línea de tiradores avanzara otros diez pasos.

Las balas no golpeaban contra los cascotes. Volvió a mirar. Tampoco se veía humo de mosquete por encima de la muralla. Sus hombres repelían el ataque, y nadie les respondía desde la muralla, lo cual significaba que estaba indefensa. ¡Indefensa! No había hombres allí, y entonces Sharpe blasfemó y empezó a correr a trompicones por el terreno desigual hacia las columnas que estaban próximas a su línea de tiradores.

Un cañón disparó desde la atalaya, esta vez alto, de forma que la bala dio entre las columnas y rebotó por encima. Los sargentos ordenaron a gritos reanudar la marcha y los oficiales empezaron a cabalgar o caminar junto a sus compañías con los sables desenvainados. El segundo cañón disparó y aplastó de nuevo a la columna más cercana, arrancando hombres de las filas de forma que quienes iban detrás pasaron por encima de la carnicería y cerraron filas. Las columnas siguieron avanzando. El eco del cañón se perdió por el valle. Los fusiles avanzaban chasqueando, los mosquetes escupían desde las defensas y los hombres que encabezaban las columnas se morían entre el humo que envolvía de la primera posición de las líneas de tiradores.

Sharpe se abrió paso sin miramientos entre la tropa de la columna más cercana. Le hizo una señal con la mano a sir Augustus, que estaba bien orgulloso montado sobre su inquieto caballo.

—¡Señor! ¡Señor!

Farthingdale tenía el sable desenvainado. La capa echada hacia atrás permitía que

se vieran los colores rojo, blanco y dorado de su uniforme. Se había ido comprando el ascenso hasta el rango de coronel sin haber tenido que luchar nunca, actuando siempre como un soldado de salón en los palacios y parlamentos del poder.

—¡Señor!

—¡Comandante Sharpe! —dijo con tono jovial. Dirigía un ataque ante los ojos de su amante.

—¡La muralla está minada, señor!

El mal humor se volvió a apoderar de su rostro. Miró a Sharpe incomodado, pensando, y refrenó su caballo inquieto.

—¿Cómo lo sabe?

—Nadie la defiende, señor.

—¡Son desertores, Sharpe, no un ejército!

Sharpe caminaba junto al caballo, que estaba bastante agitado.

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡Está minada!

—¡Maldito sea Sharpe! ¡Quítese de en medio!

Su caballo irguió la cabeza y avanzó hacia adelante; Sharpe se quedó allí impotente, mientras las dos columnas desfilaban imperturbables. Doscientos setenta hombres en cada columna, con las bayonetas relucientes junto a sus caras, marchaban en dirección a una muralla aparentemente inofensiva, pero Sharpe sabía que sólo era una provocación a la que en esos momentos respondían. ¡Maldita sea! Miró detrás de él. La hierba había quedado pisoteada y pálida tras el paso de las dos columnas y cubierta por los muertos y heridos allí donde había golpeado el fuego del cañón. Los cañones volvieron a disparar y Sharpe se abrió paso a empujones por entre la columna y volvió a dirigirse hacia sus hombres. Dios quisiera que se equivocara.

Cross había apartado a su compañía para dejar paso a las columnas y Sharpe veía los estandartes bien altos y sabía que los abanderados, casi en la niñez todavía, se sentirían orgullosos de aquel momento. Kinney no llevaba consigo a la banda, si no los músicos irían tocando el avance del ataque hasta que tuvieran que encargarse de su segundo cometido, ocuparse de los heridos. Farthingdale les hacía señales con la mano de continuar, los alentaba, y finalmente los fusileros se animaron y echaron a correr las últimas yardas.

El cañón que había en la muralla este no estaba oculto, disparó y la cabeza de la columna más avanzada quedó destrozada por el azote de la metralla. Un hombre se arrastraba sobre la hierba, con los pantalones blancos empapados de rojo, y sacudía la cabeza, pues no sabía qué había sucedido.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Sir Augustus Farthingdale detuvo su caballo, dejó que los estandartes pasaran ante él y entonces hizo que las columnas se apresuraran hacia la muralla este. El humo del cañón se elevó sobre los cascotes.

«Dios quiera que me equivoque —rogaba Sharpe—. Que me equivoque.» Los primeros hombres que subieron los cascotes rompieron filas. Se desperdigaron y cada uno escogió un camino sobre las piedras desiguales. Llevaban los mosquetes preparados para la estocada mortal de la bayoneta.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Farthingdale estaba de pie sobre los estribos y blandía el sable en el aire. Sharpe lo maldecía, pues sabía que toda aquella exhibición se la dedicaba a Josefina. Unas balas de mosquete golpearon contra las columnas provocando una agitación similar a la de una piedra lanzada contra una corriente; los hombres volvían a cerrar el hueco.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Corrían hacia los cascotes, los atestaban, se desplegaron al llegar arriba y lanzaban vítores cuando veían el patio frente a ellos. Sharpe deseaba vivamente haberse equivocado, y entonces vio que los primeros hombres habían pasado por encima de las piedras y sintió un gran alivio al comprender que no iban a morir en el encendido espanto que produciría una mina al explotar un día de Navidad por la mañana.

Parecía que la columna de humo saltaba, como una serpiente encendida, desde la base de las piedras hacia Farthingdale y su caballo, y éste se encabritó y lanzó a Farthingdale hacia atrás; para entonces el humo ya provenía de cada hendidura de las piedras. Sharpe gritó en vano para advertirlos.

La muralla derruida saltó por los aires, se encendió en llamas y se produjo una negra y densa humareda que anticipó la noche en la que los fusileros salieron despedidos por los aires, por la pólvora comprimida bajo las piedras. La explosión retumbó, luego estalló en un trueno desafiante que rodó entre las colinas cubiertas de espinos y la muralla se levantó y los hombres que no habían llegado hasta la barrera destrozada se detuvieron espantados. El cañón disparó de nuevo y entonces se oyeron vítores provenientes del castillo, de la colina junto a la atalaya, y Pot-au-Feu dejó ir todos los mosquetes contra las columnas inmóviles. Las llamas lamían la barrera destrozada bajo el humo. Los destellos de los mosquetes eran un blanco fácil para el enemigo que iba a la caza de los supervivientes que penetraron primero en el patio.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó alguien, y las dos columnas retrocedieron alejándose del humo y del sonido de los mosquetes; entonces Price le gritó a Sharpe:

—¡Señor!

Algunos hombres descendían en fila entre los espinos para atacar el batallón herido sobre su flanco.

—¡Formen una columna! —chilló Sharpe.

El corneta de Cross tocó las tres notas que significaban «formar» y Sharpe empujó a los hombres hacia la tropa de casacas rojas.

Un capitán de fusileros, enfurecido y confundido, les gritaba a sus hombres que

retrocedieran. Sharpe le ordenó que se mantuviera firme. Al menos a seis compañías no les había afectado la mina y todavía podían lanzarse dentro del patio, pero los fusileros obedecían las voces de sus propios oficiales.

—¡Atrás!

Los hombres que habían surgido de los espinos formaban una rudimentaria línea de tiradores para atacar al batallón que se retiraba y sentían cierta satisfacción, no mucha, al ver que los disparos certeros de los fusileros los hacían retroceder. Entonces Sharpe oyó el choque de acero al otro lado del humo, el sonido de más disparos y se percató de que unos fusileros estaban atrapados en el patio del castillo. Aquellos hombres no tenían que morir, o peor aún, convertirse en nuevos rehenes para los crueles vicios de Hakeswill. Sharpe le lanzó su fusil cargado a Hagman, desenvainó la espada y se volvió hacia donde aún el humo negro se aferraba a las piedras veteadas de sangre. Rescataría a aquellos hombres y luego tomarían el castillo de la manera adecuada, de forma profesional, y se giró al oír unos pasos junto a él sobre la hierba.

—¿Qué está haciendo?

—Voy con usted —contestó Harper con un tono que no admitía discusión.

Era el día de Navidad y ellos iban a la guerra.

Capítulo 12

Atravesar aquella acre cortina de humo entre las llamaradas que acababan de consumir los restos del barril de pólvora, era como penetrar en un mundo diferente. El aire limpio y la hierba fresca del valle desaparecían para dar paso a la piedra destrozada, bruñida con sangre y manchada con restos de carne quemada e irreconocible; en el patio los supervivientes de la explosión eran perseguidos con saña.

Sharpe vio que Harper descendía y se detuvo asustado buscando al sargento, entonces vio al enorme irlandés que arrancaba de un cuerpo la flecha de la alabarda. La hoja se elevó entre el humo como si fuera una gran hacha de luz plateada y Harper soltó su grito de guerra en gaélico. Sharpe ya había conocido momentos como aquél, cuando el sargento, por lo general plácido, se enardecía con la rabia de los héroes irlandeses y no le importaba estar a salvo, tan sólo quería combatir de manera acorde con las tristes canciones irlandesas que mantenían vivo el heroísmo de una nación.

En el interior del patio había una muralla nueva y baja que se podía saltar fácilmente; ésa era la línea de defensa de Pot-au-Feu dentro del castillo. Algunos hombres corrían hacia la muralla con la risa en los labios y los mosquetes preparados para disparar a los fusileros que estaban aturdidos entre el humo. Otros hombres de Pot-au-Feu habían saltado la muralla e iban a la caza de los supervivientes, blandiendo las bayonetas. Unos pocos fusileros, que se habían arracimado junto a un sargento que estaba al mando, blandieron sus bayonetas, pero murieron, pues las balas de mosquete atravesaron el insignificante muro.

Entonces Harper salió del fuego.

A los defensores debió parecerles que una criatura mítica aparecía entre la oscuridad de la explosión. Era un hombre enorme y enardecido por la batalla que blandía entre sus manos la cabeza de un hacha y que fue corriendo hacia el muro, lo saltó y la hoja de acero rajó el humo y mordió de lleno a los defensores.

—¡Fusileros! ¡Fusileros! —gritaba Sharpe.

Resbaló, pues tenía el tacón derecho manchado de sangre, y la caída le libró de la bayoneta de un francés que le venía por la izquierda. Sharpe rodó por el suelo, blandió la enorme espada y vio que una astilla de madera se separaba del mosquete que estaba encima de él. Dio una patada con el pie izquierdo, cogió al hombre por la rótula y éste se tambaleó, Sharpe se puso en pie y la espada acabó con el francés.

—¡Fusileros! ¡A mí!

Tiró de la hoja de la espada, le dio una patada al cuerpo y el arma salió con dificultad.

—¡Fusileros!

¡Dios, menudo sitio, éste! La presencia de algunos enemigos alrededor de los

supervivientes era lo único que impedía que los mosquetes de Pot-au-Feu barrieran el patio. Cuatro hombres yacían a los pies de Harper, otros habían retrocedido ante la furia de aquel gigante y la gran espada que blandían sus potentes brazos, y Sharpe vio que un hombre apuntaba con cuidado con el mosquete.

—¡Patrick!

Lanzó la alabarda y la lengüeta de la cabeza de la flecha se hundió en la frente de aquel hombre. Harper regresó del otro lado del muro y se descolgó el fusil de siete cañones.

—¡Aguarde, Patrick! ¡A mí, a mí!

El sargento empujó a sus hombres hacia Sharpe. Tres heridos recibían ayuda, un hombre llevaba los dos estandartes de los fusileros envueltos de cualquier manera bajo el brazo. Los palos estaban rotos y astillados.

—¡Por aquí!

Sharpe se giró y aprovechó el impulso con su espada y lanzó hacia atrás a un hombre vestido con uniforme portugués que venía a la carga desde los cascotes. Éste parecía estar rabioso y enloquecido por la lucha. Sharpe vio otras figuras sobre la muralla derruida donde el humo se demoraba y se espesaba al mezclarse con el olor de la carne quemada. Sharpe se concentró en aquel hombre, dejó que toda su rabia fluyera y penetrara con la estocada de la espada que retorció y vio cómo el uniforme marrón se doblaba sobre la gran espada, la giró para extraerla a sabiendas de que estaban rodeados.

Una bala de mosquete golpeó contra las piedras junto a su pie izquierdo, otra le dio un tirón a la cola de su casaca y una tercera alcanzó a un fusilero que murió antes de caer al suelo. Sharpe vio a muchos hombres que se dirigían corriendo hacia ellos y se dio cuenta de que no conseguiría llevar a los heridos del otro lado de la barrera. Se volvió a girar. ¡Él no se iba a morir allí! ¡No en manos de esa escoria y precisamente ese día!

Ellos esperaban de él que resistiera y luchara, o que corriera por las piedras, así que lo que tenía que hacer era otra cosa, y debía decidirlo en un instante, de lo contrario todos morirían; o peor que eso. ¡Pot-au-Feu realmente creía que podía vencer! Se lo estaba demostrando a sus hombres y ellos lo recompensaban luchando con un fanatismo que en buena parte surgía de saber que si los derrotaban estaban condenados.

A su derecha estaba la entrada a la torre, enorme y con muchos torreones. Tenía que haber una puerta y Sharpe se movió, gritó y los fusileros cambiaron de dirección, y Sharpe los guió con su espada; los desertores retrocedieron porque no era eso lo que esperaban y él blandió la espada contra ellos. Pasó por encima de un cuerpo vestido con una casaca roja que tenía la boca abierta y roja y entonces con la espada le dio a un hombre en la espalda y Harper agarró el mosquete caído y estrujó el gatillo.

Sharpe ya se encontraba en el muro bajo y lo atravesó chillando como si llevara el diablo. Empezaba a disfrutar de aquella carga loca hacia el corazón de las defensas enemigas, y allí estaba la puerta, pequeña y negra, a su derecha.

—¡Allí! ¡Venga, venga, venga!

El sargento iba en cabeza, tiraba de un hombre herido a pesar de los gritos de dolor que profería, hasta que Sharpe agarró a Harper por el hombro, le dio la vuelta de manera que ambos formaran la retaguardia mientras los fusileros penetraban corriendo por la puerta demasiado pequeña. Un golpe de canto y mandó por el aire un mosquete con bayoneta, retirada, estocada, y gritos triunfantes porque otro cabrón estaba tendido. Y entonces el grito por el patio.

—¡A por ellos!

Era la voz de Hakeswill. Las balas de mosquete se aplastaban contra la puerta de la torre, picoteaban en los guijarros y Sharpe retrocedió.

—¡Entren!

Afortunadamente el humo que había en el patio los ocultaba. Pero entonces se hizo visible una burda línea que se dirigía hacia ellos, llevaban las bocas abiertas, las bayonetas dispuestas al ataque y Harper puso una rodilla al suelo y el arma enorme en el hombro.

—¡Atrás, señor!

El retroceso del fusil de siete cañones casi envía a Harper contra la puerta. El centro de la línea de ataque quedó barrido, el disparo retumbó con fuerza en el castillo y Sharpe agarró a Harper por el cuello y lo arrastró hacia atrás. El sargento rodó puerta adentro y sacudió la cabeza.

—Dios salve Irlanda.

—¡Escaleras, señor! —gritó el sargento de fusileros señalando una escalera de caracol.

—¡Puerta!

Harper la aporreó. Parecía que estaba podrida y rota, los clavos casi se caían de lo que en su día habían sido recios tablones. Había una barra y Sharpe la dejó caer mientras una bala de mosquete abría un agujero junto a su muñeca derecha.

El sargento de fusileros dudaba en la parte inferior de la escalera.

—Esos cabrones están ahí arriba, señor.

Sharpe le dijo lo que pensaba de los defensores que estaban allí arriba y entonces le mostró el camino con su espada desenvainada. Al ir subiendo por la estrecha escalera de caracol, Sharpe se percató de la inteligencia de los antiguos constructores. Las escaleras, en esa dirección, giraban en el sentido de las agujas del reloj. El brazo con el que Sharpe manejaba la espada, igual que la mayoría de hombres, era el derecho. Y, precisamente, el fuste de la piedra central que aguantaba el interior de cada escalón bloqueaba ese brazo y entorpecía el movimiento. Un defensor, aunque

subiera las escaleras de espalda, tendría mayor movimiento con su brazo derecho. Por ello ninguno se disputaba la subida.

Él avanzaba lentamente, con cuidado, temeroso de cada escalón. Más abajo oía los porrazos que daban las culatas de los mosquetes contra la puerta. No iba a aguantar. Entonces uno de sus heridos lanzó un grito horrible y Sharpe recordó haber entrevisto un hueso de muslo roto que se salía de la carne rasgada y se dio cuenta de que iban arrastrando al herido escaleras arriba. Pobre diablo, el día de Navidad de 1812, y ese pensamiento le produjo tal ira que se dejó de precauciones y corrió escaleras arriba gritando hasta dar con una estancia espaciosa donde unos hombres, mucho más asustados que él, esperaban a ver qué salía de aquella puerta. No sabían si eran amigos o enemigos y lo dudaron tanto que la espada le dio a uno y los otros dos retrocedieron corriendo hacia una puerta abierta que accedía a la parte norte de las murallas. Sharpe cerró la puerta de un golpe, la atrancó y luego se giró para mirar dónde se habían refugiado.

Era una estancia amplia y rectangular iluminada por dos saeteras que miraban al valle. En la dependencia había dos tornos enormes, rotos y muy podridos y una polea oxidada en el techo indicaba el lugar por donde antaño los guardias de esa estancia levantaban y bajaban un rastrillo. Otra escalera de caracol ascendía desde una puerta y Sharpe se dio cuenta de que debía de conducir a la parte más alta del torreón desde donde los hombres de Pot-au-Feu habían disparado el ataque.

Harper estaba cargando su fusil de siete cañones, un proceso que era largo, mientras que los fusileros arrastraban a los heridos al interior de la estancia. Sharpe agarró al sargento por la túnica.

—Dos hombres por cada entrada, los mosquetes cargados.

Miró hacia el torno. Los grandes tambores aún estaban allí, con la madera podrida y polvorienta.

—Intente bloquear la escalera con uno de ellos.

Un disparo retumbó escaleras arriba, luego otro, entonces se oyó el estallido de unas astillas en la puerta que era derribada. Sharpe sonrió.

—No se preocupe. Se cuidarán bien de subir aquí arriba.

Dos fusileros intentaron arrastrar el torno más cercano, pero sólo consiguieron que se desprendieran pedazos de madera del viejo armazón. Harper le dio a uno su fusil de siete cañones y un puñado de cartuchos para cargarlo.

—Carga esto, muchacho. Como si fuera un mosquete. Ahora retírate.

Rodeó el tambor ancho de madera con sus enormes brazos, tanteó sus fuerzas contra las anclas que aguantaban el eje a la gran viga que había debajo y entonces tensó los brazos, empujó con las piernas, la cara se le desencajaba por el esfuerzo y el tambor seguía sin moverse. Uno de los vigilantes de la escalera cebó su mosquete, apuntó rápidamente y disparó hacia la escalera de caracol. Se oyó un grito. Eso los

retendría.

Harper estiró del tambor, renegó, lo sacudió rítmicamente para que sus músculos rasgaran los antiguos soportes. Volvió a estirar, tenía los tendones como las cuerdas que antaño elevaban el rastrillo por la hendidura que había en el suelo, y Sharpe vio que un ángulo de hierro oxidado se partía, oyó la madera seca que se astillaba y las piernas de Harper se enderezaron mientras el tambor se levantaba con pesadez y derramaba el polvo de hacía muchos años. El irlandés lo acarreó, con andares tan torpes como los de un oso bailando. La pesada carga parecía una pipa de cerveza entre sus brazos y les gruñó a los dos guardias para que se hicieran a un lado. La dejó ir por la escalera, cayó, chocando y botando, y luego se quedó atrancada en la curva. Se limpió las manos y sonrió.

—Un regalo del irlandés. Tendrán que quemarlo para sacarlo de allí.

Se dirigió hacia su fusil de siete cañones que ya estaba cargado y le sonrió a Sharpe.

—¿Piso siguiente, señor?

—¿Le he dicho alguna vez que resulta muy útil tenerlo cerca?

—Me lo decía mi madre, señor. Quería devolverme por ser tan pequeño.

Uno de los fusileros se echó a reír casi con histeria; llevaba la casaca limpia y reluciente, era un quinto y Harper le sonrió.

—No se preocupe, muchacho, ellos tienen mucho más miedo de usted que usted de ellos.

El muchacho vigilaba la puerta que daba a la muralla norte, una defensa que estaba libre de enemigos pues no se temía un ataque por ese lado.

Sharpe fue hacia la puerta que conducía a la parte más alta del torreón y se asomó con cautela. Una escalera que ascendía. Una voz lanzó un reniego en la otra escalera, una bayoneta arañaba la madera que obstruía, pero Sharpe ya no temía un ataque desde abajo. Sin embargo, esa escalera le daba miedo. Los hombres que estaban arriba ya debían saber que debajo estaba el enemigo. Estaba tentado de dejarlos allí, pero sabía que podía defender la parte más alta de la torre con mayor facilidad que esa estancia.

—Yo iré primero.

—Con respeto, señor, el que lleva el arma —dijo Harper al tiempo que levantaba su arma.

Era cierto, pero Sharpe no podía permitir que otro fuera a la cabeza.

—Usted detrás.

Aquella escalera era como la primera; desgraciadamente giraba hacia la derecha, y Sharpe se quitó de la cabeza la idea de que los capitanes en el pasado debían enviar primero a los zurdos en escaleras como ésa. Estaba espantado. A cada paso aumentaba su temor, cada paso mostraba un nuevo trecho de muro oscuro y

desconocido. Un solo hombre con un mosquete no tendría mayor dificultad en matarlo. Se detenía, escuchaba, hubiera deseado haber pensado en quitarse las botas para que la subida fuera más silenciosa.

Abajo se oían los mosquetes, un grito, y a continuación la voz pausada de un sargento de fusileros. Aquel hombre podía defender la estancia con facilidad durante unos minutos, pero Sharpe medio deseaba que su grupito quedara aislado en ese castillo durante horas. Tenía que apoderarse de la cima del torreón, pensó en los defensores que les esperaban escalera arriba y deseó con todas sus fuerzas no tener que subirla. Oía a Harper que estaba inquieto y gruñía detrás de él y le hizo callar irritado. El irlandés le alargó algo.

—Tenga, señor.

Era su casaca verde. Sharpe le entendió. Colgaría la casaca en la punta de la espada porque los defensores, nerviosos a su vez, tan sólo esperaban que apareciera algo entre la oscuridad de la escalera. Harper sonrió y, con un movimiento de su arma, le indicó a Sharpe que se mantuviera cerca de la columna de la escalera para poder disparar y confiar en el rebote de las siete balas. Sharpe pasó la punta ensangrentada de la espada por el cuello de la chaqueta y en la penumbra vio la corona de laurel que llevaba cosida en la manga. Sharpe también llevaba una de éstas; la codiciada condecoración indicaba que un fusilero había sido el primero en entrar por una brecha defendida. Sin embargo, Badajoz quedaba ya tan lejos que aquel miedo atroz era sólo un recuerdo borroso, mientras que el miedo de aquel momento era grande y paralizante. La muerte parecía esperar en lo alto de aquella escalera, pero Sharpe sabía que los pasos a los que más temía un hombre eran aquellos que había de dar. Subió.

La chaqueta que le precedía era una forma oscura en la penumbra, e intentó recordar lo alta que era la caseta y cuántos escalones faltaban para alcanzar la parte superior, pero estaba confuso. Con las vueltas de la escalera había perdido el sentido de la dirección, el miedo hacía que el chirrido que producían las suelas de las botas sobre la piedra fría se convirtiera en una señal de alarma, pues se imaginaba la bala disparada desde arriba. La hoja de la espada chocaba con el pilar central. La casaca se meneaba a cada paso; resultaba una treta patética, no se parecía en nada a un hombre. Pero él se repetía a sí mismo que los defensores también estarían nerviosos; a buen seguro estarían representando en sus mentes el ataque que irrumpiría en aquella escalera, también debía pensar en la muerte aquel día de Navidad.

La descarga, cuando se produjo, se acercó terriblemente, y las balas intentaron dar en la casaca, la hicieron ondular y la rasgaron. Sharpe se agachó instintivamente, pues parecía que la escalera estaba llena de piedra que hería como el metal; entonces, cerca de sus oídos, explotó el fusil de siete cañones, que lo dejó sordo, y Sharpe lanzó a gritos un desafío que no fue capaz de oír, sacó de un tirón la casaca de la punta y

cargó escaleras arriba.

La casaca le salvó la vida. Él tan sólo quiso deshacerse de la casaca para dejar libre la hoja, pero la pisó con el pie derecho, cayó hacia delante y derribó a Harper que iba tras él. El irlandés lo aplastó y le cortó la respiración a Sharpe, le envió las costillas contra las esquinas de las escaleras y mientras caían, la segunda descarga ardió por encima de sus cabezas; se habían librado de ella. Harper sintió el hálito caliente de las armas, se dio cuenta de que los disparos habían fallado y se abrió paso a arañazos por encima del cuerpo de Sharpe e hizo uso de su arma enorme a modo de garrote en la entrada del pequeño torreón que coronaba la torre.

Sharpe le seguía, la cabeza le zumbaba debido a la explosión del fusil de siete cañones, y en el reducido espacio del tejado la mejor arma con que contaba era su espada. De nuevo surgió el miedo, como una bestia a la que se libera de una jaula pestilente. Y él fue matando con la espada. No podía oír nada, tan sólo veía al enemigo que retrocedía ante él. Se dio cuenta de que aquellos hombres le habían crispado los nervios, le habían hecho sentir miedo en un lugar reducido y fue matando con toda la destreza y eficacia de su brazo armado.

Seis hombres se agazapaban en un rincón del torreón, se habían desprendido de sus armas y levantaban las manos en señal de rendición. Los fusileros no les hicieron caso. Tres hombres seguían luchando y murieron; dos con la espada y al tercero, Harper lo levantó y lo arrojó al interior del patio. Su grito fue el primer sonido que penetró en los oídos ensordecidos y confundidos de Sharpe.

Bajó la espada, clavaba su mirada feroz en los hombres aterrorizados que se apiñaban contra las almenas. Respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Jesús.

Harper llevó los otros dos cuerpos hasta la escalera y los lanzó uno tras otro. Miró a su oficial.

—Escaleras desalojadas y el castillo tomado. ¿Deberíamos ocuparnos de algo?

—No me ha gustado esto.

—A ellos tampoco.

Sharpe se echó a reír. Lo habían conseguido, habían tomado la cima del torreón y se preguntó quién habría sido el último en subir aquellas escaleras en un combate y cuántos años haría. ¿Habría sido antes de la pólvora? ¿El último en salir a la luz de aquellas murallas llevaría una incómoda armadura, haría balancear un maza corta que se aplastaría contra el reducido espacio de la escalera de caracol? Le sonrió a Harper y le dio una palmada en el brazo.

—Bien hecho.

Quienquiera que fuera el último en subir la escalera, luchando en sentido ascendente, había hecho exactamente lo mismo que Sharpe. Gritó escalera abajo, bien alto, y esperó a que el hombre le trajera lo que quería. Unas balas silbaron sobre sus

cabezas procedentes de la torre del homenaje, pero Sharpe no hizo caso. Volvió a gritar impaciente, y ahí estaban, con las astas rotas, pero no importaba.

Sobre las viejas almenas, hacia el este y de cara a unos y otros fusileros, colgó los estandartes. Estaban descoloridos a causa del humo, rasgados por las explosiones y las balas, pero eran las banderas. Estandartes ondeando en la muralla de un castillo, el orgullo de un combatiente, estandartes que Sharpe y Harper habían colgado. Habían tomado la entrada.

Capítulo 13

Colgar los estandartes en la torre había sido una baladronada. Los sujetaban bayonetas enemigas que atravesaban el paño y que se clavaban en la argamasa deshecha de las defensas. A Sharpe se le pasó por la cabeza que él y Harper habían salvado aquellos estandartes de la impetuosidad de sir Augustus, de la estupidez de aquel hombre, y Sharpe dirigió la mirada hacia el lugar donde había caído Farthingdale. El humo aún se elevaba allí y entonces Sharpe soltó un reniego, se agachó y una bala procedente del valle golpeó la piedra junto a las banderas. Allí abajo alguien creía que habían capturado los estandartes y que el enemigo alardeaba de ello.

—¿Señor? —inquirió Harper señalando al norte hacia el convento.

El escuadrón de cohetes había llegado. El combate que se había librado en la muralla este les había permitido pasar por el desfiladero sin incidencias, junto a la muralla norte del castillo. Ahora los carros estaban aparcados en el camino que llevaba al convento, los soldados de caballería observaban con curiosidad la confusión del ataque fallido.

¿Quién estaba al mando allá abajo? ¿Sir Augustus aún seguía con vida? Sharpe había dado por muerto a Kinney. Seguro que el galés había quedado muy malherido, así que ¿quién le daba las órdenes a las compañías que se habían librado de la explosión? Las balas convertían el espacio por encima de la torre en un lugar mortífero, llegaban balas disparadas de ambos lados, desde la torre del homenaje y desde el valle. Sharpe se sentó y observó a Harper, que estaba cargando su fusil de siete cañones.

—Esperemos.

Sharpe no podía hacer nada desde el alto torreón. Había apartado a algunos fusileros del caos, había salvado los estandartes y ahora tendrían que quedarse sentados hasta que el castillo cayera. Lamentó no haber desayunado algo.

Sharpe había izado los estandartes con bravuconería, pero los fusileros los veía como una burla del fracaso. Ellos no veían que había fusileros en lo alto de la muralla, tan sólo veían su orgullo, sus estandartes, ondeando en la fortaleza enemiga. Los hombres no luchaban por el rey y la patria sino por esos peda/os de seda y flecos, y los fusileros, que estaban de nuevo en orden, veían las banderas y no había nada en la tierra que pudiera impedirles intentar recuperarlas. Seis compañías habían quedado intactas después de la explosión, otras dos se habían visto poco afectadas y entonces viraron, cargaron y Frederickson lanzó a sus hombres con él a la cabeza.

Nadie se había percatado de que los cañones de la atalaya ya no disparaban. Ya nadie dirigía la batalla, era una expresión de ira.

Las balas habían dejado de danzar por la torre y Sharpe se arriesgó a echar una

mirada, vio la oleada de hombres que se acercaban desde el valle y retrocedió.

—¡Mosquetes! —gritó señalando las armas que habían estado en manos de la inedia docena de prisioneros que seguían agazapados entre las piedras.

Harper inclinó los mosquetes hacia ellos, seleccionó cuatro que aún estaban cargados y arqueó las cejas mirando a Sharpe.

—El cañón.

El cañón que estaba en la muralla este, muy cerca de la torre del homenaje, era la única arma que podía estropear el ataque. Estaba lejos para un mosquete, pero al menos las balas que silbaran junto a las orejas de los artilleros los disuadirían. Sharpe blandió un mosquete francés con el que no estaba familiarizado. Le pareció extraño. Veía a los artilleros detrás de la tronera, uno de ellos sostenía la mecha con la que encendería el tubo de cebar y el cañón lanzaría la metralla. Apuntó un poco por encima de la cabeza del hombre y apretó el gatillo. El arma le golpeó en el hombro, el humo le tapó la visión y entonces el mosquete de Harper sonó en la siguiente tronera. Sharpe cogió el segundo mosquete, lo amartilló y esperó a que el humo del primer disparo se hubiera dispersado. «¡Maldita sea, no corre aire!»

Los artilleros se habían agachado, miraban con ojos desorbitados de dónde provenían los disparos. Sharpe sonrió, apuntó más bajo, y de nuevo un pedernal echó chispas sobre el acero, el cebo le explotó en la cara, la pólvora ardiendo le pinchó en la mejilla y de nuevo el humo le impidió la visión. Entonces se oyeron vítores que provenían de los cascotes, gritos de alarma del patio, y Sharpe y Harper se incorporaron y observaron la escena desde arriba.

Pot-au-Feu carecía de defensa para este segundo ataque. Había puesto todas sus esperanzas en el poder destructivo de la mina y en la desesperación de sus hombres, pero ahora su defensa se derrumbaba. Sharpe vio con satisfacción que los artilleros abandonaban el cañón sin dispararlo y corrían hacia la seguridad que les ofrecía la torre del homenaje. Los canallas que estaban en el patio seguían su ejemplo. Los uniformes rojos fluían por encima de los cascotes, los precedía una línea de fusileros verdes y los restantes no estaban de humor para compadecerse. Empuñaron las esbeltas bayonetas de diecisiete pulgadas contra el enemigo, las clavaron y las hojas salían enrojecidas mientras que los hombres de Pot-au-Feu vociferaban y luchaban intentando ponerse a salvo en la única puerta de acceso a la torre del homenaje. Un corneta estaba tocando, era una nota doble en el centro de cada llamada que enviaba a los hombres a la carga, y los fusileros de Frederickson, con sus bayonetas más largas, empujaban a los fugitivos hacia el establo bajo las murallas del oeste. Saltaban la muralla baja, lanzaban desafíos y el enemigo se echó a correr.

Las bayonetas no se utilizaban con frecuencia en el campo de batalla, al menos para matar. La fuerza del arma residía en el miedo que provocaba y Sharpe había sido

testigo de docenas de cargas con bayoneta en que las hojas no alcanzaban nunca al enemigo. Los hombres se daban la vuelta y echaban a correr antes de enfrentarse al acero afilado. Sin embargo, aquí, en los límites del patio, unos y otros fusileros habían pillado a un enemigo acorralado. Y mataron, como se les había instruido, y pasó algún tiempo antes de que los soldados vieran que algunos de los desertores ya se estaban rindiendo. Entonces algunos atacantes empezaron a defender a los prisioneros desarmados de la furia de otros hombres que los perseguían con las hojas ensangrentadas.

Sharpe vio que Frederickson, sin el parche y la dentadura, mandaba a la tropa que ascendiera la escalera junto al establo que conducía a la muralla oeste. El castillo caía.

—Vamos abajo.

Dos fusileros más habían llegado a la cima del torreón y Sharpe los dejó vigilando a los prisioneros. Harper y él corrieron escaleras abajo a gusto, ahora ya no era un lugar de miedo paralizante, y se adentraron en la amplia estancia donde gemían los heridos, y el sargento de fusileros miró con rostro preocupado a Sharpe.

—¿Nuestros muchachos, señor?

—Sí. Siga gritando escaleras abajo. ¿Conocerán su nombre, no?

—Sí, señor.

Sharpe abrió la puerta que conducía a la muralla norte. Las defensas estaban vacías. Al final había un túnel en la torreta del noroeste antes de girar a la izquierda hacia la muralla oeste. Al mirar hacia allí vio que una figura aparecía en la torreta, hincaba una rodilla en el suelo y elevaba un fusil. Sharpe se puso al sol.

—¡No dispare!

Thomas Taylor, el americano, levantó su fusil de un golpe. Le sonreía burlonamente, pues era consciente de que había asustado a Sharpe y luego llamó por encima del hombro. Apareció Frederickson con el sable en la mano y su rostro reflejaba sorpresa y luego alegría. Corrió por la muralla.

—¿Era usted el de allí arriba?

—Sí.

—¡Dios! Creíamos que eran enemigos. ¡Santo Cristo! ¡Yo pensaba que estaba usted muerto, señor!

Sharpe miró hacia el patio donde los hombres de Pot-au-Feu defendían desesperadamente la entrada a la torre del homenaje.

Fuera de eso, reinaba el caos, pues los fusileros hacían prisioneros, los registraban y gritaban exaltados si encontraban algún botín.

—¿Quién está al mando?

—Ojalá lo supiera, señor.

—¿Farthingdale?

—No lo he visto.

Sharpe se imaginaba lo que pasaría si los fusileros dieran con el licor que con toda seguridad Pot-au-Feu tenía en el interior de la torre del homenaje. Le dio órdenes a Frederickson, le gritó otras tantas al capitán Cross, cuyos fusileros formaban en la muralla este, y se volvió hacia Harper.

—Vamos a ver si podemos dar con el maldito oro que entregamos.

—¡Dios! ¡Lo había olvidado! —exclamó el sargento sonriendo—. Usted primero, señor.

No encontraron resistencia en el camino que llevaba desde las murallas al interior de la torre del homenaje. Los fusileros ya habían pasado por allí y se habían desparramado por los pisos que daban al patio central de la torre. Sacaban a los prisioneros de sus escondites, descendían haciendo resonar sus botas por las empinadas escaleras de caracol y Sharpe oía los gritos de las mujeres y los lloros de los niños asustados. Entonces, al mirar hacia el lado sur de la torre del homenaje por una saetera que estaba derruida, dejó ir un reniego.

—¿Señor?

—Mire.

La culpa era suya. Una patrulla de fusileros había descubierto de madrugada que había una escapatoria hacia las colinas directamente desde la torre del homenaje. Sharpe no la veía, pero supuso que habían caído piedras de un trozo de la muralla baja y vio lo que quedaba de la pandilla de Pot-au-Feu que avanzaba por entre los espinos hacia la hierba más despejada de la cima de la colina. Montones de ellos, hombres, mujeres y niños, todos huyendo. Volvió a renegar. Eso era culpa suya. Tenía que haber efectuado un reconocimiento hacia el sur. También Harper soltó un taco y señaló a través de la saetera.

—Más vidas que una cesta llena de gatos.

Hakeswill, montado a caballo, con el largo cuello bien visible, iba espoleando su caballo en dirección a la cima de la colina. Harper bajó de la cañonera.

—No irá muy lejos, señor.

La mayoría no llegaría muy lejos. El invierno y los guerrilleros se ocuparían de que así fuera, pero Hakeswill había escapado, se había escurrido hacia el mundo y allí planearía más daño. Harper seguía intentando disfrazar el fracaso.

—Debemos tener a la mitad de ellos, señor. ¡Más!

—Sí.

Era un éxito, sin duda lo era. Adrados había sido vengado, los rehenes habían sido rescatados, las mujeres que habían sido capturadas el Día del Milagro estaban a salvo y los sacerdotes que habían lanzado sus calumnias desde los pulpitos tendrían que retractarse. Era un éxito. Pero Sharpe veía a sus enemigos en la cima de la colina, un enemigo que se detenía, se giraba sobre la silla y luego seguía cabalgando hacia la

cima.

—Se han llevado el maldito oro.

—Probablemente.

Gritos, disparos de mosquete, los sonidos de los cazadores y de los cazados se seguían oyendo provenientes de las estancias del castillo. Los casacas rojas correteaban por los pisos, en busca de botín o de mujeres, y Sharpe y Harper se abrieron paso a codazos entre ellos para descender hasta el patio. Un chillido les llamó la atención y vieron a Frederickson, con el sable aún desenvainado, que amenazaba a unos fusileros. Vio a Sharpe y le sonrió.

—El licor está ahí dentro, señor —señaló con la cabeza hacia una puerta que tenía detrás—. Bastante como para que todo Londres se emborrache.

Agruparon a los prisioneros en los rincones del patio, una repetición de la escena que se había producido la noche anterior en el convento, y Sharpe observó cómo los oficiales controlaban a sus hombres. Había terminado, estaba acabado, la faena de un día de Navidad. Miró a Frederickson, que se colocaba el parche en el ojo, señal de que la lucha había terminado.

—¿Alguna otra cosa interesante?

—Debería mirar en las mazmorras, señor. A oscuras, algo asqueroso.

Para iluminar aquella oscuridad utilizaron unas antorchas de paja que algunos hombres curiosos llevaron al interior de las mazmorras del castillo. Era un sitio sumamente desagradable. La estancia era amplia, con bóvedas bajas, húmeda y glacial. Sharpe se abrió paso entre los fusileros y se detuvo al borde de aquel espanto. Vio a un sargento.

—¡No se quede ahí! Coja un destacamento de prisioneros. ¡Deshágase de esto!

—Sí, señor.

—¿Hakeswill? —preguntó Harper.

—¿Quién sabe? Podemos intentar averiguar si alguno de los cabrones dice la verdad.

Alguien había estado muy ocupado. Entre la pandilla de desertores de la Entrada de Dios no había reinado la fraternidad. Había habido castigos también, y habían sido peores que los que hubiera infligido cualquier ejército. La mazmorra apestaba: hombres mutilados, y Sharpe adivinó, al mirar entre las sombras espantosas, que también había algunas mujeres en aquel lugar de castigo; parecía que los cuerpos hubieran sido atacados a hachazos por un loco, luego habían sido abandonados como comida para las ratas, y tan sólo un cuerpo, desnudo y rígido, estaba entero. Parecía intacto y Sharpe, curioso, se acercó para poder verle la cabeza.

—Lo hizo Hakeswill.

—¿Cómo lo sabe?

Sharpe le dio un golpe con una uña a la calavera. El sonido era metálico.

—Lo han matado con un clavo.

—¿Cómo? ¿Clavado?

—No exactamente. Se lo he visto hacer antes. En la India.

Sharpe le explicó a Harper la historia y los fusileros le escucharon. Contó cómo los habían capturado las tropas del sultán Tippoo y cómo los habían llevado a las celdas en Seringapatam, donde pudo observar, a través de las ventanas con forma de media luna que quedaban al nivel del suelo, cómo torturaban a los prisioneros británicos. Tal vez la palabra tortura era demasiado fuerte, pues los hombres habían muerto con bastante rapidez. El sultán Tippoo, para su propio placer y el de sus mujeres, empleaba a Jetties, forzudos profesionales, y Sharpe había observado cómo arrastraban a algunos hombres del 33º que había por la arena, hasta donde esperaban los hombres musculosos. Recordaba que los tacones de los prisioneros habían dejado señales del arrastre de los pies. Aquel día habían matado de dos maneras. La primera, sujetando la cabeza de la víctima con sus enormes antebrazos a cada lado y, a una señal de Tippoo, respiraban y daban un tirón a la cabeza dibujando la mitad de un círculo. Otro Jettie sujetaba bien el cuerpo para que éste no se moviera y, cualquiera que fuera la resistencia que opusieran los prisioneros, el cuello se les retorció con tanta rapidez, como al de un pollo.

El otro método consistía en colocar un clavo en el cráneo de la víctima e introducirlo seis pulgadas con un gran golpe de la palma de la mano. Era también una muerte rápida, si no resultaba una chapuza y Sharpe recordaba habérselo explicado al sargento Hakeswill, quien escuchaba con los otros hombres junto al fuego de campamento. Hakeswill lo había probado con prisioneros indios, y practicó hasta dominar el método. Maldito Hakeswill. Sharpe también maldijo en su momento al sultán Tippoo, y tuvo la oportunidad de matarlo más tarde cuando las tropas británicas asaltaron la ciudadela de Seringapatam. Sharpe todavía recordaba la mirada de aquel hombrecillo obeso cuando uno de sus prisioneros había surgido del otro extremo del Túnel acuático desde donde el sultán disparaba con sus enjoyadas escopetas contra los británicos. Aquello era un buen recuerdo, únicamente empañado por aquel rubí que Sharpe había cortado de uno de los dedos muertos y rechonchos del sultán y que luego regaló a una mujer de Dover, una mujer a quien creía amar más que a su propia vida y que se acabó fugando con un maestro de escuela miope. El suponía que ella había sido sensata. ¿Quién quiere a un soldado por marido? Un estallido de vítores lo sobresaltó; provenían del extremo superior de las escaleras de la torreta; eran vítores y burlas, risas y abucheos, y dejó los cuerpos entre aquel horror encostrado y fue a ver qué era lo que causaba aquel revuelo.

Los fusileros habían formado un pasillo por el que empujaban a un prisionero con las culatas de sus mosquetes y fusiles. El prisionero hacía pequeños gestos en vano con sus manos regordetas y sonreía a derecha e izquierda, se inclinaba y luego gritaba

cuando otra culata de mosquete le atizaba en su amplio trasero. Pot-au-Feu. Todavía llevaba puesto el absurdo uniforme de mariscal, tan sólo le faltaba la cruz de oro esmaltada que colgaba de su cuello. Vio a Sharpe y se dejó caer de rodillas, rogando con su voz profunda mientras el enemigo se reía de él. Un fusilero que estaba detrás de él levantó el mosquete y le apuntó al cuello debajo del sombrero con plumas blancas.

—¡Deja eso! ¿Lo ha encontrado?

—Sí, señor.

El hombre soltó el mosquete.

—Estaba en los establos, señor, escondiéndose bajo una lona alquitranada. Supongo que está demasiado gordo para correr, señor.

Sharpe miró la cara gorda que le balbuceaba algo.

—¡Cállese!

La temblorosa masa de grasa uniformada calló. Sharpe dio una vuelta alrededor de él, le arrancó el llamativo sombrero que llevaba sobre los rizos blancos de querubín.

—Éste, muchachos, es nuestro enemigo. Éste es el mariscal Pot-au-Feu.

Los fusileros se echaron a reír. Algunos de ellos saludaron al gordo cuyos ojos observaban a Sharpe mientras éste daba la vuelta. Cada vez que Sharpe se situaba detrás de él aquella cabeza daba un tirón sobre el lecho de barbillas para ver cómo giraba Sharpe.

—No todos los días se captura a un mariscal francés, ¿eh? —le espetó Sharpe al hombre que había encontrado a Pot-au-Feu—. Quiero que lo cuiden bien, muchachos. No le hagan daño. Sean muy amables con él porque él va a ser muy amable con ustedes. —La cabeza volvió a dar un tirón, los ojos mostraban preocupación—. Éste es en realidad un sargento franchute y era cocinero.

Un cocinero muy, pero que muy bueno. ¡Tan bueno que ahora mismo irá a la cocina a preparar la comida de Navidad!

Los soldados jalearon al oír aquello y observaron cómo Sharpe ponía a Pot-au-Feu a sus pies. Sharpe le quitó unas pajas de la casaca azul y oro.

—¡Pórtese bien, sargento! ¡No le ponga a la sopa nada que no deba!

Costaba bastante relacionar a este rostro gordo y de aspecto feliz con los horrores de las mazmorras. Pot-au-Feu, que había entendido que no lo iban a matar en el acto, le hacía gestos con la cabeza a Sharpe.

—Vigílenlo. Llévenselo.

Aquello hacía que la victoria fuera más dulce; haber capturado al jefe de aquella pandilla miserable aliviaba del error que suponía no haber bloqueado la ruta de huida desde el castillo. Sharpe observó cómo agrupaban a los prisioneros, oyó los gritos de las mujeres que tiraban de los brazos de sus capturadores y buscaban a voz en grito a

sus maridos y amantes. El caos seguía reinando en el patio.

Un teniente de fusileros lo encontró y lo saludó.

—Saludos del capitán Frederickson, señor, y dice que han abandonado la atalaya.

—¿Dónde está el capitán Frederickson?

—En el tejado, señor —contestó el teniente señalando con la cabeza hacia la torre del homenaje.

—Deje a tres hombres vigilando el licor y pídale al capitán que lleve la compañía a la torre.

A Sharpe no le gustaba la idea de cargar a Frederickson con más trabajo, pero lo único que podía hacer era enviar una compañía de fusileros a la atalaya, al menos mientras fuera un oficial subalterno de quienquiera que estuviera al mando. Pensándolo bien, ¿quién estaba al mando? Sharpe les preguntó a los fusileros si habían visto a Farthingdale, pero éstos sacudieron la cabeza en señal de negación, tampoco sabían nada de Kinney. El comandante Ford era el siguiente en la línea de mando de aquellos fusileros, pero Ford tampoco estaba.

—¡Búsquenlo!

—Sí, señor —contestó un sargento.

Sharpe miró a Harper.

—Comería algo.

—Lo consideraré una orden, señor.

—¡No! Sólo era un comentario.

A pesar de ello Harper siguió a Pot-au-Feu hasta la cocina del castillo y Sharpe anduvo por encima de los cascotes de la muralla este y respiró el olor a carne quemada. Un combate miserable contra un enemigo miserable, y lo peor, una batalla que podía haberse evitado. Si se hubiera tomado la atalaya, los cuerpos que sembraban la amplia brecha no estarían allí. Esa idea le enojó y se volvió hacia un capitán que trepaba por las piedras ennegrecidas.

—¿Nadie ha pensado en enterrar estos cadáveres?

—¿Señor? Oh. Yo me ocuparé, señor. ¿Comandante Sharpe?

—Sí.

El capitán saludó.

—Capitán Brooker, señor. Compañía de granaderos —dijo Brooker nervioso.

—¿Bien?

—El coronel Kinney está muerto, señor.

—Oh, lo siento.

Sharpe lo sentía realmente. Kinney había llegado a gustarle a pesar de lo poco que se conocían y recordaba que el galés le había dicho lo trágico que resultaría que algún hombre muriera el día de Navidad.

—Lo siento, capitán.

—Era un buen hombre, señor. El comandante Ford también está muerto, señor.

—¡Dios!

Brooker se encogió de hombros.

—En la espalda, señor. Disparo.

—¿Poco estimado?

Brooker asintió con tristeza.

—Muy poco, señor.

—Ya pasa.

Así era, aunque a nadie le gustaba reconocerlo. Sharpe había oído una vez a un capitán que, sabedor de la poca estima que le tenían, rogaba a sus hombres antes de la batalla que dejaran que fuera el enemigo quien lo matara. Le habían concedido ese deseo.

Luego Sharpe se puso a recordar. Ford era el único comandante que iba con aquellos fusileros, ya que el segundo comandante estaba de permiso, y eso quería decir que Sharpe era el oficial superior. Salvo en lo que se refería a Farthingdale.

—¿Ha visto usted a sir Augustus?

—No, señor.

—¿Es usted el capitán superior?

—Sí, señor —asintió Brooker.

—Pues, quiero una compañía en el convento, y quiero que envíe a otra a la atalaya, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Allí también encontrará fusileros. Y envíe a alguien para que traiga a aquellos tontos —dijo Sharpe mientras señalaba al escuadrón de cohetes que iban paseando con curiosidad hacia el pueblo.

—¿Los prisioneros, señor?

—En las mazmorras, cuando las hayan limpiado. Traiga a los del convento aquí, también. Desnúdelos a todos.

—¿Señor?

—Que los desnude a todos. Quíteles el maldito uniforme. Lo han deshonrado. Además, a un hombre desnudo le resultará difícil escapar con este tiempo.

—Sí, señor —asintió Brooker con tristeza.

—¡Y haga que entierren a estos hombres! Puede utilizar prisioneros. Si van a trabajar fuera que permanezcan vestidos. ¿Hay algún médico en el batallón?

—Sí, señor.

—Póngalo a trabajar en el convento. Traslade allí a los heridos.

Sharpe se giró y vio a los dos primeros pelotones de la compañía de Frederickson que pasaban sobre las piedras y se dirigían hacia la atalaya, a unas quinientas yardas de allí. Gracias a Dios de los fusileros.

—Vaya, capitán. Luego vaya a buscarme. Me temo que nos olvidamos de algo.

—Sí, señor.

Farthingdale. ¿Dónde diablos estaba Farthingdale? Sharpe se dirigió por entre las piedras desperdigadas hacia el lugar donde había visto caer al coronel, pero no encontró ningún uniforme rojo, oro y negro entre los muertos. Tampoco el gran caballo de sir Augustus yacía allí ensangrentado. Tal vez el coronel aún estuviera vivo, en cuyo caso estaba al mando de aquello, pero ¿dónde diablos estaba?

Un teniente conducía a otra docena de fusileros por entre las piedras, pero todavía había algunos casacas verdes en las defensas de la torre del homenaje cuando una corneta sobresaltó de repente el valle, una corneta que había sonado desde la piedra más elevada del castillo, una corneta que tocaba dos llamadas rápidas. La primera de nueve notas, la segunda tan sólo de ocho. «Hemos descubierto al enemigo.» «El enemigo es la caballería.» Sharpe se quedó mirando fijamente las defensas. Un rostro se asomaba por una tronera y Sharpe hizo bocina con las manos.

—¿Dónde?

Una mano señaló hacia el este.

—¿Qué son?

—¡Lanceros! ¡Franceses! Otro enemigo.

Otro enemigo llegaba a la Entrada de Dios.

Capítulo 14

Sharpe tenía una prioridad, tan sólo una, y corrió hacia el convento agitando los brazos y chillando a grito pelado.

—¡Capitán Gilliland! ¡Capitán Gilliland!

Mientras andaba pesadamente por el camino vio con alivio que los caballos todavía estaban atados a los tirantes de los carros.

—¡Que se muevan! ¡Deprisa!

—¿Señor? —inquirió Gilliland, que venía corriendo desde la puerta del convento.

—¡Que se mueva ese escuadrón! ¡Deprisa! Dentro del castillo. ¡Empuje ese carro a un lado, pero dese prisa! —gritó Sharpe señalando a un carro tirado por un buey que bloqueaba la entrada principal al castillo. Gilliland seguía mirándolo boquiabierto—. ¡Por el amor de Dios, muévase!

Sharpe miró a los artilleros que subían desperdigados por el valle en dirección al pueblo. Se puso las manos en la boca para gritar.

—¡Artilleros!

Los persiguió, los agarró, él mismo hizo que los caballos se volvieran y poco a poco les fue comunicando aquella sensación de premura a los hombres que habían pensado que el día de Navidad sería un día de descanso.

—¡Muévanse, cabrones! ¡Esto no es un funeral! ¡Atícele, hombre! ¡Muévanse!

Sharpe no temía un ataque de la caballería francesa. Suponía que lo que habían visto los hombres desde la torre del homenaje era una avanzadilla de exploradores franceses que había sido enviada a hacer lo que él había hecho la noche anterior: rescatar a los rehenes. Ahora sí cobraban sentido los tres jinetes que habían vislumbrado al amanecer; eran una patrulla que había descubierto que alguien se les había adelantado y sin duda alguna los franceses tenían la intención de recuperar a sus rehenes bajo una bandera de tregua. Pero Sharpe no quería que vieran aquellos extraños carros y la forja portátil del escuadrón de cohetes. Tal vez estuviera en lo cierto y no habría combate o quizás estuviera equivocado. En ese caso los cohetes, ocultos en las cajas especiales que iban en los carros, constituirían la sorpresa que brotaría en aquel valle alto.

—¡Muévanlo!

Aunque los franceses vieran los carros no tendrían ni idea de su utilidad, pero Sharpe no quería arriesgarse. Se darían cuenta de que había algo extraño en el extremo oeste del valle y ese algo les obligaría a ser cautos. El elemento sorpresa desaparecería.

Sharpe corrió con el primer carro y les gritó a los fusileros.

—¡Despejen esa puerta, deprisa!

Frederickson, el fiel Frederickson, se abrió paso entre los hombres que

forcejeaban con el carro.

—Lanceros, señor. Uniformes verdes, vueltas rojas. Sólo son una docena.

—¿Verde y rojo?

—Guardia Imperial, creo. Alemanes.

Sharpe dirigió la vista hacia el pueblo, pero no vio nada. El fondo del valle descendía más allá de Adrados antes de torcerse hacia la derecha, y girar al sur, y si él no podía verlos ellos no podían ver los extraños carros que finalmente se movían detrás de él y se adentraban en el patio del castillo. Lanceros alemanes. Hombres reclutados de los ducados y pequeños reinos que se habían aliado a Napoleón. Había muchos más alemanes que luchaban contra el emperador que en su bando, pero se parecían en una cosa: luchaban tan bien como cualquier hombre en el campo de batalla. Sharpe miró a Gilliland.

—Esconda a sus hombres en el establo, ¿me oye? ¡Ocúltelos!

—Sí, señor.

Gilliland estaba horrorizado por aquella repentina urgencia. Su guerra, hasta entonces, había consistido en un asunto paciente de ángulos y teorías; de repente la muerte estaba más allá del horizonte.

—¿Dónde está su compañía? —preguntó Sharpe al capitán de fusileros.

—Van de camino, señor —contestó Frederickson señalando con la cabeza hacia los fusileros que se ensartaban en los espinos.

—Diez minutos y todos estarán allí.

—También he enviado a una compañía de fusileros allá arriba. Enviaré otra. Tan sólo asegúrese de una cosa.

—¿Señor?

—Su ascenso es anterior al de ellos.

—Sí, señor —contestó Frederickson sonriendo.

Cualquier capitán que hubiera sido ascendido primero tomaría a su cargo la guarnición de la atalaya, y Sharpe no deseaba que el valiente y eficaz tuerto, estuviera bajo el mando de nadie que no fuera él mismo. Frederickson mentiría por él.

—¿Y William? —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre.

—Llámeme Bill, señor.

—Piense que va a tener que luchar. Eso significa que tendrá que defender aquella colina.

—Sí, señor.

El dulce William se marchó alegremente, no sólo con la promesa de un combate, sino de su combate personal. Algunos oficiales odiaban las responsabilidades, pero a la mayoría de ellos les alegraba, las deseaban, y las asumían, tanto si se las ofrecían como si no.

Ahora Sharpe tenía que hacer una docena de cosas. Debía destacar a una segunda

compañía a la atalaya, debía enviar fusileros al convento, debía coger la munición de los carros de Gilliland y distribuirla a modo de polvorines preparados por todas las posiciones. Se encontró con el corneta de Cross, luego con dos abanderados de los fusileros y los convirtió en sus mensajeros. Mientras tanto le fueron llegando tontos con problemas que podían haber solucionado por sí mismos. ¿Cómo se iba a llevar la comida a la atalaya? ¿Qué debían hacer con las mochilas que se habían dejado en el convento? La cuerda con la que se sacaba agua del pozo de la torre del homenaje se había roto, y Sharpe regañaba, engatusaba, decidía y al mismo tiempo no dejaba de otear en dirección al pueblo en busca de los primeros jinetes enemigos.

El sargento Harper, calmado e impasible, fue hasta donde estaba Sharpe sobre los cascotes de la muralla minada. Llevaba en una mano un buen pedazo de pan coronado con carne y en la otra un pellejo de vino.

—Almuerzo, señor. Un poco tarde.

—¿Usted ha comido?

—Sí, señor.

¡Dios, qué hambre tenía! Era cordero frío y la mantequilla untada en el pan era fresca, y él la mordió y le supo a gloria. Un sargento de fusileros se le acercó, quería saber si debían bloquear la entrada al castillo, y Sharpe dijo que no, pero que dejaran la carreta cerca; luego otro hombre le preguntó si podían enterrar a Kinney en la misma boca del desfiladero con la tumba orientada hacia las colinas verdes y marrones de Portugal, y Sharpe dijo que sí, y la caballería francesa seguía deambulando sin ser vista. Los hombres de Frederickson estaban en la torre, gracias a Dios, y Brooker contaba con dos compañías de fusileros, y Sharpe observó cómo la tercera compañía se encaminaba hacia el convento y empezó a relajarse. Habían empezado. El vino era áspero y estaba frío.

Entró en el patio del castillo y ordenó que derribaran el muro bajo y que se usaran las piedras para bloquear la escalera que había junto a los establos y que conducía a las defensas al oeste. Se acabó el cordero y lamió las migas y la grasa que le quedaban en la mano. Y entonces se oyó un grito de urgencia que provenía de la entrada al castillo.

—¡Sharpe! ¡Comandante Sharpe!

Sir Augustus Farthingdale estaba a caballo en la arcada y junto con él Josefina montada a la amazona.

Sir Augustus, maldito Farthingdale, como si fuera a caballo por el Hyde Park de Londres. Lo único que desdecía su aspecto era el vendaje blanco que le asomaba bajo el sombrero, en la sien derecha. Increpaba a Sharpe levantando la fusta.

—¡Sharpe!

Sharpe caminó hasta el muro bajo.

—¿Señor?

—Sharpe. A mi señora esposa le gustaría presenciar el disparo de un cohete. Haga el favor de arreglarlo todo.

—Es imposible, señor.

A sir Augustus no le gustaba que le llevaran la contraria y menos aún un oficial de menor graduación y, por añadidura, delante del amor de su vida.

—Creo que le he dado una orden, señor Sharpe. Espero que se me obedezca.

Sharpe puso el pie derecho sobre el muro y el pellejo de vino le quedó colgando de la mano y lo apoyó en la rodilla.

—Si hiciera una demostración de un cohete para lady Farthingdale, señor, también les proporcionaría pistas a las tropas que hay en el pueblo.

Josefina chilló nerviosa, sir Augustus se quedó mirando fijamente a Sharpe como si el oficial de fusileros estuviera loco.

—¿Las qué?

—Las tropas francesas, señor. En el pueblo. —Sharpe miró a las defensas de la torre del homenaje y gritó—. ¿Qué ve?

Un fusilero de la compañía de Cross respondió a gritos.

—¡Dos escuadrones de lanceros, señor! ¡Ahora, un batallón de infantería a la vista! ¡Ahora infantería!

Sharpe se dio la vuelta y miró hacia el pueblo, pero ningún francés era visible. Farthingdale hizo avanzar a su caballo, los cascos resonaron en el empedrado.

—¿Por qué diablos no se me ha informado, Sharpe?

—Nadie sabía dónde estaba usted, señor.

—¡Maldita sea, hombre, estaba con el médico!

—Confío en que no sea nada serio, señor.

Josefina sonrió a Sharpe.

—A sir Augustus le alcanzó una piedra, comandante. En la explosión.

Y sir Augustus, pensó Sharpe, había requerido la atención del médico cuando había hombres destripados que chillaban y que lo necesitaban bastante más que él.

—¡Maldita sea, Sharpe! ¿Qué hacen en el pueblo?

Sharpe entendió que la pregunta en realidad se refería a por qué se había permitido que los franceses llegaran al pueblo. La respuesta resultaba obvia, era una respuesta que incluso el autor de *Instrucciones prácticas para los jóvenes oficiales en el arte de la guerra con especial mención a los compromisos que se dan en Espuria* debía conocer.

Los franceses estaban en el pueblo porque no había tropas suficientes para defender la atalaya, el castillo y el convento, y además combatir a los franceses más al este. Sharpe optó por darle una lectura diferente a la pregunta petulante de sir Augustus.

—Me imagino que han venido por lo mismo que nosotros, señor. A rescatar a sus

rehenes.

—¿Van a luchar?

A sir Augustus le desagradaba tener que hacer la pregunta, pero no lo pudo evitar. El autor de las *Instrucciones prácticas* había reunido todo el material de partes militares y de otros libros similares al suyo, y no estaba acostumbrado a encontrarse tan cerca del enemigo.

Sharpe estiró de la espita del pellejo de vino.

—Lo dudo, señor. Sus mujeres siguen con nosotros. Espero que dentro de una hora enarboles la bandera de tregua. Me permite la sugerencia de informar a la señora Dubreton de que pronto nos va a abandonar.

—Sí. —Farthingdale estiró el cuello y miró por encima de la cabeza de Sharpe para vislumbrar al enemigo. Aún no se divisaba—. Encárguese de ello, Sharpe.

Sharpe se ocupó y también envió a Harper a pedirle prestada a Gilliland una silla de montar. No tenía la menor intención de dejar que sir Augustus se ocupara del parlamento con el enemigo, y la confianza de Sharpe en el oficial de mayor graduación no se vio reforzada cuando finalmente mostró un cierto interés por los preparativos que había dispuesto Sharpe. Observaba cómo los soldados desmantelaban el muro bajo y frunció el ceño.

—¿Por qué ha ordenado esto?

—Porque resulta una defensa inútil, señor. Y de todas maneras, si se entabla combate preferiría que entraran en el patio.

Farthingdale se quedó callado un momento.

—¿En el patio?

Sharpe se enjugó el vino de los labios, tapó la botella y sonrió.

—Una ratonera, señor. Una vez dentro estarán atrapados. —Contestó con un tono de gran confianza que en realidad no sentía.

—Pero usted ha dicho que no iban a luchar.

—Supongo que no, señor, pero debemos prepararnos ante esa posibilidad. —Le explicó a Farthingdale las demás precauciones que había tomado, la guarnición de la atalaya, y preguntó con educación:

—¿Quiere usted disponer alguna cosa más, señor?

—No, Sharpe, no. ¡Prosiga!

Maldito Farthingdale. El general Nairn, con su atractiva falta de discreción, le había dicho a Sharpe que Farthingdale albergaba esperanzas de conseguir un alto mando. «¡Nada peligroso, en absoluto! Una de esas estancias elegantes de la Guardia Real con soldaditos de chocolate saludándolo. Se cree que si escribe el libro adecuado le van a dar todo un ejército para espabilar. —Nairn se había quedado triste—. Probablemente sea así.» Patrick Harper surgió de los establos con dos caballos. Pasó junto a sir Augustus y se detuvo al lado de Sharpe.

—El caballo, señor.

—Veo dos.

—He pensado que le agradecería compañía —dijo Harper con el rostro tenso y preocupado.

Sharpe lo miró con curiosidad.

—¿Qué hay?

—¿Ha oído lo que va diciendo el hombre?

—No.

—«Mi victoria», le va diciendo a ella; así es. Que él tomó el castillo. ¿Y la ha visto usted? ¡Ni siquiera me ha reconocido! ¡Como si nada!

Sharpe sonrió burlescamente, tomó las riendas e introdujo el pie izquierdo en un estribo.

—Ella tiene que proteger su fortuna, Patrick. Espere que él se vaya, le saludará. —Se subió—. Espere aquí.

Le ocultó su contrariedad a Harper, pero se sentía igual de ofendido. Si alguna vez Sharpe escribiera un libro como el *Instrucciones prácticas*, cosa que no haría, repetiría una advertencia en cada una de las páginas: reconocer siempre el mérito a quien corresponda, por muy tentador que resulte adjudicárselo uno mismo, pues cuanto más alto llega un hombre en el ejército mayor lealtad y apoyo necesita de sus inferiores. Había llegado el momento, decidió Sharpe, de punzar el amor propio de sir Augustus. Hizo girar el caballo, lo condujo hacia donde estaba sir Farthingdale señalando hacia las banderas y describiendo la mañana como una gratificante batallita.

—¿Señor?

—¿Comandante Sharpe?

—Creo que debería tener esto, señor. Para el informe. —Sharpe le tendía un trozo de papel sucio doblado.

—¿Qué es?

—La factura de la carnicería, señor.

—Ah. —Una mano enguantada con cuero fino cogió el papel de un tirón y lo metió en el portapliegos.

—¿No va a mirarla, señor?

—Yo estaba con el médico, Sharpe. Ya he visto a los heridos.

—Yo pensaba en los muertos, señor. El coronel Kinney, el comandante Ford, un capitán y treinta y siete hombres, señor. La mayoría de ellos murió en la explosión. Heridos, señor. Cuarenta y ocho, graves, otros veintinueve leves. Lo siento, señor. Treinta. Me olvidaba de usted.

Josefina rió tontamente. Sir Augustus miró a Sharpe como si el comandante acabara de salir de una cloaca maloliente.

—Gracias, comandante.

—Y mis disculpas, señor.

—¿Disculpas?

—No he tenido tiempo de afeitarme.

Josefina se echó a reír abiertamente y Sharpe, recordando que a ella siempre le había gustado que sus hombres lucharan, le lanzó una mirada de rabia. Él no era su hombre y no estaba luchando por ella; todo lo que hubiera podido decir quedó interrumpido por la llamada de una trompeta, insistente y lejana, los sonidos de un instrumento de caballería francés.

—¡Señor! —gritó el fusilero desde la torre del homenaje—. ¡Cuatro franchutes, señor! ¡Uno de ellos lleva bandera blanca, señor! ¡Vienen hacia aquí!

—¡Gracias! —contestó Sharpe dándole un tirón al portafusil.

Él no montaba con elegancia como sir Augustus, pero al menos a caballo se podía colgar la gran espada de caballería al costado y no a la altura de las costillas acortando las correas del portafusil. Volvió a abrocharse las tiras de cuero y miró hacia el patio.

—¡Teniente Price!

—¿Señor? —contestó Harry Price visiblemente cansado.

—¡Cuide de lady Farthingdale hasta que volvamos!

—¡Sí, señor! —contestó Price mostrándose repentinamente despierto.

Si sir Augustus se había irritado ante esta usurpación de su autoridad, Sharpe no le dio tiempo a protestar, y tampoco sir Augustus se molestó en dar una contraorden. Siguió al caballo de Sharpe por el pavimento a la sombra de la entrada, salieron al camino y se dirigieron al campo abierto.

La trompeta seguía sonando, requería una respuesta a las posiciones británicas, pero para los tres jinetes las notas se desvanecían en un eco. Predecía a los oficiales un lancero con un trozo de tela blanca bajo la punta de la lanza, y Sharpe se acordó de las cintas blancas que decoraban el carpe que había en el convento y se preguntó si los lanceros alemanes que luchaban con Napoleón también adoraban a los antiguos dioses de los bosques en Yuletide; ése era el antiguo nombre, anterior al cristianismo, para las fiestas de invierno.

—¡Señor! —gritó el sargento Harper mientras espoleaba su caballo y se colocaba junto a Sharpe—. ¿Lo ve, señor? ¡El coronel!

Así era, y al instante Dubreton reconoció a Sharpe y le saludó con la mano. El coronel francés espoleó el caballo, adelantó al lancero, atravesó el riachuelo y se dirigió a medio galope hacia ellos.

—¡Comandante!

—¡Sharpe! ¡Quédese atrás!

La protesta de Farthingdale quedó en nada en el momento en que Sharpe también

espoleó su caballo y los dos jinetes cabalgaron juntos, giraron, luego refrenaron de forma que los caballos quedaran de costado y mirando en direcciones opuestas.

—¿Ella está a salvo?

Aquella pregunta ansiosa contrastaba totalmente con la estudiada calma que mostró cuando se conocieron en el convento. Entonces el francés no había podido hacer nada por su mujer, ahora era diferente.

—Está a salvo. Bien a salvo. Ni siquiera la han tocado, señor. No sabe cuánto me alegra.

—¡Bien! —exclamó Dubreton, y cerró los ojos.

Las pesadillas, todo lo que había imaginado durante aquellas interminables y tristes noches le salió a raudales. Sacudió la cabeza.

—¡Por Dios! —y abrió los ojos—. ¿Lo hizo usted, comandante?

—Los fusileros, señor.

—¿Pero usted iba al mando?

—Sí, señor.

Farthingdale refrenó su caballo a pocos pasos de Sharpe; su rostro reflejaba furia, pues el fusilero había burlado la jerarquía al adelantarse corriendo.

—¡Comandante Sharpe!

—Señor —Sharpe se giró en la silla—. Tengo el honor de presentarle al Jefe de batallón Dubreton. Éste es el coronel sir Augustus Farthingdale.

Farthingdale no hizo caso de Sharpe. Habló en algo que a Sharpe le pareció un francés fluido y luego llegaron los otros dos oficiales franceses y Dubreton hizo las presentaciones en un inglés también fluido. Uno era un coronel de lanceros alemán, un hombre enorme con un bigote pelirrojo y ojos amables, mientras que el otro era un coronel de dragones francés. Éste vestía un gabán verde sobre un uniforme también verde, y protegía su cabeza con un casco metálico con una funda de tela para impedir que el bruñido metal reluciera. Llevaba una espada recta y larga y, raro en un coronel, una carabina de caballería descansaba sobre la pistolera de su silla. Era de un regimiento de combate, los dragones, endurecido tras perseguir a los huidizos guerrilleros por terreno hostil, y Sharpe percibió el desdén del francés cuando miró al quisquilloso sir Augustus. El lancero tiró del nudo del trapo blanco. Dubreton le sonrió a Sharpe.

—Debo agradecerse.

—No, señor.

—Pero lo hago. —Miró a Harper, que se mantenía atrás con modestia, y levantó la voz—: También me alegro de verle, sargento.

—Gracias, señor. Muy amable. ¿Y su sargento?

—Bigéard está en el pueblo. Estoy seguro de que se alegraría de verle.

Farthingdale intervino en francés y su voz dejaba entrever que le molestaban

aquellos comentarios. Dubreton le respondió en francés.

—Vinimos, sir Augustus, con la misma misión que ustedes. Permítame que le exprese la alegría que nos produce su éxito, que se lo agradezca y que lamente profundamente las bajas que han sufrido.

Los cadáveres desnudos esperaban blancos y fríos junto a las tumbas abiertas.

Sir Augustus seguía hablando en francés, Sharpe sospechaba que quería excluirlo de la negociación, mientras que Dubreton, que tal vez deseaba lo contrario, respondía en inglés. La patrulla que Sharpe había entrevisto al amanecer era la escolta de Dubreton; hombres valientes, voluntarios que debían cabalgar por el valle fingiendo ser desertores y que debían haber escapado y regresado al caer la noche para guiar al destacamento de rescate por el valle. Habían visto a los fusileros, la bandera izada y con prudencia se habían retirado.

—¡Qué decepción para ellos, sir Augustus!

Las mujeres francesas iban a ser entregadas inmediatamente, eso entendió Sharpe de las palabras de Dubreton, y entonces la conversación se fue volviendo incómoda y difícil porque sir Augustus no era capaz de contestar a las respuestas que le hacía el francés respecto a dónde se hallaban los desertores franceses. Farthingdale se vio obligado a girarse hacia Sharpe en busca de ayuda. Sharpe sonrió tristemente.

—Me temo que muchos han escapado.

—Estoy seguro de que hizo todo lo posible, comandante —dijo Dubreton con tacto.

Sharpe echó un vistazo a los otros dos coroneles. ¿Dos regimientos de caballería? Parecía demasiado para un rescate, pero su presencia le había dado otra idea. El coronel de dragones miraba la gran espada que colgaba junto al sable de caballería y que iba enganchada a la silla que Sharpe había tomado prestada. Éste sonrió.

—Nuestro punto flaco, coronel, ha sido la caballería. Los echamos del castillo, pero no podemos hacer mucho más si hay que acorralarlos por las colinas. —Miró hacia el sur—. No creo que hayan ido muy lejos.

Dubreton le entendió.

—¿Fueron hacia el sur?

—Sí.

—¿Cuánto hace?

Sharpe se lo dijo y Dubreton puso cara traviesa.

—Nosotros tenemos caballería.

—Me he percatado, señor.

—Creo que podríamos ser de ayuda.

Sir Augustus, viendo que dejaba de controlar la situación, hizo que su caballo avanzara.

—¿Está usted sugiriendo, Sharpe, que los franceses persigan a nuestros fugitivos?

Sharpe se volvió hacia el coronel con cara inocente.

—Parece ser que a eso han venido, señor. En realidad no veo por qué motivo habría de impedirselo.

Dubreton cortó suavemente.

—Yo sugiero, sir Augustus, que luchemos juntos bajo una tregua. No vamos a tratar de impedir que ocupen el castillo, el convento o la atalaya. Ustedes, por su parte, nos permiten vivaquear en el pueblo. Mientras tanto nuestra caballería puede hacer que los fugitivos regresen a este valle donde les espere la infantería.

—El ejército de Su Majestad es bien capaz de ocuparse de sus propios asuntos, coronel —replicó Farthingdale horrorizado ante aquella sugerencia.

—Por supuesto que sí. —Dubreton echó una mirada a uno de los cuerpos y luego volvió a mirar a sir Augustus—. Lo cierto es, sir Augustus, que nuestros dragones empezaron la batida hace una hora. —Sonrió con desaprobación—. Si usted prefiere que luchemos por el honor de capturarlos, entonces le aseguro que el ejército del emperador también es capaz de ocuparse de sus propios asuntos.

Eso eran un par de ases sobre la mesa.

Sir Augustus se refugió en las preguntas.

—¿Han empezado? ¿Una tregua, dice?

Dubreton sonrió paciente.

—Hemos empezado, sir Augustus. ¿Digamos que nos hemos anticipado a su generosa ayuda? ¿Y por qué no una tregua? Es el día de Navidad, antiguamente existía la Tregua de Dios, así que ¿por qué no para nosotros? Tal vez podamos discutir lo que pasará luego, cenando esta noche. ¿Nos concederán ustedes el honor de ser nuestros invitados?

—¿Hasta medianoche?

Sir Augustus lo planteó como una pregunta para ganar más tiempo y pensar y examinar los recelos que albergaba respecto a aquella proposición, pero Dubreton hizo ver que no captaba el tono.

—¡Espléndido! ¡Estamos de acuerdo! Hasta medianoche, entonces, ¿y serán nuestros huéspedes?

Sharpe sonrió ante los oídos sordos que mostrara Dubreton ante las manipulaciones de sir Augustus.

—Estoy seguro de que podemos aceptar encantados, señor, con una condición.

—¿Una condición? ¿Para cenar?

—Que pongamos el cocinero, señor.

Dubreton se echó a reír.

—¿Que pongan el cocinero? ¡Le ofrece eso a un francés! Sus fusileros son más valientes de lo que suponía.

Sharpe gozó al pronunciar las siguientes palabras.

—Pot-au-Feu, con nuestros cumplidos.

—¿Lo han capturado?

—En nuestra cocina. Si voy a cenar con ustedes esta noche, preferiría que estuviera en la suya.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —Dubreton miró a sir Augustus—. ¿Entonces, estamos de acuerdo, sir Augustus?

Farthingdale seguía receloso y circunspecto, pero se veía obligado a fiarse del hombre que conocía al enemigo y cómo luchar contra él. Sharpe. Más importante aún, Sharpe sabía cuándo no había que luchar. Sir Augustus inclinó su cabeza fina y elegante.

—Estamos de acuerdo, coronel.

—¿Tengo su permiso para cabalgar hasta el convento?

Farthingdale asintió con la cabeza.

Dubreton habló brevemente con los jinetes, observó cómo espoleaban sus caballos en dirección al pueblo, luego dirigió su caballo entre Sharpe y sir Augustus y de nuevo la conversación se desarrolló en francés. Era cortés, una charla entre enemigos, un soleado día de Navidad. Sharpe se rezagó para colocarse junto a Harper. Le sonrió burlescamente al enorme irlandés.

—Tenemos nuevos aliados, Patrick. Los franceses.

—Sí, señor. —Harper orgulloso no mostró sorpresa—. Lo que usted diga, señor.

Capítulo 15

La tarde de Navidad fue tan festiva como cualquiera podría desear. Al principio, los fusileros se mostraron incrédulos, más tarde encantados, y finalmente acabaron mezclándose con el batallón de Dubreton como si formaran un fuerte cordón a la espera de cazar a los fugitivos de las montañas. Al cabo de una hora, ningún francés llevaba puesto el chacó de su uniforme, todos llevaban los británicos, y los hombres se intercambiaban los botones de los uniformes, bebida, comida, tabaco e improvisaban traductores para poder contarse unos a otros los recuerdos de batallas compartidas.

Media hora después, aparecieron los primeros fugitivos. Casi todos eran mujeres y niños, que nada temían por ser capturados, y las mujeres buscaron las tropas de su propio bando para pedirles protección. Tras ellas se oía de vez en cuando el remoto sonido de una carabina de los dragones persiguiendo a algún rezagado.

Sharpe se lo perdió todo. Durante los primeros cuarenta minutos estaba en el convento con Harper. No podían mover el cañón sin que los franceses advirtieran sus esfuerzos, así que Sharpe abandonó la idea de montarlo en la puerta del convento. Entonces se dedicó a explorar las bodegas; bajó a un espacio sucio y húmedo situado debajo de la capilla y los almacenes, y después dejó a Harper y a un grupo de trabajo ocupándose de los materiales requisados a Pot-au-Feu. Sharpe prepararía un par de sorpresas por si las necesitaban.

Después, acortó camino campo a través, entre las tropas que confraternizaban, y condujo el caballo lentamente por los caminos que serpenteaban hasta la atalaya. Los espinos eran altos, constituirían una buena protección, pero la colina quedaba demasiado alejada para recibir apoyo de las tropas del castillo. Mientras desmontaba, Frederickson le hizo una señal con la mano desde lo alto de la torre. Sharpe tendió las riendas a un fusilero, se detuvo unos segundos y observó la situación de la torre. Era un buen lugar. Los españoles habían levantado las murallas de tierra orientadas hacia el valle y, detrás, habían colocado dos cañones de cuatro libras que dominaban la pendiente este de la colina hacia el norte. Hacia el oeste y hacia el este, la pendiente era igual de pronunciada y estaba totalmente cubierta de espinos. Sólo la pendiente sur era más suave. Algunos fusileros maldecían mientras cavaban otro hoyo y lo acondicionaban para las armas, y Sharpe aprobó que Frederickson les hubiera ordenado que cortaran espinos y los colocaran en la ladera sur a modo de barrera. Una compañía cortaba arbustos mientras otra formaba un cordón de protección por si regresaban los hombres de Pot-au-Feu.

Sharpe subió la escalera interior de la torre, salió al torreón y saludó a Frederickson. El capitán de fusileros estaba alegre.

—¡Espero que esos canallas luchen, señor!

—¿De verdad?

—Podría defender este lugar hasta la última de las batallas.

—Es posible que tenga que hacerlo —respondió Sharpe sonriendo irónicamente mientras colocaba su lente sobre una de las murallas medio derruida. Estuvo observando el pueblo durante un buen rato, aunque vio poca cosa, y luego orientó la lente hacia la derecha, donde el valle giraba junto a la colina hasta desaparecer por el este.

—¿Cuántos ha visto?

Frederickson se sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo dio a Sharpe sin mediar palabra.

—Lanceros, 120. Dragones, 150. Infantería, 450.

Sharpe gruñó y le devolvió el papel.

—Un tanto descompensado, ¿verdad?

Dirigió la vista hacia el este y contempló el magnífico paisaje, recordó que los cañones de la atalaya habían dejado de disparar durante la batalla. Los hombres apostados en la torre debieron asustarse al ver a los franceses que se acercaban; sin lugar a dudas, los defensores de la torre del homenaje contagiaron su miedo a los hombres de Pot-au-Feu. La victoria de aquella mañana, ya bastante precaria, había quedado deslucida porque la llegada de los franceses había descorazonado al enemigo. Miró hacia el lugar donde el valle engullía el camino.

—Me gustaría saber qué hay más allá.

—Yo también me lo estaba preguntando, señor. Envié una patrulla, pero los mandaron de vuelta, con educación pero con firmeza. *Vamos*.

—Así que deben de estar escondiendo algo.

Frederickson se rascó debajo del parche.

—No me fío ni un pelo de ellos —dijo alegremente.

—Yo tampoco. ¿Vio provisiones?

Frederickson respondió con un movimiento de cabeza.

—Nada, señor.

—Hay más al dar la vuelta.

La infantería francesa tenía que comer, los caballos necesitarían forraje y hasta aquel momento Sharpe no había visto rastro alguno de los suministros franceses. Hacia el sudeste, donde el camino se perdía, divisó a un grupo de lanceros al trote.

—¿Les mandaron de vuelta?

—Ahí están, rastreando toda la zona. —Frederickson se encogió de hombros—. Yo no puedo hacer nada, señor. Ninguna de mis patrullas puede ir más deprisa que esos bastardos.

—Envíe a dos hombres esta noche.

—De acuerdo, señor. Me han dicho que estamos invitados a cenar.

Sharpe sonrió no sin cierta ironía.

—Usted no podrá asistir, estará demasiado enfermo. Ya le disculparé. —Antes de marcharse siguió hablando durante diez minutos, sentía cómo se filtraba de nuevo el frío con la puesta de sol; se detuvo en la puerta del torreón.

—¿Le importa perderse la cena?

—Espero que me lo compense.

Frederickson parecía alegre, cuanto más hablaba Sharpe, más cercana parecía la batalla, y aquella noche, mientras Sharpe cenara, Frederickson debía realizar ciertos preparativos, tenía que preparar algunas sorpresas.

Farthingdale se había mostrado de acuerdo con todos los esfuerzos de Sharpe por preparar la defensa de la Entrada de Dios, pero Sharpe sabía que su motivo no era el temor de un ataque. Sir Augustus había citado con tono sentencioso una frase de su propio libro. «Tropas ocupadas, Sharpe, son aquellas tropas que no pueden hacer maldades.»

—Sí, señor.

Ahora, mientras regresaba al castillo a lomos de su caballo, Sharpe se preguntaba si no habría dejado volar demasiado su imaginación. Estaba convencido de que tendría que luchar al día siguiente a pesar de que no había motivos reales para creerlo. Era normal que los franceses estuvieran en el valle, al igual que los ingleses, y en unos minutos habría terminado el trabajo que habían venido a hacer y no existiría motivo aparente para quedarse en la Entrada de Dios. Salvo. Salvo el instinto. Farthingdale había menospreciado ese instinto y había acusado a Sharpe de buscar pelea y de negarse a mandar a un teniente con un mensaje al otro lado de la frontera. «¡Está exagerando por un puñado de soldados de caballería y un pequeño batallón! ¡No sea ridículo, Sharpe!» Tras estas palabras Farthingdale se había retirado a sus aposentos, los mismos que ocupara Pot-au-Feu, y Sharpe había visto a Josefina asomada al balcón que algún antiguo dueño del castillo habría construido, orientado hacia el norte y en lo alto de la torre del homenaje. La vista desde la estancia y el balcón tenía que ser preciosa.

De vuelta al patio del castillo, Sharpe descendió del caballo y pidió a un fusilero que le llevara agua caliente. Se quitó la casaca, se bajó el peto hasta la cintura y se quitó la camisa sucia. Daniel Hagman le lanzó una sonrisa desdentada y recogió la casaca.

—¿Quiere que la cepille, señor?

—Ya lo haré yo, Dan.

—Dios nos asista, usted es un comandante sorprendente, señor. —Dan era el hombre más viejo de la compañía de Sharpe tenía casi cincuenta años; su edad y lealtad le permitían tomarse alguna libertad con Sharpe—. Tiene que aprender a dejar que los demás hagan las cosas por usted, señor, como la gente respetable. —Hagman

empezó a frotar una mancha de sangre—. Hoy va a comer con la nobleza, señor, y no puede presentarse hecho un gitano.

Sharpe se echó a reír. Sacó la navaja de afeitar del bolsillo del peto, la desenfundó y miró hastiado la delgada hoja. Tenía que comprar una nueva. La asentó con indiferencia en su bota, se mojó la cara y, después, empezó a afeitarse sin molestarse en buscar un poco de jabón.

—¿Todavía tiene mi fusil, Dan?

—Claro, señor. ¿Lo quiere?

—No, si tengo que comer con la nobleza.

—Seguramente le darán cuchillo y tenedor, señor.

—Seguramente, Dan.

—Los terratenientes solían comer con tenedor. —Hagman era de Cheshire y se había alistado en el ejército después de perder su batalla personal contra los guardas de los terratenientes. Escupió sobre la casaca de Sharpe y restregó vigorosamente—. No veo la utilidad de un tenedor, señor, no la veo. Dios nos dio dedos.

Los fusileros encendieron un fuego en el patio con pajas del establo y las llamas avivaron el efecto del ocaso. Sharpe se secó la cara con la camisa, volvió a ponérsela y se subió lentamente los tirantes del peto francés que había requisado. Hagman golpeó la casaca contra el suelo para quitarle las últimas motas de polvo y se la dio.

—Elegante como un caballero, señor.

—Algún día, Dan.

Cinturón, correas, bolsa de munición, faja y espada completaban el uniforme del comandante Sharpe. Le dio un golpe al chacó mientras Hagman meneaba la cabeza mirando hacia la torre del homenaje.

—Ahí viene su señoría, señor. Nos ha tenido toda la tarde subiendo y bajando la maldita escalera llevando madera para su maldita chimenea y comida para su maldita esposa. ¿Esa mujer, es la que usted conoció en Talavera, señor?

—Efectivamente.

—¿Y sabe el marido que no es el primero que dispara ese mosquete?

Sharpe sonrió irónicamente.

—No.

—Quien no sabe, no sufre. —Hagman desapareció rápidamente al ver que asomaba la cabeza de sir Augustus en busca de Sharpe.

—¡Sharpe! —Aquel tono de indignación empezaba a amargarle la vida.

—Señor.

—Espero que nuestra fiesta esté preparada para empezar dentro de una hora. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Su señoría vendrá conmigo. Querría que ordenara a todos los oficiales que se

mantengan sobrios y sean decorosos. Tenemos que guardar las apariencias.

—Sí, señor.

Sharpe pensó que tal advertencia iba dirigida a él. Farthingdale no creía que Sharpe fuera un caballero y de ahí había deducido que debía tener tendencia a emborracharse.

—¡Señor! —gritó una voz desde la puerta.

—¿Qué ocurre? —Farthingdale frunció el ceño enojado ante aquella interrupción.

—Viene un oficial francés, señor, con un destacamento.

—¿Cuántos hombres?

—Una docena, señor.

Sharpe no les hubiera dejado entrar, hubiera salido a recibirlos para que no tuvieran la ocasión de estimar las insignificantes defensas del castillo, pero Farthingdale avisó con un grito a los centinelas para que les dejaran pasar. Sharpe miró hacia el establo e hizo una señal para que escondieran al escuadrón de cohetes. A pesar de todo, era muy posible que Dubreton ya tuviera noticia de su existencia. Los hombres de ambos bandos se habían mezclado con total espontaneidad, hablaban abiertamente y la única esperanza que tenía Sharpe de que los cohetes siguieran siendo una sorpresa se limitaba a la incredulidad que normalmente siente el soldado enemigo y a las dificultades de la traducción.

Los cascos de los caballos franceses resonaron en los adoquines de la entrada, retumbaron en las antiguas piedras y Dubreton los guió hasta el patio. El sol lucía rojizo e impresionante, a punto de ponerse en el cielo navideño, y los últimos rayos brillaban sobre la grupa del caballo del francés. Sonrió a Sharpe.

—Le debo un favor, comandante Sharpe. —Detuvo su caballo y se apartó al oír de repente el crepitar de la madera en el fuego. Después, Dubreton se tranquilizó—. Vengo a pagar parte de mi deuda, una parte muy pequeña, pero espero que le satisfaga.

Se dio la vuelta e hizo señas a los soldados de caballería, que se separaron para dejar paso al enorme sargento Bigeard, que avanzaba incómodo sobre la grupa de un caballo. La mano derecha de Bigeard sujetaba unos cabellos grises y sucios, los cabellos de Obadiah Hakeswill.

Sharpe sonrió al francés.

—Gracias, señor.

Obadiah Hakeswill, atrapado e impotente, vestía todavía el uniforme prestado de coronel de infantería. El sargento Bigeard saludó a Sharpe con un gesto, soltó el pelo de Hakeswill y lo empujó de un puntapié.

Era un momento feliz, inmensamente feliz; la felicidad de tener ante sí diecinueve años de odio, de tener delante a aquel hombre, ahora indefenso, que llevaba toda la vida atormentando a los débiles y gozando con la malevolencia. Obadiah Hakeswill

se había convertido en prisionero, su rostro amarillo demostraba inquietud y sus ojos de un azul brillante escrutaban sin disimulo el patio en busca de alguna escapatoria. Sharpe se acercó lentamente, los ojos azules seguían buscando una salida, pero se clavaron en él al oírse el sonido de una espada al desenvainarse.

Sharpe sonrió.

—Soldado Hakeswill. Ha perdido su rango de sargento. ¿Lo sabía? —El rostro del prisionero sufrió otra convulsión y Sharpe esperó a que se quedara quieto—. ¡Firmes!

Automáticamente, después de toda una vida de soldado, Hakeswill se puso firmes con los brazos a los lados, y en ese mismo instante, la espada se acercó a su cuello concentrando en su hoja el fuego del sol poniente. Sharpe la sostenía con los brazos completamente estirados y la punta apenas temblaba sobre la nuez de Hakeswill. Silencio.

Los hombres que estaban en el patio podían sentir el odio. Los fusileros se detuvieron, se dieron la vuelta y observaron la espada.

El único que se movió fue Farthingdale. Dio un paso al frente, con los ojos clavados en la espada recta e inmóvil, temeroso de ver un chorro de sangre brillando en el ocaso.

—¿Qué está haciendo, Sharpe?

Sharpe respondió suavemente, pronunciando cada palabra despacio y con claridad.

—Estaba pensando en despellejar vivo a este cabrón, señor. —Sus ojos seguían clavados en Hakeswill.

Farthingdale miró a Sharpe y la tenue luz del sol iluminó la mejilla izquierda de aquel rostro con cicatriz, un rostro implacable y aterrador. Farthingdale sintió miedo. Sintió miedo de que se produjera una muerte a sangre fría y sintió miedo de que una palabra suya pudiera causar esa muerte. Finalmente, emitió su protesta de forma tan débil que ni él mismo la oyó.

—Este hombre debe ser juzgado por un tribunal militar, Sharpe. ¡No puede matarle!

Sharpe sonrió sin apartar la mirada de Hakeswill.

—He dicho que lo despellejaría vivo, no que lo mataría. ¿Lo oye, Obadiah? No puedo matarle. —Alzó la voz repentinamente—. ¡Este es el hombre que no muere! Seguro que todos habéis oído hablar de él, pues aquí está. Obadiah Hakeswill. Pronto veréis un milagro. ¡Lo veréis muerto! Pero no aquí ni ahora, sino delante de un pelotón de fusilamiento.

La enorme espada seguía en el mismo lugar. Los franceses, que habían sufrido durante horas el dolor de sostener la espada en la posición en que Sharpe lo hacía en ese momento, comprendieron la fuerza de un hombre que podía aguantar una pesada

espada de caballería durante tanto tiempo y mantenerla inmóvil.

Hakeswill tosió. Sintió que la muerte se alejaba de él y miró a Farthingdale.

—¿Permiso para hablar, señor?

Farthingdale asintió y Hakeswill retorció su rostro esbozando una sonrisa. La espada reflejaba la luz rojiza del sol y del niego en su cara amarilla.

—Me alegro de enfrentarme a un tribunal militar, señor, me alegro. Ustedes, caballeros, son justos, lo sé, señor —dijo mostrándose excesivamente halagador.

Farthingdale estaba siendo excesivamente condescendiente. Por fin había un soldado que sabía cómo dirigirse a sus superiores.

—Tendrá un juicio justo, se lo prometo.

—Gracias, señor. Gracias.

Hakeswill hubiera querido inclinar la cabeza, pero la espada le aterraba.

—¡Señor Sharpe, llévelo con el resto de prisioneros!

Farthingdale sentía que dominaba la situación y que ostentaba de nuevo el mando.

—Lo haré, señor, lo haré.

Sharpe seguía mirando a Hakeswill, no había apartado la mirada de él desde que desenvainara la espada.

—¿Qué uniforme es ése, soldado?

—¿El uniforme, señor? —Hakeswill pretendía no haberse dado cuenta del rango de su uniforme—. ¡Ah, éste, señor! Me lo encontré, señor.

—¿Usted es coronel, verdad?

—No, señor. Claro que no —respondió mirando a sir Augustus y dedicándole su espasmo—. ¡Me obligaron a ponérmelo, señor! ¡Y después me obligaron a unirlos a ellos!

—Es usted una verdadera deshonra para ese uniforme, ¿no es así?

Los ojos azules miraron otra vez a Sharpe.

—Sí, señor. Si usted lo dice, señor.

—Lo digo, Obadiah, lo afirmo. —Sharpe sonrió—. ¡Quíteselo!

Dubreton sonrió y se lo tradujo a sus hombres. Bigeard y los demás sonrieron irónicamente y se inclinaron hacia delante apoyando las manos en las perillas de sus sillas de montar.

—¿Señor? —Hakeswill recurría a Farthingdale, pero la punta de la espada seguía presionando sobre su cuello.

—¡Quíteselo, cabrón!

—¡Sharpe! —otra vez ese tonillo indignado.

—¡Quíteselo, sabandija sifilítica! ¡Quíteselo!

La espada osciló de izquierda a derecha y la sangre empezó a brotar de la piel que recubría la nuez de Hakeswill. El hombre grueso y desmañado arrojó el fajín de oficial y la vaina vacía, se desabrochó los cinturones, y después se deshizo de la

casaca roja y la arrojó sobre los adoquines.

—¡Ahora los pantalones y las botas, soldado!

Farthingdale protestó.

—¡Sharpe! Lady Farthingdale está mirando. ¡Insisto en que se detenga!

Los ojos de Hakeswill se desviaron hacia el balcón y Sharpe supo que, desde donde estaba, en el extremo del balcón, Josefina podía ver el patio. Sharpe mantuvo la espada inmóvil.

—Señor, si a lady Farthingdale no le gusta la vista, sugiero que se retire. Señor, este hombre ha deshonrado el uniforme que lleva, a su país y a su regimiento, y lo único que puedo quitarle, de momento, es el uniforme. ¡Desnúdese!

Hakeswill se sentó, se descalzó y volvió a levantarse para quitarse los pantalones blancos. Temblaba un poco porque sólo llevaba puesta una camisa larga blanca, abotonada de arriba abajo. El sol había desaparecido detrás de las murallas al oeste.

—He dicho que se desnude.

—¡Sharpe!

Sharpe odiaba a aquel hombre de cara amarillenta y cabello lacio, que sufría convulsiones y que había intentado matar a su hija y violar a su esposa; odiaba a aquel hombre que le había azotado en una ocasión hasta que se le vieron las costillas a través de la carne desgarrada, al hombre que había asesinado a Robert Knowles. Sharpe habría querido matarlo allí y en aquel instante, en aquel patio y con aquella espada, pero había jurado mucho tiempo atrás que la justicia se encargaría de matar al hombre que nunca moría. Un destacamento se encargaría de ello y, entonces, Sharpe podría escribir a los padres de Knowles la carta que deseaba escribir desde hacía tanto tiempo, y comunicarles que el asesino de su hijo había pagado su crimen.

Hakeswill miró a Josefina, después a Sharpe y dio dos pasos atrás como si pudiera así eludir la espada. Bigeard lo empujó con una patada y Hakeswill miró a sir Augustus.

—¿Señor?

Finalmente, el brazo que sostenía la espada se movió: arriba, abajo, en zigzag, desgarró la camisa y la sangre brotó de los cortes superficiales.

—¡Desnúdese!

Hakeswill terminó de desgarrar la camisa con las manos, la rasgó, rompió los botones, y se irguió con los harapos del orgullo a sus pies y un odio atroz en el rostro.

Sharpe recogió la camisa con la espada, limpió la hoja y la devolvió a su funda. Retrocedió.

—¡Teniente Price!

—¿Señor?

—¡Que cuatro hombres lleven al soldado raso Hakeswill a la mazmorra! ¡Y que lo aten!

—¡Sí, señor!

Parecía que la tensión se iba desvaneciendo en el patio. Sólo Hakeswill, contrariado y desnudo, seguía tenso por la rabia y el odio. Los fusileros se lo llevaron a empujones, los mismos fusileros que se habían desprendido de sus casacas verdes antes del cerco de Badajoz.

Dubreton cogió las riendas de su caballo.

—Creo que tendría que haberlo matado.

—Es posible, señor.

Dubreton sonrió.

—Pero no hemos matado a Pot-au-Feu. Lo tenemos muy atareado preparando su cena.

—Estoy impaciente por probarla, señor.

—¡Debería! ¡Debería! Los cocineros franceses tienen muchos secretos, Sharpe. Estoy seguro de que usted no tiene ni uno. —Miró hacia los establos, sonrió, y saludó con la mano a sir Augustus antes de volver su caballo—. *Au revoir!*

Las chispas de los cascos brillaban cada vez más conforme los franceses ganaban velocidad y atravesaban la puerta del castillo. Sharpe miró hacia los establos. Había seis hombres vestidos con el uniforme de artillería apostados en la puerta. Les maldijo y ordenó a un sargento que les tomara los nombres. Esperaba que Dubreton sólo hubiera sacado la conclusión de que Sharpe guardaba allí unos cuantos cañones. Ya se vería.

La noche de Navidad había llegado al Castillo de la Virgen.

Capítulo 16

Las voces de los soldados alemanes cantando villancicos se iban apagando tras ellos mientras cabalgaban lentamente hacia el pueblo. Ocho oficiales y Josefina iban a cenar con los franceses.

Las antorchas que iluminaban las calles del pueblo ardían envueltas en delicados halos. Era una noche de niebla. Sir Augustus estaba de buen humor, demasiado buen humor, posiblemente porque Josefina estaba tan seductora y bella como le permitían sus afeites. Sir Augustus miró a Sharpe.

—¡A lo mejor le sirven ancas de rana, Sharpe!

—Faltaría más, señor.

Aquella noche podía producirse una gran helada. A través de la niebla, veían las estrellas sobre sus cabezas y hacia el sur, estrellas de Navidad, pero por el norte estaba nublado y las nubes se desplazaban hacia el sur. Sharpe olía el mal tiempo en el aire. Ojalá no nevara. No le entusiasmaba la idea de atravesar la Entrada de Dios, vigilando a los prisioneros británicos, portugueses y españoles que se hacinaban en las mazmorras del castillo y abriéndose paso con los carros de Gilliland a través del paso cubierto de nieve. Si nevaba, pensó, no partirían por la mañana. Todo dependía de los franceses y los planes que tuvieran.

Dubreton les esperaba en la puerta de la posada. Era un edificio grande, demasiado grande para un pueblo tan pequeño, a pesar de que en otros tiempos la habían utilizado los viajeros que querían cruzar la sierra evitando los peajes del camino que discurría por el sur. La guerra había perjudicado aquel negocio, pero el edificio seguía siendo acogedor y cálido.

Izaron una bandera francesa en una de las ventanas del piso superior y la iluminaron con dos antorchas de paja y resina mientras unos soldados desarmados se acercaron a ellos para coger los caballos. Farthingdale dejó las presentaciones para Sharpe. Cuatro capitanes, incluidos Brookery Cross, y dos tenientes, contando a Harry Price.

Una vez dentro, Dubreton acompañó a Josefina a la estancia en la que se acicalaban las mujeres francesas. Sharpe oyó las amables palabras de saludo que le dedicaban sus antiguas compañeras de infortunio y sonrió ante las molestias que se habían tomado los franceses para la cena.

Habían formado una gran mesa juntando todas las que había en la posada. La cubría un mantel blanco y unas velas largas indicaban el lugar para más de doce comensales. Había tenedores de plata, como había dicho Hagman, que refulgían a la luz de las velas. En una mesa auxiliar las botellas de vino ya estaban destapadas, filas y filas, todo un batallón de botellas de vino; el pan, de corteza dura, en cestas sobre la mesa. Ardía un fuego en el hogar y su calor alcanzaba ya hasta la puerta de entrada.

Un ordenanza le cogió el gabán a Sharpe, otro trajo un gran recipiente humeante y Dubreton se sirvió una copa de ponche. Una docena de oficiales franceses esperaban en la sala y sonrieron en señal de bienvenida aunque sus ojos delataban la curiosidad que sentían al ver tan de cerca al enemigo. Dubreton esperó a que el ordenanza hubiera ofrecido ponche a todos los presentes.

—¡Señores, les deseo una feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad!

De la cocina de la posada salía un olor que parecía la antesala del paraíso.

Farthingdale levantó la copa.

—¡A la salud de un enemigo considerado! —Lo repitió en francés.

Sharpe bebió y su mirada se clavó en un oficial francés que, a diferencia del resto, no vestía el uniforme de infantería. Sería un lancero o un dragón. Su uniforme era azul, muy oscuro y sin ninguna insignia de rango o de la unidad a la que pertenecía. Llevaba gafas metálicas y su cara presentaba marcas de viruela infantil. Los ojos, pequeños y oscuros como el propio hombre, se fijaron en Sharpe y no demostraban en absoluto la misma simpatía que los demás oficiales.

Dubreton devolvió el cumplido a sir Augustus y anunció que la cena tardaría media hora en servirse, que los ordenanzas se ocuparían de llenar sus copas, que los oficiales franceses habían sido elegidos porque hablaban inglés, aunque la mayoría bastante mal y que se consideraran bienvenidos. Farthingdale dio una breve respuesta y animó a los oficiales ingleses a que entablaran conversación con los franceses. Sharpe, que odiaba las conversaciones triviales, se retiró a un rincón oscuro de la sala y se quedó atónito al ver que el pequeño hombre oscuro de uniforme azul se le acercaba.

—¿Comandante Sharpe?

—Sí.

—¿Quiere más ponche?

—No, gracias.

—¿Prefiere vino?

—Sí.

El francés, con un acento inglés sorprendentemente perfecto, chasqueó los dedos y Sharpe se sobrecogió ante la prontitud con que un ordenanza respondió a su llamada. Era un hombre temido. Cuando el ordenanza los dejó solos, el francés miró al fusilero.

—¿Le han ascendido recientemente, no es así?

—No tengo el placer de conocerle.

Esbozó una sonrisa que pronto desapareció.

—Ducos. Comandante Ducos, a su servicio.

—¿Y por qué cree que mi ascenso es reciente, comandante?

De nuevo esbozó una sonrisa, una sonrisa de complicidad, como si supiera algo y se alegrara de ello.

—Porque en verano era usted capitán. Déjeme pensar. ¿Puede ser en Salamanca? Sí. En García Hernández, donde murió Leroux. Fue una pena, era un buen hombre. No oí hablar de usted en Burgos, supongo que se estaba recuperando de la herida que le había infligido Leroux.

—¿Algo más?

Aquel hombre lo sabía todo; la situación era incómoda. Sharpe advirtió que las demás conversaciones subían de tono en la sala, comenzaban las risas y también se percató de que los franceses esquivaban a aquel hombrecillo. Dubreton alzó la vista, cruzó una mirada con Sharpe y se encogió de hombros como si le pidiera perdón.

—Hay más, comandante. —Ducos esperó a que el ordenanza hubiera servido el vino—. ¿Ha visto a su esposa durante las últimas semanas?

—Estoy seguro de que sabe cuál es la respuesta.

Ducos tomó aquella respuesta como un cumplido y sonrió.

—He oído decir que La Aguja está en Casatejada y a salvo de los franceses, se lo aseguro.

—No suele ser así.

Aquellas palabras atravesaron a Ducos como si nunca hubieran sido pronunciadas. Los lentes lanzaban destellos a la luz de las velas.

—¿Le sorprende que sepa tantas cosas de usted, Sharpe?

—La fama siempre es sorprendente, Ducos, y muy gratificante. —Sharpe se oyó excepcionalmente pomposo, pero aquel hombre pequeño y sardónico le estaba fastidiando.

Ducos rió.

—Disfrútela mientras pueda, Sharpe. No durará mucho. La fama adquirida en un campo de batalla sólo puede mantenerse en un campo de batalla, y normalmente trae la muerte. Dudo que vea el final de la guerra.

Sharpe levantó su copa.

—Gracias, señor.

Ducos se encogió de hombros.

—Ustedes los héroes están todos locos. Como él. —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Dubreton—. Creen que la gloria no se acaba nunca. —Dio un pequeño sorbo—. Sé de usted porque tenemos un amigo común.

—Lo dudo.

—¿Lo duda?

Parecía que a Ducos le gustaban los desaires, quizá porque su capacidad para devolverlos era absoluta y secreta. Había algo siniestro en él, relacionado con un poder que le permitía no hacer caso de los soldados.

—De acuerdo, quizá no es un amigo común. Es amigo suyo. Para mí, quizás un conocido. —Esperó a que Sharpe mostrara curiosidad y se echó a reír al darse cuenta de que Sharpe no preguntaría—. ¿Quiere que le dé a Héléne Leroux un mensaje de su parte? —Volvió a reír, complacido por el efecto de sus palabras—. ¿Lo ve? Puedo sorprenderle, comandante Sharpe.

Héléne Leroux. La marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba, la amante de Sharpe en Salamanca. La había visto por última vez en Madrid, antes de la retirada británica hacia Portugal. Héléne, una mujer de belleza deslumbrante, una mujer que espiaba para los franceses, la amante de Sharpe.

—¿Conoce a Héléne?

—Eso es lo que he dicho. —Los lentes refulgían—. Siempre digo la verdad, Sharpe, y la gente a menudo se sorprende.

—Preséntele mis respetos.

—¡Eso es todo! Le diré que se quedó boquiabierto cuando mencioné su nombre, y no me sorprende. La mitad de oficiales franceses están rendidos a sus pies. Me pregunto por qué, comandante. Usted mató a su hermano, ¿cómo puede usted gustarle?

—Era mi cicatriz, Ducos. —Sharpe se tocó el rostro—. Debería hacerse una.

—Yo me mantengo alejado de las batallas, Sharpe. —Su sonrisa iba y venía—. Odio la violencia, a menos que sea necesaria, y la mayoría de batallas no son más que peleas en las que algún día nadie se gana una fama fugaz. No me ha preguntado dónde está.

—¿Me respondería?

—Claro. Ha regresado a Francia. Me temo que no la verá durante mucho tiempo, comandante, posiblemente hasta que termine la guerra.

Sharpe recordó a su esposa, Teresa, y pensó en los remordimientos que había sentido al haberla traicionado, pero no podía quitarse de la cabeza a aquella francesa rubia, casada con un antiguo marqués español. Quería verla otra vez, ver a aquella mujer de ensueño.

—¡Ducos! Está monopolizando al comandante Sharpe —interrumpió Dubreton.

—Pensé que Sharpe era el más interesante de sus invitados —Ducos no se molestó en decir «señor».

La aversión que sentía por el comandante era obvia.

—Debería hablar con sir Augustus, Ducos. Ha escrito un libro, así que debe de ser fascinante.

El desprecio de Dubreton por sir Augustus era igual de evidente.

Ducos no se movió.

—¿Sir Augustus Farthingdale? Es sólo un funcionario. Sacó muchos pasajes de su libro del comandante Chamberlin del 24. —Dio un sorbo al ponche y paseó la

mirada por la estancia—. Ha traído a oficiales de los tiradores, a un hombre del South Essex y a un fusilero, comandante Sharpe. A ver. ¿Todo un batallón? Los tiradores. Una compañía del 60.º y su propia compañía. ¿Acaso quería hacernos creer que tiene más hombres?

Sharpe sonrió.

—Un batallón de infantería francés, ciento veinte lanceros, y ciento cincuenta dragones. Y un funcionario, comandante. Usted. Estamos igualados.

Dubreton rió abiertamente, Ducos frunció el ceño y entonces el coronel francés agarró a Sharpe por el codo y lo alejó del hombrecillo.

—Efectivamente es funcionario, pero mucho más peligroso que su sir Augustus.

Sharpe volvió a mirar a Ducos.

—¿Qué es?

—Lo que quiere. Viene de París. Era uno de los hombres más próximos a Fouché.

—¿Fouché?

—No sabe lo afortunado que es de no conocer ese nombre. —Dubreton cogió otra copa de ponche de una bandeja—. Es un policía, Sharpe, que trabaja entre bastidores. De vez en cuando es deshonrado y pierde el favor del emperador, pero esa clase de hombres siempre vuelven a aparecer. —Señaló a Ducos con la cabeza—. Él es otro fanático que va por su cuenta. Para él hoy no es el día de Navidad sino el 5 Nivoso del año 20 y poco le importa que el emperador haya abolido el calendario revolucionario. La pasión le domina.

—¿Por qué le ha invitado?

—No tenía opción. Él decide dónde va y con quién habla.

Sharpe se volvió para mirar a Ducos. El pequeño comandante le sonrió dejando ver sus dientes rojos manchados de ponche. Dubreton pidió más vino para Sharpe.

—¿Se va mañana?

—Eso debe preguntárselo a sir Augustus. Él está al mando.

—¿De veras? —Dubreton sonrió y después se volvió hacia la puerta, que se había abierto—. ¡Ah! ¡Las damas!

Otra vez las presentaciones, pareció que se alargaban durante cinco minutos, se besaron todas las manos con esmerada cortesía y, del mismo modo, Dubreton sentó a todos sus invitados. Él tenía su sitio en el centro de la mesa, frente a la puerta, y condujo a sir Augustus a una silla junto a él con gracia exquisita. Inmediatamente, Ducos tomó asiento al otro lado de Farthingdale, y sir Augustus buscó sobresaltado a Josefina. Dubreton se dio cuenta.

—Bueno, bueno, sir Augustus. Tenemos mucho de que hablar y su bella esposa está siempre con usted, mientras que nosotros sólo gozaremos del placer de su compañía por muy poco tiempo. —Hizo un gesto con la mano a Josefina—. ¿Puedo pedirle que se siente frente a su marido, lady Farthingdale? No hay corriente de aire,

hay una cortina en la puerta, pero quizás el comandante Sharpe quiera sentarse a su lado para protegerla del frío.

Lo habían hecho muy bien. Los franceses tenían a Farthingdale donde querían. Planeaban negociar y no le daban opción de recurrir a nadie. Dubreton se sentó al lado de su esposa, ahondando en la herida de sir Augustus, y Sharpe vio cómo éste miraba compungido a Josefina. Quería tenerla cerca, odiaba verla lejos de sí y a Sharpe le pareció patético que un hombre se mostrara tan desolado por tener a su mujer a siete pasos.

La señora Dubreton sonrió a Sharpe.

—Hoy nos vemos en mejores circunstancias, comandante.

—Ciertamente, señora.

—La última vez que vi al comandante Sharpe —dijo dirigiéndose al resto y omitiendo oportunamente sus anteriores encuentros en el convento desde el día del rescate— estaba manchado de sangre, sostenía una espada muy grande y resultaba aterrador. —Le lanzó una sonrisa.

—Le pido disculpas por ello, señora.

—No es necesario. En el recuerdo, la imagen parece maravillosa.

—Fue posible gracias a su cita de Alexander Pope, señora.

Ella sonrió. El cansancio había desaparecido, su rostro parecía más terso, y tanto ella como Dubreton estaban exultantes.

—Siempre había dicho que la poesía sería útil algún día. Alexandre nunca me creía.

Dubreton rió, encogió los hombros molesto por su nombre. La conversación se apagó cuando sirvieron la sopa. Sharpe la probó. Era una sopa tan deliciosa que temía que la segunda cucharada no consiguiera estar a la altura de lo que prometía la primera, pero sí estuvo a la altura, incluso le supo mejor y siguió comiendo. Se dio cuenta de que Dubreton le observaba divertido.

—¿Está buena?

—Estupenda.

—Castañas, comandante, es muy sencillo. Un poco de caldo de verduras, castañas picadas, mantequilla y perejil. ¡Es muy fácil de preparar! Lo más difícil es pelar las castañas, pero tenemos muchos prisioneros. *Venia!*

—¿Sólo hay eso?

Un francés, capitán de dragones, insistía en que había un poco de crema en la sopa; y un lancero alemán no estuvo de acuerdo en que cocinar fuera tan fácil, porque él sólo había conseguido cocinar un huevo cocido y aun así le salió duro como una coraza; y un capitán de tiradores explicó que había visto a hombres cocinando huevos dándoles vueltas y más vueltas dentro de un trozo de tela; y Harold Price se empeñaba en dar la receta de «tommy», la torta típica del ejército británico, y aunque

sólo se preparaba con harina y agua, Price tardó dos minutos en explicar su elaboración. Sir Augustus, que se sentía apartado, comentó que le sorprendía que los portugueses sólo comieran las hojas del nabo y Josefina, que sintió que estaba menospreciando su país, le ofendió sutilmente sugiriendo que sólo un pagano se comería el resto de un nabo. Se terminó la sopa y Sharpe miró pensativo en el fondo del recipiente vacío.

Un pie rozó el suyo, lo presionó y Sharpe miró a Josefina, situada a su izquierda. Estaba hablando con un dragón francés sentado junto a ella que se inclinaba exageradamente sobre su plato de sopa para poder echar ojeadas al escote del vestido de estilo imperial. No era como el que vestía cuando Sharpe la había rescatado. Lanzó una mirada furtiva a sir Augustus y pensó que debía de haberlo traído en su equipaje. Era evidente que odiaba a cualquier hombre que se sentara junto a ella. Aquel pie seguía presionando el suyo y entonces ella se volvió, le insinuó un guiño.

—¿Le gusta?

—Delicioso.

Un ordenanza le sirvió más vino y Sharpe vio que tenía las uñas rasgadas y manchadas de cargar pólvora y preparar pedernales. Sir Augustus se inclinó hacia delante.

—¿Querida?

—¿Augustus?

—¿No tienes frío? ¿Hay corriente de aire? ¿Quieres que pida tu chal?

—¿Frío, querido? En absoluto. —Le sonrió mientras su pie paseaba arriba y abajo por el tobillo de Sharpe.

Se abrió la puerta de la cocina y unos ordenanzas se acercaron rápidamente a la mesa, cada uno con una bandeja llena de platos y con un bol en cada uno. Humeaban, y Dubreton dio una palmada a la mesa.

—¡Coman rápido! ¡Son mucho mejores recién salidos del horno!

Sharpe colocó el plato y se quemó. Había un ave sobre una rebanada de pan frito, bajo la oscura piel marrón asada, la carne estaba dorada.

—¡Comandante! ¡Coma!

El pie de Josefina se acercó aún más a Sharpe y él cortó un trozo de carne, lo probó, la carne parecía deshacerse en la boca. Era imposible que estuviera más bueno que la sopa y sin embargo era mucho mejor.

Dubreton sonrió.

—Está bueno, ¿eh?

—Magnífico.

Josefina lo miró, Casi todos los hombres la miraban y a la luz de las velas parecía extraordinariamente hermosa, con sus labios ligeramente abiertos y un atisbo de preocupación en el rostro. Presionó tan fuerte que Sharpe casi sintió dolor.

—¿Está seguro de que le gusta, comandante?

—Sí, estoy seguro —respondió presionando a su vez, miró a Dubreton—. ¿Es perdiz?

—Por supuesto —respondió Dubreton entre dos bocados—. Dentro lleva mantequilla, sal y pimienta, recubierta con dos hojas de parra y un poco de manteca de cerdo. Es fácil, ¿lo ve?

Sir Augustus, todavía dolido por la reprimenda sobre los nabos, se animó.

—¡Debería probar el tocino graso, coronel! Es mejor que la grasa. Mi madre siempre prefería el tocino graso.

El pie de Josefina estaba ahora doblado sobre el tobillo de Sharpe y tiraba de él para acercarle la pierna. Un ordenanza sirvió vino a su otro vecino y ella movió la silla dando la impresión de que quería dejar espacio, su rodilla rozaba la de Sharpe.

—¡Tocino!

Dubreton había apurado el hueso hasta dejarlo limpio y lo tiró.

—¡Querido sir Augustus! ¡Se come el jugo del ave! ¡Y el tocino se quema! —Miró a Josefina y añadió—: Tendrá que cambiar sus hábitos, señora, e insistir en la manteca de cerdo.

Ella asintió con la boca llena y se tocó los labios.

—¿No lleva especias, coronel?

—Hermosa dama —respondió Dubreton sonriendo—, un ave joven no necesita hierbas. Una vieja, quizás. Un poco de tomillo, perejil y quizás una hoja de laurel.

Detuvo el tenedor lleno de pechuga de perdiz a una pulgada de la boca.

—Tendré que acordarme de tener siempre aves jóvenes, coronel —su rodilla rozó la de Sharpe.

Un ordenanza avivó el fuego; en algún lugar del pueblo los hombres cantaban y otros ordenanzas rodearon la mesa y sirvieron una segunda copa de vino rosado, y cuando Sharpe se adelantó para coger la copa, Dubreton le detuvo.

—¡Espere, comandante! Ése es para el plato principal. Siga bebiendo el que tenía, el tinto. Siga con el tinto de momento.

El otro vecino de Josefina había acercado su silla para no perder la vista. Sir Augustus apartó en el plato la mitad de su perdiz, intacta, y miró tristemente a Josefina, que encandilaba al capitán de dragones, acariciando los cordones plateados de su hombrera y preguntándole cómo los limpiaba. Sharpe sonreía para sus adentros. Era espléndida. Tan poco de fiar como una espada barata en una batalla, pero los años no habían mermado sus ansias de emoción o travesuras. Sharpe vio que Ducos lo estaba mirando a través de sus lentes que reflejaban las llamas de las velas mientras el comandante masticaba, y a Sharpe le dio la impresión de que Ducos sonreía porque sabía lo que estaba pasando.

Harry Price estaba explicando, en una mezcla de inglés y horroroso francés, en

qué consistía el críquet a una de las damas francesas.

—Se arroja la pelota. Se golpea con el palo. ¡Así! —Price dio un golpe con el cuchillo que sonó ruidosamente contra el borde de una de las copas de vino. Su rostro sonrojado sonrió a modo de disculpa a uno de los oficiales de más edad que se había dado la vuelta.

Un comandante francés instó a Price a que continuara.

—¿El mismo hombre? ¿Arroja y golpea?

—¡No, no, no! —Price bebió de la copa de vino—. Once hombres, ¿de acuerdo? Un hombre arroja la pelota y el otro golpea. Diez hombres la cogen. Un hombre del otro equipo la golpea cuando el hombre la arroja. ¡Es sencillo!

El comandante francés explicó el deporte al resto de la mesa, también mezclando francés e inglés y todos rieron de buena gana acompañados por el calor de la estancia y el buen vino. Estaban pasando una Navidad inglesa con franceses. Sharpe se reclinó en la silla y tuvo la extraña sensación, no, más que extraña, antinatural, de que al día siguiente aquellos mismos hombres estarían intentando matarse unos a otros. Price se ofreció para enseñar a los franceses a jugar a críquet por la mañana, pero a Sharpe su intuición le hablaba de otro tipo de juego.

El pie de Josefina se había quedado quieto por un momento apoyado en su tobillo, mientras escuchaba la larga historia del dragón sobre un baile en París. Aquella historia le gustaría. Para ella, París era el cielo, una ciudad mítica en la que una mujer hermosa podía caminar sobre delicadas alfombras, bajo lámparas de cristal y recibir los honores de uniformes deslumbrantes. Sharpe pensó en retirar su pie, sabía que no la quería, pero no tuvo el valor o las ganas necesarios para hacerlo. Miró a Farthingdale, que defendía desganado su libro de los sorprendentes conocimientos de Ducos, y Sharpe supuso que estaba flirteando con Josefina porque a sir Augustus le disgustaba sobremanera. También lo hacía porque era débil. Si sir Augustus no la vigilaba aquella noche, Sharpe sabía que no podría resistir la tentación. Movié un poco el pie, pero ella lo retuvo con fuerza.

Dubreton se inclinó hacia delante mientras los ordenanzas retiraban las sobras de las perdices.

—Parece que tiene calor, lady Farthingdale. ¿Quiere que abramos la ventana?

—No, coronel —respondió la dama sonriendo.

El pelo negro rizado le caía sobre el rostro. El dominio que ejercía sobre los hombres de la mesa era absoluto. A Sharpe le satisfacía haber atraído su atención, aunque fuera a escondidas, a pesar de que supuso que hubiera podido prestar la misma atención a cualquier otro vecino.

Las puertas de la cocina se abrieron de nuevo y esta vez aparecieron una gran variedad de platos, todos calientes, y los ordenanzas dispusieron platos nuevos. El olor resultaba muy sugerente. Dubreton dio una palmada.

—¡Lady Farthingdale! ¡Sir Augustus! Damas y caballeros, tendrán que perdonarnos porque esta Navidad no habrá ganso, ni cabeza de cerdo, ni siquiera cisne asado. ¡Desgraciadamente! Intenté que hubiera carne de ternera en honor a nuestros invitados, pero nada. Tendrán que conformarse con un plato humilde. ¿Comandante Sharpe? Usted servirá a lady Farthingdale. Sir Augustus, permítame.

Había tres tipos de carne en las bandejas dispuestas al lado de platos de alubias, que parecían cubiertas de migas de pan, y recipientes con patatas asadas con piel. A Sharpe le encantaban las patatas asadas, así que calculó cuántos cuencos había en la mesa, cuántas patatas en cada cuenco y cuántos comensales para compartirlas. Se las ofreció a Josefina.

—¿Señora?

—No gracias, comandante —respondió rozándole la rodilla a Sharpe, quien estaba seguro de que sir Augustus tenía que estar viendo lo que ocurría. Josefina estaba tan cerca de él que sus codos se rozaban cuando comían. Hubo un tiempo en el que habría asesinado por aquella mujer y, entonces, nunca hubiera creído que aquella pasión pudiera transformarse en simple afecto.

—¿Está segura?

—Estoy segura.

Sharpe se sirvió su ración y la de ella. Las escondería debajo de las alubias.

Dubreton fue el último en servirse y después se cercioró de que todos tuvieran el plato lleno.

—Esto alegrará sus corazones ingleses. Es el plato preferido de lord Wellington, carne de cordero.

Pero un cordero como Sharpe no había visto jamás, nada que ver con la carne amarillenta y grasienta que el general saboreaba. El rostro de Dubreton reflejaba su deleite.

—Hay que asar el cordero, pero sólo un poco, después se añade la salchicha de ajo y el pato medio asado. Tendría que ser oca, pero no tenemos. Se cocinan en las alubias y después se separan. —Las alubias eran deliciosas, blancas e hinchadas, mezcladas con dados de carne de cerdo. Dubreton pinchó una alubia—. Hay que cocer las alubias en agua y tirar el agua después, ¿lo sabían?

Los ingleses negaron con la cabeza confundidos y Dubreton siguió hablando.

—El agua de las judías apesta, es horrible. Se descubre a una mujer sucia porque no la arroja suficientemente lejos de casa. A pesar de todo —dijo sosteniendo en alto la alubia— puede embotellarse. Se obtiene una sustancia que quita las manchas más difíciles de la ropa. ¿Se dan cuenta de la cantidad de cosas que pueden aprender de nosotros? Y ahora, ¡a comer!

Dubreton se había disculpado por aquel plato, pero las disculpas eran innecesarias porque la comida superaba las expectativas de Sharpe, y las patatas eran tan

crujientes que amenazaban con abrirse como una pequeña concha y resbalar por el mantel blanco. Bebió el vino rosado y comprendió por qué Dubreton había insistido en que lo reservaran para ese plato; se sintió extremadamente bien, relajado, y rió cuando Harry Price explicó que las alubias siempre le provocaban flatulencia y, solemnemente, las pinchó una tras otra para liberar el gas escondido. Al mencionar el gas, Dubreton preguntó de repente si era cierto que en Londres ya había iluminación a gas, y Sharpe le respondió afirmativamente, y madame Dubreton quiso saber exactamente dónde y suspiró ante la respuesta.

—¡Pall Mall! Hace nueve años que no veo el Mall.

—Ya regresará, señora.

Josefina se inclinó hacia Sharpe y su pelo rozó el del fusilero.

—¿Me llevará a Londres?

—Cuando usted quiera.

—¿Esta noche? —le sonreía, le tomaba el pelo y su muslo lo iba rozando rítmicamente.

—¿Qué has dicho, querida? —Sir Augustus no podía contener su enojo y se inclinó hacia delante.

Ella le sonrió alegremente.

—Estaba contando las patatas que tiene el comandante Sharpe en el plato. Creo que es muy comilón.

—Un hombre necesita de su fuerza —dijo Ducos, cuyos ojos iban de Sharpe a Josefina.

—¿Por eso come usted tan poco, comandante? —inquirió ella sonriéndole.

Era verdad que el hombrecillo vestido de paisano removía remilgadamente su comida y comía poco. Josefina se inclinó hacia Sharpe y contó con el tenedor sobre su plato.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, se ha comido parte de ésta, seis. —Y apretando la rodilla y el muslo contra Sharpe, le dijo en voz baja—: Duerme como un lirón. ¿A las tres?

—*Qui vive?*

Aquel grito llegó desde fuera de la posada, era el quién vive en francés.

El tenedor de Josefina seguía sobre el plato de Sharpe y su mano, bajo la mesa, recorría la costura entre la tela verde y la piel del pantalón de Sharpe.

—Ocho, nueve, diez patatas, comandante. ¿Verdad?

—Mejor a las tres y media —dijo él.

Podía olerle el cabello, estaba inclinada sobre su plato con el tenedor en la mano, pensando qué patata iba a pinchar. Cogió una, volvió a su sitio y la acercó a la boca de Sharpe.

—Para su fuerza, comandante.

Abrió la boca y acercó el tenedor, volvió a escucharse el alto, la puerta se abrió de golpe, alguien hizo a un lado la gruesa cortina y entró una ráfaga de aire helado.

Todos quedaron inmóviles, los tenedores a medio camino, el de Josefina a una pulgada de los labios de Sharpe, por la puerta apareció Patrick Harper sonriendo, y a su lado, bastante más menuda, con sus ojos negros y el pelo negro abrigado en una capa, estaba Teresa. La esposa de Sharpe.

—Hola, marido.

Capítulo 17

Ella no entraría en la posada, Teresa no, no si había oficiales franceses dentro. Odiaba a los franceses con toda la fuerza de su alma apasionada. Habían violado y asesinado a su madre y ella se vengaba matando a cuantos caían en sus emboscadas en las colinas fronterizas. Sharpe caminó junto a ella por la calle del pueblo que conducía al convento, ella levantó la vista y le miró.

—¿Has olvidado cómo se come, Richard?

—La señora sólo estaba jugueteando.

—¡Jugueteando! —rió ella.

La luz de las antorchas iluminaba su rostro pequeño y enérgico. En él no se reflejaba la delicadeza de Josefina, esta mujer tenía cara de halcón; un halcón hermoso, pero un asesino y un cazador al fin y al cabo, una criatura de mucha fuerza y poca compasión. Un rostro lleno de orgullo, el rostro de la antigua España, con el único toque de suavidad de sus grandes ojos brillantes.

—Esa es la furcia de Josefina, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y todavía llevas su anillo, no?

Sharpe se detuvo, sorprendido. Lo había olvidado, Josefina no lo había mencionado, pero todavía llevaba el anillo de plata con el águila grabada que Josefina le había entregado antes de la batalla de Talavera y antes de que él arrebatara el estandarte del águila a los franceses. Miró el anillo y después a ella.

—¿Estás celosa?

—Richard —respondió ella sonriendo—. Llevas ese anillo por el águila y no por ella, lo sé. De todas formas, creo que piensas que es guapa.

—Demasiado gorda.

—¡Demasiado gorda! Tú crees que todo el que sea más grueso que una baqueta está gordo. —Estaba frente a él y le golpeó ligeramente en el brazo—. Algún día yo me pondré gorda, muy gorda, y veré si realmente me quieres.

—Te quiero.

—Y crees que con eso se perdona todo. —Le sonrió, se puso de puntillas y él la besó, consciente de las miradas de una docena de centinelas franceses y de la figura borrosa de Harper unas veinte yardas atrás. Ella frunció el ceño—. ¿Es así cómo me quieres?

Volvió a besarla, pero esta vez abrazándola, y ella deslizó el rostro por su mejilla y le susurró algo al oído, después se separó para ver la reacción en su rostro.

—¿De veras? —preguntó él.

—Sí. Por aquí.

Le cogió de la mano y caminaron bajo la luz de las antorchas hasta campo

abierto. La niebla era todavía poco densa, las estrellas se veían borrosas en lo alto, y las nubes se habían extendido hacia el sur y presagiaban mal tiempo. Teresa se detuvo cuando estaban lo bastante alejados de los oídos de los franceses del pueblo.

—Seis batallones, Richard. Están en un pueblo situado a tres millas. —Señaló hacia el este—. Y eso no es todo.

—Sigue.

—A cinco millas de éstos, hay más. Muchos más. Vimos cinco baterías de cañones, quizá seis. Más caballería, más infantería y grandes carros. Carros de suministros.

—¡Jesús! —se le pasaron inmediatamente los efectos del vino con el impacto de las palabras de Teresa.

Los guerrilleros se estaban moviendo a petición de Nairn y Teresa había cabalgado con una docena de hombres hacia el norte y hacia el este. Con precaución instintiva dio un rodeo para alcanzar su destino y había llegado a Adrados desde el este, y al atardecer del día de Navidad había visto las tropas francesas ocultas en el valle y que se dirigían rápidamente hacia Portugal.

Supuso que había unos diez batallones, como mínimo, quizá más, y Sharpe se dio cuenta de que aquellas tropas no habían marchado en invierno por las colinas simplemente para someter a Pot-au-Feu.

¿Para qué, entonces? ¿Para conquistar Portugal como había dicho Nairn? Parecía un objetivo insignificante, demasiado poco para compensar la derrota de Rusia, pero ¿entonces qué? ¿Por qué había un cuerpo francés tan al norte, cuando lo mejor sería recuperar las fortalezas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz? Si el general perdía aquellas ciudades, la campaña de 1813 se retrasaría durante semanas, quizá meses.

Teresa le tiró del brazo.

—¿Por qué dicen que están aquí?

—Por la misma razón que nosotros. Para destruir a Pot-au-Feu.

—Cabrones mentirosos.

Sharpe temblaba de frío. Veía los fuegos de la atalaya y pensó en Frederickson, que preparaba una defensa, pero una defensa que no había sido diseñada para derrotar a baterías de artillería e infantería concentrada.

El rostro de Teresa se veía pálido en la penumbra.

—¿Y qué vas a hacer?

—No depende de mí. No estoy al mando.

—¿Comandante?

—¿Sí?

Ella se echó a reír.

—¡Eres comandante! ¿Estás contento?

—Sí —contestó él también riendo.

—Patrick está contento. Dice que te lo mereces. Espero que no huyas.

—No si puedo evitarlo. —Dio media vuelta y observó el pueblo—. No, no huiremos, pero necesitamos ayuda.

Ella asintió y también se volvió.

—Mis hombres irán en busca de ayuda por la mañana. —Se refería a media docena de cabecillas que estaban a un día de camino.

—¿Y tú?

Teresa se ajustó la capa.

—¿Qué quieres que haga?

—Ve al oeste. Lleva un mensaje hasta nuestras líneas. De momento no saben ni que hay franceses en el valle.

—¿Cuál es el mensaje? —aceptó.

—Que estamos defendiendo la Entrada de Dios.

Aquella frase le gustó, sus dientes blancos dibujaron una sonrisa en la oscuridad. Miró hacia el norte.

—Saldré pronto, esta misma noche, antes de que empiece a nevar.

Sharpe deseó que pudiera quedarse hasta la mañana, pero ella tenía razón, y Sharpe se sintió despreciable por necesitar su protección para eludir la cita de las tres y media. No habría ninguna cita, no aquella noche, porque debía preparar un sistema de defensa y librar una batalla al alba. Parecía que Teresa oía sus pensamientos, porque sonrió y le dijo en tono de broma:

—Creo que la furcia no te verá esta noche.

—Yo también lo creo.

Caminaron despacio hacia la luz de la calle del pueblo y Teresa sacó un paquete envuelto de debajo de la capa y se lo dio.

—Ábrelo.

Sharpe retiró el trozo de cuerda y deshizo el envoltorio de tela; había un muñeco dentro del paquete. Se acercó a la luz y sonrió. Era un fusilero.

Teresa parecía preocupada.

—¿Te gusta?

—Es muy bonito.

—Lo he hecho para Antonia —quería que le gustara a Sharpe.

Lo sostuvo a la luz y observó el cuidado y esmero con el que había hecho el pequeño uniforme. El muñeco medía sólo seis pulgadas, pero la casaca verde llevaba el pertinente cordoncillo, los pequeños lazos intrincados en la parte delantera atados con un estrecho cinturón negro. La cara era de madera tallada. Levantó el chacó de bordes negros y vio el pelo negro del muñeco.

—Es de lana —apuntó ella sonriendo—. Se lo iba a dar por Navidad. Hoy. Pero tendrá que esperar.

—¿Cómo está?

—Preciosa. —Teresa cogió el muñeco y empezó a envolverlo de nuevo cuidadosamente—. La está cuidando Lucía. —Lucía era la cuñada de Sharpe—. Es muy buena con ella. Supongo que tiene que serlo, no somos los mejores padres del mundo —añadió encogiéndose de hombros.

—Dile que el muñeco también es de mi parte. —Él no tenía nada que regalarle a su hija.

Asintió.

—Se supone que eres tú. —Sonrió—. Puede tener un muñeco y llamarlo papá. Le diré que también es de tu parte.

Sharpe pensó en lo que le había dicho a Frederickson. Dejarla para vivir. Él no quería esto. Antonia era su propia carne y su propia sangre, pero no lo conocía, y él a ella tampoco, y alzó la vista entre la niebla hacia una estrella borrosa y pensó en lo egoísta que era. Prefería vivir al filo de la espada, entre el peligro y la gloria, que formar una familia en paz y con seguridad. Antonia era una niña de la guerra, y la guerra, como había dicho Ducos, implicaba más a menudo la muerte que la vida.

—¿Ya habla?

—Unas cuantas palabras —respondió Teresa dominando la voz—. Dice mamá, y a Ramón lo llama Gogga, no sé por qué. —Sonrió, pero su voz denotaba tristeza.

Antonia hablaría español. No tenía a quién llamar papá, sólo a su tío Ramón, y tenía suerte de tenerlo. Había tenido suerte con su tío, pero no con su padre.

—¡Comandante! ¡Comandante Sharpe!

La voz salía de la posada, Dubreton salió a la calle y se encaminó hacia ellos.

—¿Comandante?

Sharpe puso la mano sobre el hombro de Teresa y esperó a que el coronel francés se acercara.

—Es mi esposa, *señor*. Teresa, éste es el coronel Dubreton.

Dubreton la saludó con una inclinación.

—La Aguja, es usted tan hermosa como peligrosa, señora. —Señaló hacia la posada con la mano—. Sería un placer que se uniera a nosotros. Las damas se han retirado, pero usted sería bienvenida, lo sé.

Para sorpresa de Sharpe, Teresa habló con mucha educación.

—Estoy cansada, coronel. Preferiría esperar a mi marido en el castillo.

—Por supuesto, señora. —Dubreton hizo una pausa—. Su marido me ha hecho un gran favor, madame, un favor personal. Le debo que mi esposa esté sana y salva. Si tengo la ocasión alguna vez, me complacerá saldar mi deuda.

Teresa sonrió.

—¿Me perdonará si le digo que espero que nunca tenga la ocasión?

—Lamento que seamos enemigos.

—Pueden abandonar España, entonces no lo seremos.

—Ganar su amistad, madame, haría soportable la idea de perder esta guerra.

Ella se echó a reír satisfecha por el cumplido y Sharpe se quedó totalmente sorprendido cuando vio que tendía la mano para que el francés se la besara.

—¿Podría pedir mi caballo, coronel? Lo tiene uno de sus hombres.

Dubreton obedeció sonriendo ante la extraña oportunidad de estar tan cerca de una mujer a cuya cabeza Francia había puesto un elevado precio. La Aguja había emprendido una amarga lucha contra los franceses.

Harper trajo el caballo, ayudó a Teresa a montar y caminó junto a ella hacia el castillo. Dubreton se quedó mirándoles y sacó un puro de una caja de piel. Ofreció uno a Sharpe, y el fusilero, que raras veces fumaba, lo aceptó en aquel momento. Esperó mientras Dubreton prendía la mecha en el interior de la caja y se inclinó para encender el puro.

Los cascos del caballo se desvanecieron sobre la tierra frágil y escarchada. Dubreton encendió su puro.

—Es muy hermosa, comandante.

—Sí.

El humo del cigarro se difuminó en la niebla. Soplaban una leve brisa que trajo el humo de las bocas de los cañones. Pronto se desharía la niebla y desaparecería, ¿y después? Lluvia o nieve.

Dubreton le indicó a Sharpe que entrara de nuevo en la posada.

—Su coronel le reclama. No porque necesite o quiera su opinión, creo, sino simplemente porque quiere privarle de la compañía de su esposa.

—¿Del mismo modo que usted le privó de la suya?

Dubreton sonrió.

—Mi esposa, que no es tonta, ha llegado a sugerir que la bella lady Farthingdale no es todo lo que aparenta.

Sharpe se echó a reír, no respondió y se hizo a un lado para dejar que Dubreton se agachara para pasar bajo el dintel de la puerta. Una vez dentro, Sharpe cerró la cortina y encontró la sala mal ventilada y llena de humo de puro, tensa por las conversaciones. El batallón de botellas de vino había sido retirado y sustituido por botellas de brandy de las que sólo disfrutaban los oficiales jóvenes. Sir Augustus Farthingdale tenía el ceño fruncido, Ducos sonreía.

Dubreton miró a Ducos.

—Me temo que acaba de perder a La Aguja, Ducos. La he invitado a que se uniera a nosotros, pero estaba cansada.

Ducos dirigió su sonrisa a Sharpe y siguió sonriendo mientras hacía un gesto obsceno: hizo una circunferencia con el índice y el pulgar de la mano izquierda y metió el índice de la derecha repetidas veces dentro de la circunferencia.

—¿La Aguja, no? Todos sabemos lo que se hace con las agujas: se enhebran.

La espada salió con tal rapidez de la vaina que incluso Dubreton, de pie junto a Sharpe, no podría haberle detenido. El acero brillaba a la luz de las velas y cayó con celeridad hasta quedar a una pulgada del puente de la nariz de Ducos mientras Sharpe se inclinaba sobre la mesa.

—¿Quiere volver a decir eso, comandante?

La sala quedó completamente en silencio. Sir Augustus dejó ir un gáñido.

—¡Sharpe!

Ducos no se movía, pero su pulso latía bajo la mejilla marcada por la viruela.

—Es una asquerosa enemiga de Francia.

—Le he preguntado si se atrevía a repetir la frase. Si no, exijo una satisfacción.

Ducos sonrió.

—Comandante Sharpe, está loco si piensa que voy a aceptar batirme en duelo con usted.

—Entonces está usted loco por provocarlo. Estoy esperando sus disculpas.

Dubreton habló rápido en francés, y Sharpe supuso que le estaba ordenando que pidiera disculpas porque Ducos se encogió de hombros y luego miró a Sharpe.

—No tengo infamias suficientes para calificar a La Aguja, pero por la ofensa que supone para usted, *señor*; le presento mis disculpas —dijo con rencor y desprecio.

Sharpe sonrió. La disculpa era falsa e insuficiente y agitó con rapidez la hoja de su espada. Esta vez Ducos reaccionó al sentir que la punta del acero le tocaba la ceja izquierda y se llevaba las gafas de su nariz. Intentó cogerlas y se detuvo. La espada bloqueó su mano.

—¿Me ve bien ahora, Ducos?

Ducos se encogió de hombros, miope e indefenso sin sus dos gruesos lentes.

—Ya le he presentado mis disculpas, señor.

—Es difícil enhebrar una aguja cuando uno es medio ciego, Ducos. —El acero cayó con fuerza sobre uno de los lentes y lo hizo añicos—. Acuérdesse de mí, soy su enemigo. —Sharpe descargó la espada sobre la otra lente, se inclinó hacia atrás y envainó la espada.

—¡Sharpe! —Farthingdale miraba incrédulo las gafas rotas.

Ducos tardaría semanas en tener otras.

—¡Bravo, señor! —Harry Price estaba borracho. Incluso los oficiales franceses, a quienes les disgustaba Ducos, sonrieron a Sharpe y golpearon la mesa en señal de aprobación.

Dubreton volvió a su silla y miró al ultrajado sir Augustus.

—El comandante Sharpe se ha controlado, sir Augustus. Debo disculparme si alguno de los oficiales bajo mis órdenes está bebido y se muestra ofensivo.

Los ojos de Ducos ardían de ira. Ni había sido ofensivo ni estaba bebido, y eso de

que estaba bajo las órdenes de Dubreton tampoco era verdad. Sharpe sabía que era un hombre peligroso y que su enemistad perduraría en el futuro.

Dubreton se sentó, tiró la ceniza en un plato y miró a sir Augustus.

—¿Ha tomado una decisión, sir Augustus?

Farthingdale se tocó el vendaje blanco que le cubría parte del pelo plateado. Su tono era muy preciso.

—¿Quiere que nos marchemos del valle mañana a las nueve?

—Eso es.

—¿Y tiene órdenes de destruir la atalaya?

—Sí.

—Y después se marchará.

—¡Exactamente! —Dubreton sonrió, se sirvió brandy y le ofreció la botella a Sharpe.

Éste negó con la cabeza y expiró el humo del puro.

—¿Por qué quiere que abandonemos el valle antes de destruir la torre? ¿No podríamos mirar desde el castillo?

Dubreton sonrió; sabía que aquella pregunta era tan falsa como la información que él acababa de dar a sir Augustus.

—Claro que pueden mirar.

Farthingdale frunció el ceño mirando a Sharpe.

—Su interés es loable, comandante, pero el coronel Dubreton ya nos ha dado una buena razón para que nos marchemos.

Dubreton asintió con un movimiento de cabeza.

—Tenemos tres batallones más de infantería en un pueblo a tres millas —se encogió de hombros y removió el brandy en la copa—. Han venido para una maniobra de movilización, para entrenar a las tropas jóvenes, y a pesar de que aprecio su compañía, comandante, creo que demasiadas tropas en el valle pueden ser peligrosas.

Sharpe se dio cuenta de que Dubreton estaba dispuesto a revelar parte de su baza porque sabía que Farthingdale se asustaría al oír los números. Se reclinó.

—¿Tiene órdenes de destruir la atalaya?

—Sí.

—Qué extraño. —Dubreton sonrió—. La utilizaron los guerrilleros en el pasado. Es un peligro para nosotros, pero me atrevería a decir que no para ustedes.

Sharpe tiró la ceniza al suelo. Oyó las risas de las mujeres en la sala de al lado.

—Yo creía que ni ustedes, ni nosotros, ni los guerrilleros utilizábamos mucho estas colinas. Cuatro batallones es mucho para destruir una pequeña torre.

—¡Sharpe! —Farthingdale había encendido uno de sus propios puros, más gruesos y largos que los de Dubreton—. Si los franceses quieren perder el tiempo

volando una torre inútil, no es asunto nuestro.

—Si los franceses quieren algo, señor, nuestro deber es conseguir que no lo hagan —respondió Sharpe hoscamente.

—¡No necesito que me diga cuál es mi deber, comandante! —añadió Farthingdale enojado, y se llevó de nuevo la mano al vendaje. Dubreton miraba en silencio—. El coronel Dubreton nos ha dado su palabra. Se retirará cuando haya hecho su trabajo. No hay necesidad de iniciar un enfrentamiento inútil en este valle. Puede que quiera luchar, comandante, para ganar más laureles, pero yo he terminado mi trabajo. He destruido a Pot-au-Feu, he atrapado a nuestros desertores y nuestras órdenes son volver a casa.

Sharpe sonrió. Ésas no eran las órdenes de Farthingdale sino las de Kinney, y ahora Kinney estaba en una tumba orientada hacia el oeste en las colinas, y Farthingdale había tomado el mando. Sharpe lanzó el humo hacia el techo, miró a Dubreton.

—¿Se irán a casa?

—Sí, comandante.

—¿Y ustedes son el llamado «ejército de Portugal»?

Silencio. Sharpe sabía que tenía razón. Los franceses tenían tres ejércitos al oeste de la península: el ejército del Norte, el ejército del Centro y el ejército de Portugal. La casa de Dubreton estaba al otro lado de la frontera, sus palabras habían sido deliberadamente engañosas, aunque no tanto como para deshonrarle.

Dubreton no hizo caso de Sharpe, miró a sir Augustus y dijo en tono metálico:

—Tengo batallones de infantería, sir Augustus, y puedo traer más en un día. Tengo unas órdenes y, aunque parezcan estúpidas, estoy dispuesto a cumplirlas. Empezaré las operaciones mañana por la mañana a las nueve. Usted decide si se atreve a obstruirlas.

Dubreton conocía a aquel hombre. Sir Augustus veía los problemas, y las bayonetas francesas surgiendo del humo de la batalla, y se dobló sumiso ante aquella amenaza.

—¿Y dice usted que podemos retirarnos sin problemas?

—Nuestra tregua es hasta las nueve de la mañana exactamente, sir Augustus. Debería usted tener tiempo suficiente para alejarse de Adrados.

Farthingdale asintió. Sharpe apenas podía creer lo que estaba viendo, aunque había conocido a otros oficiales como éste, oficiales que se quedaban en las filas más alejadas sin llegar a ver al enemigo y que salían corriendo en cuanto podían. Farthingdale separó la silla de la mesa.

—Nos iremos al amanecer.

—¡Espléndido! —dijo Dubreton alzando la copa de brandy—. ¡Brindo por esta sabia decisión!

Sharpe arrojó la colilla del puro al suelo.

—¿Coronel Dubreton?

—¿Comandante?

Ahora Sharpe tenía cartas para jugar, pero a otro juego, y debía jugarlas con astucia.

—Sir Augustus ha dirigido un valiente ataque hoy, como puede ver.

—Ciertamente. —Dubreton miró el vendaje blanco. Farthingdale miraba a Sharpe receloso con gesto malhumorado.

—No cabe duda, señor, de que el ataque de esta mañana le dará mucha fama a sir Augustus.

El rostro de Farthingdale mostró aún más recelo ante aquel elogio.

Sharpe levantó una ceja.

—Desafortunadamente, el informe tendrá que indicar que sir Augustus sufrió una herida mientras dirigía a las tropas. —Sharpe se inclinó hacia delante—. He oído a veces, coronel, que este tipo de heridas puede provocar serias recaídas durante la noche.

—Rezaremos para que eso no ocurra, comandante —dijo Dubreton.

—Y le agradeceremos sus oraciones, señor. Sin embargo, si eso ocurre, el peso del mando de las tropas británicas caería sobre mis indignos hombros.

—¿Y?

—Y yo ejercería ese mando.

—¡Sharpe! —protestó Farthingdale con razón—. Usted se toma demasiadas libertades. He tomado la decisión y no toleraré esta ofensa. ¡Usted cumplirá mis órdenes!

—Por supuesto, señor. Disculpe.

Dubreton lo comprendió. Sharpe también estaba defendiendo su honor y se desentendía de la decisión de Farthingdale. El francés captó el mensaje que Sharpe había querido comunicarle. Levantó una mano.

—Rezaremos por que la salud de sir Augustus aguante esta noche y por la mañana, comandante, sabremos si ha sobrevivido porque ustedes se habrán retirado.

—Sí, señor.

Se quedaron media hora más y después se despidieron. Unos soldados llevaron los caballos hasta la puerta, los oficiales se pusieron las capas y gabanes y se apartaron para que Josefina pudiera montar el suyo. Sir Augustus montó a su lado, metió la mano en el vendaje y miró a los oficiales ingleses que estaban en la puerta de la posada.

—Todos los oficiales de compañía se presentarán ante mí dentro de un cuarto de hora. ¡Todos! Incluido usted, Sharpe. —Alzó un dedo, enfundado en un guante, hasta

la borla de su sombrero y saludó a Dubreton.

El coronel francés ayudó a Sharpe.

—Recordaré la deuda que tengo con usted, Sharpe.

—No creo que esté en deuda conmigo, señor.

—Eso debo juzgarlo yo —dijo sonriendo—. ¿Luchará contra nosotros mañana?

—Debo obedecer órdenes, señor.

—Sí.

Dubreton observó los primeros caballos que partían. Sacó una botella de brandy que tenía escondida en la espalda.

—Para que le caliente durante la marcha de mañana.

—Gracias, señor.

—Y feliz Año Nuevo, comandante.

Sharpe montó y condujo su caballo detrás de los oficiales rezagados. Harry Price le esperó y se alineó junto a él y, cuando el teniente no podía oírles, miró a su alto comandante.

—¿De verdad vamos a irnos mañana, señor?

—No, Harry —le respondió Sharpe con una sonrisa, que disimulaba sus verdaderos sentimientos.

Sharpe sabía que muchos tiradores y muchos fusileros no saldrían nunca de la Entrada de Dios, en lo alto de aquellas colinas. Acababan de celebrar su última Navidad.

Capítulo 18

Medianoche. Navidad. Sobre las piedras y en la hierba quedaban algunos bancos de niebla que el viento no había conseguido arrastrar. Los tacones de las botas de los centinelas retumbaban con intensidad en las murallas del castillo. El fuego ardía en el patio. Desde abajo, los faldones de los gabanes de los centinelas parecían las sobrevestas de los caballeros armados; sus bayonetas, que reflejaban las llamas, eran como lanzas a la espera de un ataque del islam al amanecer.

Sharpe abrazaba con fuerza a Teresa. Dos de sus hombres la esperaban en la puerta del castillo y su caballo no dejaba de moverse.

—Tienes el mensaje.

Ella asintió y se separó de él.

—Estaré de vuelta dentro de dos días.

—Seguiré aquí.

Ella le golpeó con suavidad.

—Asegúrate de seguir aquí.

Dio media vuelta, montó en el caballo y lo condujo hacia la entrada.

—¡Ten cuidado!

—¡Cabalgamos más de noche que de día! ¡Dentro de dos días! —y desapareció por el arco, dirigiéndose hacia el oeste para llevar la noticia de que había tropas francesas escondidas en Frenada.

Otra separación en un matrimonio que estaba hecho de demasiadas separaciones. Sharpe escuchaba los cascos alejándose y pensó que al término de los dos días siguientes de lucha, tendría una recompensa.

Llegaba tarde a la reunión de sir Augustus, pero poco le importaba. Nada de lo que dijera sir Augustus modificaría la decisión que había tomado Sharpe. Tomaría el mando. Subió la escalera de la torre de la entrada, sorteó con dificultad el torno y caminó hacia la torre del homenaje.

Sir Augustus tenía una gran chimenea en la sala, la madera crepitaba al quemarse. La chimenea, la única del castillo, ascendía hasta las murallas.

Farthingdale dejó de hablar cuando Sharpe entró. Una docena de oficiales estaban de pie en la sala, incluso Frederickson había tenido que abandonar la atalaya, miró a Sharpe. Habló con tono hostil.

—Llega tarde, comandante.

—Mis disculpas, señor.

Pot-au-Feu había amueblado aquella estancia con bárbaro esplendor, había alfombras sobre las paredes y en el suelo, incluso algunas hacían de cortinas, y al moverse dejaron ver a Josefina. Venía del balcón, sonrió a Sharpe y se reclinó en la pared mientras sir Augustus alzaba una hoja de papel que tenía en las manos.

—Recapitularé para los que no han podido llegar a tiempo. Nos marcharemos con las primeras luces. Los prisioneros irán delante, correctamente alineados y custodiados por dos compañías de fusileros.

Brooker asintió mientras hacía anotaciones en una hoja de papel doblada.

—El capitán Gilliland irá detrás. Tendrá que acomodar en sus carros a los heridos.

—Sí, señor —asintió Gilliland.

—A continuación los demás fusileros. ¿Comandante Sharpe?

—¿Señor?

—Sus fusileros irán en la retaguardia.

El capitán Brooker preguntó qué debía hacerse con las mujeres y los hijos de los prisioneros y, mientras los capitanes hacían sugerencias, Frederickson lanzó una mirada de súplica a Sharpe. Sharpe sonrió y movió la cabeza.

Frederickson interpretó mal el movimiento, o estaba demasiado preocupado para dejarlo en manos de Sharpe, porque se levantó y pidió permiso para hablarle a Farthingdale.

—¿Capitán?

—¿Por qué nos marchamos, señor?

—Los fusileros están sedientos de gloria. —Respondió Farthingdale sonriendo con desprecio, y Sharpe se fijó en los hombres que también sonreían porque eran los que no estaban muy ilusionados en aquella lucha. Farthingdale dio la hoja de papel a un fusilero, que era el que escribía, y éste empezó la laboriosa tarea de copiar las órdenes—. Nos marchamos, capitán Frederickson, porque nos enfrentáramos a una fuerza impresionante en un lugar en el que no tenemos motivo para luchar. No podemos luchar contra cuatro batallones de franceses.

Sharpe dejó de lado el hecho de que cuatro batallones de franceses no era mucho ante una defensa bien posicionada. Se separó de la pared.

—De hecho, señor, son muchos más de cuatro.

Todos los ojos se clavaron en Sharpe. Farthingdale pareció estar perdido por unos momentos.

—¿Más?

—A unas ocho millas de nosotros, señor, y probablemente se acerquen esta noche, hay casi diez batallones, quizá más. También hay cinco o seis baterías de artillería y un mínimo de doscientos soldados de caballería. Yo creo que como mínimo. Me arriesgaría a decir que hay quince batallones.

Los leños crepitaban en el fuego. El fusilero secretario miraba boquiabierto a Sharpe. Farthingdale fundó el ceño.

—¿Puedo preguntarle por qué no me ha informado de esto, Sharpe?

—Acabo de hacerlo, señor.

—¿Y puedo preguntarle cómo lo sabe?

—Mi esposa los vio, señor.

—Le ha informado una mujer.

—Una mujer, sir Augustus, que ha pasado los últimos tres años luchando contra los franceses.

Aquella respuesta fue directa y provocó las risas de Frederickson y unos cuantos oficiales más.

Sir Augustus ordenó bruscamente al escribiente que dejara su tarea y después respondió a Sharpe.

—No veo de qué modo afecta a estas órdenes, comandante. En todo caso, confirma que son adecuadas.

—Sería interesante, señor, saber por qué los franceses tienen aquí tantas fuerzas. Dudo que sea para destruir una atalaya.

—Sin lugar a dudas sería interesante, pero no es de mi incumbencia. ¿No estará sugiriendo que nos enfrentemos a ellos? —añadió sir Augustus con sarcasmo.

—Bueno, señor. Es posible que tengan siete u ocho mil soldados de infantería, sospecho que más. Nosotros tenemos, déjeme ver, poco más de seiscientos incluyendo a los heridos leves. También contamos con los hombres del capitán Gilliland, así que creo que podemos mantenerles alejados con bastante seguridad.

Otros oficiales sonrieron, y Sharpe también se fijó en ellos porque serían los capitanes en los que podría confiar.

Sir Augustus lo estaba pasando muy bien.

—¿Y de qué forma?

—De la manera habitual, señor. Matando a esos cabrones.

—Mi esposa está en la estancia, Sharpe. Pida disculpas.

Sharpe hizo una reverencia a Josefina.

—Mis disculpas, señora.

Farthingdale levantó su chaqueta para calentarse delante del fuego. Estaba satisfecho de sí mismo por haber obligado a Sharpe a pedir disculpas y por demostrar su autoridad delante de Josefina.

—El comandante Sharpe sueña en milagros —añadió con voz tajante—, yo prefiero confiar en el buen sentido militar. Nuestro deber es simplemente sobrevivir y luchar otro día. ¿Capitán Brooker?

—¿Señor? —Sharpe había incluido a Brooker entre los partidarios de Farthingdale.

—Destaque a dos tenientes de confianza para que salgan con esta información por la mañana antes que nosotros. Asegúrese de que lleven buenas monturas.

—Sí, señor.

Sharpe volvió a reclinarse en la pared.

—Ya he mandado el mensaje, señor.

—Toma muchas decisiones por su cuenta, comandante Sharpe. —La voz de sir Augustus estaba llena de desprecio—. ¿Acaso pensó que tener la amabilidad de pedirme permiso era demasiado molesto para su precioso tiempo?

—Mi esposa y sus hombres no necesitan su permiso, sir Augustus —respondió Sharpe sin disimular su hostilidad y viendo la furia reflejada en los ojos de Farthingdale. Sharpe siguió hablando en un tono más suave—. Necesito su permiso para otra cosa. Me gustaría que se registrara una observación en esta reunión.

—¡Al diablo con su observación!

—Ya sé que es eso lo que piensa, señor, pero de todas formas es importante.

Sharpe sabía cómo fanfarronearse de un fanfarrón. Se había erguido otra vez, era el más alto de la sala, la ira y la violencia contenidas amenazaban la reunión. Hizo una pausa para darle a sir Augustus la ocasión de ordenarle que callara, y al ver que la orden no era pronunciada, sacó el as que se había guardado cuidadosamente en la manga.

—Es obvio, señor, que los franceses tienen un interés que va más allá de la destrucción de la atalaya. Sugiero, señor, que su fuerza indica la intención de entrar en Portugal, y una vez que tengan este paso, podrían tomar una docena de rutas. El mensaje tardará un día en llegar a Frenada, las tropas tardarán un día más en concentrarse y para entonces puede que ya hayan cumplido con su objetivo. No sé cuál es el objetivo, señor, pero sé algo: sólo existe un lugar donde es posible detenerles y ese lugar es éste.

Los partidarios de Sharpe, entre ellos Gilliland, asintieron con la cabeza.

Sir Augustus se reclinó en el frontal decorado de la chimenea y se pasó una mano por el pelo hasta el lazo negro que llevaba en la nuca.

—Gracias por su interpretación, comandante Sharpe.

Se sentía más cómodo. Las cuestiones que Sharpe había expuesto justificaban su decisión, y podía sentir el apoyo de la mitad de los oficiales de la sala.

—Quería que constara su observación, y constará, como la mía. Puede que éste sea el lugar para detenerles, pero sólo con las tropas necesarias. No tengo la intención de sacrificar a un buen batallón por su ambición en el intento fallido de detener a un enemigo que nos supera en número y armas. ¿Realmente sugiere que podemos vencer?

—No, señor.

—¡Ah! —suspiró sir Augustus sorprendido.

—Sugiero que debemos luchar.

—Su sugerencia se hace constar y se deniega. He tomado la decisión. Nos marchamos mañana. Es una orden. —Miró a Sharpe con dureza—. ¿Acepta esta orden, comandante?

—Por supuesto, señor, le pido disculpas por hacerle perder el tiempo.

Frederickson miró horrorizado a Sharpe, Farthingdale estaba complacido.

—Gracias, comandante —suspiró Farthingdale—. Estábamos discutiendo la cuestión de las mujeres y los niños. ¿Capitán Brooker?

La aportación del capitán Brooker no llegó a pronunciarse. Sharpe se aclaró la garganta.

—¿Señor?

—Comandante Sharpe —Farthingdale se mostró condescendiente gracias a la victoria que acababa de conseguir.

—Hay una pequeña cuestión, señor, y me equivocaría si no se la comentara.

—Lamentaría que se equivocase, comandante. —Los partidarios de Farthingdale rieron ante la respuesta—. Por favor, coméntela.

—Es una historia, señor, y por favor, tenga paciencia conmigo, pero es que es muy relevante. —Sharpe hablaba en un tono moderado, seguía reclinado en la pared y tenía la mano derecha sobre la empuñadura de su espada—. Parece que todo está contra nosotros, señor, pero recuerdo a una mujer que conocí en Lisboa.

—¿De verdad, Sharpe? ¿Conoció a una mujer en Lisboa? ¿Y dice que es relevante?

—Sí, señor. —Sharpe mantenía un tono de voz humilde. Miró a Josefina y después al hombre delgado y elegante que estaba reclinado en la chimenea—. Se llamaba La Lacosta, señor, y siempre decía que cuantos más mejor.

Frederickson y uno o dos más se echaron a reír, y aquellas risas apagaron el carraspeo de Josefina. Frederickson y los demás oficiales no tenían ni idea de quién hablaba Sharpe, pero sir Augustus sí. Estaba mudo, su rostro reflejaba sorpresa, y Sharpe siguió.

—Lady Farthingdale debe perdonar mi lenguaje, señor, pero La Lacosta era una puta. Y todavía lo es, y su marido, sir Augustus, está viviendo en Brasil.

—¡Sharpe!

—Ya me ha oído, señor. ¡Cuantos más mejor! —Sharpe estaba ahora de pie y repitió las palabras con un tono severo—. ¿Puedo sugerir que es el momento de una reunión de oficiales superiores, señor? Sólo comandantes y superiores, para discutir el informe que tendré que presentar en el cuartel general.

La satisfacción de tirar un as sobre el tapete verde, la satisfacción del momento en que la línea de tiradores del enemigo da media vuelta y sale corriendo era la satisfacción de ver a sir Augustus vencido, derrotado y destruido.

—¿Una reunión?

—¿En la estancia de al lado, señor?

Sharpe miró a Josefina y su rostro reflejaba sorpresa, y también descrédito de que Sharpe hubiera utilizado aquello, pero las deudas de Sharpe con La Lacosta estaban saldadas con creces. Sharpe cruzó la estancia sin prestar atención a las miradas

confundidas de los oficiales reunidos y abrió la puerta a sir Augustus.

Había una antorcha de paja en un soporte junto a la puerta y Sharpe la cogió e iluminó el gran vestíbulo en el que había reinado Pot-au-Feu. El balcón se extendía hasta el vestíbulo y Sharpe fue hacia allí y ordenó a dos soldados que fumaban en pipa que se esfumaran. Dejó la antorcha en la balaustrada y miró el pálido rostro del coronel de caballería.

—Creo que nos entendemos, sir Augustus. Usted ha comprometido a las tropas de Su Majestad para rescatar a una prostituta portuguesa.

—¡No, Sharpe!

—Entonces, dígame qué es lo que hicimos.

No le quedaban ganas de luchar, pero Farthingdale no se rendía. Agitó débilmente las manos.

—¡Vinimos a destruir a Pot-au-Feu y a rescatar a todos sus rehenes!

—A una prostituta, coronel. A una prostituta a la que conocí, y bien, hace tres años. ¿Cómo está Duarte, su marido?

—¡Sharpe!

—¿Quiere una lista de otros hombres que hayan estado en aquella bonita casa con naranjos, coronel? ¿O quiere que, sencillamente, mande una carta a los periódicos ingleses? Les encantará la historia de que hemos asaltado un convento para rescatar a la prostituta que sir Augustus Farthingdale hace pasar por su esposa.

Sir Augustus quedó atrapado, sometido con rapidez. Había jugado con fuego y se había quemado. Sharpe miró hacia el vestíbulo para asegurarse de que no hubiera nadie.

—Tenemos que detenerles aquí, sir Augustus, y no creo que usted sea el hombre indicado para hacerlo. ¿Ha defendido alguna vez un ataque de los franceses?

Negó tristemente con la cabeza.

—No.

—Los tambores nunca dejan de sonar, coronel, al menos hasta que uno ha vencido a los canallas y cuesta mucho vencerles. Veamos. No podemos defender los tres edificios, así que primero entregaré el convento. Allí apostarán cañones, y una vez que hayan tomado la atalaya, porque la tomarán, también pondrán cañones. Es como estar en una picadora de carne, coronel. Los bastardos giran la manecilla y lo único que uno puede hacer es esperar que las cuchillas no le alcancen. ¿Quiere dirigir esta defensa?

—¿Sharpe? —respondió a modo de súplica.

—No. Puede irse con su reputación intacta, coronel, y llevarse a la furcia con usted. No diré nada. Diga que le duele la herida, que se siente muy débil y pásame el mando. ¿Entendido? Después, márchese al amanecer. Le daré cuatro hombres de escolta, pero márchese.

—¿Esto es un chantaje, Sharpe?

—Sí, lo es. Y también es la guerra. ¿Bueno, qué quiere? ¿No digo nada o cuento su bonita historia a todo el ejército?

Farthingdale aceptó, Sharpe sabía que lo haría. No era ningún placer humillar a un hombre, tampoco poner en peligro el bienestar de Josefina. Lo miró con rostro lastimoso.

—¿No dirá nada, verdad?

—Por mi honor que no.

Las nubes se habían extendido hacia el sur, envolvían la luna y amenazaban lluvia o nieve. Sharpe esperó mientras sir Augustus regresaba a la otra sala para comunicar que su salud había empeorado, que lady Farthingdale y él regresaban al convento y que el comandante Sharpe estaba al mando. Al mando. Un mes atrás había estado al mando de veintiocho hombres, hoy eran casi ochocientos contando a los de Gilliland. Algunos hombres asumen responsabilidades independientemente de que se les ofrezcan o no.

Regresó a la estancia cuando sir Augustus y Josefina se hubieron marchado y un murmullo de voces le dio la bienvenida. La mayoría de los oficiales estaban confundidos, atemorizados por el giro que tomaba su suerte, temían que Sharpe hubiera empleado algún truco y pedían detalles, explicaciones, y Sharpe atajó el murmullo.

—¡Silencio!

Cogió los papeles de la mesa del secretario, las órdenes de retirada, y las arrojó al fuego. Todos miraron sorprendidos y algunos vieron cómo se quemaban sus esperanzas.

—Nuestro deber, señores, es defender este paso durante al menos cuarenta y ocho horas. Lo haremos del siguiente modo.

No permitió preguntas, ni discusiones, incluso cuando ordenó al aturdido teniente Price que le dijera a Patrick Harper que debía capturar todos los pájaros vivos que pudiera.

—Sí, señor —contestó Price extrañado y moviendo la cabeza.

Frederickson sonreía, al fin feliz.

Por último Sharpe respondió a sus preguntas, los envió a sus respectivas compañías y después apartó el tapiz de la ventana para poder mirar hacia el oeste, hacia la oscuridad de Portugal. Teresa estaba allí, en alguna parte, cabalgando en la noche.

—¿Señor?

Dio media vuelta. Frederickson se apoyó en la pared junto a la puerta.

—¿Sí?

—¿Cómo lo ha hecho?

—No importa. Lo único que tiene que hacer es defender esa torre.

—Eso está hecho —dijo Frederickson con una sonrisa, y se marchó.

La atalaya. La clave de todo el valle, la clave para sobrevivir durante los dos días siguientes o desaparecer en la oscuridad perpetua. Sharpe miró los restos de papel en el fuego. Defendería la Entrada de Dios.

Capítulo 19

El amanecer del sábado 26 de diciembre de 1812 fue taciturno, lento y deslucido.

La temperatura había subido durante la noche y el aire más caliente trajo lluvia que azotaba el empedrado del patio, siseaba en la chimenea y las antorchas, y empapaba los arbustos espinosos de forma que, cuando la luz se abrió paso entre las nubes, aparecían negros y brillantes en las laderas de la colina.

Con las primeras luces, el valle parecía estar vacío. La lluvia se había tornado fina llovizna que ocultaba las lejanas laderas de Portugal. Unas nubes tocaban los picos rocosos del norte y del sur y envolvían incluso las piedras de la parte más alta de la atalaya. La bandera de la unión, que hondeaba en el convento, se había retirado durante la noche y los dos estandartes sobre la entrada de la torre colgaban mojados y pesados sobre la piedra que la lluvia había oscurecido.

A las siete y media, pocos minutos después de la salida del sol, un grupo de oficiales franceses apareció al oeste del pueblo. Uno era un general. Desmontó, luego apoyó su telescopio en la silla del caballo, miró hacia los hombres que había en las murallas del castillo y luego dio un empujón al caballo para que girara y pudiera observar las figuras que había al pie de la atalaya. Dejó ir un gruñido.

—¿Hace cuánto?

—Una hora y media, señor.

La lluvia había alimentado el riachuelo y el agua burbujeaba con fuerza al salir del manantial, caía blanco sobre las piedras y la tierra e inundaba los pequeños bancales del valle. Dos zarapitos, de picos largos y curvados como sables, se pavoneaban junto al riachuelo y picoteaban en el agua fría. Al parecer no encontraban nada, pues alzaron el vuelo hacia el este en busca de mejor comida.

A las ocho en punto había cesado de lloviznar y el viento empujaba los pliegues de los estandartes.

A las ocho y cuarto volvió a aparecer el general, con un panecillo en una mano, y finalmente se vio recompensado por algún movimiento, los fusileros apagaban con los pies los restos de un fuego que había al pie de la atalaya, luego recogieron las mochilas, las armas, y desfilaron hacia el oeste por entre los espinos. Pareció que los arbustos espinos y negros los engullían, ocultándolos, pero tan sólo diez minutos después aparecieron frente al castillo. El general golpeó el suelo con el pie.

—Gracias a Dios que esos cabrones se van.

A ningún francés le gustaban los fusileros, los «saltamontes», que mataban a distancia y parecían invulnerables al fuego de mosquete de los tiradores franceses.

A las ocho y media se arriaron los estandartes de la torre y los centinelas desaparecieron en las murallas del castillo. Salieron por la entrada del castillo, deformados por los gabanes, las mochilas y las cantimploras, y un oficial a caballo

les hizo formar en filas. Los fusileros que provenían de la atalaya formaron a su lado y todo el grupo fue marchando hacia el camino, giró hacia el oeste, y por encima del margen del desfiladero. Antes de que el oficial a caballo se perdiera de vista se dio la vuelta, de cara a los franceses, y saludó con su espada.

El general sonrió.

—Luego eso es todo. ¿Cuántos eran?

Un ayudante de campo cerró su telescopio de golpe.

—Cincuenta casacas rojas, señor, veinte saltamontes.

Dubreton tomó un sorbo de café.

—Así que el comandante Sharpe perdió.

—Hemos de alegrarnos de ello. —El general rodeó con las manos su taza de café —. Deben de haberse ido de noche, dejando esa retaguardia.

Otro ayudante de campo miraba fijamente hacia la desierta colina de la atalaya.

—¿Señor?

—¿Pierre?

—Han dejado los cañones.

El general bostezó.

—No han tenido tiempo de sacarlos. Aquellos artilleros han hecho el camino para nada. —Se echó a reír.

Era Dubreton el que había supuesto que los artilleros que había en el castillo habían ido allí para llevarse los cañones del valle alto. Sus suposiciones habían ido más lejos: creía que Sharpe había dispuesto que él viera a los hombres para que los franceses pensaran que los británicos tenían baterías de artillería bien servidas. Dubreton lo lamentó inútilmente. Hubiera resultado interesante combatir contra Richard Sharpe.

El general tiró el poso del café en el camino y miró a Dubreton.

—¿Le rompió las lentes a Ducos?

—Sí, señor.

El general se echó a reír, un sonido extraño como el relinchar de un caballo, tanto que el caballo echó las orejas hacia atrás interesado por el ruido. El general sacudió la cabeza.

—Los alcanzaremos antes de mediodía. Asegúrese de que ese Sharpe no cae en manos de los amigos de Ducos, Alexandre.

—Sí, señor.

—¿Qué hora es, Pierre?

—Las nueve menos veinte, señor.

—¿Qué son veinte minutos en una guerra? ¡Empecemos, caballeros!

El general, un hombre bajo, le dio una palmada a Dubreton en la espalda.

—¡Bien hecho, Alexandre! Nos hubiera costado un día entero tomar por asalto

ese desfiladero si se hubieran quedado.

—Gracias, señor.

Dubreton volvió a lamentar que el enemigo se hubiera replegado tan fácilmente, sin embargo sabía que no había lugar para el lamento. Esta operación de invierno dependía terriblemente del tiempo. Los franceses tomarían la Entrada de Dios, colocarían una guarnición y luego enviarían la mayor parte de su fuerza hacia Vila Nova en la orilla norte del Duero. Su presencia reforzaría los rumores que Ducos había hecho correr cuidadosamente, rumores que hablaban de una invasión del norte de Portugal, el Tras os montes, la tierra más allá de las montañas, y cuando los británicos reaccionaran, como debían, llevando sus fuerzas hacia el norte, entonces la verdadera operación se iniciaría desde Salamanca. Las divisiones del ejército de Portugal, reforzadas por los hombres del ejército del Centro e incluso una división del ejército del Sur atravesarían el Coa, sin los defensores de la división ligera británica, y capturarían Frenada, posiblemente Almeida e incluso tenían la esperanza de sorprender a la guarnición española de Ciudad Rodrigo. En el espacio de una semana, la ruta norte desde Portugal volvería a estar en manos francesas y la guerra de los británicos se retrasaría al menos un año. Dubreton había estado despierto de noche, cuando su mujer dormía plácidamente, y temía que Sharpe se quedara en la Entrada de Dios. Se había levantado al amanecer, se había vestido en silencio y se había reunido con la línea de piquetes al oeste de Adrados. Un sargento le había saludado y luego había señalado con la cabeza hacia el castillo.

—¿Oye eso, señor?

Los carros retumbaban en la noche.

—Los cabrones se van, señor.

—Esperemos que así sea, sargento.

Ahora, cuando la luz del día inundaba el valle, una luz gris, húmeda y deprimente, Dubreton sintió lástima de Sharpe. El fusilero le había gustado, reconocía en él a un soldado compañero y sabía que Sharpe quería quedarse en el valle alto. Hubiera sido una lucha inútil, pero digna de un soldado, y mientras pensaba en ello fue creciendo la sospecha en él. Dubreton sonrió. ¡Por supuesto! ¿Y si Sharpe hubiera querido que pensarán que los británicos se iban? Sacó su lente, se apoyó en el hombro de un soldado y escrutó entre las oscuras saeteras.

Nada. Movié la lente hacia la derecha, las manos le resbalaban de manera que durante un segundo tan sólo vio la tierra recién removida de las tumbas cavadas frente a la muralla este y luego miró hacia la entrada de la torre. Nada. Parecía que la entrada estuviera bloqueada. Incliné el telescopio y miró a las saeteras largas y oscuras que había por encima del arco, ¡y algo se movía! Sonrió, el centinela percibió la excitación del coronel y luego pasó. Tan sólo era una chova que alzaba el vuelo desde un edificio vacío, los pájaros retomaban sus dominios. Guardó la lente. El

centinela lo miró.

—¿Hay alguien allí, señor?

—No. Está vacío.

En la estancia rectangular que había encima de la entrada Sharpe renegaba. El fusilero sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor. Ésta se ha escapado.

—¡Pero no juegue con las malditas cestas!

—No, señor.

Harper y Daniel Hagman habían tardado dos horas en cazar con trampa los cinco pájaros de las rocas del convento. Sharpe quería haberlos guardado hasta que los franceses estuvieran mucho más cerca, cuando el enemigo viera claramente que los pájaros se elevaban desde las saeteras llegaría a la conclusión de que el edificio volvía a estar vacío. Ahora ese tonto de fusilero había abierto los bordes de la cesta para mirar el pájaro, y éste había salido disparado y había volado desesperadamente por la estancia antes de ver la luz del día y luego se había lanzado al valle. ¡Un pájaro echado a perder! Sharpe sólo tenía otro más, los tres restantes los tenía uno de los tenientes de Cross en la torre del homenaje.

Había sido una noche de mucho trabajo; Sharpe se había quitado un peso de encima cuando, a las cinco en punto, sir Augustus Farthingdale y Josefina descendieron en dirección oeste el desfiladero, con cuatro fusileros heridos leves como escolta y montados en los caballos del escuadrón de Gilliland. Una hora después, Sharpe había enviado a las mujeres y los niños hacia el oeste, los fusileros de Cross los habían llevado en manada hasta una milla desfiladero abajo y luego habían dejado que se las arreglaran solos. Casi cuatrocientos prisioneros permanecían en las mazmorras del castillo vigilados por otros fusileros levemente heridos. A los heridos los habían llevado en carro desde el convento al castillo, los habían subido a la gran estancia que daba al oeste, donde quedarían alejados del fuego de los cañones franceses. El médico, un hombre alto y frío, había dispuesto sus sondas, sierras y cuchillos en una mesa que se había traído desde la cocina.

Había tres compañías de fusileros en la atalaya, reforzaban a los setenta y nueve fusileros de Frederickson.

Harper se había ocupado de que los mejores capitanes estuvieran en la torre, hombres que pudieran luchar en la colina aislada sin esperar órdenes que tal vez no llegaran nunca. A los capitanes más débiles, dos de ellos, los había dejado en el convento, y con ellos estaba Harry Price con la vieja compañía de Sharpe y ocho de los fusileros de Cross. Unos ciento siete hombres defendían el convento, sin contar a los oficiales, exactamente la mitad de fusileros que estaban ahora agazapados en la ladera opuesta de la colina de la atalaya. Sharpe le había dado ventaja al convento.

Patrick Harper estaba allí, y Sharpe había puesto a capitanes débiles en el interior del edificio para que al irlandés le resultara más fácil hacerse cargo de la defensa. Frederickson defendía la derecha de Sharpe y Harper su izquierda, y en el centro, el castillo. Sharpe tenía a cuarenta de los fusileros de Cross con otros doscientos treinta y cinco fusileros. El escuadrón de cohetes se había ido al sur, oculto sobre la cima, los hombres estaban nerviosos sobre las sillas de montar y con las extrañas lanzas en las manos.

—¿Señor? —Un abanderado llamaba abajo a Sharpe desde la escalera que subía hacia la torre de la entrada.

—¿Sí?

—Un hombre cabalga hacia la atalaya, señor.

Sharpe renegó en voz baja. Se había esforzado tanto en convencer al enemigo de que las posiciones estaban desiertas. Harper había conducido a un grupo de fusileros lejos de la atalaya, esperaban junto a la garita mientras una compañía había arriado los estandartes de forma más que visible y habían formado al exterior del castillo. Luego, todos ellos habían desaparecido bajo el borde del desfiladero antes de girar a la derecha y penetrar en el convento por el agujero que había abierto el cañón de Pot-au-Feu. El oficial, uno de los fusileros más inteligentes, había cabalgado hacia el sur y había llevado a su caballo arriba, por las empinadas laderas, para reunirse con los nerviosos hombres de Gilliland.

—¿Y señor?

—¿Sí?

—Un batallón viene hacia aquí. Por el camino, señor.

Eso estaba mejor. Era lo único que deseaba Sharpe, un único batallón para comprobar que los edificios estaban vacíos, un único batallón al que podría hacer picadillo antes del desayuno. Subió las escaleras y el abanderado le dejó paso. Se quedó bien atrás de la saetera y observó a los franceses que venían del oeste por el camino. Marchaban de forma informal, con los mosquetes al hombro, y algunos de ellos todavía llevaban el pan del desayuno en las manos.

Un capitán francés, relevado por su coronel, cabalgaba a la cabeza del batallón. Levantó la mirada a la torre del homenaje del castillo y vio que un pájaro alzaba el vuelo desde uno de los huecos de las piedras. Apareció un segundo pájaro, grande y negro, y se encaramó en las murallas para arreglarse. El capitán sonrió porque los edificios estaban vacíos.

Sharpe estaba de vuelta en la estancia en la que estaba el torno del rastrillo. Vio que el capitán ascendía tranquilamente por el camino, vio que la cara del hombre se dirigía hacia la saetera y le pareció que el hombre tenía que haberlo visto, pero los ojos del capitán miraron hacia arriba a las murallas.

—Ahora.

El fusilero que estaba agazapado bajo el lado derecho de la saetera, abrió el segundo cesto y la chova graznó con rabia, batió las alas con furia hacia la luz, consiguió pasar por entre las piedras y se elevó en el aire. El caballo, tan sólo unos pies por debajo de él, retrocedió y Sharpe oyó cómo el capitán lo calmaba.

El capitán acarició al caballo en el pescuezo, le dio unas palmaditas.

—¿Tienes miedo de un pájaro, eh?

El francés rió entre dientes, siguió dándole palmaditas y entonces los cascos del caballo resonaron con fuerza sobre las piedras del pasadizo que ascendía hasta el patio. Volvió a reír entre dientes al ver lo que alguien había escrito con tiza y letras grandes sobre la piedra del pasadizo: «*Bonjour*».

Los hombres que estaban en la estancia contenían la respiración.

El capitán penetró en el patio y vio que la lluvia había diluido y descolorido las manchas de sangre. A su derecha humeaban los restos de un fuego, frente a lo que parecía un establo largo y bajo. El caballo estaba intranquilo, sacudía la cabeza y se movía de lado a lado con pequeños pasos. Él intentó tranquilizarle con unas palmaditas.

Uno de los ayudantes de campo del general, un hombre al que le interesaban las edificaciones españolas, se había ido cabalgando por entre los espinos hasta la atalaya. Los espinos eran muy tupidos y el tortuoso camino estaba señalado con pelotitas de lana vieja y descolorida y con los restos de las ovejas que pastaban en esos altos pastos en verano. Ató su caballo a la rama de un espino, soltó un reniego en voz baja, pues una espina le arañó la mano, y sacó de sus alforjas un lápiz y un cuaderno. Sabía que las torres se habían construido contra los árabes, la atalaya estaba en buen estado. Fue caminando hacia ella, vio el cañón metido en el hoyo y también vio el clavo metido en el fogón. Le pareció raro que los británicos no hubieran cortado el clavo al mismo nivel de la recámara, pero lo habían dejado con las prisas. De todas maneras, el cañón era viejo, de un calibre que no utilizaban los franceses, así que no resultaba un gran trofeo.

Se volvió y observó al único batallón que marchaba en dirección al castillo y al convento, vio al capitán que cabalgaba bajo el arco y advirtió que algo más allá, en el pueblo, se formaban los otros dos batallones. Eran la nueva guarnición de la Entrada de Dios, los hombres que garantizarían que las tropas que marcharan a Vila Nova estarían a salvo detrás de ellos en caso de retirada. Distraídamente miró hacia la puerta de entrada a la torre y se le escapó un gritito de asombro. La puerta tenía un arco de medio punto y la decoraban motivos en zigzag, todo inequívocamente francés, y consideró que aquello era un buen presagio. Algún caballero o albañil francés debía haber supervisado la construcción de esta atalaya en tierra extraña. Por su parte, él esbozó el arco en su cuaderno y con toques expertos dibujó la decoración normanda, mientras a treinta yardas de distancia el dulce William lo observaba;

guardaba en un bolsillo el parche del ojo y la dentadura.

Se acercó el general a caballo, colocó en su sitio la espada y se preparó para el día de marcha.

—¿Qué hace Pierre?

—Dibujando, señor.

—¡Dios mío! —exclamó divertido—. ¿Hay alguna construcción que no haya dibujado?

—Va a escribir un libro, señor —añadió otro ayudante de campo.

El general dejó escapar su extraña risa. El batallón se acercaba hacia el castillo. El general se colocó bien la cantimplora con vino, comprobó que la funda de cuero que llevaba en la perilla de la silla de montar contuviera el lápiz y el papel necesario para escribir los mensajes y luego le sonrió al ayudante de campo.

—Una vez conocí a un hombre que había escrito un libro —dijo rascándose la barbilla—. Le olía la boca.

El ayudante de campo se echó a reír con ganas.

Y la corneta sonó desde la garita.

Capítulo 20

Frederickson no se movió. Había deseado que al menos una compañía de infantería francesa fuese enviada a la atalaya, pero sólo estaba este hombre, cuaderno en mano, y cuyo rostro fino y amable se había girado con preocupación hacia el castillo. La corneta volvió a sonar y las notas ordenaban claramente «inclinarse a la derecha», pero esa mañana informaba a las tropas británicas, cuidadosamente dispuestas, cuál de los tres planes previstos tenían que seguir. La llamada era una secuencia de dos notas que se repetía y que a Frederickson le recordaba una llamada de caza. Los cazadores de zorros ya habrían salido a esta hora en Inglaterra.

El ayudante de campo empezó a dirigirse hacia el caballo pero de pronto se detuvo. Nadie le amenazaba. Frunció el ceño y, con su habitual prudencia, sacó el reloj del bolsillo, abrió la tapa que contenía un mensaje grabado de su padre y apuntó la hora en la esquina del cuaderno: las nueve menos cinco. Echó una ojeada por la cima de la colina y vio el segundo cañón en el hoyo encarado al sur, pero no a enemigo alguno. Entonces advirtió que estaban los casacas rojas en el castillo, se quedó boquiabierto y observó el humo de mosquete que manchaba la mañana.

El capitán accedió por la entrada grande hasta el interior de la torre del homenaje. Una barricada formada por piedras que llegaba a la altura de la cintura bloqueaba la arcada, pero podía ver que el patio interior estaba vacío. Su caballo se mostraba muy inquieto y eso resultaba extraño, pero le rascó el cuello, le habló amablemente y se dirigió hacia el establo. Oía las botas de las compañías que encabezaban la subida al castillo.

El coronel del batallón, malhumorado, le hizo señales a un capitán que conducía a su tropa hacia la derecha por la ruta del convento y el coronel volvió a mirar hacia la garita. «Debió ser un edificio bello», pensó.

El capitán espoleó el caballo y regresó al trote hacia la entrada del castillo. Al menos podía confirmar que éste estaba abandonado, y se fue sonriendo mientras acariciaba el pescuezo de su caballo, pero el caballo volvió a asustarse, pues la garita estaba repleta de hombres. Un oficial fusilero apareció en la puerta del lado norte de la muralla junto a un muchacho con la corneta en la boca cuyas notas irrumpían en el valle. Los hombres salían en tropel de la puertecilla de la garita; eran los fusileros, que corrían por el pasadizo, se arrodillaban y apuntaban con sus armas. No le hacían ningún caso, lo mismo que los casacas verdes que pasaban corriendo junto al oficial en dirección a la muralla norte, y entonces se oyó un grito, un vítor, y un fragor de pies detrás de él.

Unos casacas rojas escalaban desde la torre del homenaje, corrían hacia la derruida muralla este del castillo, los sargentos les chillaban, los oficiales gritaban, y de pronto el capitán francés se encontró solo en el patio del enemigo. Tocó su espada

para asegurarse y vio que un oficial de fusileros en la muralla norte le hacía señales. La señal era inequívoca: desmonte, ríndase. Junto al oficial, un casaca verde, con la rodilla hincada en el suelo, blandía una arma.

El capitán renegó con amargura, desmontó y las primeras armas rasgaron la mañana.

Sharpe se giró hacia atrás. La compañía francesa que iba a la cabeza estaba a treinta yardas del castillo y las balas de los fusiles alcanzaban la primera fila, luego la segunda, e inspeccionó a otros fusileros que apuntaban hacia los oficiales. Otros fusiles chasqueaban desde el torreón, en la parte alta de la garita, y Sharpe vio que el coronel francés caía derribado del caballo, con el uniforme salpicado de sangre; otra descarga de balas de fusil dio contra la compañía que iba a la cabeza. Los oficiales franceses les gritaban a sus hombres que formaran en línea, y los fusiles mortíferos que disparaban desde las murallas escogían en primer lugar a los oficiales y luego a los hombres que lucían galones dorados de sargento.

—Seguid jugando, chicos.

El corneta se detuvo para respirar.

Media compañía de casacas rojas entró estruendosamente, formó en línea frente al arco y los mosquetes echaron chispas, el humo bien espeso delante de ellos; Sharpe tuvo la certeza de que los franceses fracasarían si intentaban una carga frontal. Ese habría sido su deseo, si sus oficiales hubieran vivido para darse cuenta de ello. Sharpe regresó corriendo a la garita, bajó la escalera y salió al patio en dirección a la muralla este.

Detenerlos en la entrada, luego tomarlos por el flanco. Oyó gritar a los franceses, el traqueteo de las baquetas en los mosquetes; una vez al otro lado de la muralla, con los oficiales que gritaban detrás de él y hacían formar al batallón de fusileros en dos filas para barrer el valle hacia el norte, se giró para ponerse delante de ellos.

Esperó a que los casacas rojas se colocaran a sitio a trompicones, observaran la formación, Sharpe no les daba prisa. Tenía que ser perfecto, pues era la única oportunidad que tendrían de luchar en valle abierto, y no quería que los fusileros avanzaran con prisas, que el miedo o la excitación interfirieran en su cometido, e hizo una señal indicando un hueco entre las compañías.

—¡Que estén bien juntos, sargento!

—¡Señor!

—¡Las bayonetas!

Se oyó el sonido metálico y el chirrido por toda la fila. Los fusiles sonaban junto a la garita, el chasquido de los mosquetes y también, por fin, la respuesta francesa mientras el aturdido batallón formaba una línea desigual en el cruce.

Sharpe se giró y blandió la gran espada.

—¡Adelante!

Le hubiera gustado disponer de una banda para aquel momento, quería oír música mientras avanzaba, el estallido de una buena melodía como *La caída de París*, o mejor aún, la canción de los fusileros *Del otro lado de las colinas y más lejos*, pero lo único que se oía era la corneta. Miró hacia la izquierda, no había tropas francesas a la vista. Temía a la caballería y, por si aparecía, un oficial acompañaba al segundo corneta de Cross en la torre del homenaje para dar el aviso.

Volvió a mirar al frente. Los fusileros dispuestos en el tejado del convento les mordían a los franceses por la espalda. El enemigo estaba aterrorizado, se amontonaba al este, en dirección al pueblo, y eso era lo que quería Sharpe. Hizo que la línea se inclinara hacia la izquierda para obligar a los franceses a ir hacia el este, y los fusileros apostados en la entrada corrieron más hacia la izquierda mientras otros bloqueaban la línea de fuego desde la puerta.

Los nervios ya habían desaparecido, la incertidumbre del alba, la tensa espera hasta soltar a esta pequeña fuerza contra el enemigo. Sharpe sentía el camino bajo sus botas y divisó a los franceses a cincuenta yardas por delante, mientras él se iba abriendo paso entre sus muertos. Una bala de mosquete pasó cerca de su cabeza, era un sonido aleteante que provocó un aire leve, y vio a un francés que había muerto con expresión de gran asombro en su joven cara. Detrás de Sharpe gritaban los sargentos.

—¡Más juntos! ¡Más juntos!

Empezaban a tener bajas.

Sharpe se detuvo, escuchó las botas que iban detrás de él, oyó los fusiles que disparaban desde la garita y la fila de dos líneas llegó hasta él.

—¡Fusileros! ¡Presentes!

La línea de mosquetes, con el acero preparado, se puso las armas al hombro. A los franceses les pareció como si la línea roja hubiera girado a la derecha.

—¡Fuego!

Las llamas se convirtieron en humo, de cerca eran una descarga mortífera, y la nube se extendió delante de los fusileros y les tapó la vista.

—¡Vuelta a la izquierda!

Ésta sería desigual, pero no importaba. En sus oídos resonaban los chillidos de los mosquetes.

—¡Carga!

Las bayonetas surgían del humo y las espadas en las manos de los oficiales también. Sharpe les chillaba mientras corría para escapar a la nube de humo y vio que los franceses corrían tal como él había supuesto. Todo era cuestión de tiempo. Todo lo había previsto una y otra vez, lo había pensado en sus horas solitarias, había soñado en ello mientras la lluvia caía sobre el empedrado circundado de cizaña del patio.

—¡Alto! ¡Formación!

Un francés herido gritaba y avanzaba a gatas hacia los fusileros. Muchos cadáveres se arracimaban en el cruce donde habían recibido la única descarga de fuego de mosquete, desde tan cerca que resultaba imposible errar el tiro. El batallón regresaba hacia el pueblo, sin jefes y espantados, y Sharpe permaneció junto al coronel caído, cuyo caballo corría libre por el valle.

Sharpe mandó que los fusileros volvieran a alinearse, escuchó la llamada de la corneta que advertía de la presencia de la caballería francesa y ordenó a hombres que cargaran. Esto resultaba una torpeza, porque las largas bayonetas les despellejaban los nudillos fríos cuando atacaban a fondo los fusiles, pero necesitaba una descarga más. ¡Gilliland! ¿Dónde diablos estaba Gilliland?

El oficial francés apostado en la atalaya los vio primero, ¡lanceros! ¡Los ingleses no tenían lanceros! Sin embargo, allí estaban; avanzaban por la línea del horizonte hacia el sur, cabalgaban como el mismo diablo por el valle que se extendía entre el castillo y la atalaya. Se les veía desiguales y poco profesionales, pero tal vez fuera porque los caballos tenían que vérselas con los espinos. Entonces el batallón francés los vio y los oficiales y sargentos que todavía quedaban con vida les chillaron a sus hombres:

—¡Formen un cuadro!

Conocían la capacidad de los lanceros para desperdigar a la infantería, sabían cuán largas eran las hojas que los destriparían y los matarían. Los mandos franceses tiraban de los hombres, los golpeaban hasta formar el cuadro mientras los jinetes, con grandes gabanes, irrumpían en los pastos del valle.

—¡Adelante!

Sharpe volvió a gritar, su espada estaba limpia, y las dos filas avanzaron sobre los cadáveres franceses, pasaron junto a los heridos que gritaban auxilio, y Sharpe se sentía exultante pues se hallaba a escasos segundos de su primer triunfo.

—¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!

Así gritaba el capitán de los fusileros que portaban lanzas; viraron hacia el castillo y señaló con su espada el lugar a salvo. Nunca se le hubiera ocurrido a Sharpe desear que el inexperto escuadrón de cohetes rematara el ataque. Hubieran muerto como ganado en un matadero, pero con el trabajo cumplido. Habían obligado al batallón a formar un cuadro, y por tanto ser un blanco fácil para otra descarga de los mosquetes, y mientras los jinetes se desviaban rápidamente hacia el patio, salpicando agua con los cascos de los caballos, Sharpe mandó detener la línea de nuevo.

—¡Presenten!

Los franceses sabían lo que se avecinaba. Algunos gritaron pidiendo una tregua y otros se encorvaron como hombres que se anticipan a una tormenta de viento y lluvia. Entonces la gran espada descendió.

—¡Fuego!

El estallido y martilleo atroz de la descarga, el carraspeo de los mosquetes del medio batallón y las balas convergieron y remataron a aquella masa apiñada.

—¡Carga!

Se oyó la corneta proveniente de la torre del homenaje. «El enemigo es caballería.»

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Atrás!

Se detuvieron, resbalaron, dieron la vuelta y corrieron tal como les habían ordenado. Una huida dominada por el pánico hacia la muralla este, una huida en tropel ante la amenaza de la caballería francesa que venía del pueblo. Al llegar a la muralla se detuvieron, giraron y se alinearon en los cascotes que acabarían con cualquier caballo que fuera a la carga. Entonces lanzaron vítores. Lo habían conseguido. Se habían cargado a un batallón, lo habían destrozado y los cuerpos que salpicaban el valle eran la prueba.

Sharpe regresó caminando. Veía que los lanceros alemanes estaban bastante lejos, no estaban en formación y no suponían ninguna amenaza. Miró hacia el convento y vio la figura enorme de Harper en el tejado. Los cadáveres con casacas azules desperdigados en el camino del convento mostraban el lugar por el que se había replegado la única compañía francesa. Le hizo una señal a Harper y éste le contestó levantando la mano. Sharpe se echó a reír.

Sharpe escaló por los cascotes de la muralla que tenían señales de la explosión ocurrida el día anterior. Miró a los fusileros.

—¿Quién decía que era imposible?

Algunos se echaron a reír, otros sólo sonrieron. Detrás de ellos los artilleros se deslizaban de las sillas con agradecimiento y llevaban los caballos al patio interior. Charlaban en voz alta como hombres que hubieran sobrevivido en el valle de la sombra de la muerte, y Sharpe vio que Gilliland conversaba entusiasmado con el capitán de fusileros que los había puesto a salvo, a la entrada del castillo. Sharpe hizo bocina con las manos.

—¡Capitán Gilliland!

—¿Señor?

—¡Que sus hombres se preparen!

—¡Señor!

Sharpe se había apoyado la espada contra el muslo y la cogió, la envainó y miró a los fusileros.

—¿Vamos a perder?

—¡No! —El mensaje rugió desafiante por el valle.

—¿Vamos a ganar?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Pierre, el ayudante de campo, aterrado y solo en la colina de la atalaya, oyó el grito triple y miró fijamente hacia el valle. Los supervivientes del batallón regresaban al pueblo acosados por los fusileros que seguían disparando desde el castillo y el convento y dejaban, detrás de sí, la Entrada de Dios sembrada de muertos y heridos. Sacó su reloj, abrió la tapa, y anotó la hora. ¡Las nueve y tres minutos! Siete minutos de masacre planificada por un profesional, siete minutos en los que un batallón francés había perdido a casi doscientos hombres entre muertos y heridos. Un segundo batallón francés estaba formado frente al pueblo, sus filas se abrieron para dejar pasar a los supervivientes, y los lanceros alemanes formaron en escuadrones al pie de la colina.

—¡Eh! ¡Eh!

El ayudante de campo tardó unos segundos en darse cuenta de que el grito se dirigía a él. El coronel de los lanceros alemanes volvió a intentarlo.

—¡Eh!

—¿Señor?

—¿Qué hay ahí arriba?

—¡Nada, señor! ¡Nada!

Algunos hombres del batallón derrotado regresaron a por sus heridos, pero las balas de los fusileros les hicieron retroceder. Protestaron levantando los brazos para mostrar que no llevaban armas, pero los fusiles volvieron a disparar. Se retiraron. Dubreton atravesó hacia los lanceros, oyó el grito y meneó la cabeza. «Es una trampa.» Por supuesto era una trampa. Dubreton había visto cómo Sharpe guiaba al medio batallón hacia el valle y lo odió por su habilidad y lo admiró por su triunfo, y ningún soldado que pudiera destripar a un batallón del emperador en tan poco tiempo dejaría esa colina sin vigilancia.

El coronel alemán le hizo una señal al ayudante de campo.

—¿Está ahí, no?

—También los británicos. —Dubreton escrutó las marañas de gruesos espinos—. Dígame que baje.

El alemán sacudió la cabeza en señal de negación.

—¿Y perder la colina? Tal vez no tengan hombres suficientes para defenderla.

—Si tuviera la mitad de los que tiene la defendería.

El alemán dio un giro sobre la silla y le habló al teniente, luego volvió a mirar a Dubreton con una sonrisa burlona.

—¿Una docena de hombres, sí? La reconocerán mejor que aquel artista.

—Los perderá.

—Entonces los vengaré. ¡Vamos!

El teniente les gritó a sus hombres, los condujo por uno de los senderos tortuosos, y las lanzas iban tan altas que los pendones rojos y blancos brillaban entre el negror

de los espinos. Dubreton observaba cómo ascendían, cómo los arbustos tupidos entorpecían el avance y temió por ellos. Una compañía de *voltigeurs* llegó corriendo desde el pueblo, los tiradores franceses enviaban refuerzos a los jinetes que subían, y Dubreton se preguntó si Sharpe había decidido, después de todo, defender solamente las dos construcciones grandes en la cima del desfiladero. Tal vez el coronel alemán tuviera razón. Quizá Sharpe no tuviera los hombres necesarios para defender todo aquel terreno y la colina de la atalaya estaba demasiado alejada del castillo. Mucho más incluso que el pueblo de la entrada al castillo.

Los *voltigeurs*, con charreteras rojas que brillaban sobre los uniformes azules, desaparecieron entre los espinos, con las bayonetas fijadas en los mosquetes. Sesenta hombres que tomaron media docena de senderos y Dubreton vio cómo los ascendían. El teniente ya casi estaba arriba de todo.

—Teníamos que haber puesto un batallón ahí.

El coronel alemán escupió, no al oír las palabras de Dubreton, sino al ver que los fusileros impedían que los franceses recuperaran a sus heridos.

—Cabrones.

—Quieren que saquemos una bandera blanca. Están ganando tiempo.

Dubreton sacudió la cabeza. Sharpe era un enemigo duro.

El teniente de lanceros se abrió camino entre los últimos espinos y le sonrió al ayudante de campo.

—¡Ha tomado usted la colina, señor! —Hablaban un francés chapurreado.

Pierre se encogió de hombros.

—¡Se han ido!

—Asegurémonos, señor.

Los lanceros se dispersaron con las hojas bajadas, pero éste no era lugar para una carga de caballería de infarto, con los cascos tronando sobre la hierba y las hojas abrasando al enemigo. La cima de la colina era exigua y la rodeaban espinos oscuros, los caballos avanzaban lentamente, la caballería apenas podía asomarse por entre las espigas húmedas.

Frederickson los observaba. Una lástima. Él hubiera deseado una compañía, al menos, no tan pocos hombres, pero uno debe aceptar lo que le depara el destino.

—¡Fuego!

Sólo dispararon los fusileros, que eran siete veces más que ellos, y los caballos cayeron chillando, las hojas de las lanzas se elevaron y Frederickson se libró a tirones de los espinos.

—¡Adelante!

Un lancero estaba vivo, milagrosamente vivo, se quedó con la lanza levantada y sacudió la cabeza cuando Frederickson le gritó en alemán. Luego otros fusileros le

gritaron en alemán, y el lancero obstinado siguió sin querer rendirse y los amenazaba con su arma larga. Arremetió contra Frederickson, pero el sable hizo la lanza a un lado, y el sargento Rossner enganchó los pies del lancero desde abajo, se sentó sobre el pecho del hombre y le chilló en un alemán horrible.

—¡Venga!

Frederickson se apresuró hacia la cima de la colina haciendo señales a sus hombres a derecha e izquierda y escuchando las palabrotas y los gritos y se salían de los espinos.

—¡Tiradores al frente!

Una bala de mosquete se aplastó en la torre.

—¡Maten a esos cabrones!

A Frederickson no le preocupaba una compañía de tiradores franceses. Se había pasado la vida luchando contra *voltigeurs*, igual que sus hombres, y dejó que sus tenientes les hicieran retroceder mientras él se dirigía hacia el cañón encarado al norte y sacó el clavo del fogón. Encontró un cuaderno caído detrás de la gualdera, lo recogió, limpió el barro de la página abierta y vio el dibujo de la entrada de la torre.

—¿Capitán?

Un fusilero sonriente, que procedía de detrás de la torre, apuntaba con su bayoneta en la espalda del ayudante de campo; el francés estaba aterrorizado; había corrido con las primeras balas, se había lanzado al foso del cañón, y luego había visto la cima de la colina abarrotada de tropas británicas. Ahora se encontraba delante del hombre más terrible que hubiera conocido en su vida, un hombre tuerto que mostraba la cuenca vacía y oscura, que además no tenía dientes y le sonreía.

—¿Suyo? —preguntó Frederickson aguantando el cuaderno.

—*Oui, monsieur.*

La mirada vil del fusilero se posó en el boceto, volvió a mirar al francés, y esta vez Frederickson le habló en francés.

—¿Ha estado en Leca do Balio?

—No, *monsieur.*

—Una entrada muy similar. Le gustaría. Y unas delicadas ventanas de ojiva lanceolada en el triforio. Y por debajo, también. Una iglesia de los templarios, lo que explicaría la influencia extranjera.

Pero Frederickson podía haberse ahorrado la explicación. El ayudante de campo se había desmayado y el fusilero sonrió y miró a Frederickson.

—¿Lo mato, señor?

—¡Santo Dios, no! —exclamó Frederickson como dolido—. ¡Quiero hablar con él!

Los fusiles chasqueaban en la parte más alta de la torre, los mismos fusiles que habían hecho que reinara la confusión entre las filas de lanceros. El coronel alemán

soltó un exabrupto e hizo una mueca, pues tenía sangre en el muslo. Apretó una mano contra la herida, levantó la vista a la colina y volvió a renegar.

Los *voltigeurs* regresaban perseguidos por entre los espinos, que chasqueaban mientras las balas de los fusileros los atravesaban.

El capitán de los *voltigeurs* vio que aparecían más tropas, casacas rojas equipadas con bayonetas.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Dubreton hizo que su caballo diera la vuelta y lo espoleó en dirección al pueblo. ¡Habían hecho todo lo que Sharpe había previsto, todo! Habían jugado entre sus manos y ahora se veían obligados a hacer la siguiente cosa que Sharpe había planeado: tendrían que pedir una tregua para rescatar a sus heridos. Sharpe quería ganar tiempo, ¡y se lo iban a servir en bandeja!

—¡Coronel! —gritó el general.

Detrás del general un ayudante de campo ensartaba en una espada uno de los trapos blancos de la posada.

—Sí, señor. Ya sé.

El ayudante de campo extendió tristemente el trapo y Dubreton vio las manchas de vino de la noche anterior. Parecía que estuviera lejana, y, sin embargo, sus invitados a la cena ya habían ensangrentado el orgullo francés. Dubreton se giró y espoleó su caballo entre las filas del nuevo batallón; el ayudante de campo le seguía.

Los disparos cesaron en la Entrada de Dios, el humo de la pólvora se elevó hacia el oeste gracias a la brisa y Sharpe se dirigió a los pastos que había sembrado de muertos y esperó al enemigo.

Capítulo 21

—Comandante Sharpe.

—Señor —saludó Sharpe.

—¿Debía haberlo supuesto, no es así? —preguntó Dubreton reclinándose en la silla de montar—. ¿Sir Augustus murió anoche?

—Tenía cosas que hacer en otro sitio.

Dubreton suspiró, se enderezó y miró a los heridos.

—La próxima vez no será tan fácil, comandante.

—No.

El coronel francés le dirigió a Sharpe una sonrisa forzada.

—Supongo que no servirá de nada que le diga que esto es inútil, ¿no? —dijo con voz ceremoniosa—. Quisiéramos rescatar a nuestros heridos.

—Por favor, háganlo.

—¿Me permite que le pregunte por qué dispararon ustedes contra los destacamentos que enviamos para que así lo hicieran?

—¿Le dimos a alguien?

—De todas maneras, quiero que quede constancia de nuestra protesta.

Sharpe asintió con la cabeza.

—Señor.

Dubreton suspiró.

—Estoy autorizado a ofrecer una tregua durante el tiempo que lleve despejar el campo.

Miró por encima de la cabeza de Sharpe y frunció el ceño. Unos fusileros estaban cavando en las tumbas que se habían abierto el día anterior.

Sharpe meneó la cabeza en señal de negación.

—No, coronel.

Los franceses podían traer tablones de algunos cañones y retirar a los heridos del campo en treinta minutos.

—Cualquiera que sea la tregua ha de durar hasta mediodía.

Dubreton miró hacia su derecha. Los heridos que todavía estaban conscientes le gritaban pidiendo ayuda, sabían para qué había venido, y algunos, horrorosos, avanzaban hacia él, arrastrándose, ayudándose de los brazos. Otros yacían entre su propia sangre y tan sólo lloraban. Algunos guardaban silencio, sus vidas habían quedado destrozadas; su futuro era ser inválidos en Francia. Algunos vivirían para volver a luchar y unos pocos caminaban cojeando en el camino del pueblo. El coronel francés volvió a mirar a Sharpe.

—Debo comunicarle formalmente que nuestra tregua durará el tiempo que nos lleve rescatar a nuestros hombres.

—Entonces debo ordenarle formalmente que no envíen a más de diez hombres en su auxilio. A los demás se les disparará y mis fusileros recibirán la orden de matarlos.

Dubreton asintió con la cabeza. Él ya sabía, al igual que Sharpe, cómo iba a resultar ese parlamento.

—¿A las once en punto, comandante?

Sharpe dudó y luego asintió.

—A las once en punto, señor.

Dubreton esbozó una media sonrisa.

—Gracias, comandante. —Hizo un gesto en dirección al pueblo—. ¿Puedo?

—Por favor.

Dubreton hizo unas señales enérgicas con las manos y los primeros hombres salieron de las filas del batallón que esperaba, algunos portaban camillas, y entonces se percibió un gran revuelo en la tropa y dos de las extrañas ambulancias francesas se lanzaron al galope por el camino. Eran carros pequeños y cubiertos, surgidos para el alivio de los heridos, que provocaban la envidia de los soldados británicos. El número de hombres que sobrevivía a una amputación era mayor si el miembro era cortado en los minutos inmediatamente posteriores a recibir la herida, y los franceses habían desarrollado aquellas ambulancias rápidas para trasladar a las bajas hasta los médicos que esperaban. Sharpe levantó la mirada hacia Dubreton.

—Las tenía usted muy cerca, teniendo en cuenta que no esperaba un combate.

Dubreton se encogió de hombros.

—Las utilizamos para transportar la comida y el vino de la pasada noche, comandante.

Sharpe deseó haberse callado. La última vez que se habían visto le había hecho un obsequio y ahora, en el campo, eran enemigos. El coronel miró a los zapadores que cavaban con palas en la tierra suelta de las tumbas.

—¿He de suponer, comandante, que no llevaremos a cabo obras militares durante la tregua?

—Estoy de acuerdo —asintió Sharpe.

—Así, debo suponer que eso no es una trinchera defensiva.

—Es una tumba, señor. También nosotros hemos perdido hombres.

La mentira salió tranquilamente por su boca. Tres fusileros habían muerto y ocho estaban heridos, pero la tumba no se estaba agrandando para los muertos.

Sharpe se giró hacia el castillo e hizo una señal con la mano, igual que había hecho Dubreton, y los centinelas soltaron al capitán francés en la puerta. Cabalgó en dirección al campo, iba al trote hacia Dubreton y se quedó boquiabierto ante la carnicería que había hecho estragos en su batallón. Detrás de él unos fusileros hicieron rodar el carro dentro de la arcada y la dejaron cerrada.

Sharpe hizo una señal al capitán y le habló a Dubreton.

—El capitán Desaix ha tenido la mala suerte de encontrarse en el castillo cuando empezó el combate. Me ha dado su palabra y me ha prometido que no empuñará ninguna arma contra el ejército de Su Británica Majestad o sus aliados, hasta que haya sido canjeado por un oficial de igual graduación. Hasta entonces está a nuestro cargo.

Era un discurso pomposo, pero una formalidad necesaria, y Dubreton asintió con la cabeza.

—Así se hará.

Le habló en francés al capitán, dirigiendo la cabeza hacia el pueblo, y el joven se alejó espoleando el caballo. Dubreton volvió a mirar a Sharpe.

—Ha tenido suerte.

—Sí.

—Espero que usted también tenga suerte, comandante. —Dubreton cogió las riendas—. Nos volveremos a ver.

Se giró, tocó con sus espuelas los costados de su caballo y Sharpe observó cómo se marchaba. En hora y media, o algo más, el combate volvería a comenzar.

Se detuvo junto a los fusileros zapadores que escarbaban en las tumbas. Un sargento levantó la vista hasta el oficial.

—De verdad espantoso, señor. ¿Qué hacemos con ellos?

Los cadáveres estaban al descubierto, su desnudez era espantosamente blanca y estaba salpicada de tierra; sus heridas parecían irreales.

—¿No estaban enterrados muy hondo, verdad?

—No.

El sargento de zapadores sorbió por la nariz. Los cuerpos apenas estaban a un pie bajo tierra, sin protección contra los animales carroñeros que escarbarían y les harían jirones. Sharpe volvió la cabeza hacia la parte más meridional de la trinchera, la excavación más cercana a la ladera cubierta de espinos.

—Pónganlos allá arriba. Caven más hondo. Quiero que la mayor parte de la trinchera quede libre.

—Sí, señor.

—Y de prisa.

El sargento sacudió la cabeza.

—No nos iría mal alguna ayuda, señor.

Sharpe sabía que los hombres eran suficientes.

—Si no está listo dentro de una hora y media, sargento, le dejo aquí cuando ataquen.

—Sí, señor.

Aquella educación tan formal apenas escondía el odio que sentía el sargento. Mientras Sharpe se alejaba caminando oyó que el hombre escupía, pero entonces

gritaron órdenes, gritos para que los zapadores continuaran y Sharpe lo dejó correr. Era un trabajo muy desagradable, pero los zapadores de un batallón a menudo se encargaban de los trabajos más duros y más desagradados. Al menos esta vez su trabajo no sería vano: Sharpe necesitaría la trinchera para enterrar a sus muertos cuando todo hubiera acabado.

Subió hasta las murallas de la torre del homenaje y se acomodó con su telescopio y una taza de té. Veía a los hombres de Frederickson que arrastraban arbustos espinosos desde la ladera que daba al pueblo. Algunos cortaban los troncos con el canto serrado de sus bayonetas, otros arrancaban los arbustos y abrían un sendero más ancho a lo largo de la ladera de la colina. Llevaban los arbustos a la ladera sur, la ladera más vulnerable, y Sharpe se preguntaba qué astucia había concebido aquellas órdenes. Sin duda, pronto se enteraría. Él suponía que el siguiente punto de ataque sería la atalaya que caería a media tarde. Reprodujo en su mente el plan para evacuar la guarnición. A decir verdad, hiciera lo que hiciera Frederickson en la cima de la colina, contravenía las condiciones de la tregua, pero los franceses tampoco eran meticulosos al respecto. A través de la lente de su telescopio Sharpe vio que la artillería entraba en el pueblo. Cañones de doce libras, los reyes del campo de batalla, grandes cabrones que convertirían las horas siguientes en muerte y destrucción.

Por primera vez durante la mañana quería tener compañía, pero no quería hablar con ningún soldado. Teresa, quizá, pero incluso ella hubiera despejado sus temores de una derrota. El sentido común indicaba que un atacante necesita una ventaja de tres a uno para vencer una defensa bien dispuesta, y la defensa de Sharpe era la mejor posible. Sin embargo, carecía de artillería para machacar los cañones franceses, y los franceses contaban con bastante más de tres atacantes por cada defensor. Estaban los cohetes, claro está, pero resultarían inútiles contra la artillería; para ellos Sharpe tenía otros planes.

Planes inútiles, pensó, tan vanos como el orgullo y el deber que lo habían confinado en aquel lugar elevado desde donde no podía vencer. Podía retener a los franceses y cada hora era una victoria en cierto modo, pero las horas se pagarían con hombres. Volvió a arrodillarse detrás de la muralla, apuntó con el telescopio y vio los chacos de ocho fusileros alineados en el punto más alto de la atalaya. Ocho batallones de infantería francesa a la vista. ¡Ocho! Digamos que cuatro mil hombres y todavía suena peor. Rió en silencio para sí, una risa siniestra, y la razón era que lo habían hecho comandante y su primer cometido sería perder un batallón. ¿Qué le había dicho Harry Price cuando venían de Frenada? Que los hombres no vivían mucho cuando combatían con Sharpe. Ése era un epitafio siniestro, el resumen de su vida, y sacudió la cabeza para quitarse el pesimismo de encima.

—¿Señor? —dijo una voz aguda—. ¿Señor?

El corneta caminaba lentamente hacia él, con el fusil de Sharpe colgado al

hombro y un plato haciendo equilibrios en una mano.

—La cocina se lo envía, señor. Para usted. Pan, carne fría y galletas.

—¿Has comido, muchacho?

El muchacho dudó. Sharpe sonrió.

—Sírrete. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce, señor.

—Un soldado lo puso en su habitación la pasada noche, señor. Yo lo he estado vigilando. ¿No le importa, señor?

—No. ¿Quieres ser fusilero?

—¡Sí, señor! —contestó el muchacho ansioso—. Dos años más, señor, y el capitán Cross dice que me puedo alistar.

—Tal vez la guerra haya acabado.

—No —contestó el muchacho meneando la cabeza—. No puede ser, señor.

Seguramente tenía razón. Francia e Inglaterra habían estado en guerra durante tantos años como tenía aquel muchacho. Debía ser hijo de un fusilero, habría crecido en el regimiento, no debía conocer otra vida. Alrededor de los veinte años sería sargento, si vivía, y si la guerra terminara de verdad se vería escupido al montón de basura de los viejos soldados que nadie quiere. Sharpe apartó la vista de él, volvió a arrodillarse en el pretil y miró fijamente a los jinetes que una vez más aparecieron en el extremo de la calle del pueblo. Nada menos que un general venía a luchar contra Sharpe.

El general tamborileaba con los dedos sobre el estuche de cuero con papel de escribir que llevaba en la silla de montar. Maldito Sharpe, maldito desfiladero y maldita mañana. Miró hacia el ayudante de campo que hacía números.

—¿Bien?

El capitán estaba, nervioso.

—Creemos que la mitad del batallón está en el castillo, señor, tal vez más. Hemos visto a una compañía sobre la colina y algunas casacas rojas en el convento.

—¿Malditos fusileros?

—Seguramente una compañía sobre la colina, señor. Pero tienen a unos cuantos en el castillo y vimos a media docena en el convento.

—¿Quiere decir que hay más de una compañía?

El capitán asintió pesaroso.

—Eso parece, señor.

El general miró a Ducos, cuyos ojos se irritaban sin la protección de las gafas.

—¿Bien?

—Así que tienen dos compañías. Una en la colina, la otra dividida en dos.

Al general no le gustaba la tranquilidad de Ducos.

—Los fusileros son unos cabrones, comandante. No me gusta la forma cómo se reproducen por allí. ¿Y dígame quiénes son esos lanceros, eh?

Ducos se encogió de hombros.

—Yo no los vi.

Su tono sugería que si él no los había visto, no existían.

—¡Bueno, yo sí los vi! ¡Maldita sea! ¿Alexandre?

Dubreton sacudió la cabeza.

—Los ingleses no tienen lanceros, y si los tuvieran vestirían capas de caballería, no gabanes de infantería. Y esta mañana, recuérdelo, no atacaron a fondo.

—¿Y pues?

Dubreton se removió en su silla y el cuero crujió por debajo de él.

—Bueno. Sabemos que La Aguja está aquí y creo poco probable que se haya desplazado sola. Creo que eran guerrilleros a quienes los ingleses les han dado gabanes. —Se encogió de hombros—. Les dan de todo.

El general miró del otro lado.

—¿Ducos?

—Parece probable —contestó a regañadientes.

—Así que sumamos cincuenta guerrilleros a la guarnición. Ahora dígame cuántas tropas británicas hay y dónde.

Al capitán le disgustaba aquella responsabilidad. Habló con tristeza.

—Sesenta fusileros y un centenar de casacas rojas sobre la colina, señor. ¿Treinta y trescientos en el castillo y treinta y cien en el convento?

El general gruñó.

—¿Dubreton?

—Estoy de acuerdo, señor. Tal vez algunos menos en el convento.

—¿Cañones?

Contestó Dubreton.

—Nuestros prisioneros están seguros de eso, señor. Uno, en el convento, que no se puede girar. Otro del lado de la muralla derruida y que no resulta peligroso hasta que alcancemos el patio y dos sobre la colina.

—¿Y se han traído artilleros?

—Sí, señor.

El general mantenía silencio. Tiempo, tiempo, tiempo. Él quería estar en el río esa tarde, haberlo cruzado al atardecer y en Vila Nova al día siguiente al anochecer. Sabía que era un plan optimista y se había dado a sí mismo un día más para conseguir su objetivo, pero ese maldito Sharpe lo había retenido durante todo el día y por tanto la operación estaría en peligro. Una idea le rondaba.

—¿Y si no les hacemos caso? ¿Rodeamos ese maldito castillo con *volligeurs* y marchamos recto junto a él? ¿Eh?

La idea era tentadora. Si los tres batallones que debían constituir la guarnición de la Entrada de Dios se quedaban para continuar el sitio, entonces el resto de la fuerza podría entrar en Portugal, pero todos los oficiales sabían lo que podía suceder. Si los tres batallones no tomaban el castillo, la retirada del general quedaba bloqueada. Aún había otra razón. Dubreton la mencionó.

—El desfiladero es demasiado estrecho, señor. Esos fusileros de mierda matarían cualquier caballo que lo atravesara.

Se imaginó los cañones ligeros que acompañarían al general y serían destrozados en el borde del desfiladero, los caballos tiroteados, el peso de los barriles y los carros rodando sobre los animales muertos, volcados y bloqueando el camino bajo la puntería implacable de los casacas verdes.

El general miró hacia la torre alta.

—¿Cuánto se tardaría en tomar eso?

—¿Cuántos batallones, señor? —preguntó Dubreton.

—Dos.

Dubreton miró los espinos, lo empinado de la colina y se imaginó a los soldados subiendo bajo el fuego de los fusiles.

—Dos horas, señor.

—¿Sólo eso?

—Les ofreceremos medallas.

El general se echó a reír sin ganas.

—Así que podríamos tener la atalaya hacia la una. Otra hora para poner los cañones allí. —Se encogió de hombros—. ¡También podríamos poner nuestros cañones aquí! Pueden convertir a esos cabrones en picadillo.

La voz de Ducos sonó despectiva.

—Después de todo, ¿por qué tomar la atalaya? ¿Por qué no tomar tan sólo el castillo?

Nadie le respondió, así que siguió.

—¡Cada minuto que pasa es tiempo perdido! ¡El coronel Dubreton ya les ha dado hasta la once! ¿A cuántos hombres va a perder usted, coronel, al atacar la atalaya?

—Cincuenta.

—Y aún quedará el castillo. Pierda los hombres aquí.

El castillo no era para Ducos más que un borrón, y lo señaló con desprecio.

¡El ataque en orden cerrado! ¡Medallas a las cinco primeras filas y adelante! *En masse*. En masa. Era el sistema francés, el método que había conducido a la victoria a los ejércitos del Imperio por toda Europa, la manera del emperador, la masa irresistible. Lanzar la masa como un misil humano contra los defensores del castillo, abrumarlos con blancos, aterrorizarlos con los tambores concentrados en el centro de las columnas y avanzar por encima de los muertos hasta la victoria. El castillo podría

ser suyo hacia mediodía y el general sabía que el convento no suponía ninguna amenaza, que la guarnición era menor y más vulnerable a los disparos de los cañones de doce libras que derribarían sus murallas sobre los británicos. Tomar el castillo, echar abajo el cañón del convento, y luego sus tropas marcharían por el desfiladero hacia las dos de la tarde; se olvidarían de la guarnición de la atalaya, no le harían caso, la tratarían con el desprecio que se merecía. En masa.

Intentó calcular las bajas. Serían muchas en las primeras filas, tal vez un centenar de muertos, pero ése era parte del precio que debía pagar por el tiempo que necesitaba. Se podía permitir perder hasta el doble y no acusarlo. El sistema del emperador, y este despreciable Ducos escribiría el informe y sería cosa buena si dijera que la victoria se consiguió con el sistema del emperador.

—Todos los batallones al pueblo. —Pensaba en voz alta—. Cincuenta hombres en cada fila, ¿cuántas filas?

—Ochenta —respondió el ayudante de campo.

Un gran rectángulo de ocho mil hombres, tambores en el centro, ochenta filas, irresistibles, avanzando a fondo.

Dubreton encendió un puro.

—A mí no me gusta.

El general titubeó. A él le gustaba la idea, no quería que lo disuadieran, pero miró a regañadientes a Dubreton.

—¿Dígame?

—Dos cosas, señor. Primero, ha cavado una trinchera frente a la muralla. Eso podría ser un obstáculo. Segundo, me preocupa aquel patio. Entraremos allí y nos encontraremos con todas las salidas bloqueadas. Nos meteremos en un callejón sin salida, con fusileros en tres lados.

Ducos utilizaba un pequeño catalejo en el ojo derecho para compensar la pérdida de sus gafas.

—La trinchera no se extiende toda a lo ancho.

—Cierto.

—¿Cómo es de ancha?

Dubreton se encogió de hombros.

—Es estrecha. Un hombre podría saltarla sin esfuerzo, pero...

—¿Pero? —inquirió el general.

—En una columna los hombres no advierten los obstáculos más inmediatos que tienen delante. Las primeras filas la saltarían, pero las filas posteriores tropezarían.

—¡Pues adviértalos! ¡Y entren por la derecha! ¡La mayoría de la columna atravesará la trinchera!

—Sí, señor.

El general se sopló en las manos y sonrió burlonamente.

—¿Y el patio? ¡Lo llenaremos de mosquetes! ¡Cualquier fusilero de mierda que saque la cabeza lo mataremos! ¿Cuántos hombres creemos que hay?

—Ciento treinta, señor —contestó el ayudante de campo.

—¿Tenemos miedo de ciento treinta? ¿Contra ocho mil? —El general soltó una risotada—. Una Legión de Honor al primer hombre que entre en la torre del homenaje. ¿Qué le parece, Dubreton?

—Yo ya tengo una, señor.

—Usted no va a ir, Alexandre. Yo le necesito. —El general le sonrió—. ¡Bien! Nos olvidamos de la atalaya. ¡Dejemos que se crean que son importantes y que se enteren! Atacaremos en orden cerrado, caballeros, y pondremos a los *voltigeurs* delante para que los saltamontes estén ocupados. —Volvía a estar de buen humor—. ¡Los paralizaremos, caballeros! ¡Lo haremos a la manera de Bonaparte!

El viento procedente del este era más frío a cada minuto que pasaba y hostigaba los rostros de los defensores del castillo. Los charquitos de agua se estaban helando y en las afueras del pueblo el batallón francés recibía las órdenes que los conducirían a la manera del emperador hasta la Entrada de Dios.

Capítulo 22

—En Bretaña, ¿verdad?

El ayudante de campo asintió con la cabeza. En realidad este capitán de fusileros con aspecto de villano no era un mal tipo, y sin duda mejoraba mucho cuando se ponía el parche del ojo y la dentadura postiza. Cogió el lápiz y dibujó un jabalí salvaje.

—Las estatuas están todas en el oeste. ¿Y dice usted que en Portugal tienen lo mismo?

Frederickson asintió.

—En Braganza, exactamente lo mismo. Y en Irlanda.

—¿Así que los celtas llegaron hasta aquí?

Frederickson se encogió de hombros.

—O venían de aquí. —Dio unos golpecitos sobre el esbozo de la estatua de jabalí—. He oído decir que es un símbolo de realeza.

Pierre se encogió de hombros.

—En Bretaña dicen que son altares. Uno incluso tiene un hueco donde se podía poner una copa de sangre.

—¡Ah!

Frederickson entornó los ojos, pues el francés estaba a la sombra de la cornisa esculpida. Había resultado una mañana interesante. El francés estuvo de acuerdo con Frederickson en que la arquitectura plateresca de Salamanca era increíble, pero demasiado elaborada. La línea se perdía en el detalle, dijo Frederickson, y al francés le encantó encontrar a otro hereje que compartiera su punto de vista. En realidad los dos hombres odiaban las obras modernas, preferían la simpleza contundente de los siglos X y XI; Frederickson sacó a colación el castillo portugués de Montemor Velho y Pierre le hizo varias preguntas al respecto. Incluso se habían introducido en la historia, sobre la extraña gente que había tallado jabalíes en las piedras, cuando el sargento de los fusileros se detuvo frente a ellos.

—¿Señor?

Frederickson levantó los ojos del esbozo.

—¿Tom?

—Dos oficiales franchutes hacia el sur, señor. Fisgoneando. Taylor dice que están a tiro.

Frederickson miró a Pierre.

—¿La hora?

—Ah —respondió mientras sacaba el reloj—, las once menos un minuto.

—Dígale a Taylor que dispare dentro de un minuto. Y dígale que mate a uno de los cabrones.

—Sí, señor.

Frederickson volvió a girarse hacia el francés.

—¿Ha visto el toro de piedra en el puente de Salamanca?

—Ah, eso es fascinante.

El sargento sonrió y se fue. Apenas un minuto después el dulce William volvería a ser él mismo, hablaría inglés en lugar del francés pagano y mataría a aquellos cabrones. Se coló entre los espinos para averiguar qué otro fusilero debería disparar con Taylor y tener el máximo de probabilidades de matar al segundo oficial francés. El dulce William siempre daba una ración extra de ron a cualquier hombre que demostrara haber matado a un oficial enemigo.

Sharpe estaba entre los cascotes de la muralla este, cascotes que se extendían ahora hasta la trinchera poco profunda. Tenía menos de tres pies de ancho, resultaba demasiado estrecho, pero el parapeto que se había cavado le daba un pie más de anchura efectiva. Serviría.

—¿Qué hora es?

—Las once en punto, señor —contestó el capitán Brooker nervioso.

Sharpe miró a los hombres que se ocultaban tras la garita. Los artilleros estaban tan nerviosos como Brooker; los cohetes envueltos resultaban extraños. Había hecho que se camuflaran con los uniformes azules y los gabanes de fusileros; parecían un grupo abigarrado. Le sonrió a Gilliland y habló en voz alta.

—¡Tenga paciencia! ¡Me parece que irán hacia la atalaya antes que nosotros!

Dos fusiles sonaron a lo lejos con la detonación amortiguada y Sharpe buscó en vano rastros de humo.

—Debe haber sido en la ladera sur.

—Así parece, señor.

—Sí —contestó Sharpe distraído.

—¿Voy?

Brooker estaba impaciente por alejarse de los cascotes, un lugar que estaba muy desprotegido. Se llevaría a una compañía de fusileros, reforzada por el capitán Cross con veinte fusileros, hasta el valle que separaba el castillo de la atalaya. Cubrirían la retirada de Frederickson si la infantería francesa inundaba la colina.

—Espere un minuto.

No se habían oído más disparos procedentes de la atalaya, ni había movimiento de hombres de la ladera norte a la sur. Sharpe volvió a mirar hacia el pueblo.

—¡Ah!

La exclamación se debía a que el único batallón francés que estaba enfrente del pueblo se movía hacia el sur, hacia la atalaya, y Sharpe vio a los hombres en las compañías de retaguardia que atravesaban chapoteando el riachuelo que discurría junto al camino. ¡Así que iba a ser la atalaya! Había jugueteado con la idea de que los

franceses tuvieran prisa y pudieran ir directamente a por el castillo y el convento, pero el tiempo, al parecer, no era lo que más les preocupaba. Lo harían como tenía que ser. Vio al batallón que se dirigía al sur, supuso por los disparos de fusil que había otro que él no veía al otro lado de la colina, y Frederickson pronto tendría las manos llenas. Le sonrió a Brooker.

—¡Venga! ¡Buena caza!

Brooker y Cross abandonarían el castillo por el gran boquete abierto en el lado sur de la torre del homenaje, a través del cual tantos seguidores de Pot-au-Feu habían escapado. Sharpe pensó con satisfacción en la presencia de Hakeswill, encerrado en las mazmorras, y entonces se preguntó qué les sucedería a aquellos prisioneros si los franceses invadieran el castillo. Sí. Se le ocurrió que había querido aguantar dos días y casi un cuarto de ese tiempo había transcurrido ya; sin embargo, también sabía que los veteranos que se concentraban detrás del pueblo lo iban a poner a prueba.

—¿Señor? —Era el corneta que seguía llevando el fusil de Sharpe y que le señalaba hacia la atalaya.

—¿Qué?

—Ahora no lo veo, señor, pero hay un hombre que viene corriendo hacia nosotros, señor. Corre como el demonio. Un fusilero, señor.

¿Qué era lo que había salido mal? No se oían disparos que procedieran de la colina, no había humo que se elevara con la brisa que de repente era glacial. Se había quitado los guantes en algún sitio durante la noche y había olvidado dónde, así que se sopló las manos y levantó la vista hacia las nubes. Estaban hinchadas, bajas y oscuras y alcanzaban la parte más alta de la atalaya, prometían nieve que convertiría al desfiladero en peligrosísimo y dificultaría el paso de una fuerza de socorro.

—¡Allí está, señor! —señaló el corneta.

Un fusilero había salido de pronto de los espinos allí donde el riachuelo se adentra en el valle. Echó una mirada hacia la derecha a los franceses, vio que no corría peligro y corrió hacia el castillo. Estaba en forma, quienquiera que fuera, corría con el fusil y las cartucheras, saltó la trinchera y se dirigió hasta Sharpe. El hombre, con la respiración entrecortada, apenas podía hablar y sólo sostenía un trozo de papel. Su aliento formaba gruesas nubes delante de su cara y tan sólo fue capaz de decir una palabra jadeando.

—¡Señor!

En el papel había el dibujo extraño de un jabalí que Sharpe no entendía, un dibujo sobre el que se había garabateado un mensaje a lápiz.

«¿Recuerda el contraataque f. de Salamanca? Lo estoy viendo. Detrás del pueblo. Diez guineas que va por su lado. Tiradores todos hacia el oeste. 8 bat. ¡Piense que “me” prometió un combate! 2 oficiales f. se acercaron demasiado. Bang, bang. D.W.»

Sharpe se echó a reír. Dulce William.

¿Ocho batallones? ¡Santo Dios! Y Sharpe acababa de enviar a la mitad de sus fusileros y una quinta parte de su mosquetes hacia los espinos. ¿Y si los franceses atacaran ambas posiciones? ¿Y si a Frederickson le cortaban la retirada desde el castillo? Se giró.

—¡Abanderado!

—¿Señor?

—¡Mis saludos al señor Brooker y que vuelva lo más rápido posible! Lo mismo el capitán Cross.

El abanderado echó a correr.

—¡Vaya, señor! —exclamó el corneta que miraba fijamente hacia el pueblo.

Y había motivos para eso y para más. El batallón que se había trasladado hacia el sur lo había hecho para dejar paso a las tropas que iban a asaltar el castillo, tropas que llenaban el valle y que los oficiales agrupaban, tropas que oscurecían el extremo este de los pastos.

—¡Oh, Dios!

—¿Señor? —se interesó el corneta preocupado. Sharpe sonreía e iba sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Corderos para el matadero, chico. ¡Oh, Dios, Dios mío, Dios mío, Dios mío! —Se giró—. ¡Capitán Gilliland!

—¿Señor?

Gilliland salió de la entrada a la torre donde se protegía de la brisa helada.

—¿Ha visto eso, capitán?

Gilliland miró hacia el pueblo y su rostro manifestó incredulidad y sorpresa.

—¿Señor?

—Aquí empieza la primera lección, capitán. —Gilliland no entendía la alegría repentina de Sharpe—. Capitán, va usted a ver una columna francesa. Es un blanco inmejorable y usted lo va a hacer añicos. ¿Me oye, hombre? —Sharpe sonreía con placer, se había olvidado del frío—. ¡Los vamos a matar! ¡Saque los canalones!

Gracias a Dios por el príncipe de Gales. Gracias a Dios por ese Prinny y por su padre loco, y gracias a Dios por el coronel Congreve y gracias a Dios por un general francés que estaba haciendo lo que cualquier otro soldado haría en su lugar. Sharpe le sonrió al corneta.

—¡Tienes suerte de estar aquí, muchacho! ¡Tienes suerte de lo que vas a ver!

—¿Sí, señor?

Sharpe se quedó en los cascotes, el viento le agitaba el cabello negro y se le pasó por la cabeza que tal vez los franceses planearan atravesar el hueco entre el castillo y el convento, pero podía hacer frente a eso. Encararían los cohetes hacia el norte, con la misma facilidad con que estaban encarados al este, y él observaba la voluminosa formación de las filas francesas delante del pueblo y se percató de que la línea central

de la primera fila estaba más a la derecha del camino, y se dio cuenta de que iban a por él. Echó una mirada a la atalaya. Aquella masa creciente sería un blanco tentador para el cañón de Frederickson, pero Sharpe había ordenado que el cañón sólo debía usarse para defender la colina. Frederickson tendría que esperar el momento oportuno.

Buscó al otro abanderado que le llevaba los mensajes y ordenó que dispusieran tres compañías de fusileros dentro del patio, más el resto de los fusileros. Quedaba por resolver cómo contener a los tiradores franceses, un verdadero enjambre, cómo mantenerlos alejados de la trinchera. Avanzó hacia la pequeña excavación, había treinta yardas útiles, y en ellas los hombres de Gilliland estaban haciendo quince canalones en el parapeto, canalones que apuntaban directo al frente, y Sharpe corrigió el ángulo para que cubrieran el centro del valle. Se agazapó detrás de los canalones, vio dónde irían los cohetes si fueran en línea recta y dónde dividirían en dos la línea de ataque, justo a cincuenta yardas por delante. Asintió.

—¡Perfecto!

Los artilleros dispusieron los canalones metálicos en los lechos de tierra. Estaban nerviosos, aterrorizados, pero Sharpe les sonreía, bromeaba con ellos, les hablaba de la inminente victoria que iban a conseguir y su buen humor se fue contagiando. Le dio una palmada a Gilliland en el hombro.

—Hágalos salir. ¡Sin darle importancia, unos cuantos de golpe!

Había ordenado que el pelotón de cohetes se vistiera con gabanes de infantería y mantuvo oculta el arma hasta el último momento. Los fusileros observaban con atención la masa compacta que era el enemigo, y Sharpe los llamó. Les ordenó que se adelantaran en la trinchera, su trabajo consistiría en mantener a los *voltigeurs* alejados de los cohetes, e hizo que las tres compañías de fusileros se alinearan sobre los cascotes. Algunos caerían abatidos ante los tiradores franceses, pero sus descargas formarían un campo mortífero delante de los fusileros.

En cada canalón servían dos artilleros. Los otros se mantenían en reserva. Un hombre ponía las armas en la cuna metálica, el otro encendía la mecha y ambos se meterían a gachas en la trinchera mientras el explosivo ardía por encima de sus cabezas. Y dispararían tan rápido como pudieran, cohete tras cohete, cada canalón podía hacer cinco disparos por minuto liberando setenta misiles por minuto, misiles con proyectiles en la punta; era la muerte ardiendo que salía de la trinchera en dirección a un blanco que aún se estaba concentrando en el pueblo.

Cross había regresado al patio, respiraba con dificultad y parecía estar preocupado. Sharpe dispuso a cinco de sus fusileros en la entrada de la torre, el resto delante de la trinchera, y añadió una compañía de Brooker a los otros fusileros que se alineaban en los cascotes. Los hombres estaban aterrados, una doble fila de cuatro compañías se encaraba a la columna francesa, la fuerza que había derribado reinos, y

la única ayuda de que disponían eran los cohetes larguiruchos que atendían en la trinchera, cohetes que rechazaban despectivamente como si fueran juguetes.

—¡Carguen! —Sharpe los observaba—. ¡A la orden de fuego empiecen con fuego de pelotón! Su misión consiste en mantener a los tiradores alejados de la trinchera. ¡Capitán Brooker!

—¿Señor?

La compañía de Brooker era la que más cerca estaba de la entrada a la torre.

—¡Vigile aquel flanco abierto! Si esos tiradores entran en la trinchera estamos todos muertos. ¡Impídaselo! Y no se preocupe de la columna. ¡Esos ya están muertos! —Les sonrió—. ¡Lo están haciendo por el coronel Kinney! ¡Que vea que esos cabrones se van al infierno!

En ese momento los primeros tambores sonaron, los mismos que habían conducido las columnas hasta Madrid y Moscú, los mismos que habían acumulado en París estandartes capturados, los mismos que tocaban el *pas-de-charge*, el ritmo que acompañaba todos los ataques franceses y que tan sólo se detenía con la victoria o la derrota. Bum-bum, bum-bum, bumabum, bumabum, bum-bum.

Y esta vez eran para Sharpe, tan sólo para Sharpe, el saludo del Emperador a un hombre del orfanato de Londres, y él giró el rostro hacia ellos, vio que los franceses se movían a bandazos y se echó a reír, con la boca abierta al viento. Se reía del orgullo que se había apoderado repentinamente de él, porque los tambores, al fin, eran para él.

Capítulo 23

El general se impacientaba. Sentía que debía hacer algún gesto, tal vez cabalgar a la cabeza de sus hombres o permanecer a un lado y saludarlos mientras avanzaban, pero se quitó esa idea irritado. Los tambores y las banderas provocaban emociones que difícilmente podrían compartir con un enemigo que daba lástima y que iban a aplastar con su golpe macizo. ¡Una almádena para partir una nuez! Sonrió porque sabía que era así, pero si la almádena hacía su trabajo con rapidez entonces valía la pena.

Tiempo. Siempre ese maldito tiempo. Había preguntado la hora cuando los primeros tiradores avanzaban hacia el campo abierto. Las doce menos cuarto. Cuarenta y cinco minutos para formar la columna, no estaba mal, pero seguían siendo cuarenta y cinco minutos perdidos. Bueno, acabarían con ese enemigo descarado hacia mediodía, y entonces podría enviar a los lanceros hacia el desfiladero, a los batallones detrás de ellos y luego los pesados carros de avituallamiento con la comida y las municiones para conseguir aquel plan en mitad del invierno.

Un coronel de artillería se apostó junto al general. El hombre permanecía callado y ofendido, quería soltar la pólvora de sus cañones contra los defensores del castillo, pero el general se había burlado de aquella idea. Bombardear al enemigo les haría perder más tiempo y él sospechaba que los británicos podían protegerse tras las murallas de piedra y que sus artilleros tardarían horas en reducirlos a cascotes. No, la infantería podía resolverlo rápidamente: perdería a algunos hombres en la vanguardia, luego pasaría por los cascotes de la muralla este y abriría una ruta hacia Portugal.

En la colina de la atalaya, Pierre aceptó un trago de la cantimplora del capitán Frederickson e hizo una señal en dirección al valle.

—Me parece que está usted a punto de perder. Frederickson sonrió burlesco.

—¿Se quiere apostar algo?

El francés sonrió y se encogió de hombros.

—No me gusta apostar.

Frederickson levantó la vista hacia la parte más alta de la torre.

—¿Algo para nosotros? —gritó.

—No, señor.

Volvió a mirar hacia el valle. Los tiradores estaban en orden disperso frente a la enorme columna, cientos de malditos tiradores, y a Frederickson no le gustaba mirarlos. Amenazaban la cima en la que él sabía que Sharpe ocultaba los cohetes. Él había observado cómo habían transportado las armas extrañas y a través de su telescopio y con fascinación cómo alineaban los canalones, y ahora no veía la débil línea de fusileros que iban a tener que rechazar a los *voltigeurs*. Los iban a acosar.

—¡Teniente Wise!

—¿Señor?

Frederickson envió a la mitad de sus fusileros, cuarenta hombres, hacia el oeste. El teniente debía conducirlos hasta que estuvieran casi delante de la trinchera y entonces, desde el borde de los espinos, debían disparar ante el avance de los *voltigeurs*. Frederickson les gritó cuando ya estaban de camino.

—¡Y maten a esos oficiales cabrones!

En el castillo, Sharpe ordenaba lo mismo a sus fusileros y en especial a los tiradores apostados en la garita.

—¡Oficiales! ¡A por los oficiales!

El capitán Gilliland, intentando controlar los nervios, permanecía junto a Sharpe en el extremo norte de los cascotes.

—Podríamos disparar ahora, señor.

—No, no, no.

La columna estaba a trescientas yardas de distancia, su sonido llenaba el valle con el fragor de los tambores y Sharpe no tenía ninguna fe en la puntería de los cohetes. A esa distancia, al menos tres cuartos se perderían, probablemente más, y él esperaría. Esperaría hasta que el arma no pudiera fallar.

¡Pero por Dios! Los *voltigeurs* le preocupaban. ¡Ellos solos ya eran más que sus defensores! Esperaría, pero mientras esperaban, los *voltigeurs* les acosarían, y entonces se oyó el chasquido de un fusil procedente de la garita y el disparo provocó una descarga de los franceses, una descarga efectuada desde muy lejos, pero las balas de mosquete perturbaron el aire en la muralla este y Sharpe miró hacia su derecha y percibió el miedo en el rostro de los fusileros.

¡Y no era de extrañar, por Dios! La columna avanzaba en dirección sudoeste, directa al castillo, conducida por los tambores, un gran bloque de tropas de cien pies de ancho y ochenta yardas de profundidad, y para quienes observaban desde la colina parecía que hubieran pisoteado una gran franja de pasto, aplastándola como si una apisonadora hubiera atravesado el valle. Ahora disparaban los fusiles, su humo se elevaba por encima de la trinchera, sus balas en los franceses que blandían espadas, pero los *voltigeurs* seguían avanzando. Luchaban en parejas, un hombre hincaba la rodilla en el suelo y disparaba, el otro recargaba, y los fusileros eran muchos menos. Los casacas verdes se echaban al suelo para esquivar las descargas de los otros fusileros y costaba mucho recargar un fusil en esa posición. Sharpe observaba cómo los hombres sujetaban las culatas con los pies, empujaban las baquetas y luego rodaban sobre sus vientres para apuntar y volver a disparar.

Las balas de mosquete les daban tirones a los fusileros. Un hombre pegó un grito, tenía la mandíbula destrozada, otro cayó hacia atrás en silencio y su cuerpo quedó inmóvil sobre los cascotes y los sargentos empezaron a cerrar las filas. El campo estaba cubierto de tiradores, las llamaradas de sus fusiles eran constantes, el humo

formaba nubes espesas sobre la hierba.

—¡Los fusileros avancen hacia la trinchera! —les chilló Sharpe.

Moverse era mejor que sufrir estando inmóvil, se acercarían veinte yardas al enemigo y sus mosquetes tendrían una oportunidad mejor para barrer a esos malditos tiradores de su frente.

Los oficiales no cesaban de dar órdenes. No de que anduvieran por las piedras rotas, sino de que avanzaran a gatas, y Sharpe les gritó que formaran bien las filas, los mantenía ocupados con sus órdenes. Entonces miró a la izquierda y vio que los primeros *voltigeurs* se encontraban a cuarenta yardas de la trinchera.

—¿Capitán Brooker?

—¿Señor?

—¡Abra fuego!

—¡Señor! ¡Batallón! ¡Apunten! —Una pausa. La fina espada descendió—. ¡Fuego!

Gracias a Dios por las horas de instrucción; gracias a Dios, por toda su estupidez a veces, el ejército británico era el único ejército que instruía a la infantería con municiones reales. La primera descarga derribó a cuatro tiradores franceses, asustó a los otros y los fusileros iniciaron los movimientos que constituían la segunda naturaleza del soldado: disparar, cargar, disparar, cargar, cuatro veces por minuto, mordiendo las balas de los cartuchos de papel, sin hacer caso del enemigo, sin ver nada más allá del humo sucio que se extendía en jirones por encima de la trinchera, echando la pólvora, atacando la bala y el cañón de nueve pulgadas, sosteniendo la baqueta contra el cuerpo, llevándose el pesado fusil al hombro y esperando la orden de disparar del oficial. No se podía apuntar a nada, tan sólo se veía una nube de humo que ocultaba sabe Dios qué horrores, una nube de humo que a veces se crispaba cuando una bala enemiga la atravesaba. Y entonces el pelotón siguiente en la línea disparaba, el oficial disparaba, y la culata reculaba contra el hombro, la pólvora que había en la cazoleta salpicaba la cara, la bala de plomo de tres cuartos de pulgada se adentraba en el humo de golpe y se dirigía al campo.

Y los hombres iban cayendo. Algunos se incorporaban, apretaban los dientes por el dolor y seguían disparando; otros gateaban hacia la retaguardia, sangrando y heridos, la vida se les iba y se les nublaban la visión. Sharpe les gritaba a los sargentos que no ayudaran a los heridos, pues los hombres con esa excusa escapaban del combate, y la voz de Sharpe se elevó bien alta por encima de las descargas del pelotón y del sonido de los tambores.

—Disparen a todo hombre que abandone las líneas. ¡Me oyen, sargentos!

Le oían, y los heridos se desangraban sin recibir ayuda y los mosquetes llameaban y retrocedían de golpe, y las descargas del pelotón corrían como puñaladas candentes por la cara de los hombres del medio batallón.

También funcionaba. Setecientas balas de mosquete por minuto estaban convirtiendo la delantera de la trinchera en un lugar salvaje, y los *volligeurs* se dividieron a izquierda y derecha. Sharpe se había adelantado, hacia el lado de las descargas de mosquete, y por entre el humo vio que los franceses venían por la izquierda y se giró.

—¡Capitán Brooker! ¡Las filas de la izquierda diez pasos atrás! ¡Inclinación!

¡Y la derecha! ¿Qué diablos podía hacer con la derecha? No tenía hombres suficientes para llenar el hueco en la muralla derruida y les gritó a los fusileros.

—¡Vista a la derecha!

La compañía de Brooker disparaba de lado, disparaba hacia la columna que avanzaba, pero era insuficiente para hacer retroceder a los *voltigeurs*. Sharpe vio que los franceses se precipitaban hacia delante, se arrodillaban, otra llamarada y una bala tintineó en la punta de acero de su vaina y la espada se balanceó en las correas. Oyó a los fusileros de la garita y vio cómo el hombre que le había disparado se desplomaba haciendo pequeños movimientos con una mano, como si golpeará el aire en busca de ayuda, y luego el francés se desplomó sobre la hierba. Y la columna avanzaba. Apenas se había alejado del pueblo, a tres minutos de marcha como mucho; los tambores se oían más, ejecutaban la música francesa de la conquista, y Sharpe corrió hacia la derecha mientras los hombres de Brooker recargaban; le preocupaba el flanco derecho.

Espinos humeantes, llameantes, franceses que retrocedían, gritaban alarmados y Sharpe sonrió. Frederickson había enviado ayuda y Sharpe se dio cuenta que debía haberla pedido, pero ahora no importaba porque los fusileros conseguían que retrocedieran los franceses. Un *voltigeur* espoleó su caballo y se dirigió hacia el lugar; les gritaba a sus hombres que introdujeran las bayonetas entre los espinos. Sharpe supuso que el hombre había sido alcanzado por cuatro o cinco balas, pues pareció que era impelido hacia atrás de su caballo, con la casaca repentinamente salpicada de rojo, su caballo relinchó, giró y se fue galopando por el frente del castillo y una descarga de fuego de mosquete lo abatió.

De atrás, a la izquierda, el aire se llenaba del sonido de la batalla, con mosquetes, chillidos, gritos de dolor, el restregar de las baquetas, los chasquidos de los pesados pedernales y los tambores, siempre los tambores. Los *voltigeurs* causaban bajas entre los fusileros, se comían las filas, derribaban hombres, y las descargas del pelotón se vieron reemplazadas por hombres que disparaban lo más rápido que podían, cargaban, disparaban con los rostros ennegrecidos por la pólvora y con las bocas arenosas. Lo único que les permitía dominar su miedo era la instrucción que habían practicado una y otra vez.

Un abanderado salió arrastrándose de la compañía de Brooker, vomitaba sangre, le dirigió a Sharpe una última mirada acusadora tras la cual se dejó caer; una bala

francesa golpeó su cuerpo muerto. Sharpe regresó a los cascotes, subió y vio que los *voltigeurs* estaban cerca, muy cerca de la trinchera, en algunos lugares tan sólo a veinte yardas, y también vislumbró, entre el humo, los cuerpos inmóviles de dos fusileros, y miró a la izquierda. La columna, con las bayonetas brillantes, seguía avanzando ya muy cerca. Veía las bocas abiertas de los franceses, se dio cuenta de que gritaban «*Vive l'Empereur*», y Gilliland le tiró a Sharpe de la manga.

—¿Ahora?

—¡No! ¡Espere!

Esperaba a los *voltigeurs* que, envalentonados, corrían uno o dos pasos, se arrodillaban, y otro fusilero gritó y fue derribado, mientras la sangre salpicaba a la tropa y seguían cargando y disparando, y los hombres maldecían cuando se les rompía el pedernal y los sargentos les acercaban los mosquetes de los muertos para que siguieran disparando.

Los *voltigeurs* se unían a la columna. Ahora estaba cerca, casi el tiempo justo para que Sharpe soltara los cohetes y sintió alivio cuando los cornetas de los *voltigeurs* les mandaron regresar. Los llamaban para que fueran a engrosar las filas de aquel ataque abrumador, mientras los tambores seguían redoblando; quienes manejaban los palillos lo hacían frenéticamente, como si al golpear los cueros tensados pudieran conducir personalmente la columna contra el castillo.

Un coronel francés murió frente a la columna. En la garita, uno de los hombres de Cross sonrió.

—Cuatro.

Mordió otro cartucho, empezó a recargar.

Delante del convento, Patrick Harper tenía a sus diecisiete fusileros disparando hacia el valle. Sus disparos contra la columna a aquella distancia eran certeros, pero con tan escasa dotación no podían pretender detenerla.

El general tamborileaba con sus dedos sobre el estuche de escribir al ritmo de los tambores. Miró a Dubreton cuando pareció que el humo se tragaba la delantera de la columna.

—Eso es, Alexandre. Una buena instrucción, ¿eh?

En la atalaya, Frederickson y el ayudante de campo capturado estaban juntos. Frederickson se rascó bajo el parche del ojo.

—¡Ahora! ¡Ahora!

Sharpe hizo bocina con las manos.

—¡Fusileros atrás!

Él veía ahora la columna con tanta claridad como sus propios hombres. Veía a los jóvenes de la primera fila que se dejaban crecer el gran bigote que amaba la infantería francesa y veía los mosquetes que bajaban, pues era la única descarga desigual que dispararía la primera fila antes de liberar las bayonetas.

—¡Escuadrón de cohetes!

Esperó. Cincuenta yardas. No podían fallar. No se habían usado nunca en tierra contra el enemigo. Una cosa destruía una columna con mayor rapidez que cualquier arma, la artillería, y Sharpe estaba a punto de dejar ir una presa de bombas. Vio que los mosquetes franceses subían.

—¡Fuego!

Los primeros cohetes ya estaban preparados en los canalones, el botafuego tocó las mechas y durante un segundo no sucedió nada. La descarga francesa, cincuenta balas de mosquete, llenaba el aire, pero Sharpe no estaba al corriente de ello. Oyó el primer chillido de los franceses, los gritos triunfantes de victoria y luego todo quedó ahogado por el sonido impetuoso de los resplandecientes tubos de escape. El humo, las chispas y las llamas rugieron y se hincharon al salir de la trinchera.

Como bolas de fuego lanzadas a una velocidad increíble, como la pesadilla de un soldado o la muerte que emerge del suelo abrasando al salir de la trinchera, los cohetes, al no tener la oportunidad de elevarse en el aire y tan sólo poder lanzarse hacia delante, se enterraron en la columna. Eran cohetes que procedían del frente y de la derecha y los franceses que habían empezado a correr vieron de repente el humo increíble, como un banco de niebla espesa, y en aquella espesura una tupida línea de llamas gigantes, llamas que brincaban. Las cabezas de los cohetes se metieron por entre la columna, fila tras fila, línea tras línea, abriéndose paso, abrasando con sus colas, haciendo más ruido que los tambores; y la primera cabeza explotó.

—¡Fusileros! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

Los fusileros habían retrocedido con aquella llamarada furiosa y ahora permanecían boquiabiertos mientras veían el arma por primera vez. Sharpe gritó con rabia.

—¡Fuego! ¡Eh, cabrones! ¡Fuego!

Dios, cuánto había dejado que se acercaran. Necesitaba las descargas para frenar a las primeras filas, porque los franceses todavía podían ganar si tenían la astucia de abalanzarse hacia delante.

Más cohetes, la segunda descarga, algunos equipos eran más rápidos en cargar los canalones metálicos que otros, tenían que agacharse corriendo pues la cola ardía sobre sus cabezas, y luego lanzaban otro cohete de doce libras en la cuna y le prendían fuego a la cola.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa! —Gilliland casi saltaba arriba y abajo de excitación—. ¡Más deprisa!

Un cohete consiguió elevarse, con estrépito, en el aire del valle similar a una línea de llamas que acumulaba el humo detrás, y los franceses que había en el pueblo lo vieron, vieron que aquella cosa extraña ascendía hasta penetrar en la nube baja.

—¿Qué diablos es?

El general no veía nada desde el castillo, solamente una propagación de humo que parecía propulsada por un resplandor intermitente de llamas.

—¿Una explosión? —preguntó Ducos frunciendo el ceño.

Un francés surgió del fuego, temeroso y perdido, con la bayoneta brillante, y vio a los hombres que estaban en la trinchera y entendió cuál era su deber. Los fusileros, que tenían orden de quedarse con el escuadrón de cohetes, lo vieron y dos dispararon. El francés cayó hacia atrás y un cohete se alojó en su cuerpo, empezó a correr, arrojando chispas y espeso humo, y un cabo fusilero corrió hacia él, le quitó la cabeza de una patada, y ésta se deslizó cada vez más deprisa sobre la hierba y desapareció entre su propio humo.

La parte de la columna situada más al norte se estaba librando de los cohetes. Oían el ruido, los gritos, veían las explosiones que parecían provenir de veinte yardas columna adentro, pero se abrían paso hacia adelante y Sharpe indicó el blanco a la compañía de Brooker.

—¡Fuego!

Fue una pequeña descarga, pero los detuvo y dejó una barrera de muertos sobre la hierba. Entonces Gilliland se abrió paso hasta Sharpe, clavó un canalón en la hierba con su bota y un artillero colocó un cohete en su interior. Otro hombre prendió el botafuego y Sharpe se separó de aquella llama horrible.

—¿Cuántos lanzadores tienen?

—¡Cuatro!

—¡Cójalos!

Los cuerpos muy apretados de los franceses absorbían la fuerza terrible de los cohetes. Los misiles atacaban a fondo, aminoraban cuando surcaban las filas y luego se detenían, envueltos en carne, y las llamas del explosivo abrían una franja abrasada, y entonces la bomba, con la mecha escondida en el tubo de metal, escupía sangre y fragmentos de hierro entre los franceses.

No había hombre que pudiera penetrar en aquella nube de llamas. El ruido de los tambores cesó totalmente, acallado por el ímpetu aullador de los cohetes, por las explosiones. Los cohetes seguían impulsándose, seguían introduciéndose entre las filas, abriendo nuevos canales de destrucción, explotando, y lo único que veían los franceses era el humo, las llamas que los envolvían, y tenían los oídos llenos de ruido, de los gritos de los compañeros moribundos. Y retrocedieron.

Más cohetes se habían elevado por encima de las cabezas de la columna, uno los sobrepasó y se dirigió hacia el valle, sobre la hierba pisoteada y giró a la izquierda, ascendió y los oficiales del estado mayor franceses lo observaron atemorizados. El ruido invadía el valle, el humo constituía el telón de fondo de las grandes llamas y entonces la bomba explotó al norte del pueblo y los fragmentos salieron despedidos del humo negro y el palo, ardiendo, y cayeron a tierra.

Ducos observaba el humo de la explosión como hipnotizado.

—Coronel Congreve.

—¿Qué?

—El sistema de cohetes de Congreve —dijo cerrando el telescopio de golpe.

El general sacudió la cabeza, se giró hacia la columna. La retaguardia parecía estar intacta, las filas seguían formadas, pero con las explosiones la vanguardia de su enorme columna estaba enterrada en una nube de llamas retorcidas.

—No se mueven.

Dos cohetes más describieron un arco por encima de la columna, golpearon contra el suelo, botaron y explotaron en el valle. Otros dos fueron hacia el norte, elevándose caprichosamente sobre el convento. Pero la mayoría se incrustaban en la columna, se retorcían y se abrían camino a llamaradas hacia la diana humana, ruidosamente, y despidiendo fuego para acabar explotando entre las filas; los fusileros seguían disparando.

—¡Alexandre!

El general espoleó su caballo. Él no podía permanecer mirando mientras sus hombres morían y se lanzó al galope por el camino y le gritó a Dubreton.

—¿Qué diablos son los cohetes?

—¡Artilería!

El general renegó una y otra vez. Podía oír las armas y también percibió que los tambores habían callado. Oía gritos y chillidos, el sonido del pánico, y se dio cuenta que en cuestión de segundos las filas tan disciplinadas se disolverían y se convertirían en una chusma dominada por el pánico.

—¿Por qué diablos los habrán traído hasta aquí?

Dubreton le contestó con la terrible verdad.

—¡Sabían que vendríamos!

—¡Sigán disparando! —les gritaba Sharpe a sus hombres—. ¡Están venciendo a esos cabrones! ¡Fuego! ¡Fuego!

La ciencia al servicio de la guerra. La muerte impelida por fuego, y los cohetes se salían de los canalones, resbalaban delante de la llama, cada vez más rápido, se elevaban unas cuantas pulgadas y se proyectaban hacia el enemigo. Algunos llegaban a la altura de la rodilla, rebanando fila tras fila, otros rebotaban contra los hombres y se dirigían hacia la masa de franceses. Y los franceses corrían, se dispersaban. Las explosiones y las llamas arrasaban el valle convirtiéndolo en un lugar en que todo era muerte misteriosa y humo espeso y fragmentos de bomba dentados. Y siempre esos rugidos salidos del infierno se les acercaban más deprisa que el rayo, les retumbaban en los tímpanos y mataban, mataban y mataban.

—¡Sigán disparando!

Los hombres de Frederickson, ya fuera de los espinos, cargaban y disparaban, apuntaban a cualquier oficial que pareciera comandar a un grupo de hombres, y los fusileros lanzaban sus descargas contra el humo que todo lo oscurecía y sólo se oían chillidos y más chillidos, pero los tambores se habían callado.

Un nuevo ruido en aumento como ningún otro en la tierra, como una gran catarata que siseaba y bullía y rugía, con las llamas lanzando chispas y humo hacia atrás, y Sharpe vio que los resplandores irrumpían en la gran humareda, algunos se elevaban, y los resplandores rojos no se detenían cuando daban en un hombre, sino que seguían hasta perderse de vista. Y ordenó el alto al fuego.

Los oficiales y los sargentos repitieron la orden.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Silencio. No, silencio no. Un silencio relativo porque los muertos no producían sonido alguno, tan sólo los moribundos. Gemidos, lloros, sollozos, llamadas de ayuda, maldiciones por la vida que se acababa y, en el murmullo de todo aquel dolor, Sharpe sintió que la ira de la batalla decrecía en él.

—¿Capitán Brooker?

—¿Señor?

—Dos filas en los cascotes. Puede ocuparse de sus heridos.

—Señor.

Brooker tenía cara de espanto. Él no quería luchar aquí; había considerado a sir Augustus Farthingdale un hombre sensato y prudente y no podía creer que hubieran luchado y hubieran ganado.

La voz de Sharpe mostraba irritación.

—¡Aún hay más, capitán! ¡Venga!

—¡Señor!

Aún había más. Pero el humo se fue despejando lentamente, la brisa se lo llevaba por encima de los muertos y heridos británicos y cuando finalmente el humo se hubo desvanecido Sharpe apreció los frutos de su trabajo. Señales de quemaduras que se abrían en abanico desde el terraplén poco profundo y luego la sangre. Apenas había cadáveres después de la batalla, parecía que una mano gigante hubiera estrujado al enemigo hasta matarlo, que hubiera desperdigado los fragmentos humanos sobre la hierba de invierno, bajo las nubes bajas, y luego percibió cuerpos rotos y quemados, y los heridos se agitaban en la carnicería como criaturas que se levantan de un charco de sangre.

El escuadrón de cohetes tenía quemadas las manos y las caras y abrasados los uniformes, pero sonreían mientras se iban poniendo de pie en la trinchera. Sonreían porque habían sobrevivido y se quitaron la tierra de los gabanos y los pantalones y luego se giraron para mirar al enemigo.

Sharpe también miró, contempló el lugar que los cohetes habían perforado y retorcido en las filas. Las llamas indicaban dónde ardían las baquetas; una prendió fuego en el uniforme de un francés herido que no consiguió sacársela y le explotó la bolsa de municiones y vomitó más humo sobre la hierba. Parecía que los muertos se extendían hasta la mitad del camino al pueblo y Sharpe jamás había visto un campo después de una batalla como aquél. El sonido realmente era como el de un campo después de una batalla, el sonido de los moribundos.

—¿Capitán Gilliland?

—¿Señor?

—Le agradezco sus esfuerzos. Dígaselo a sus hombres.

—Sí, señor.

Gilliland lo dijo en voz baja, como Sharpe. El oficial de fusileros seguía mirando fijamente el campo. Vio dos caballos a medio camino en dirección al pueblo, jinetes que observaban fijamente igual que él. Detrás de ellos la infantería francesa formaba filas. Sharpe sacudió la cabeza. Quince cañones disparando metralla hubieran causado más destrucción, pero había algo en aquellas señales de quemaduras, los muertos abrasados, los heridos y cadáveres desperdigados; había algo que era diferente a todo lo que él había visto.

—Supongo que algún día todos los campos de batalla serán como éste.

—¿Señor?

—Nada, capitán Gilliland. Nada.

Sacudió la cabeza para quitarse aquel pensamiento de encima, se dio la vuelta y vio al corneta con el fusil colgado del delgado hombro aún. Sharpe se lo cogió, estiró para sacar la correa del brazo izquierdo y los ojos se le llenaron de lágrimas porque el muchacho tenía una bala de mosquete alojada en la cabeza. Debió ser rápido, pero el muchacho no llegaría nunca a ser un fusilero.

El primer copo de nieve cayó cuando Sharpe se alejó caminando. Cayó suavemente; como el amor, parecía que dudaba, luego se asentó en la cabeza del corneta. Se fundió, enrojeció y desapareció.

La segunda tregua en un día, una tregua que duraría hasta las cuatro en punto. Esta vez el general se adelantó a caballo con Dubreton para poder ver a ese Sharpe con sus propios ojos, y estuvo de acuerdo con la tregua de cuatro horas porque sabía que ese día ya no podrían atravesar el desfiladero. Necesitaba tiempo para trazar nuevos planes que soslayaran la demora que le imponía aquel fusilero alto, con una cicatriz en el rostro austero. Necesitaba tiempo para recoger a los heridos frente al castillo, sacarlos de aquel lugar de carne quemada y hierba abrasada.

Tantos heridos, tantos muertos. Sharpe intentó contarlos desde el torreón de la garita, pero los cadáveres poblaban densamente el valle, y escribió en un trozo de

papel que simplemente habían destrozado más de un batallón enemigo. La mayoría eran heridos que llenaban a rebosar las estancias de los médicos franceses, los transportaban en las ambulancias o en las camillas lentas bajo la nieve que iba cayendo.

Al noreste del pueblo, atrapados en una maraña de espinos, algunos lanceros encontraron un cohete que se había apagado sin llegar a explotar. Se lo llevaron a Adrados, pero antes de eso uno de ellos vio jinetes sobre las cimas de las colinas, vio la llamarada de un mosquete y cuando le entregaron aquella arma al comandante Ducos le comunicaron que había un enemigo que acababa de llegar a las colinas. Guerrilleros.

Ducos se agachó sobre el cohete en la posada, examinó cómo estaba construido, separó el tubo de metal de la cabeza para ver dónde se había separado la mecha. Se enderezó, la vista se le desenfocó y se preguntó cuánto habría quemado. Pensó que tal vez fuera posible meter más pólvora en el cilindro e intentar disparar el arma. Empezó tomándole las medidas a la cabeza del cohete, anotaba las cifras en un papel con su letra apretada; mientras, en el piso superior, los heridos chillaban cuando los médicos les arrancaban las ropas carbonizadas de la piel quemada.

En el patio del castillo los fusileros hirvieron agua y luego la echaron por los cañones de los mosquetes para quitar la suciedad de los depósitos de pólvora; se llenaron las bolsas de municiones, observaron cómo la nieve iba cuajando y deseaban que los franceses ya hubieran recibido suficiente.

En las mazmorras del castillo Obadiah Hakeswill se frotaba las muñecas donde había llevado las cuerdas, sonrió a los demás prisioneros y les prometió escapar. Bajo la luz opaca, alejado de las antorchas que iluminaban la escalera donde vigilaban los guardias, se fue escurriendo por la pared del fondo, entre la porquería y los charcos fríos, hasta que se encontró en el rincón más oscuro. Allí se puso de pie, su desnudez resultaba pálida frente a aquellas piedras oscuras y el rostro se le crispó al estirar de una piedra elevada sobre el muro. Se movía lentamente, en silencio, sin querer llamar la atención. Él había recordado aquello que todos parecían haber olvidado.

En la colina de la atalaya Frederickson escribió algo en un trozo de papel, luego se lo dio al oficial francés.

—La dirección de mi padre. Sabe Dios si me iré a reunir con El.

Pierre tenía una tarjeta y en el reverso le escribió su dirección.

—¿Después de la guerra, quizá?

—¿Usted cree que acabará?

Pierre se encogió de hombros.

—¿Acaso no estamos todos cansados de ella?

Frederickson no lo estaba, pero no le pareció correcto decirlo.

—¿Después de la guerra, entonces?

Miró al lancero alemán que habían capturado y en cuya lanza izaron un sucio trapo blanco. El lancero no estaba contento, odiaba portar la bandera improvisada y Frederickson le habló en alemán.

—Si no la lleva, su propia gente le va a disparar.

Volvió a mirar a Pierre y le habló en francés.

—¿Va a cumplir con todas las tonterías de siempre? ¿Esperar al canje, no luchar contra nosotros hasta ese momento?

—Cumpliré con las tonterías de siempre —contestó Pierre sonriendo.

—¿Y no explicar lo que ha visto aquí arriba?

—Por supuesto que no. Aunque no puedo hablar por él —añadió Pierre mirando al lancero.

—Él no ha visto los cohetes en la torre. No puede explicar nada.

Frederickson sonrió contento después de soltar aquella mentira, sabía que el sargento Rossner le había descrito con mucho detalle al lancero cómo eran los inexistentes cohetes que se amontonaban en la cima de la colina.

—Siento que se vaya, Pierre.

—Es usted considerado al permitírmelo. ¡Buena suerte! A ver si nos vemos después de la guerra.

Frederickson los despidió. Miró a uno de sus sargentos.

—Un hombre realmente agradable, ése.

—Así parece, señor.

—También sensato. Prefiere la catedral antigua de Salamanca a la nueva.

—¿De verdad, señor?

El sargento no se había percatado de que hubiera una catedral en Salamanca, y menos aún dos.

Frederickson se volvió y vio al teniente Wise que subía por entre los espinos.

—¡Bien hecho, teniente! ¿Alguna baja?

—El cabo Baker ha perdido un dedo, señor.

—¿De la mano izquierda o de la derecha?

—De la izquierda, señor.

—Bien, aún puede disparar un fusil. ¡Espléndido! ¡Y cuando nos quedemos sin municiones lanzaremos bolas de nieve! —Le dirigió una sonrisa burlona al sargento—. Que se levanten en armas los cuatro rincones del mundo, sargento, que los aplastaremos.

—Si nos dieran la oportunidad, señor.

—¡Ya nos llegará, sargento, ya nos llegará!

Hacia el norte del pueblo, bien lejos de los tiradores de primera apostados en la colina de la atalaya, le quitaban el armón a dos baterías de cañones franceses. Se

llevaron a los caballos, las municiones quedaron bien amontonadas junto a los cañones y la nieve cuajaba sobre las balas y en las bolsas de sarga que contenían pólvora. Los artilleros eran fuertes y confiados. La infantería había fracasado y el general actuaba con sensatez y había llamado a la artillería. No simplemente la artillería, sino la artillería francesa, el arma de Napoleón. Todo artillero francés se enorgullecía de que el emperador fuera un artillero. Un sargento limpió la nieve de la N coronada que había en la recámara de un cañón, entrecerró los ojos y siguiendo el cañón del arma miró hacia el convento. «Pronto, querido —pensó—, pronto.» Le dio unas palmaditas al cañón como si el monstruo de bronce, hierro y madera fuera un hijo predilecto.

Sharpe se dirigió hacia el convento durante la tregua, sus botas fueron dejando pisadas sobre la nieve y se detuvo a la puerta para contemplar los cañones, unos cañones que le miraban directamente. Entró, pasó por el carpe que estaba decorado de nuevo con una delicada tracería de nieve y le pareció imposible que fuera tan sólo la mañana anterior cuando había estado observando a los fusileros alemanes que decoraban las ramas desnudas.

Habló con los oficiales, sus palabras les sorprendieron, les hizo repetir sus órdenes y luego fue a las posiciones para asegurarse de que le habían entendido. Los oficiales de fusileros se sintieron aliviados con sus palabras.

—No vamos a defender el convento, caballeros.

—¿Se guarda algo en la manga, señor? —le preguntó Harry Price sonriendo.

—No, Harry.

Sharpe fue abajo y encontró a Harper.

—¿Patrick?

—¿Señor? —sonrió el hombretón.

—¿Todo bien?

—Ajá. ¿Qué sucede? —Sharpe le explicó el qué y el irlandés asintió con su gran cabeza—. Los chicos estarán encantados de volver con usted, señor, seguro.

—Yo estaré encantado de tenerlos conmigo. Dígaselo.

—Eso ya lo saben. ¿Cómo está mi amigo el soldado Hakeswill?

—Pudriéndose en las mazmorras.

—Eso he oído. —Harper sonrió con burla—. Eso está bien.

—¿Ha clavado el cañón?

—Aja, no lo podrán disparar si van con prisas.

Harper había metido un clavo en el fogón, luego lo había limado bien con la recámara. Tendrían que taladrar todo el fogón, luego reemplazarlo con una cuña de hierro, en la que tendrían que volver a perforar un fogón, éste se insertaba desde el interior del cañón y había que darle forma para que cada disparo consecutivo del arma lo metiera a fondo. Harper se rascó una sien.

—¿Supone que será esta noche, señor?

—¿Al anochecer?

—Ajá.

—Buena suerte.

—Los irlandeses no necesitan suerte, señor.

—Tan sólo quitarse a los ingleses de encima, ¿no? —dijo Sharpe riendo.

Harper sonrió.

—¿Ve, señor, cómo con el ascenso ya tiene sentido común?

Sharpe regresó atravesando el valle, la nieve caía con fuerza, sólo eran visibles unas pocas matas de hierba sobre la blanca capa. Él pensaba que los franceses atacarían el convento, aunque había la posibilidad de que el asentamiento de los cañones tuviera la intención de despistarlos, pero no lo creía. Los franceses necesitaban el convento para poder colocar sus cañones grandes tras la protección que proporcionaban sus muros y bombardear las murallas norte del castillo. Luego irían a por la atalaya, para que sus cañones pudieran disparar de lleno en el patio, y a lo que más temía era a los *howitzers* que lanzarían las bombas muy altas por el aire antes de caer sobre los defensores. Mañana.

La nieve crujía bajo sus botas, y le cubría la cara y también las antiguas murallas con un matiz blanco que resultaba curiosamente hermoso. La nieve había borrado las manchas oscuras de la hierba. Se preguntaba durante cuánto tiempo podrían retener aquella posición. El tiempo entorpecía cualquier ayuda y ya sólo les quedaban cuatrocientos cohetes. Gilliland no había podido traer más por la necesidad de llevar los suministros de los fusileros, de todas maneras Sharpe no creía que usaran muchos más cohetes en la Entrada de Dios. Él tuvo una idea para ellos, una idea fruto de la desesperación, y ya habían servido para su propósito, igual que las espoletas de acción rápida que le había tomado a Gilliland con otra intención. Las espoletas eran para disparar tandas de cohetes, y a Gilliland no le había gustado perderlas, pero ya les llegaría la ocasión.

Arriba en el castillo, el médico de los fusileros serraba una pierna. Había retirado la piel que recubriría el muñón, había cortado el músculo atando los vasos sanguíneos e iba rápido con la sierra corta. Unos ordenanzas aguantaban al fusilero sobre la mesa, el hombre intentaba contener los gritos mordiendo el pedazo de cuero doblado que ya había aliviado el dolor de otros quince hombres, y el cirujano gruñía mientras el hueso se astillaba y se pulverizaba bajo los dientes de la sierra.

—Ya casi está, hijo. ¡Buen chico! ¡Buen chico!

En la trinchera desde donde se habían disparado los cohetes, los fusileros alemanes de Cross enterraban a sus dos muertos. Habían hecho más profunda la trinchera, depositaron los cuerpos dentro y luego los cubrieron con rocas que impedirían a las aves de presa escarbar en busca de carne muerta. Encima

amontonaron algo de tierra y la observaban mientras Cross pronunciaba unas palabras tristes y poco adecuadas y luego, cuando la nieve fue salpicando la tumba, cantaron la canción nueva de los alemanes en esta guerra, «*Ich hatt' einen Kameraden, Einen bess'ren finds du nicht...*» A Sharpe, que estaba en la torre del homenaje, le llegaron sus voces. «Yo tuve un compañero, no podría encontrar otro mejor.»

El capitán Brooker estaba frente a Sharpe, se había afeitado, llevaba el uniforme cepillado e hizo que Sharpe se sintiera sucio y desaliñado.

—¿La factura, capitán?

—Quince muertos, señor. Treinta y ocho heridos graves.

—Lo siento. —Sharpe cogió el papel que le tendía y lo guardó en su bolsa—.

¿Municiones?

—Un montón, señor.

—¿Raciones?

—Dos días, señor.

—Esperemos que no dure tanto —dijo Sharpe rascándose la cara—. ¿Así que nos quedan ciento ochenta fusileros en el castillo?

—Ciento ochenta y dos, señor. Con los oficiales, por supuesto, son más.

—Sí. —Sharpe sonrió intentando vencer las reservas de Brooker—. Y tenemos que rechazar a todo un ejército.

—Sí, señor —contestó Brooker con tristeza.

—No se preocupe, capitán. Esta noche tendremos a los noventa fusileros del convento.

—¿Usted cree, señor?

Sharpe estuvo a punto de espetar que no lo hubiera dicho si no lo creyera así, pero se contuvo. Necesitaba de la cooperación de Brooker, no su enemistad.

—Y todavía hay casi unos ciento cincuenta en la colina de la atalaya.

—Sí, señor. —El rostro de Brooker resultaba lúgubre, como el de un predicador metodista que revelara las predicciones del infierno.

—¿Ha comprobado los prisioneros?

Brooker no lo había hecho pero tenía miedo de Sharpe.

—Sí, señor.

—Bien. Sólo me faltaban esos cabrones. Envíe a unos hombres nuevos para la guardia de esta noche.

—¿Les damos de comer, señor?

—No. Que pasen hambre, esos cabrones. ¿Tiene hora, capitán?

Brooker sacó un pesado reloj del bolsillo.

—Las cuatro y cuarto, señor.

Sharpe se dirigió hasta un gran agujero que había en la muralla, donde unas piedras habían caído de una saetera. La nieve caía inclinada sobre el valle. Fuera

estaba oscuro, el cielo era casi negro, las nubes avanzaban el anochecer. Por debajo de donde estaba vio al capitán Cross junto a una tumba nueva, más pequeña, y vio a un fusilero que antaño había sido un corneta llevarse el instrumento del muchacho a los labios. Primero tocó la llamada de los cornetas, corta y simple; las notas se oyeron claramente por el valle que se oscurecía. Luego, una llamada larga, a petición de Sharpe por el muchacho muerto, la llamada que era para poner el reloj en hora. Terminaba con unas notas largas, lentas, tocadas con dulzura. *Ich hatt' einen Kameraden*.

Se oyeron unos pies en la puerta, una tos para llamar la atención y Sharpe se giró y vio a un fusilero.

—¿Sí?

—Saludos del capitán Frederickson, señor —le dijo, y le tendió un trozo de papel.

—Gracias.

Sharpe lo desplegó. «Guerrilleros al norte, este y sur. ¿Santo y seña de esta noche? ¿Voy a luchar o no?» Esta vez estaba firmado «Capitán William Frederickson, 5.º bat., 60.º, jubilado.» Sharpe sonrió, le pidió un lápiz prestado a Brooker y apoyó el papel en la repisa rota de la saetera. «Santo y seña de esta noche; paciencia. Contraseña; virtud. Espere su combate al amanecer. Durante la noche no habrá patrullas mías al este del riachuelo. Buena caza. Richard Sharpe.» Se lo tendió al fusilero, lo despidió y luego le dio el santo y seña a Brooker.

—Y más vale que avise a los centinelas de que hay guerrilleros. Algunos tal vez quieran entrar durante la noche.

—Sí, señor.

Y alégrate un poco, cabrón, hubiera querido añadir Sharpe.

—Vaya, capitán Brooker.

Los minutos se sucedían. Los artilleros apartaban la nieve de los fogones de los cañones que pronto estarían demasiado calientes para que hubiera siquiera una capa de nieve de una pulgada sobre los cañones de bronce. Cada cañón medía más de siete pies de largo entre las ruedas de cinco pies de altura. Cada cajón de municiones había dejado caer cuarenta y ocho balas, las cajas de la gualdera contenían otras nueve cada una, y los artilleros estarían encantados de disparar todas esas balas hasta que el lado este del convento se desplomara para dejar entrar el batallón de infantería. El batallón estaba colocado en la retaguardia de la columna, permanecía intacto por los cohetes y atacaría con la última luz. Luego instalarían los cañones que ocultaba la oscuridad, abrirían cañoneras en la muralla sur y estos monstruos de doce libras tomarían el castillo por sí solos. Que dejaran a los artilleros que les enseñaran cómo había que hacerlo.

A las cuatro menos cinco el valle parecía estar desierto. Algunos fusileros estaban detrás de la muralla, los otros fusileros de la colina estaban en hoyos poco profundos

que habían ideado debajo de los espinos, a los franceses los ocultaba el pueblo.

Sharpe subió a la garita del torreón golpeando los pies contra la nieve fría y habló con los fusileros que estaban allí apostados.

—Ya casi debe ser la hora.

Metieron las bolsas de sarga en los cañones, luego la bala que estaba sujeta al calzo de madera que se quemaría en el vuelo. Empujaron las estacas en los fogones para agujerear las bolsas de pólvora, luego empujaron a fondo el tubo de cebar; la inclinación del fogón hizo que los cañones se inclinaran hacia delante para que fueran arrojadas en esa dirección. El coronel miró su reloj. Las cuatro menos dos.

«Malditos cabrones. ¡Fuego!»

Ocho cañones retrocedieron de golpe, ocho gualderas se sacudieron la nieve limpia, las dotaciones se pusieron al instante a trabajar y enderezaron los cañones con palancas y cuerdas. Otros hombres pasaban las esponjas sobre los cañones que siseaban, otros se aprestaban con la siguiente carga.

Los primeros disparos botaron a cien yardas del convento, se elevaron y dieron contra la muralla. A medida que los cañones se fueran calentando, ese primer bote se deslizaría hacia el convento hasta que no hubiera bote alguno.

—¡Fuego!

Los cañones quedaban ocultos desde la garita, pero las llamas altas de la boca despedían destellos rojos sobre la nieve y Sharpe observaba el resplandor de cada descarga rojo pálido sobre aquella blancura. Iban bien. Los disparos se hacían más rápidos, el ritmo se igualaba al del equipo de artilleros bien entrenados en que cada hombre conoce su trabajo, y todos los hombres se enorgullecían de hacerlo bien, y el rojo relampagueaba, las balas se estrellaban contra el convento y el muro, que no era defensivo, se agrietó y se derrumbó.

—¡Fuego!

El humo se dirigía hacia el convento lentamente, con la nieve que caía, y los copos siseaban al tocar los cañones calientes, y de nuevo los cañones retrocedían de una sacudida, las ruedas botaban, y otra vez la dotación los arrastraba, los atacaba, los cebaba, los disparaba y las puertas del convento habían desaparecido.

—¡Fuego!

Parecía que cada descarga teñía de rojo la nube que se elevaba, de tal manera que el cielo era negro grisáceo, el valle blanco y el extremo norte todo rojo.

—¡Fuego!

El sonido retumbaba en las colinas, sacudía la nieve de los aleros de las casas del pueblo y provocaba el tintineo de los vasos en la cocina de la posada.

—¡Fuego!

Parte del muro se derrumbó, el polvo parecía humo, y la siguiente bala atravesó una pared interior, rompió el yeso y la piedra vieja, y los cañones volvieron a

retroceder de golpe, las dotaciones sudaban a pesar del frío y el coronel de artillería sonreía complacido a sus hombres.

—¡Fuego!

El claustro superior se abría al valle, el convento estaba demolido por el cañoneo y el primer humo acre de las primeras descargas vagaba entre las columnas partidas y las tallas caídas.

—¡Fuego!

Al carpe le dieron en el tronco, pareció como si volara por el aire, las raíces arrancaron baldosas y nieve y los botones y las cintas que decoraban cayeron al suelo junto a él.

—¡Fuego!

El gato, que se había movido con extremado sigilo por las baldosas la mañana de Navidad, siseaba y enseñaba las uñas en el sótano, tenía el pelo erizado. Parecía que el edificio temblaba a su alrededor.

—¡Fuego!

Un fusilero que estaba en la garita señaló.

—¿Señor?

El batallón francés avanzaba por el borde norte del valle, sus casacas azules se veían oscuras bajo la penumbra, allí donde el humo rodaba sobre la nieve.

—¡Fuego!

La última descarga derrumbó una arcada tallada, hizo que las tejas del tejado se deslizaran como una avalancha de barro y nieve y los *voltigeurs* lanzaron vítores. Corrieron con torpeza por la nieve y los primeros mosquetes dispararon contra el convento.

—Ahora —dijo Sharpe—. ¡Ahora!

—¿Señor?

—Nada.

Ya casi era oscuro, tanto, que la penumbra le molestaba a los ojos.

Los defensores del convento, refugiados en el claustro interior, corrieron como se les había ordenado que hicieran. Arriba por la escalera, arriba por la rampa del claustro más alejada de los cañones y luego a sus puestos. Una descarga, mosquetes y fusiles punzando en el anochecer, y entonces saltaron. Algunos descendieron por los cascotes hasta el claustro superior, treparon por los destrozos del muro y se apresuraron hacia el castillo. Otros saltaron desde el tejado, cayeron con torpeza sobre el declive cubierto de nieve y también corrieron para ponerse a salvo en las murallas. Sharpe miró valle arriba. No había caballería, no había necesidad de enviar a las tres compañías de fusileros para cubrir la retirada.

Los franceses vieron que se iban, vitorearon, dispararon algunas descargas de despedida y luego el batallón avanzó sobre los destrozos ocasionados por los cañones

y los vítores franceses se oyeron en el valle, pues habían conseguido su primera victoria.

El coronel quería trasladar los cañones con rapidez al convento. Los *howitzers*, que no habían disparado, ya estaban enganchados a los caballos.

El batallón entró en tropel en el convento, encontraron los barriles de licor que Sharpe les había dejado, barriles con los que debían emborracharse y quedar inútiles. Los oficiales también los vieron, apuntaron con las pistolas e hicieron saltar los fondos y el licor se derramó sobre la nieve.

—¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Muévanse!

Era necesario abrir un camino para los cañones.

Los defensores del convento entraron por la arcada del castillo. A un hombre se le había torcido el tobillo al caer y cojeaba, otro renegaba porque llevaba una bala de mosquete en el trasero. Su explicación provocó una risotada.

Sharpe se inclinó por encima del torreón hacia el interior del patio.

—¡Pasen lista!

Los fusileros informaron primero.

—¡Todos presentes!

Los fusileros de Cross.

—¡Presentes!

—¿Teniente Price?

El teniente estaba pálido cuando levantó la vista.

—¡Falta Harpe, señor!

Su voz denotaba incredulidad. A su alrededor, los hombres de la compañía de Sharpe levantaron la vista hasta el torreón y en sus rostros cabía la esperanza de que Sharpe pudieran conseguir un milagro.

La voz del teniente Price era de angustia.

—¿Me ha oído, señor?

—Le he oído. Bloquee la entrada.

Estaban boquiabiertos.

—¿Señor?

—¡He dicho que bloquee la entrada! —gritó Sharpe con rabia.

Se giró y la nieve flotaba suavemente en el anochecer, flotaba por las murallas y se posaba sobre las tumbas, caía por el desfiladero de donde había de venir la ayuda y se posaba sobre el destrozado muro este del convento.

Harper había dicho que los irlandeses no necesitaban ayuda. Sharpe se echó atrás cuando se oyeron disparos de mosquete procedentes del interior del convento de donde el único que no había escapado era el sargento Patrick Harper.

El teniente Price estaba en el torreón, jadeando después de subir corriendo por la escalera de caracol.

—¡Estaba con nosotros, señor! ¡Yo no vi que le ocurriera nada!

—No se preocupe, Harry.

—¡Podemos regresar de noche, señor! —dijo Price ansioso.

—He dicho que no se preocupe, Harry.

Sharpe se quedó mirando fijamente al norte el crepúsculo humeante.

Ich hatt' einen Kameraden, Einen bess'ren findst du nicht.

En la guerra, como en el amor, pocas son las campañas que se desarrollan exactamente cómo se había planeado, y el general francés reconsideró sus planes anteriores junto al fuego de la posada.

—El objetivo sigue siendo el mismo, caballeros, atraer a los británicos hacia el norte. Si no podemos llegar a Vila Nova, aún podemos llegar a Barca de Alva. El efecto será el mismo. —Se giró hacia el coronel de artillería—. ¿Cuánto tardarán sus cañones en estar situados?

—A medianoche, señor.

Había que introducirlos dentro del convento, hacer cañoneras en la muralla sur, pero el trabajo iba rápido. Habían temido que los británicos enviaran fusileros para entorpecer el progreso, pero no fue así.

—Bien. ¿El amanecer, cuándo?

—Las siete y veintiún minutos —contestó Ducos siempre tan exacto en estas cuestiones.

—¡Qué noches tan largas! Sin embargo ya las conocíamos cuando empezamos. —El general tomó un sorbo de café turbio, volvió a mirar al artillero—. *Howitzers*, Louis. No quiero que ni un solo hombre esté en condiciones de moverse en aquel patio mañana.

El coronel sonrió.

—Señor. Puedo poner dos más allí.

—Hágalo. —El general le sonrió a Dubreton—. *Merci*, Alexandre. —Cogió el cigarro que le ofrecía, con el índice y el pulgar hizo girar el cigarro y aceptó fuego—. ¿Cuándo podemos abrir fuego?

El artillero se encogió de hombros.

—Cuando usted quiera, señor.

—¿A las siete? Y ponemos otras dos baterías más en el extremo sur del pueblo para disparar directamente por la brecha, ¿sí? —El coronel asintió—. *Metralla*, Louis. Eso detendrá sus malditos cohetes. No quiero que ni un solo hombre quede vivo si abandonan el refugio de las murallas.

—No lo harán.

—Pero sus artilleros estarán a tiro de esos malditos fusileros de la colina.

El general hablaba lentamente, pensaba en voz alta.

—Creo que debemos mantenerlos ocupados. ¿Usted cree que tienen cohetes? —le preguntó a Dubreton.

—No, señor, no lo creo. No sé cómo podrían dispararlos entre los espinos.

—Yo tampoco. Así pues, enviaremos un batallón colina arriba, ¿eh? Tendrán ocupados a los fusileros.

—¿Sólo uno, señor?

El fuego crepitaba en el hogar, algunas chispas saltaban en las botas que se secaban ante las llamas y los planes se fueron trazando meticulosamente. Un batallón, reforzado con *voltigeurs*, asaltaría la atalaya mientras dos cañones de doce libras, en lugar de penetrar en el convento, cuajarían los espinos de metralla para matar a los casacas verdes que estaban ocultos. Los *howitzers* del convento convertirían el patio del castillo en un lugar mortífero, al tiempo que los cañones situados al sur del pueblo barrerían los cascotes y el terraplén para que no se pudiera trasladar ningún cohete hasta los lanzadores. Y la infantería, protegida por los cañones, volvería a atacar a media mañana empuñando sus bayonetas contra una guarnición destrozada y desmoralizada. Entonces los franceses podrían avanzar hacia el puente de Barca de Alva, hacia la victoria. El general levantó una copa de brandy.

—Por la victoria en nombre del emperador.

Murmuraron el brindis, bebieron y tan sólo Dubreton manifestó una duda.

—Abandonaron el convento muy alegremente.

—Tenían pocos hombres allí, Alexandre.

—Cierto.

—Y mis cañones los habían ablandado —añadió el coronel de artillería sonriendo.

—Cierto.

El general volvió a levantar la copa.

—Y mañana venceremos.

—Cierto.

La brisa levantaba la nieve y la amontonaba en el interior del patio del castillo. Los copos siseaban al caer en el fuego, se fundían sobre los lomos de los caballos del escuadrón de cohetes que estaban en tropel en el interior del patio de la torre del homenaje, humedecían y enfriaban los gabanes de los hombres que escrutaban la noche y temían un ataque proveniente de la oscuridad. Envolvieron con trapos las llaves de los mosquetes y los fusiles, para impedir que la humedad alcanzara la pólvora de las cazoletas. Se habían encendido hogueras en el convento y las llamas mostraban el lugar donde los soldados franceses forcejeaban en la vieja entrada, lanzando piedras y golpeándolas para convertirlas en una tosca rampa por la que se pudieran empujar hacia los cañones. De vez en cuando, un disparo de fusil

chasqueaba en el valle y la bala hacía saltar trocitos de piedra junto a los franceses o hería a algún hombre que renegaba y caía al suelo. Los franceses protegían la plaza con un cajón vacío de municiones y los fusileros se reservaban su munición. Otros fusileros, de la compañía de Frederickson, patrullaban valle adentro. Tenían órdenes de mantener a los franceses despiertos, disparar a las luces, a las sombras, prolongar durante la noche los nervios del enemigo, mientras sobre la colina los otros fusileros renegaban y maldecían y se preguntaban qué loco había de ordenarles buscar madrigueras en la oscuridad. ¡Madrigueras!

Los hombres dormían inquietos, con los uniformes medio secos gracias a las hogueras y con los mosquetes siempre a mano.

Algunos se despertaban en la oscuridad, se preguntaban dónde estaban y cuando lo recordaban el miedo frío regresaba. Estaban en mal lugar.

El comandante Richard Sharpe parecía estar distraído; era educado, estaba atento a todo detalle, se mostraba reservado respecto a los planes inmediatos. Estuvo en la caseta del torreón hasta medianoche, hasta que dejó de nevar, y luego se reunió con su compañía para comer un poco de buey cocido. Daniel Hagman le había asegurado a Sharpe que Harper sobreviviría, pero el viejo cazador furtivo lo había dicho con poca convicción y Sharpe simplemente le había sonreído.

—Lo sé, Dan. Lo sé.

También la voz de Sharpe reflejaba poca esperanza.

Sharpe caminó por las murallas, habló con todos los centinelas y el cansancio le provocaba dolor en todo el cuerpo. Necesitaba sentir calor, quería dormir, hubiera deseado contar con la presencia enorme y genial de Harper en el castillo, pero él también sabía que dormiría poco aquella noche. Una o dos horas, tal vez, amontonado en cualquier frío rincón. La habitación que Farthingdale había hecho suya, la habitación con chimenea, la habían dejado para los heridos y ningún hombre en el valle pasó peor noche que ellos.

El aire era frío; la nieve aparecía casi luminosa sobre el valle, como una sábana blanca que traicionaría cualquier movimiento del enemigo. Los centinelas luchaban por mantenerse despiertos en las murallas, escuchaban las pisadas de los sargentos y se preguntaban qué les traería el amanecer.

Hacia el sur un resplandor en la nieve, un rubor rojo indicaba donde pasaban la noche los guerrilleros. En algún lugar, sólo una vez, un zorro profirió un aullido sollozante similar al de un fantasma en la noche alta y oscura.

La última visita a los centinelas fue a quienes defendían el boquete en la parte sur de la torre del homenaje. Miró hacia los espinos de la colina cubiertos de nieve y se dio cuenta de que, al día siguiente, los aplastaban, aquella era la ruta para escapar. Muchos nunca llegarían a ella, yacerían muertos en el castillo; recordó el invierno de hacía cuatro años cuando había conducido a la única compañía de fusileros, con un

tiempo peor que aquel, a una retirada tan desesperada como sería la de mañana. Muchos de esos hombres ya habían muerto, los había matado la enfermedad y el enemigo, y Harper había sido uno de los hombres que se había abierto camino hacia el sur por las nieves de Galicia. Harper.

Fue a la escalera que descendía recta y amplia hacia las mazmorras. Los fusileros que estaban levemente heridos vigilaban a los prisioneros y lo hacían entre un hedor nauseabundo, la peste que provenía de los cuerpos sucios y del hacinamiento en la oscuridad. Los guardias estaban nerviosos. No había puerta que diera a las mazmorras, tan sólo la escalera, y habían puesto una barricada que les llegaba al pecho en la parte inferior de las escaleras y la iluminaban con antorchas que dejaban ver la humedad resbaladiza del suelo más cercano. Cada guardia tenía tres mosquetes cargados y amortillados para que ningún prisionero tuviera tiempo de trepar por la barricada antes de que una bala lo derribara. A los guardias les gustó ver a Sharpe. Se sentó con ellos en la escalera.

—¿Cómo están?

—Helados, señor.

—Eso los mantendrá tranquilos.

—Se me pone la carne de gallina, señor. ¿Sabe aquel cabrón?

—¿Hakeswill?

—El que se fue.

Sharpe miró entre la oscuridad más allá de las antorchas. Veía los cuerpos semidesnudos amontonados para darse calor, vio que algunos ojos brillantes lo miraban desde el montón, pero no veía a Hakeswill.

—¿Dónde está?

—Está allá al fondo, señor.

—¿No les causa problemas?

—No.

El hombre escupió un hilillo de saliva de tabaco por el borde de la escalera.

—Les dijimos que si se acercaban a diez pies de la barricada, dispararíamos. —
Palmeó la culata del mosquete capturado a los hombres de Pot-au-Feu.

—Bien. —Miró a la media docena de hombres—. ¿Cuándo los relevan?

—Por la mañana, señor. —Contestó el portavoz.

—¿Qué tienen para beber?

Ellos sonrieron y levantaron las cantimploras.

—Ron, señor.

Bajó la escalera y dio un empujón a la barricada. Parecía bastante firme, una mezcla de piedras y vigas viejas, y observó en la oscuridad y entendió por qué aquel lugar húmedo podía aterrar a cualquiera. Le llamaban una mazmorra, aunque en realidad era un sótano enorme que se ramificaba, con arcos bajos de piedras macizas,

pero sin duda era un lugar donde habían muerto hombres durante siglos. Como el hombre al que Hakeswill había matado allí mismo, como los prisioneros árabes que habían defendido su fe rechazando convertirse a pesar de los cuchillos, los potros, los hierros candentes y las cadenas de los cristianos. Se preguntó si alguien habría sido feliz en aquel lugar, si alguien habría reído alguna vez.

Era la sepultura de la alegría, hacía siglos que no entraba el sol, y regresó a las escaleras y se alegró de abandonar aquel sitio.

—¡Sharpy! ¡Dick Sharpy!

Oía la voz detrás de él, una voz que Sharpe conocía muy bien. No hizo caso de Hakeswill, empezó a subir la escalera, pero oyó el cacareo, la burla.

—¿Huimos, no, Sharpy?

Aun sin quererlo, Sharpe se giró. La figura se arrastró hasta la luz de la antorcha, con el rostro crispado y el cuerpo envuelto en una camisa que le había quitado a otro prisionero. Hakeswill se detuvo, señaló a Sharpe y dejó oír su risa como un cacareo.

—¿Cree que ha ganado, eh, Sharpy?

Sus ojos azules brillaban extrañamente bajo las llamas de la antorcha, mientras el cabello gris y la piel amarilla eran pálidos como si la totalidad del cuerpo de Hakeswill, excepto sus ojos, fueran un bulto de lepra.

Sharpe volvió a girarse y habló en voz bien alta a los centinelas.

—Si se acerca a quince pies de la barricada, disparen.

—¡Disparen! —chilló Hakeswill—. ¡Disparen! ¡Tú, sifilítico, hijo de una puta sifilítica, Sharpe! ¡Cabrón! ¿Dejas que otros hagan el trabajo sucio por ti? —Sharpe se giró a medio camino de la escalera y vio a Hakeswill que les sonreía a los guardias—. ¿Creéis que me podéis dar, muchachos? ¡Intentadlo, venga! ¡Intentadlo ahora! ¡Aquí estoy! —Extendió bien los brazos desnudos, sonriendo con cinismo, la cabeza erguida de nuevo sobre el largo cuello—. ¡No me podéis matar! ¡Podéis dispararme, pero no me podéis matar! Iré a por vosotros, chicos, os estrujaré el corazón en la oscuridad. —Juntó las manos—. No me podéis matar, chicos. Muchos lo han intentado, incluido ese cabrón sifilítico que se llama a sí mismo comandante, pero nadie me ha matado. Y nunca lo harán. ¡Nunca!

Los guardias estaban intimidados por la fuerza de Hakeswill, por la apasionada convicción que denotaba su voz, por su odio.

Sharpe lo miró, lo odiaba.

—¿Obadiah? Enviaré su alma al infierno en quince días.

Los ojos azules dejaron de parpadear, el espasmo desapareció y Hakeswill levantó lentamente la mano derecha y señaló a Sharpe.

—Maldito Richard Sharpe. Le maldigo. Le maldigo por el viento y el agua, por la niebla y el fuego, y entierro su nombre en la piedra.

Pareció que la cabeza empezaría a temblar, pero Hakeswill hizo uso de toda su

voluntad y el espasmo se quedó en una vibración de la boca apretada, una vibración seguida de un gran grito de rabia.

—¡Enterraré su nombre en la piedra!

Regresó a las sombras.

Sharpe observó cómo se marchaba, se volvió y, después de unas palabras con los guardias, subió a la parte más alta de la torre del homenaje. Subió la escalera de caracol hasta dar con el aire frío y limpio de las montañas y respiró hondo como si pudiera purificar su alma de todas las malas obras. Temía una maldición. Ojalá hubiera llevado su fusil, pues en la culata había practicado una incisión en que la madera no quedaba recubierta por el barniz, y habría podido tocarla para prevenir la maldición. Temía las maldiciones. Era un arma del diablo que siempre provocaba desgracias entre las personas que echaban la maldición, pero el futuro de Hakeswill era malísimo, así que podía pronunciar las palabras.

Un hombre podía luchar contra balas y bayonetas, incluso contra los cohetes si los conocía, pero ninguno sabe cómo protegerse de los enemigos invisibles. Sharpe hubiera deseado saber cómo conjurar la suerte, la diosa de los soldados, pero era una deidad caprichosa, sin lealtades.

Se le ocurrió que si podía ver tan sólo una estrella, sólo una, la maldición desaparecería, y se volvió y escrutó el cielo oscuro, pero no halló nada sino nubes plomizas; lo reconoció desesperadamente en busca de una estrella, pero no había estrellas. Entonces una voz le llamó desde el patio, lo requerían, y bajó la escalera de caracol a la espera de la mañana.

En la Entrada de Dios había fantasmas, eso decía la gente de Adrados y así lo creían también los soldados aunque nadie se lo hubiera dicho. Las construcciones eran demasiado viejas, el lugar demasiado remoto y la imaginación de los hombres muy receptiva. El viento resonaba entre las piedras derruidas, susurraba en los espinos, sollozaba en el borde del desfiladero. Cuatro centinelas franceses estaban junto al cañón en los sótanos del convento. Miraban fijamente hacia el castillo hasta que les oscureció la visión una ráfaga de viento, ésta levantaba la nieve y la hinchaba como a una vela proyectada sobre el borde del desfiladero y, por momentos, el espacio oscuro entre el convento y el castillo se inundaba de un blanco bello y brillante.

Y detrás de ellos, detrás del cañón clavado, se amontonaban las calaveras, materia de fantasmas, y los soldados temblaban y observaban a los centinelas británicos de las murallas, cuyas siluetas recortaban los fuegos que ardían en el patio del castillo. Otra ráfaga de viento lanzó la nieve como si fuera un fantasma blanco, formando penachos ondulantes que se alejaron hacia el oeste para volver a posarse sobre el desfiladero.

Las almádenas sonaban por encima de ellos y los choques quedaban amortiguados por las piedras. Los artilleros ya tendrían sus cañoneras en el muro sur.

Uno de los franceses fumaba en pipa corta y apoyaba la espalda cómodamente contra las calaveras, y quienes lo vieron se santiguaron.

—Vapor —dijo uno de ellos.

—¿Qué?

—Lo he estado pensando. Vapor, eso es lo que eran. Vapor.

Habían estado hablando de la extraña arma que había destrozado la columna. Uno de ellos escupió en la oscuridad.

—Vapor —insistió convencido.

—¿Has visto alguna vez una máquina de vapor? —le preguntó el primer hombre.

—No.

—Yo vi una en Ruán. ¡Menudo ruido! ¡Como el de esta mañana! Fuego, humo, ruido. ¡Tiene que ser vapor!

Un recluta nuevo que apenas había hablado se armó de valor para decir algo:

—Mi padre dice que el futuro está en el vapor.

El primer hombre lo miró, indeciso al recibir la corroboración de alguien sin bigote. Pero la aceptó de buen grado.

—¡Lo ves! ¡Te lo he dicho! Yo vi una en un molino. Una estancia tremendamente grande con unas vigas enormes que subían y bajaban y humo por todas partes. ¡Era el infierno, un auténtico infierno! —Meneó la cabeza dando a entender que había visto cosas que los otros no habían visto, horrores que ellos no podrían entender, aunque en realidad lo que él había vislumbrado había sido bien poco y le había resultado también incomprendible—. Tu padre tiene razón, chico. ¡El vapor! Llegará a todas partes.

Otro hombre se echó a reír.

—Tendrás un mosquete a vapor, Jean.

—¿Y por qué no? —El hombre daba alas a su visión del futuro—. Infantería a vapor. ¡Te lo digo yo, que la habrá! Ya has visto lo que ha pasado esta mañana.

—Yo me conformaría con una puta a vapor ahora mismo.

Se oyó un estallido en el exterior, un grito, y parte del muro cayó sobre la nieve. El hombre de la pipa exhaló el humo que se metió por el paso.

—Deberían bloquear ese agujero.

—Deberían enviarnos a la maldita Salamanca.

Se oyeron unas pisadas en el sótano de detrás y Jean oteó entre las calaveras.

—Oficial.

Renegaron en voz baja, se estiraron los uniformes y adoptaron la actitud de estar observando continuamente la nieve del exterior. El teniente se detuvo en el cañón.

—¿Hay algo?

—No, señor. Todo tranquilo. Supongo que están metidos en la cama.

El oficial pasó el dedo por el clavo que había en el fogón.

—Pronto acabará, chicos.

—Eso es lo que les dijeron, señor —dijo el de la pipa señalando con el tubo hacia las calaveras de las monjas.

El teniente las miró.

—Horripilante, ¿no?

—No nos importa, señor.

—Bueno, pronto habrá acabado. Arriba tenemos cuatro *howitzers*. Tendremos cuatro cañones más. Los están colocando. Una hora más y abriremos fuego.

—¿Y luego, señor? —preguntó Jean.

—¡Luego nada! —contestó sonriendo—. Vigilamos los cañones y observamos el ataque.

—¿De verdad?

—Cierto.

Los soldados sonrieron burlones. Serían otros quienes combatirían y morirían. El teniente se asomó por el boquete y vio que la nieve nublaba la cima del desfiladero.

—Pronto habrá terminado.

La hora pasó lentamente. Por encima ellos, los artilleros preparaban los utensilios para su trabajo: sacatrapos, atacadores, escobillones, cubos, puntas y mechas. Los *howitzers*, cañones muy rechonchos, apuntaban al aire y los artilleros se quejaban de ellos. Eran de corto alcance y los oficiales discutían cuánta pólvora debían poner en cada cañón. Los artilleros esperaban con palas de mango largo para alimentar las bocas dirigidas al cielo que lanzarían las bombas de seis pulgadas sobre el valle. Habían utilizado el carpe como combustible para las hogueras que ardían en el patio inferior.

Hacia el este apareció la tenue luz de una tira de cielo sobre el horizonte; un falso amanecer que pocos podían ver salvo los fusileros que se hallaban en la atalaya de la colina. Para los cuatro centinelas que volvían a estar solos en la estancia de las calaveras y los huesos, la noche resultaba larguísima. Les parecía que el amanecer no llegaba nunca, que se hallaban atrapados hasta la eternidad en aquel lugar frío, oscuro, donde las calaveras de los muertos alcanzaban hasta el techo, y ellos temblaban, observaban la noche por encima de la nieve y deseaban ver el amanecer. Uno de ellos se mostró de repente alarmado.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

—¡Un ruido! Ahí dentro. ¡Escuchad!

Escucharon. El recluta sacudió la cabeza.

—¿Una rata?

—¡Calla la boca!

Jean, perdido el entusiasmo de hacía una hora, se reclinó sobre la rueda del cañón.

—Ratas. Debe haberlas a miles. De todas maneras, no sé cómo diablos podéis oír nada con todos esos porrazos de ahí arriba. ¿Qué hacen ahí? ¿Martes de carnaval?

Los artilleros estaban clavando las gualderas de los cañones de doce libras para encararlos hacia el mismo lugar en la muralla del castillo.

El coronel de artillería había cabalgado hasta el convento y, frotándose las manos, sonrió a sus hombres.

—¿Todo listo?

—Sí, señor.

—¿Cuánta pólvora en los *howitzers*?

—Media libra, señor.

—Demasiada, aún. Calentará los cañones. ¡Dios! Hace frío.

Fue hasta la capilla, abierta ahora hacia el sur, y vio dos de sus cañones de doce libras que habían sido trasladados atravesando la puerta que se había tenido que ensanchar y que apuntaban hacia el castillo a través de los huecos abiertos.

—¿Les preocupan esos fusileros?

—No, señor.

—Esperemos que los cabrones dispongan de poca munición.

Atravesó los restos de la capilla y encontró un curioso trozo de granito que sobresalía del suelo. El extremo de éste estaba liso y brillante y se preguntó qué hacía allí; era típico de los malditos españoles no limpiar bien un lugar antes de construir el convento, aunque el porqué se había querido construir un convento en aquel lugar perdido era algo que no entendía. Regresó hasta la puerta.

—¡Bien hecho, muchachos! ¡Ha sido un buen trabajo traerlos hasta aquí dentro!

En realidad lo era.

En el claustro miró hacia el este y vio el primer rojo pálido del verdadero amanecer. La capa de nieve sobre las ruinas del convento era de dos pulgadas.

—¡Perfecto! ¡Probemos los *howitzers*! ¡Demasiado largo, ya verán!

Un capitán le gritó a un teniente apostado en el tejado que observara dónde caía el disparo, y luego dio la orden de disparar y cuatro botafuegos tocaron cuatro mechas. Pareció que los *howitzers* querían enterrarse en el tejado y el ruido provocó que la nieve cayera de las tejas, el humo era denso y asfixiante y el teniente que estaba en el tejado gritó hacia el patio.

—¡Doscientos largo!

—¡Se lo he dicho!

De mañana en la Entrada de Dios. El sonido de los *howitzers*; la raya repentina e imperceptible de las mechas que ardían arrojadas contra el aire, caían y las bombas

botaban en la ladera de la colina, al sur de la torre del homenaje, rodaban y luego explotaban desparramando humo sucio. Trazos negros salpicaban la nieve, los espinos crujían con los fragmentos despedidos.

En respuesta dispararon los cañones de doce libras, golpearon la yesería de la capilla y saltaron trocitos de pintura dorada que brillaban entre el polvo del suelo. Aquel disparo sólido se estrelló contra la muralla del castillo, arrancó grandes fragmentos y Sharpe, desde el torreón, gritó hacia las murallas de abajo.

—¡No disparen hasta recibir mi orden!

Más de cincuenta fusileros se alineaban en la muralla norte. Sharpe los había apostado allí y les había prohibido disparar a las cañoneras desiguales que acababan de abrirse entre las llamas y el humo en la oscuridad de la mañana.

El disparo de los cañones era una señal; perturbó el sueño de todo el valle, avisó de que la muerte volvía a la Entrada, pero, sobre todo, era la señal para un hombre. Desperezó su maciza musculatura, preguntándose si el frío la habría inutilizado, y rezó por que se produjera una descarga más ensordecedora de los cañones que estaban por encima de él. En la mano derecha enroscaba la llave del fusil de siete cañones.

Sharpe y Harper no le habían explicado a nadie el plan, a nadie, pues un prisionero capturado durante la noche podía haberlo contado. Harper había hecho una guarida entre los huesos, una guarida que recubrió con mantas y que soportaba una mesa de patas acortadas para que el irlandés cupiera estirado. Cuando Price había gritado la orden de correr, Harper la repitió, había hecho avanzar a los hombres a empujones, luego se ocultó en la penumbra y había observado cómo sus compañeros salían del convento precipitadamente. Nadie lo había echado de menos, estaban todos pendientes de escapar de los franceses cuyos gritos se percibían del otro lado del muro destrozado y Harper había regresado al osario. Se escurrió bajo el refugio de madera, se envolvió en las mantas, amontonó las calaveras delante de su cara y se dispuso a esperar.

El frío, la oscuridad más absoluta y la cercanía de la muerte lo rodeaban; se agarraba a la cruz e incluso llegó a adormilarse un poco. Algunas veces escuchaba las voces que estaban a tan sólo unos pies de él e intentaba calcular cuántos hombres tendría que matar.

Su guarida estaba en un extremo de la estancia, en el fondo del osario, y se había asegurado que el peso que tenía encima no fuera excesivo. Tocaba el pedernal del arma de siete cañones, preguntándose por qué los cañones no volvían a disparar. Entonces lo hicieron y lanzaron aquel retroceso que hacía temblar las piedras del convento.

Los cuatro centinelas oían que los huesos se sacudían cuando los cañones disparaban. Miraban al otro lado del valle para ver dónde caían las bombas.

Harper gruñó al cargar sobre su espalda el peso de la mesa y de los huesos; el gruñido se convirtió en un grito de guerra al levantarse y el joven recluta fue el primero en advertir que los muertos se movían. Las calaveras se cayeron, caras que sonreían irónicamente se movían entre el montón y huesos que se elevaban en la oscuridad. Los otros centinelas se giraron cuando los huesos cayeron en cascada y una figura oscura, sin dientes al igual que las calaveras, se acercaba a ellos desde el osario.

El chillido de Harper quedó ahogado por el estruendo del fusil de siete cañones, la boca llameaba lívida en la penumbra del osario, el humo era blanco como las calaveras y los centinelas ni siquiera tuvieron tiempo de girar sus mosquetes hacia aquella súbita aparición. Dos murieron en el acto, con sendas balas en la cabeza, un tercero salió despedido hacia atrás con un golpe en el pecho y tan sólo un recluta quedó a salvo.

Harper se tambaleó con el retroceso del arma y tropezó con una calavera que crujió bajo el tacón de su bota y el recluta balbuceó asustado.

—Tranquilo, chico —gruñó el irlandés—. Quédate quieto.

Dio la vuelta a la pesada arma, la culata avanzó una vez y el recluta cayó en un silencio inconsciente. Harper echó una mirada a los otros tres, pero ninguno iba a molestarlo. Entonces se dirigió hacia el pasadizo que llevaba al interior del convento.

Silencio. Ni gritos de alarma, ni pisadas, pero tampoco quería que lo molestaran, así que, con una disculpa murmurada a los muertos, arrimó el hombro a uno de los grandes montones de huesos y empujó. Se tambalearon pero estaban bien encajados entre sí, se preguntó si tal vez el frío le habría mermado las fuerzas y volvió a empujar. Sintió que se movían, que entrechocaban y crujián, y gruñó al tiempo que ponía todas sus fuerzas contra aquellos huesos que de repente se desplomaron en el pasadizo. Se precipitó contra aquella destrucción, los huesos crujiaron bajo sus pies y tiró las partes del osario que todavía se aguantaban. Alargó la mano hacia arriba e introdujo los dedos en las cuencas vacías, rascó dientes amarillentos y otro montón se desplomó. Siguió estirando hasta que la obstrucción fue más alta que él y hasta que una voz en el extremo opuesto gritó nerviosa algo en la oscuridad. Él no hizo caso. Volvió hasta los centinelas y encontró, junto al hombre herido, una pipa caída, su tabaco todavía encendido; Harper la recogió, chupó hasta que la reavivó y luego se volvió hacia su guarida.

Levantó la mesa, apartó a un lado unos huesos con el pie, y en el muro, colgando como un hatillo de cordeles blancos, estaban las mechas. Éstas iban hasta unos barriles de pólvora amontonados bajo el suelo del extremo este del convento; barriles de pólvora que el mismo Harper había colocado durante tres horas largas y frías en las que se había ido arrastrando entre la más absoluta oscuridad. Amontonó rocas alrededor de los barriles y luego llevó las mechas hasta el osario.

Oyó más voces que le gritaban, voces que se acallaron y un oficial gritó. Harper no entendía lo que decían, pero él contestaba.

—*Oui?*

Se hizo un segundo silencio.

—*Qui vive?*

—¿Eh?

Acercó la pipa resplandeciente a las mechas y pareció que el fuego les saltaba encima, escupieron chispas y humearon, y él se quedó sólo un segundo o dos para asegurarse que el fuego hubiera prendido. El convento estaba sentenciado. Un minuto. Menos.

Retrocedió por encima de los huesos, se agachó a coger el fusil de siete cañones y se lo colgó al hombro. Oía a los franceses que apartaban los huesos en el fondo del pasadizo bloqueado. El centinela herido lo miró sin decir nada, pero Harper no podía hacer nada. Moriría igual.

—Lo siento, chico.

Se inclinó, cogió el mosquete del hombre caído y apuntó contra el techo.

—¡Ésta es por Irlanda!

La bala rebotó en el techo, cayó de golpe y destrozó una calavera a los pies del teniente francés.

—Está bien, chico. Vamos.

Harper cogió al recluta en sus brazos, echó una mirada a la mecha ennegrecida y quemada que se balanceaba desde el espacio oscuro que conducía bajo el suelo del convento y atravesó el hueco de un salto hacia el desfiladero cubierto de nieve.

—¡Sección número uno, fuego! —gritó Sharpe.

Una docena de fusileros, a los que se ordenó que no hicieran caso de la burda cañonera desde la cual Harper había salido tambaleándose y resbalando, dispararon al pretil del convento.

Harper renegaba, avanzaba con dificultad sobre la nieve y lanzó al recluta a un lado cuando juzgó que el muchacho quedaría a salvo de los efectos de la explosión. Bajó la cabeza y corrió cuanto pudo hacia la pendiente blanca, imaginando que la infantería francesa iba tras él, y la primera bala de mosquete le salpicó el pie de nieve.

—¡Fuego! —gritaba Sharpe.

Los fusileros restantes escupían llamas sobre las murallas del castillo y las balas chasqueaban en las piedras o zumbaban en el aire junto a las cabezas de los franceses.

—*Tirez!*

Los franceses helados toqueteaban las llaves, tiraban de los trapos que algunos no se habían quitado del arma, y el fusilero gigante se alejaba corriendo y el humo de los

primeros mosquetes ocultaba el blanco.

—*Tirez!*

Humo y llamas decoraban la cornisa del convento, las balas producían temblores en la escasa nieve del borde del desfiladero.

—¡Corra! —chillaba Sharpe.

Durante un momento terrible Sharpe pensó que Harper había sido alcanzado, pues el hombre cayó y rodó pendiente abajo, pero el irlandés se puso en pie y los fusileros que estaban en la muralla del castillo recargaron y deslizaron los cañones de sus armas por la piedra y le dieron fuego de cobertura.

Primero el estruendo fue casi imperceptible, como los primeros ecos de un trueno lejano en una noche de verano.

Los antiguos constructores no hubieran escogido el borde del desfiladero para construir el convento, pero la Virgen María sí lo hizo y los constructores tuvieron que salvar las dificultades que Ella les había legado. El canto rodado de granito tenía que estar en el centro de la capilla, la Pisada Santa tendría un lugar privilegiado y santo; para ello los albañiles habían construido una plataforma sobre unos arcos sólidos que, hacia el oeste, formaban las celdas, un salón y la cocina del convento. Hacia el este, sin embargo, no había espacio disponible y el terreno ascendía inclinado hacia la plataforma de piedra, y era en ese espacio, oscuro y frío, en el que prendieron los barriles de pólvora.

Ocho reservas de barriles esperaban en la oscuridad, barriles que se habían cogido del montón que los españoles habían enviado a Adrados en lugar de Ciudad Rodrigo. Gran parte de su potencia se dirigió a los lados, pero la restante levantó el lecho de piedra, de manera que, para un artillero sorprendido, pareció como si los *howitzer* se elevaran desde la superficie del claustro. Entonces las baldosas se abrieron, surgieron humo y llamas y el sonido se elevó hasta inundar el valle. Las llamas se elevaron, unas llamas que durante un segundo parecieron como un rayo del mismo sol, y entonces la pólvora de los *howitzer* prendió y una sábana de llamas se extendió por los lados, al tiempo que el suelo de la capilla se levantaba. Las bolsas de sarga para los cañones de doce libras le dieron más potencia y para los observadores que estaban en el valle pareció que toda la parte sudeste de la antigua construcción se fundía en fuego y humo. Harper jadeaba, se detuvo y se giró para contemplar su trabajo de artesanía. Se quitó la nieve del uniforme.

El teniente Harry Price estaba en el torreón de la garita.

—¡Usted lo sabía! —dijo en tono acusador—. ¿Por qué no dijo nada?

Sharpe sonrió.

—Suponga que capturan a uno de ustedes y lo tienen en el convento toda la noche. ¿Se hubiera quedado callado?

Price se encogió de hombros.

—Pero nos lo podía haber dicho al regresar.

—Pensé que la sorpresa los animaría.

—Jesús —dijo Price que parecía disgustado—. ¡Yo estaba preocupado!

—Lo siento, Harry.

El convento hervía en humo, las llamas crecían allí donde encontraban combustible y los hombres salían tambaleantes, ennegrecidos y quemados de entre los restos. La mayor parte del edificio resistió, pero las ruedas de todos los cañones, salvo dos, se rompieron, se quedaron sin munición y el convento dejaba de ser una amenaza para el castillo.

Patrick Harper estaba en el patio, sonreía, exigía desayuno para un hombre grande, mientras que vinos y otros fusileros vitoreaban porque su día había empezado con otra victoria.

En el convento la luz del día se filtraba por entre el humo y el polvo, por las piedras rotas y vigas quemadas, y la luz tocaba un trozo de granito pulido que hacía ochocientos años que no veía la luz del sol.

El domingo 27 de diciembre de 1812 había empezado.

Los franceses todavía tenían cañones, los artilleros disparaban con rabia y la parte sur del pueblo se veía coronada por jirones de humo mientras que la metralla repiqueteaba como si fuera lluvia metálica contra las murallas del castillo. También disparaban algunos *howitzer* y aunque ya no podían seguir disparando desde el flanco y mantener el fuego hasta que la infantería se hallara en el mismo borde del patio, podían bombardear desde la protección del pueblo y hacer que el castillo se convirtiera en un hervidero de hierro candente.

Una hora, dos, y los cañones seguían disparando, y la metralla mataba a los centinelas y el empedrado ardía a causa de las bombas que explotaban allí donde la nieve se había convertido en lodo negro.

Esta vez no había tregua. El coronel de artillería había muerto, lo había aplastado el cañón de un *howitzer* que había caído y todavía resultaba peligroso penetrar en la parte superior del convento a causa de las bombas de *howitzer* que todavía explotaban y generaban más humo en la pira funeraria de más de un centenar de hombres. El general francés juró venganza y ordenó a los cañones que empezaran. Los artilleros luchaban por su coronel muerto.

Dos cañones rociaban la colina de la atalaya de metralla, las balas de mosquete atravesaban los espinos, sacudían la nieve de las ramas y partían ramitas y espinos que les caían encima a los fusileros que se agazapaban en los hoyos. Los conejos sabían dónde excavar y la madriguera de un conejo era un buen inicio para el hoyo de un fusil, y Frederickson instaba a los artilleros a que continuaran.

—¡Disparen, cabrones! ¡Les estamos esperando!

Él también. Suponía que vendrían del este o del norte y su fuerza estaba dispuesta contra ellos, una fuerza que repelería el ataque hacia el espacio despejado en la ladera norte de la colina por la cual tenía planeado hacer rodar hacia abajo sus barriles de pólvora, con las mechas protegidas de la nieve con fundas de cuero cosidas, y junto con los barriles irían las bombas de cuatro pulgadas que había dejado el cañón español.

—¡Venga, cabrones!

Sus hombres sonrieron al oír el grito de guerra del dulce William. Había retenido a la mayoría de los fusileros en la ladera opuesta de la colina, lejos del fuego de artillería, y sólo los usaría si los franceses sorteaban su línea de fusileros ocultos.

La mayoría de los cañones se ocupaban del castillo. Destrozaron el tejado del establo, iniciaron el fuego contra los pares y contra los carros vacíos de Gilliland que ardían con grandes llamaradas que fundía la nieve fangosa de varias yardas a la redonda. Los franceses hicieron desalojar el único cañón que había en la muralla este del castillo, lo levantaron con una explosión y lo hicieron descender deslizándolo por un amasijo de piedras, nieve, bronce y madera hasta los cascotes. Una bomba penetró en el patio interior, rebotó en los muros de la torre del homenaje y su explosión mató en el acto a seis caballos. Los fusileros franceses se abrieron paso por entre las bestias enloquecidas que chillaban, resbalando en una mezcla de sangre y nieve fangosa y orines de caballo para rematar a las bestias heridas. Y los cañones seguían disparando.

El castillo se llenaba con el humo de las explosiones y se sacudía con el choque de los disparos, y los cañones de doce libras mezclaban las balas con los botes de metralla y algunas balas golpearon antiguas piedras que estaban sueltas, y un fusilero gritó porque una losa le había caído sobre las piernas.

Sobre la nieve que había delante de la muralla este, las balas del *howitzer* que no alcanzaban dejaban dibujos con forma de estrellas sobre la nieve, estrellas negras y violentas, cráteres de calor en la blancura, y una bomba aterrizó sobre la caseta del torreón y un fusilero, veterano en las guerras, corrió hacia ella con la culata de su rifle levantada. La mecha echaba un humo loco y la bomba giraba, el fusilero se detuvo un segundo, luego soltó un soplido indirecto sobre la bola de hierro, arrancó la mecha de un tirón y la bomba ya era inofensiva. El hombre sonrió a sus compañeros aterrorizados.

—Siempre se sale si le das bien.

Ya no había estandartes, se los habían llevado los fusileros que se agazapaban detrás de una barricada baja que protegía la entrada de la torre del homenaje. Acometerían esta última batalla con sus propios medios y se preguntaban cuánto tiempo habrían de soportar el estallido de las explosiones, los relinchos de los caballos que venían de detrás, el ruido de los cañones que inundaba el valle y que

resultaba más espantoso que cualquier fila de tambores franceses.

Sharpe se acuclilló junto al capitán Gilliland en la parte más alta de la torre del homenaje. Tenía que gritar para sobrepasar el ruido de los cañones.

—¿Sabe qué ha de hacer?

—Sí, señor —contestó Gilliland con tristeza. El resto de sus proyectiles se iba a usar de una manera que a él no le gustaba.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¡No lo sé! ¿Una hora? ¿Tal vez dos?

Los hombres querían que vinieran los franceses, querían que cesara la tormenta de metal, querían que acabara la lucha.

Frederickson les gritó a los franceses que atacaran, los llamó cabrones cobardes, les chilló que eran mujeres, que tenían miedo de una colinita con cuatro espinos, pero la infantería seguía sin venir. Un fusilero chilló de dolor, pues una bala de un bote de metralla le penetró en el hombro y Frederickson le vociferó que se callara.

Los artilleros trabajaban como negros en sus máquinas, las cargaban, las arrastraban, las cebaban, era la venganza por su coronel muerto.

Sharpe observaba el pueblo desde lo alto del lado este de la torre del homenaje. Una vez se echó atrás, pues un disparo de metralla chocó contra el agujero por el que él oteaba e hizo saltar trozos de piedra afilados como una navaja. En algún lugar un hombre gritó, el grito se paró en seco, y el sonido retumbó en el valle y el humo de los cañones se elevaba por encima del desfiladero y el metal seguía golpeando contra las murallas y las bombas se estrellaban en el patio.

—¿Señor? —señaló Harper.

Llegaban los franceses.

No iban en columna, una de esas columnas que eran el orgullo de Francia, sino que se iban desenrollando como serpientes desde el pueblo, cuatro hombres por fila. Tres batallones marchaban camino abajo, marchaban deprisa, y los cañones seguían retumbando y los hombres de Sharpe seguían muriendo solos o de dos en dos y las bombas seguían destruyendo a los defensores.

Mil quinientos hombres, con las bayonetas preparadas, estaban en el centro del valle alejados de la trayectoria de los cañones.

Sharpe los observaba. Ahora hacía un día que defendía aquella plaza y había deseado con desesperación que fueran dos. No iba a ser. Le quedaba una carta por jugar, sólo una, y cuando la hubiera jugado todo habría acabado. Se batiría en retirada hacia el sur atravesando las colinas con la esperanza de que la caballería francesa tendría mejores blancos que perseguir que su tropa agotada y abandonaría a sus heridos a la merced de los franceses. Había hecho que los hombres de la guarnición amontonaran sus gabanes y mochilas en la salida sur desde la torre del homenaje, la

salida que los hombres de Pot-au-Feu habían utilizado y que vigilaban veinte fusileros para evitar que los cobardes se marcharan pronto.

Sharpe le sonrió a Harper.

—Ha sido un buen combate, Patrick.

—Todavía no ha acabado, señor.

Sharpe opinaba de forma diferente. La maldición había caído sobre él como un peso de plomo y suponía que la maldición acarrearía la derrota, dejaría que los franceses atravesaran el desfiladero. Se preguntó si tendría tiempo de ir hasta el calabozo antes del pánico que produciría la salida hacia el sur y matar al hombre deforme de rostro amarillo. Eso acabaría con la maldición.

En el calabozo, Hakeswill escuchaba. Podía conocer una batalla por el sonido que producía y sabía que el momento todavía no había llegado. Él había deseado que fuera durante la noche, pero un teniente de fusileros se había sentado con los centinelas durante buena parte de la noche y Hakeswill no había hecho nada. Pronto, se repetía a sí mismo, pronto.

Sharpe se volvió hacia el hombre que había reemplazado al clarín.

—¿Preparado?

—Sí, señor.

—Dentro de un minuto. Espere.

Los franceses estaban cerca, los batallones giraban hacia el castillo, avanzaban hacia el lugar donde el día anterior los proyectiles habían destrozado a la tropa, pero ahora no había arma que les disparara.

Los cañones pararon. Se hizo el silencio en el valle.

El batallón francés de la izquierda rompió a correr, se giró más hacia la izquierda en dirección sudeste y corrió hacia la colina de la atalaya porque iban a atacar desde la dirección donde Dubreton había supuesto certeramente que habría menos defensas.

Los otros dos batallones profirieron vítores, levantaron las bayonetas y corrieron hacia los cascotes de la muralla este. No dispararon los mosquetes de los defensores, ni los rifles, y el cañón que los hubiera flanqueado yacía, destrozado e inservible, sobre las piedras. Los dos hombres que lo hubieran disparado estaban tendidos sin vida sobre el pavimento.

Un fusilero apostado en la muralla de la torre del homenaje llamó a Sharpe, gritó mucho, pero su mensaje no le alcanzó. Los franceses estaban en el patio.

Habían llegado noticias de Salamanca, de donde las recibían gracias al reverendo Patrick Curtis, que había sido Catedrático de Astronomía e Historia Natural en la Universidad de Salamanca. A decir verdad, don Patricio Cortés, tal como lo llamaban los españoles, todavía era catedrático y rector del Colegio Irlandés, pero había residido una temporada en Lisboa cuando los franceses descubrieron que el anciano

sacerdote irlandés estaba interesado en asuntos que no eran divinos, ni en las estrellas ni en la historia natural de España. Don Patricio Cortés también era jefe del espionaje británico en Europa.

Al doctor Curtís le llegó la noticia dos noches antes de Navidad. Estaba confesando en una pequeña iglesia donde ayudaba al sacerdote local y uno de los feligreses le dio la noticia en el confesionario. El doctor Curtís abandonó apresuradamente el confesionario, sonriendo a modo de excusa ante los fieles y, después de santiguarse rápidamente, desplegó los papeles que le habían enviado allende la frontera. El mensajero, un tratante de caballos que proveía a los franceses y así podía viajar continuamente, se encogió de hombros.

—Siento que sea tarde, padre. No le he encontrado.

—Hiciste bien, hijo. Ven conmigo.

Pero había poquísimo tiempo. Gurús fue al cuartel de Wellington y allí recogió al comandante Hogan de una cena, y el pequeño comandante irlandés, que también se encargaba de lo que Wellington llamaba su «inteligencia», recompensó al mensajero con oro y luego se apresuró a llevarle el despacho francés al general.

—Maldita sea. —Los fríos ojos del general miraban a Hogan—. ¿Alguna duda?

—Ninguna, señor. Es la clave del emperador.

—Maldita sea. —Wellington se encogió de hombros en señal de disculpa hacia el anciano sacerdote, luego volvió a maldecir—. Maldita sea.

Tenían tiempo para enviar un mensaje a Ciudad Rodrigo y a Almeida, tiempo de hacer salir a Nairn de Frenada y poner en movimiento la división ligera, pero eso no era lo que le preocupaba al general. Le preocupaba el ataque de diversión de los franceses que vendría de las colinas y descendería hasta el valle del Duero. ¡Maldita sea! Para esa primavera Wellington planeaba una campaña como no se había visto nunca en la península. En lugar de atacar por las grandes rutas de invasión, las rutas que conducían al este desde Ciudad Rodrigo y Badajoz, agrupaba tropas allí donde los franceses no les esperaban. Las llevaría al nordeste desde las colinas, al norte de Portugal; las conduciría en un gran circuito para cortar la ruta de suministros francesa y obligaría a entablar batalla a un enemigo perplejo y desbordado. Para ello necesitaría pontones, los botes grandes y torpes que atravesaban los ríos, porque la ruta de su invasión pasaba por varios ríos. Y los pontones se construían en el río Duero, y la fuerza francesa planeaba descender en aquella área que normalmente tenía poca importancia, salvo aquel invierno. Maldita sea, maldita.

—Disculpas, Curtis.

—No hay de qué, señor.

Enviaron mensajeros hacia el norte aquella misma noche que cambiaban de caballos cada doce millas, mensajeros que debían advertir a los británicos de la llegada de los franceses, y el mismo Wellington fue detrás de ellos. Primero fue a

Ciudad Rodrigo porque temía perder esa gran puerta de entrada hacia España. Con suerte, pensaba, Nairn podría retener a los franceses en Barca de Alva.

El general de división Nairn miró una vez la orden, pensó durante un momento, luego desobedeció. El general había olvidado, o no había relacionado el nombre de Adrados con la entrada de Dios, que los británicos ya tenían una fuerza que podía bloquear a los franceses. Una fuerza ridículamente pequeña, un único batallón con una triste colección de fusileros y cohetes, pero si podían retener el desfiladero tan sólo doce horas Nairn podía reforzarlos. Su resfriado desapareció como por encanto.

Y ahora era tarde. La nieve lo había retenido y temía que fuera demasiado tarde. Había encontrado a Teresa que venía del desfiladero, escuchó el mensaje que traía, la convenció y luego se la llevó con él junto con sus tropas que luchaban con la nieve. Luego llegó sir Augustus Farthingdale, glacial y enfadado, insistió en que tenía quejas, graves quejas respecto al comandante Sharpe de las que quería dejar constancia, pero Nairn, con educación, se había negado a escucharlo; sin embargo, Farthingdale insistió con rudeza y finalmente Nairn les ordenó a él y lady Farthingdale que se marcharan. La noche del 26 de diciembre el viento trajo más nieve y el lamento de los tambores.

Se pusieron en marcha antes del amanecer y Nairn oyó una débil explosión en las colinas, la luz dejó ver una gran cortina de humo que se dirigía hacia él, los cañones seguían sonando. Marchar hacia los cañones, siempre hacia los cañones. Envió a la cabeza a sus mejores tropas con las órdenes de ascender rápido y Teresa fue con un batallón español de tropas ligeras que podían subir las colinas junto al desfiladero y descender por el flanco francés. Ella los guiaría, y lucharon contra el frío, la nieve, escuchando siempre los cañones que les anunciaban que la batalla aún estaba viva, que necesitaban de su ayuda; entonces los cañones cesaron su actividad.

El silencio invadió las colinas. Los cañones descansaban. Los franceses estaban en el patio. Gritaban, corrían, como hormigas por las piedras de la muralla este, y no había enemigo.

Los oficiales franceses llevaban las espadas desenvainadas. Miraban hacia las defensas y torreones en busca de blancos para sus hombres, pero parecía que el castillo estuviera vacío y en silencio, y entonces se oyó un grito francés y vieron a unos fusileros amontonados en una arcada detrás de una barricada baja de piedra.

—¡Carguen!

—¡Fuego!

La segunda fila adelantó a la primera.

—¡Fuego!

La tercera se encontraba al frente, dos más detrás, mientras las filas que habían disparado recargaban y surgían de detrás.

—¡Fuego!

La arcada estaba a salvo.

—¡Puertas!

Los oficiales franceses condujeron a sus hombres hacia las entradas de la garita y el torreón noroeste, pero las puertas estaban fuertemente bloqueadas con piedras, al igual que la escalera que iba a las defensas del norte, y la infantería francesa se seguía amontonando en el patio creyendo que había vencido.

—¡Ahora! —le espetó Sharpe al corneta—. ¡Ahora!

Dubreton había previsto esto. Se había dado cuenta de que el patio sería una ratonera, un callejón sin salida, a menos que los hombres se pudieran abrir paso hasta la torre del homenaje.

Los oficiales franceses les gritaban a los hombres.

—¡Fuego! ¡Disparen a la arcada!

Y entonces sonó la corneta. Las notas subieron una octava, dos, tres veces. «Abran fuego.»

Habían sacado los palos de los cohetes que quedaban muy a pesar de Gilliland y el escuadrón de cohetes encendió las mechas, esperaron a que el fuego prendiera y luego lanzaron los cilindros sin los palos por las saeteras, por los huecos entre las piedras y por encima de las murallas hacia el interior del patio abarrotado de franceses. Los cilindros se desplomaron, el humo se retorció detrás, y luego tosieron y rugieron al despertarse y, como no podían volar, se abalanzaban describiendo formas frenéticas en el patio.

—¡Venga! ¡Lancen!

Cayó una lluvia de cohetes, las bombas les empezaban a explotar en las cabezas y caían más. Las colas despellejaban a los franceses con fuego, los cohetes se escurrían sin rumbo por las piedras, rompían tobillos, se metían en los cuerpos, explotaban, quemaban, y Sharpe les gritó a los hombres que lanzaran más. Algunos se dirigieron serpenteantes hacia los establos, donde se sumaron al fuego y al humo de los franceses desorganizados. La mayoría habría huecos en la tropa apiñada y hacían explotar sus fragmentos de hierro en círculos mortíferos, mientras que los cohetes con puntas macizas arrojaban su peso contra los pies, las piernas y los cuerpos heridos y los franceses gritaban asustados, confundidos. Seguían cayendo.

—¡Abajo!

Sharpe había llevado a Harper y al corneta abajo, donde los fusileros esperaban ese momento. Doscientos de ellos aguardaban con los estandartes y Sharpe empujó hacia adelante al corneta.

—¡Toque el alto el fuego!

Miró a los fusileros que no defendían la arcada.

—¡Bayonetas!

El corneta emitía su mensaje al escuadrón de cohetes una y otra vez, pero Sharpe no lo oía. Tan sólo oía el refriego y el chasquido de las hojas de diecisiete pulgadas que se introducían en los mosquetes. Él desenvainó su espada, que brillaba bajo la penumbra de la arcada, y esperó hasta asegurarse que no había más cohetes para lanzar.

—¡Vamos hasta los cascotes! ¡Más allá no!

Despejaría el patio, mataría al enemigo, pues en esa hora de derrota todavía podía arañar y mutilar a la fuerza francesa e intentar mermarla para que no pudiera llevar a cabo su objetivo.

—¡A la carga!

¡Ésta era la manera de acabar con esto! Con la espada en la mano y cargando, y aunque la batalla estuviera perdida, aún podía conseguir que los franceses maldijeran el día en que habían llegado a la Entrada de Dios. Podía atemorizarlos para la siguiente batalla, les haría recordar aquel lugar con amargura.

—¡A por ellos!

La espada se retorció en su mano al tener a la vista un hueso, pero el hombre estaba tendido y entonces oyó el bramido del fusil de siete cañones, y Sharpe echó una ojeada a los fusileros. Mostraban sus dientes tanto como los cinturones blancos cruzados sobre los uniformes rojos, las espadas adelantadas, y el patio, invadido por la humareda, apestaba a cohete y los franceses corrían desde la línea de hombres que había penetrado en la penumbra. Sharpe vio que un oficial intentaba reunirlos y arremetió contra él, notó que la espada del francés rascaba la hoja de su espada, y entonces se encontró encima del hombre, lo derribó con la hoja, delante de él vio los cascotes.

—¡Adelante!

Estiró de la espada para liberarla, buscó otro enemigo pero los franceses habían retrocedido, el patio era suyo y le gritó a Brooker que alineara a los fusileros sobre los cascotes. Vio los estandartes hechos jirones y ennegrecidos, orgullosos encima de la línea, y él se colocó delante de ellos, con la espada roja en la mano, y sintió un impulso loco de cargar hacia el valle como si sus doscientos fusileros pudieran barrer a los franceses y limpiar las colinas. Esta era la última carta, la última sorpresa, el último truco contra los franceses. Ahora ya no quedaban más que los mosquetes, fusiles y bayonetas. Tendría que retirarse antes del siguiente ataque y algo en él le decía que lo sensato sería marcharse ahora, irse mientras los franceses no los acosaban, mientras pudiera dejar salir a Frederickson de la colina, pero Sharpe no se retiraría hasta que pudiera verle la cara al enemigo. No lo haría.

Oía disparos a su izquierda y se preguntó si los franceses estarían atacando la entrada.

—¡Vigile la entrada, señor Brooker!

—¡Señor!

¿Dónde estaban los cabrones? ¿Por qué no venían? Este era el momento de su victoria, el momento en que Sharpe no podía luchar contra ellos, y entonces se preguntó si los cañones volverían a disparar y la metralla dejaría a los fusileros rojos y hechos jirones por las piedras. Pero seguía mirando por entre el humo de los cohetes y se preguntaba por qué no venía el enemigo.

El humo se elevó lentamente, fino, y vio por qué los cañones no disparaban.

El batallón que había atacado la colina de la atalaya se batía en retirada, fluyendo por el valle. Sharpe sonrió. El dulce William los ha machacado.

El dulce William estaba loco de ira.

—¡Cabrones! ¡Cabrones!

Levantaba el puño contra los hombres de uniforme azul, hombres que se habían escurrido por detrás del castillo y que habían cargado con bayonetas contra el batallón que iba a por Frederickson.

—¡Cabrones!

Los españoles le habían birlado el combate.

—¡Señor! —dijo Harper señalando hacia la izquierda—. ¡Señor! —repitió con voz de triunfo.

Fusileros. ¡Montones de fusileros! ¡Casacas verdes! ¿Cómo diablos habían llegado hasta allí?, se preguntaba Sharpe. Y se sacudió el peso de la derrota y miró fijamente, casi sin creérselo, a los franceses que huían del convento, a la línea de tiradores situada en el flanco, y entonces miró a la derecha y vio a los españoles sobre la colina. ¡Habían vencido!

—¡Fusileros! ¡Adelante!

Y Hakeswill atacó.

Tan sólo encontraron una parte del oro que Sharpe y Dubreton habían ido a buscar con tanto trabajo a la Entrada de Dios. A los prisioneros se lo habían quitado a puñados y ese oro se había perdido para siempre en los sacos de los soldados británicos y franceses, pero el grueso todavía seguía en el castillo. Estaba oculto, pues valía la pena esconderlo; una reserva que se recuperaría con tiempo cuando el enemigo se hubiera ido; Hakeswill lo había ocultado bien. Estaba en el calabozo, detrás del muro salpicado de sangre, donde él había torturado y asesinado a hombres y mujeres que no le agradaban. Ahora necesitaba el oro.

No lo cogió todo. El suficiente para unas cuantas semanas y también para permitirle salir del castillo, y cuando le pareció, según el sonido de la batalla, que en la torre del homenaje del castillo había pocos defensores, se puso a actuar.

Lanzó una moneda. Ésta tintineó con fuerza, rodó dos peldaños abajo, y se detuvo tras un estremecimiento. Un centinela, nervioso a causa de los sonidos del combate,

se quedó mirando el oro con incredulidad.

Surgió otra moneda de la oscuridad, pasó ante la luz de la antorcha y rebotó en el peldaño inferior.

El centinela sonrió burlescamente, bajó hasta el suelo del sótano y un compañero celoso de aquella suerte le gritó que tuviera cuidado, pero entonces una lluvia de oro brilló bajo la luz y cayó en la escalera, y los centinelas gritaron contentos de su suerte y ordenaron que alguien vigilara a los prisioneros mientras ellos se llenaban los bolsillos de monedas.

Más oro. Más oro del que un fusilero podía ganar en cinco años de servicio, un oro que surgía vacilante de la oscuridad, un oro que resonaba con fuerza sobre las piedras, y Hakeswill observaba cómo los centinelas se ponían a cuatro patas para enriquecerse.

—¡Ahora!

Un centinela consiguió retroceder a gatas, apretar un gatillo y enviar a un desertor hacia atrás, al otro lado de la barricada, con una bala en la cabeza, pero entonces se vio atrapado por la mitad de los hombres desnudos, hombres que apestaban, que le golpearon con los puños y luego le arrancaron la vida con la culata de su propio mosquete.

—¡Alto! —gritó Hakeswill agazapado a medio camino escaleras arriba, junto al cuerpo sangrante del hombre que había luchado—. Esperad, chicos, esperad.

Llevaba la bolsa de oro en la mano, se deslizó escaleras arriba y vio el pasadizo que había del otro lado de la puerta vacía. En el pasadizo había mochilas y gabanes amontonados y, lo que era mejor, mosquetes amontonados contra un muro. Los mosquetes estaban allí por orden de Sharpe para la defensa desesperada y última del castillo, mosquetes capturados a los hombres de Pot-au-Feu y que ahora les eran devueltos.

Hakeswill se movió rápido. Fue hacia la izquierda y se asomó por el patio interior y lanzó un reniego cuando vio el piquete que vigilaba la salida sur. Se fue hacia el otro lado, tiró de un gabán al pasar y vio que el patio estaba bien vacío salvo por los franceses muertos, y algo extraño; había unos cilindros humeantes en el suelo. Regresó a la escalera del sótano.

—Aquí arriba hay gabanes y mosquetes. Coged uno cada uno y seguidme. —Atravesaría el patio para llegar al otro lado de la muralla y luego se metería por los espinos. Se preparó, cogió fuerzas para el ataque, planeó la ruta por la que iría hacia el sur. Les sonrió a sus compañeros desertores y esperó a que le diera un espasmo para detenerse.

—No pueden matarme, chicos. Vosotros tampoco, mientras estéis conmigo.

Miró la luz del día que daba en el patio del castillo, los cilindros humeantes, a los muertos, y en lo único que pensó fue en la vida. En la nueva oportunidad de vivir.

Volvió a cacarear y se apartó el cabello lacio de los ojos. A Obadiah Hakeswill no se le podía matar.

—¡Venga!

Echaron a correr; con los pies descalzos resbalaban sobre los guijarros, pero la misma desesperación les obligaba a avanzar. No tenían nada enfrente salvo un pelotón de fusilamiento si los llevaban hacia el oeste, y era mejor correr hacia las salvajes colinas del sur en pleno invierno que enfrentarse a la línea de mosquetes en algún campo de Portugal. Gatearon por encima de los cascotes, algunos se ayudaban agarrándose al cañón español caído, y entonces Hakeswill se encontró al aire libre, giró hacia la derecha y un soldado español lo vio, se asustó al ver a aquel hombre enorme de rostro amarillo que parecía estar desnudo bajo el abrigo desabrochado y el español se echó el mosquete descargado al hombro.

Aquel movimiento le salvó la vida. Hakeswill sólo vio la amenaza de la bala, vio los uniformes de color azul cielo en los espinos detrás de aquel hombre, y se echó hacia la izquierda, hacia el valle abierto, y condujo a su pandilla sucia y harapienta por el aire limpio y fresco de los campos de Adrados.

—¡Corred!

Eran como ratas que huían de un fuego para que les cercara otro fuego. A su izquierda estaban los fusileros, a su derecha los españoles que todavía salían de los espinos y delante de ellos los franceses. Los españoles ya estaban atrapando a los desertores, les gritaban que se rindieran, y aunque los españoles no sabían que aquello también era un enemigo, se dieron cuenta de que aquella panda de sucios villanos no eran amigos.

Hakeswill corrió por el valle abierto, la respiración le resonaba en los oídos, tenía los pies entumecidos por la nieve, echó una mirada a la izquierda y vio que había dejado muy atrás a los fusileros y le pareció ver a Sharpe, pero eso carecía de importancia en aquel momento. Entonces vio a los fusileros que estaban al otro lado de Sharpe y, como temía sus armas, giró bruscamente a la derecha, apretó a correr desesperado, con el oro en el bolsillo de su gabán y el pesado mosquete en las manos. ¡Los franceses! ¡No podía ir hacia ningún lado! ¡Hacia ninguno! Les ofrecería sus servicios a los franceses, desertaría en toda regla, y aunque no resultaba una gran elección era mejor que morir rebanado como un perro en aquel campo nevado. Corrió hacia el batallón de infantería francés más cercano, un batallón que se retiraba hacia el pueblo, cuando oyó cascos tras él.

El sonido de los cascos quedaba amortiguado por la nieve y se dio cuenta con desesperación de que el jinete estaba cerca. Se volvió, con la boca desdentada, abierta en un gesto de espanto, y vio que levantaba el arma que amenazaba con aplastarle la cabeza con una pesada empuñadura de bronce. Él empezó a toquetear su mosquete, se lo acercó mientras esquivaba el golpe que le venía de arriba y apretó el gatillo.

Se echó a reír como un fanático. La muerte, su señora, no lo había abandonado, ¡bien había rezado por ello! No de esa manera, tal vez, pero se echó a reír cuando vio que la bala levantaba al jinete del caballo, una bala que le entró por la parte inferior de la garganta, con trayectoria ascendente, y la muerte fue tan veloz como podía. El cuerpo se incorporó, el caballo se desvió y el cuerpo cayó finalmente, con las extremidades extendidas, golpeando con fuerza en la nieve, y el rifle, descargado, que le había amenazado con la culata de bronce, cayó entre el frío.

Hakeswill se detuvo. Era una victoria dulce, un momento para recordar en los días venideros, y farfulló un grito de victoria hacia las nubes bajas y su cuerpo medio desnudo empezó a saltar de alegría. ¡Había sobrevivido! ¡La muerte todavía jugaba a su favor! Y entonces se giró y corrió hacia las filas francesas.

—¡No disparen! ¡No disparen!

¡Hakeswill seguiría con vida! Se metió tambaleando en el batallón francés, jadeando y con los pulmones cansados, y sonrió burlonamente al tiempo que el rostro se le crispaba. Había escapado.

Sharpe había observado que Hakeswill irrumpía en campo abierto, lo maldijo, pero entonces una voz lo llamó por detrás, él se giró y vio al general de división Nairn que le sonreía desde su caballo.

—¡Sharpe! ¡Mi querido Sharpe!

—¡Señor!

Nairn gruñó al deslizarse del caballo.

—¡Comandante Sharpe! ¡En cuanto me doy la vuelta monta usted toda una guerra!

—Eso parece, señor —contestó Sharpe sonriendo.

—¡Me ha fastidiado la Navidad, me obliga a arrastrar mis cansados huesos por la nieve! —Le sonrió ampliamente—. ¡Yo pensaba que ya se habrían ido todos!

—Eso ya se me ocurrió, señor.

—Sir Augustus dijo que estaría usted muerto.

—¿Eso dijo?

Nairn se rió del tono que había empleado Sharpe.

—Lo envié a hacer las maletas con su señora esposa. ¡Qué mujer, Sharpe!

—Sí, señor.

—¡La verdad es que su señora esposa me dijo que estaba demasiado gorda! Me dijo también algo más, pero estoy seguro de que no es cierto. Algo como que la señora en realidad no lo es. ¿Usted se lo cree, Sharpe?

—Yo no, señor.

Nairn sonrió burlonamente, pero no dijo nada. Contemplaba a la retaguardia francesa estacionada en el pueblo y miró a derecha e izquierda donde las primeras

tropas habían protegido los restos del convento y ahora reforzaban la colina de la atalaya. Nairn golpeó el suelo con el pie.

—Yo creo que los franchutes darán el día por acabado. ¿No cree? —Aplaudió encantado—. No van a volver a atacar y dentro de un par de horas estaré en condiciones de atacarles. —Miró a Sharpe—. ¡Bien hecho, comandante! ¡Bien hecho!

—Gracias, señor.

Sharpe no miraba a Nairn. Miraba valle arriba a un caballo suelto, a una figura oscura sobre la nieve y su voz sonaba lejana, distraída.

—¿Sharpe?

—¿Señor?

Pero Sharpe ya se alejaba caminando, luego corrió mientras seguía mirando fijamente a aquella figura sobre la nieve.

El cabello era negro, largo y negro, y contrastaba con la pureza de la blancura. Lo había visto del mismo modo sobre una almohada blanca y ella, al incorporar la cabeza, lo había desplegado como un gran abanico tentador. La sangre que tenía en el cuello semejaba un collar de rubíes roto desparramado por la nieve y sus ojos miraban sin ver las nubes.

Se arrodilló junto a ella sin decir palabra y sintió un nudo en la garganta, los ojos se le llenaron de lágrimas, con los brazos rodeó su cuerpo delgado, lo alzó y la cabeza se abandonó hacia atrás y el gran rubí que tenía en el hueco del cuello derramó un chorrito hacia la barbilla. Le puso una mano en la nuca, sintió la nieve fría que tenía en el pelo y apretó su mejilla contra la de ella y se puso a llorar porque Teresa estaba muerta.

Tenía las manos en la nieve, las manos frías y heladas de cabalgar, pero ella aún estaba caliente. Ese calor desaparecería. La aguantó contra él como si pudiera conseguir que la vida regresara al cuerpo y sollozó entre el cabello negro. Ella lo había amado con un amor simple y puro que perdonaba, entendía; así lo había amado.

Él no tenía ningún retrato de ella. Se convertiría en un recuerdo que se desvanecería, como se perdería su calor, pero se desvanecería a través de los años y él olvidaría la pasión que daba vida a su rostro. Teresa bullía de vitalidad. Había sido incansable y fuerte, mataba en las colinas fronterizas y, sin embargo, tenía una fe en el amor como si de un niño se tratara. Se había entregado a él y nunca había dudado de la sensatez de aquel regalo, en cambio él había dudado algunas veces. Había conservado esa fe y estaba muerta.

Sharpe lloraba sin importarle quién miraba. La meció en sus brazos y la apretó contra él porque no lo había hecho lo suficiente en vida. Se habían conocido en la guerra, la guerra los separaba y ahora la guerra había hecho esto. Debía haber sido él quien muriera, pensó, no esto, y su pesar era informe, incoherente, un dolor que era amor traicionado y que llenaba el universo.

—¿Sharpe?

Nairn le tocó el hombro, pero Sharpe no oía, no veía, sólo mecía el cuerpo entre sus brazos. Tenía el brazo izquierdo enredado en sus cabellos, los agarraba porque no quería perderla, no quería estar solo. Ella era la madre de su hija, su hija huérfana de madre, y Nairn oyó el gemido, un medio aullido, que surgió de la garganta de Sharpe. Nairn vio la cara de aquel cuerpo y se enderezó.

—Oh, Dios.

Patrick Harper se agachó frente a Sharpe.

—Debe haber algún sacerdote entre los españoles, señor.

Tuvo que repetirlo y entonces Sharpe levantó la vista con ojos extraños hacia Harper.

—¿Qué?

—Un sacerdote, señor. Para que la absuelva.

Sharpe parecía no entender. Aguantaba a Teresa como si Harper quisiera llevársela, pero entonces frunció el ceño.

—¿Después de muerta?

A Harper no le turbaban las lágrimas.

—Ajá, señor. Se puede hacer. —Con una mano y gran delicadeza le cerró los ojos—. Hemos de enviarla al cielo, señor. Descansará mejor, seguro. —Le hablaba como a un niño y Sharpe obedeció.

Se quedó arrodillado junto al cuerpo hasta que llegó el sacerdote y se encontró en el mundo confuso de la aflicción. Le murmuraba promesas a ella y en su interior tenía la esperanza loca de que los ojos se abrieran y ella le sonriera, le bromeara tal como solía hacer, pero nada en ella se movía. Teresa estaba muerta.

Teresa tenía el gabán abierto en la cintura y él se lo echó por encima y notó el bulto metido entre el fajín que llevaba. Sacó el bulto de tela, lo desenvolvió y miró a aquel fusilero que era el regalo para su hija, y pensó que no era digno de ella, lo rompió, lo rasgó y lanzó los jirones sobre la nieve.

Se quedó allí ciego mientras el sacerdote se arrodillaba junto al cuerpo y las palabras en latín que recitaba se elevaban sobre la nieve como muertas y sin sentido. Le colocó la sagrada forma en los labios yertos, hizo la señal de la cruz y Sharpe miró fijamente aquel rostro sereno, inmóvil y sin vida alguna.

—¿Sharpe? —dijo Nairn tocándole el hombro. Le señaló hacia el este.

Dubreton cabalgaba lentamente hacia ellos y detrás el sargento Bigeard, a pie, sujetaba una vez más a Hakeswill. Hakeswill apretaba con fuerza el gabán para tapar su desnudez e intentaba en vano zafarse del enorme francés.

Dubreton saludó a Nairn, habló en voz baja con él y luego se giró hacia Sharpe, que se había acercado al cuerpo de Teresa como para protegerlo.

—¿Comandante Sharpe?

—¿Señor?

—Ha sido él. Nosotros lo hemos visto. Se lo entrego. —Habló con gran simpleza.

—¿Lo ha hecho él?

—Sí.

Sharpe miró al hombre de cara amarilla y con espasmos que temblaba de miedo, porque Bigeard se lo entregaba a Sharpe. Sharpe sintió que el odio que sentía por Hakeswill era inútil comparado con el dolor de aquella pérdida. Su espada estaba tendida a unos pies de distancia, la había dejado caer allí cuando había corrido para ver el cuerpo, pero no tenía ganas de cogerla, ni de hundirla en aquel hombre cuya maldición había matado a la madre de su hija. Sharpe quería que aquel lugar, el lugar de su muerte, quedara en paz.

—¿Sargento Harper?

—¿Señor?

—Llévese al prisionero. Ha de vivir para un pelotón de fusilamiento.

—Señor.

El viento arremolinaba la nieve formando ondas que se amontonaban sobre las botas de Teresa. Sharpe odiaba aquel lugar. Dubreton volvió a dirigirle la palabra.

—¿Comandante?

—¿Señor?

—Todo ha terminado.

—¿Terminado?

Dubreton se encogió de hombros.

—Nos vamos. Ha ganado, comandante. Ha ganado usted.

Sharpe miró al coronel francés sin entenderlo.

—¿Ganado, señor?

—Usted ha ganado.

Había ganado que el regalo de una niña quedara esparcido sobre la nieve. Había ganado para sentir que aquel dolor era más grande que ningún otro que hubiera sentido.

Junto al pueblo, el comandante Ducos observaba por el telescopio mientras Sharpe levantaba el cuerpo de la nieve y caminaba con él hasta el castillo. Vio que el sargento enorme recogía la espada de la nieve y entonces Ducos cerró el telescopio de golpe. Había jurado que se vengaría de Sharpe, del fusilero que le había frustrado esa victoria de invierno, pero la venganza, pensaba Ducos al igual que los españoles, es un plato que se come frío. Esperaría.

La nieve caía vacilante sobre la muñeca rota en la Entrada de Dios.

La Navidad había pasado.

Sharpe estaba en la estancia donde todo había comenzado el año anterior. El año

pasado. Resultaba extraño, pero 1813 ya tenía diez días y de la muerte de Teresa ya habían pasado dos semanas, llegaría la primavera y con ella alguna campaña nueva.

El fuego ardía en el mismo hogar junto al cual Sharpe había tenido noticia, con gran regocijo, de su ascenso. Ahora no estaba contento.

Wellington miró a Hogan como si le pidiera ayuda, pero el comandante se encogió de hombros. El general habló con tono intrascendente.

—Voy a tener que quedarme con esos malditos cohetes, Sharpe. Usted ha hecho que así fuera.

Sharpe levantó la vista del fuego.

—Sí, mi general.

Suponía que así había sido. Después del éxito que habían tenido en Adrados resultaba difícil devolverlos a Inglaterra.

—Lo siento, su excelencia.

—Les buscaremos un sitio. —Wellington hizo una pausa—. A usted también le buscaremos un sitio, comandante. —Le dirigió una de sus escasas sonrisas—. Asumió usted una gran responsabilidad, Sharpe. ¡Todo un batallón a su mando!

Sharpe asintió con la cabeza.

—Sir Augustus se quejó de que yo me había excedido, mi general.

Wellington gruñó.

—Hizo usted bien. ¿Qué sucedió con ese hombre? ¿Cobarde? —inquirió con voz áspera.

Sharpe se encogió de hombros y decidió que la verdad era mejor que la cortesía.

—Sí, señor.

—¿Cómo se sintió al mando de un batallón? ¿Bien?

—A ratos, señor.

—Como un general, ¿eh? Tal vez llegue a saberlo, Sharpe.

—Lo dudo, señor.

Los ojos azules y penetrantes de Wellington lo observaban. El general permanecía con las botas embarradas delante del fuego y con las manos se sujetaba los bajos del gabán de montar.

—La gloria se ve empañada, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Algunas personas no se dan cuenta. Se creen que me gusta esto, pero es un trabajo, Sharpe, eso es todo, un trabajo. Como ser barrendero o matarife. Alguien tiene que hacerlo si no la mierda nos comería.

Wellington parecía turbado por haber hablado tanto.

—Sí, mi general.

Wellington hizo una señal en dirección a la puerta.

—He mandado que le hicieran venir, comandante Sharpe. Hemos de encontrarle

un trabajo. ¡A un comandante que gana batallas hay que darle trabajo!

Sharpe se dirigió hacia la puerta, Hogan iba con él como protegiéndolo, pero el general hizo que se detuvieran.

—¿Sharpe?

—¿Señor?

Esta vez realmente parecía que Wellington se sintiera turbado. Echó una mirada al sillón y luego a Sharpe.

—¿Le resultará muy inoportuno, Sharpe, si le digo que todo pasa?

—No, mi general. Gracias.

El comandante Michael Hogan, un viejo amigo del ejército, se fue caminando con Sharpe por las calles de Frenada.

—¿Está seguro de eso, Richard?

—Sí, lo estoy.

Fueron caminando en silencio durante un minuto y Hogan odiaba ver así a su amigo, con aquella pena al parecer inconsolable y privada que se pudría en su interior.

—Le veré luego.

—¿Luego?

—Luego.

Hogan habló con decisión. Esa noche había planeado emborrachar a Sharpe. Había planeado obligarle a sacar la pena y lo iba a hacer como sabían los irlandeses, con una juerga. Llegaba con retraso, pero Harper y él lo habían acordado, habían arrancado el consentimiento de Sharpe y el capitán Frederickson también vendría. A Hogan le había agradado Frederickson al instante y le divertía cuando se quejaba de que nadie quisiera luchar con él, y le había gustado ver la modesta rectificación de Frederickson cuando había leído el informe de Sharpe. Una juerga, una juerga decente, con bebida y risas. Hogan le había ordenado a Harry Price que participara y él obligaría a Sharpe a beber, a hablar, a recordar a Teresa, y por la mañana la pena se empezaría a convertir en un pesar más saludable.

—Luego, Richard.

Hogan sorteó un socavón profundo en un cruce.

—¿Se ha enterado que sir Augustus ha pedido un permiso?

—Sí.

—¿Y que «lady Farthingdale» ha regresado a Lisboa?

—Sí. Ya sé.

Josefina le había escrito a Sharpe una carta llena de amargura, una carta en la que se quejaba de que no hubiera cumplido su palabra y le hubiera revelado a sir Augustus lo que sabía, una carta que apestaba a la fortuna que había perdido. Terminaba diciendo que daba por finalizada su amistad y Sharpe hizo pedazos la

carta y los tiró al fuego. Luego recordó cómo Teresa lo había visto coqueteando con Josefina y lloró por el daño que le pudiera haber causado a su mujer. Su mujer.

Ella estaba enterrada en Casatejada, en la cripta de piedra que había en la capillita donde estaba enterrada su familia. Antonia crecería hablando español, sin conocer a su padre ni a su madre, y Sharpe cabalgaría pronto para verla, para mirar a aquella hija suya que crecería sin conocerlo.

A veces se despertaba de noche y se sentía feliz durante un momento hasta que recordaba que Teresa estaba muerta. Entonces la alegría desaparecía.

A veces, cuando veía a alguna mujer delgada y con cabello largo y negro en la calle, el corazón le daba un vuelco, la alegría le invadía inesperadamente y luego la realidad volvía a hundirlo.

Ella estaba muerta.

Los hombres del South Essex habían marchado hacia el norte de Frenada y estaban formando un cuadro hueco, con lateral izquierdo abierto y en el lado abierto había un carpe. No uno joven, como el que habían decorado los alemanes por Navidad, sino uno ya bien crecido y delante del árbol había una tumba abierta y junto a la tumba una caja vacía.

Cuando metieran el cadáver en la caja, todo el batallón desfilaría por delante y darían la orden: «¡Vista a la izquierda!». Todos los hombres habían de mirar el castigo que conlleva la desertión.

Los policías militares lo condujeron y el pelotón de fusilamiento observó que lo ataban al carpe, pero Sharpe no miró. Fue al caer la tarde, y él estaba mirando la nieve que había sobre las colinas que rodeaban Frenada y esperó hasta que un oficial le informó.

—Estamos listos, señor.

En el cielo no había ni una nube, era un día de invierno de gran claridad, el día en que moría un desertor.

Él no quería morir. Se había burlado de la muerte con anterioridad y tiraba de las cadenas, su rostro se crispó y la baba surgió de sus labios mientras maldecía y se removía, estiraba de las cuerdas y se lanzaba a uno y otro lado para que los mosquetes del pelotón fueran de un lado a otro.

—¡Fuego!

Catorce mosquetes se encajaron en los catorce hombros y Hakeswill sufrió un espasmo apoyado contra el tronco, la sangre le salpicaba la camisa que llevaba, pero seguía vivo. Cayó hacia abajo, se le oyó un carraspeo y luego se encontró cacareando triunfante, absolutamente enloquecido, pues se dio cuenta de que se había vuelto a burlar de la muerte. Daba sacudidas, se retorció, la sangre le manchó los pantalones, la tierra, y los ojos azules en su rostro amarillo se elevaron para mirar al oficial de

fusileros que caminaba lentamente hacia él.

—¡No pueden matarme! ¡No pueden matarme! ¡No pueden matarme!

Se suponía que debía hacerse con una pistola, pero Sharpe estiró del pedernal de su rifle y se dio cuenta de que la maldición finalizaría cuando el pedernal saliera despedido hacia delante. Hakeswill estaba colgando de las cuerdas, con el rostro girado hacia arriba, gritando y vomitando sangre y babas.

El cañón del rifle se elevó lentamente.

—¡No pueden matarme!

Y esta vez la voz se transformó en sollozos, sollozos como los de un niño, pues Obadiah sabía que mentía.

—No pueden matarme.

La bala lo mató. El rostro se le crispó por última vez, lo mató al instante, mató al hombre que siempre eludió a la muerte. Sharpe había soñado con ese momento durante veinte años, pero no sintió el placer que esperaba.

Detrás de él, sin ser vista, la estrella vespertina se divisaba pálida en el cielo invernal. Un vientecillo agitó las ramas del carpe. Dos cuerpos marcaban aquel invierno. Uno era aquel cuyo cabello había quedado esparcido sobre la nieve de la Entrada de Dios, y ahora éste. Obadiah Hakeswill, muerto, era introducido en su ataúd.

El peor enemigo de Sharpe.

Nota histórica

La idea de que un ejército de desertores, formado por soldados de diversas nacionalidades, luchara en la Guerra de la Independencia puede resultar increíble. No tanto, quizá, como la idea de un «Escuadrón de cohetes». Sin embargo ambos existieron.

Pot-au-Feu existió. Era un sargento francés desertor que se ascendió a sí mismo a mariscal y que sobrevivió aterrorizando una amplia zona de la campiña española. Entre sus seguidores había soldados franceses, británicos, españoles y portugueses, y entre sus crímenes se contaban el secuestro, la violación y el asesinato. Me temo que lo he presentado como un hombre más agradable de lo que fue. El general francés De Marbot explica cómo lo derrotaron los franceses y luego entregaron a los desertores aliados a las fuerzas de Wellington. Me temo que Sharpe se ha apropiado de un éxito de los franceses.

Distorsionando un poco la historia, he traído a España al escuadrón de cohetes algunos meses antes. Wellington vio por primera vez una demostración del sistema de cohetes de sir William Congreve en 1810, cuando un destacamento naval llevó algunas armas hasta Portugal. Wellington no quedó impresionado. Sin embargo, hacia 1813, un escuadrón de cohetes se unió a su ejército y ello alegró mucho al príncipe regente, su entusiasta promotor. En lo que respecta a su funcionamiento, me he ceñido al manual de instrucciones que escribió el propio sir William Congreve (incluso en lo referente a las cabezas lanzaderas extraíbles, seguramente un exceso de confianza del inventor). Era un sistema extraordinario, que tenía como máxima ambición un cohete de «bala ligera» que soltaba una señal luminosa en paracaídas para los combates nocturnos. ¡Y esto en 1813! El escuadrón de cohetes data formalmente del 1.º de enero de 1814, aunque ya se había desplegado en la península y, además, el sistema de Congreve se había vendido en 1808 al ejército austríaco, donde se le conocía como *Feuwerkscorps*. Wellington seguía desconfiando de él aunque lo utilizó para cruzar el Adour, mientras que en el norte de Europa vivió su día más memorable en la batalla de Leipzig, donde impresionó mucho a los observadores extranjeros. Una batería de cohetes estuvo presente en Waterloo, y en algunos dibujos de aquella batalla se ven las estelas de cohetes por encima del campo de batalla.

Aunque no resultó nunca un gran éxito, el cuerpo de cohetes entró en la historia gracias a uno de los enemigos contra quien fue inútilmente utilizado. El problema era simplemente la puntería, por ello que Sharpe decidió esperar hasta que ya no pudieran fallar. Los cohetes se utilizaron en la guerra de 1812 contra Estados Unidos; los utilizaron los británicos en el sitio de Fort McHenry. Se escribió una canción basada en ese sitio y se le puso la música de una canción báquica utilizada por el

Club Anacreon de Londres. Aquellas palabras y esa música forman ahora, por supuesto, el himno nacional americano. Resulta extraño pensar que cada vez que se canta el himno de las «barras y estrellas» antes de cada partido de béisbol o fútbol, los antiguos enemigos de los británicos están recordando el invento de sir William Congreve en la frase que habla «del brillo rojo de los cohetes». ¡Así es como encontró finalmente la fama el arma secreta británica!

Sir Augustus Farthingdale plagió el libro del comandante Chamberlin y ahora yo he de confesar un plagio. La comida de Navidad de Sharpe y el estofado de liebre que Pot-au-Feu se come en el convento, los saqué del magnífico libro de Elizabeth David, *French Provincial Cooking*, un libro que me ha proporcionado más placer que muchos otros. Si cualquier lector quiere recrear la comida de Navidad de Sharpe (¡una experiencia que merece la pena!), les remito al magnífico libro de la señora David. *Potage de marron Dauphinois* (potaje de castañas), *Perdreau roli au four* (perdiz al horno) y *Cassoulet de Toulouse á la ménagère*, al que le añadí unas patatas al horno a honor de Sharpe y cambié la receta para que coincidiera con los alimentos que podían encontrarse en invierno en España. El estofado de liebre se ensalza con el nombre *Le civet de Lièvre diane de Chateaumorand*. A decir verdad, no es exactamente un estofado, pero no voy a intentar rivalizar con Elizabeth David como escritor culinario. Le doy las gracias.

Aparte del ejército de desertores y el sistema de cohetes, todo lo demás es ficción. No existe la Entrada de Dios, ni se libró una batalla en la Navidad de 1812. El 60.º existió, eran los Reales Fusileros Americanos, pero todos los demás regimientos son ficticios. Quería escribir una historia en la que se reflejara el último invierno en que los británicos permanecieron estacionados en Portugal. A pesar de la derrota aplastante de Napoleón en Rusia, a muchos soldados debió parecerles que la guerra podría durar eternamente. Sin embargo, en pocos meses la estrategia de Wellington cambió toda la guerra de la península y los británicos no volvieron a retirarse nunca más.

Sharpe y Harper volverán a marchar.